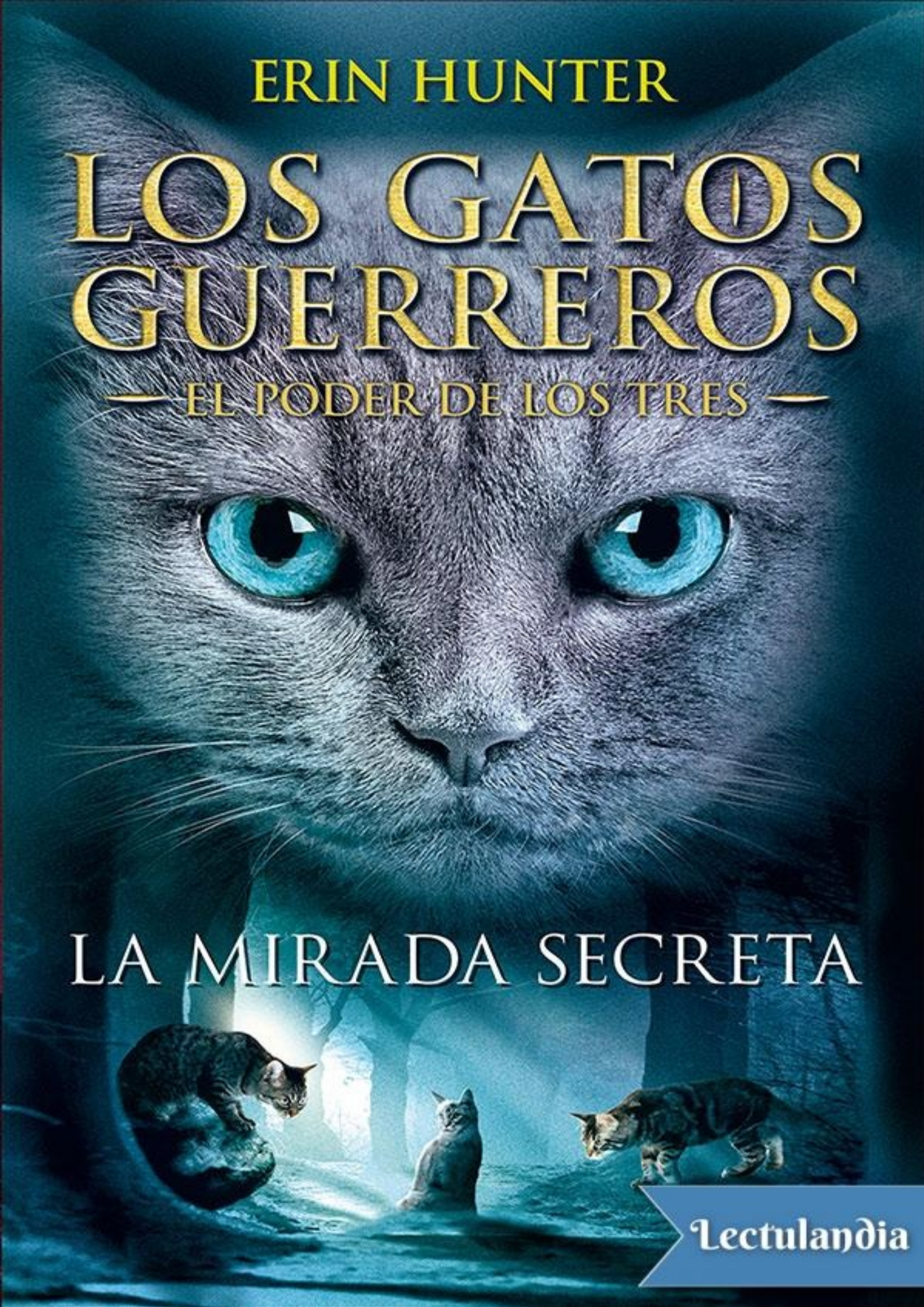
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL PODER DE LOS TRES



LA MIRADA SECRETA

Lectulandia

Los gatos se han adaptado bien a su nuevo territorio a orillas del lago y los distintos clanes llevan una temporada tranquila y próspera. Cumplidas las seis lunas, ha llegado la hora de que tres jóvenes del Clan del Trueno se estrenen como aprendices de guerreros. Leoncillo, Carrasquina y Glayito son nietos del mismísimo líder, Estrella de Fuego, y de cachorros han demostrado poseer la astucia y la fuerza requeridas para convertirse en protectores de su grupo. Sin embargo, una antigua profecía augura la llegada de días difíciles, en los que aumentarán el resentimiento y la animadversión contra los felinos no nacidos en los clanes. Ante la posibilidad de que se produzca un baño de sangre, los tres novatos deberán mostrar su temperamento guerrero para asegurar la supervivencia de la comunidad.

Lectulandia

Erin Hunter

La mirada secreta

Los gatos guerreros: El poder de los tres - 1

ePub r1.0
Titivillus 04.09.2019

Título original: *The Sight*
Erin Hunter, 2007
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Un agradecimiento especial a Kate Cary

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• Líder

— ESTRELLA DE FUEGO: gato de un intenso color rojizo.

• Lugarteniente

— ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

— Aprendiz: BAYINO

• Curandera

— HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada de color marrón claro y ojos ámbar.

• Guerreros (*gatos y gatas sin crías*)

— MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

— Aprendiza: ZARPA PINTA

— TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro.

— Aprendiza: MELOSA

— NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo.

— Aprendiza: CARBONCILLA

— FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

— ESPINARDO: gato atigrado marrón dorado.

— Aprendiza: ROSELLERA

— CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

— CENIZO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

— ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

— ZANCUDO: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

— Aprendiz: RATOLINO

— RIVERA DONDE NADA EL PEQUEÑO PEZ (RIVERA): gata atigrada de color marrón y ojos grises, antiguo miembro de la Tribu de las Aguas Rápidas.

— BORRASCOSO: gato gris oscuro de ojos ámbar, antiguo miembro de la Tribu de las Aguas Rápidas.

— CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

— BETULÓN: gato atigrado marrón claro.

• Aprendices (*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)

— BAYINO: gato de color tostado.

— ZARPA PINTA: pequeña gata gris y blanca.

— RATOLINO: gato gris y blanco.

— CARBONCILLA: gata atigrada de color gris.

— MELOSA: gata atigrada de color marrón claro.

— ROSELLERA: gata parda.

• Reinas (*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)

— FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro. Pareja de Manto Polvoroso; madre de Albinilla y Raposillo.

— DALIA: gata de pelo largo color tostado, procedente del cercado de los caballos.

— ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro y ojos verdes. Pareja de Zarzoso; madre de Leoncillo, Carrasquina y Glayito.

• Veteranos (*antiguos guerreros y reinas, ya retirados*)

— RABO LARGO: gato atigrado de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.

— MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

CLAN DE LA SOMBRA

• Líder

— ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

• Lugarteniente

— BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

• **Curandero**

— CIRRO: gato atigrado muy pequeño.

• **Guerreros**

— ROBLEDO: pequeño gato marrón.

— SERBAL: gato rojizo.

— Aprendiza: YEDRINA

— CHAMUSCADO: gato negro.

— Aprendiz: RAPACERO

— AGUZANIEVES: gata de un blanco inmaculado.

• **Reina**

— TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

• **Veteranos**

— CEDRO: gato gris oscuro.

— AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

• **Líder**

— ESTRELLA DE BIGOTES: gato atigrado de color marrón.

• **Lugarteniente**

— PERLADA: gata gris.

• **Curandero**

— CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

— Aprendiz: AZORÍN

• **Guerreros**

— OREJA PARTIDA: gato atigrado.

— Aprendiz: LEBRATO

— CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro.

— Aprendiza: ZARPA BRECINA

— CÁRABO: gato atigrado de color marrón claro.

— COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

— Aprendiz: VENTOLINO

— NUBE NEGRA: gata negra.

— TURÓN: gato rojizo de patas blancas.

• Veteranos

— FLOR MATINAL: reina de color carey, muy anciana.

— MANTO TRENZADO: gato atigrado de color gris oscuro.

CLAN DEL RÍO

• Líder

— ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• Lugarteniente

— VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

— Aprendiza: ZARPA ROANA

• Curandera

— ALA DE MARIPOSA: gata atigrada de color dorado.

— Aprendiza: BLIMOSA

• Guerreros

— PRIETO: gato negro grisáceo.

— MUSGAÑO: pequeño gato atigrado de color marrón.

— Aprendiza: PALOMINA

— JUNCAL: gato negro.

— Aprendiz: SALTARÍN

— MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

— Aprendiz: GUIJOSO

— FABUCÓN: gato marrón claro.

— TORRENTERO: gato atigrado de color gris oscuro.

• Reina

— FLOR ALBINA: gata de color gris muy claro.

• Veteranos

— GOLONDRINA: gata atigrada oscura.

— PIZARRO: gato gris.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

— LÁTIGO GRIS: gato gris de pelo largo.
— MILI: pequeña gata doméstica de color gris y atigrada.

Emblemas
De Los
CLANES
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar
NORTE
VISTA DE GATO

Leyenda Del MAPA
Árboles de hoja caduca
Pinar
Ciénaga
Lago
Senderos
NORTE
VISTA DE DOS PATAS
Laguna Cristal
Cantera
Carretera de la cantera (abandonada)
Casa de los obreros (abandonada)
Camping Hareview
Villa Sanctuary
Bosque de Sadler
Centro de vela de Littlepine
Carretera de Littlepine
Lago Sanctuary
Isla de Littlepine
Colinas de Hare
Caballerizas de Hare
Arboleda Knight
Carretera de Hare
Carretera de Littlepine
Río Alba

Prólogo

Las raíces embarradas de un árbol formaban una pequeña abertura. En las sombras que había más allá, los zarcillos enroscados rodeaban el suave suelo de una cueva excavada por muchas lunas de viento y agua.

Un gato subía por el sendero empinado que llevaba a la entrada, entornando los ojos conforme se iba acercando. Su pelaje del color del fuego resplandecía bajo la luz de la luna. Inquieto, con las orejas alerta y el pelo erizado, se sentó en la boca de la cueva y enroscó la cola alrededor de las patas.

—Me has pedido que viniera.

Desde la oscuridad, unos ojos lo miraron centelleando… unos ojos tan azules como el cielo estival reflejado en el agua. Un gato gris, marcado con las cicatrices del tiempo y de las peleas, estaba esperando en la entrada.

—Estrella de Fuego. —Rozó la mejilla del líder del Clan del Trueno con su hocico veteado de blanco—. Tengo que darte las gracias —maulló con voz ronca por la edad—. Has reconstruido el clan perdido. Ningún gato podría haberlo hecho mejor.

—No hay de qué —respondió Estrella de Fuego inclinando la cabeza—. Solo hice lo que debía.

El viejo guerrero asintió, parpadeando pensativo.

—¿Crees que has sido un buen líder para el Clan del Trueno?

Estrella de Fuego se puso tenso y agitó los bigotes.

—No lo sé —maulló—. No ha sido fácil, pero siempre he intentado hacer lo correcto.

—Nadie dudaría de tu lealtad —dijo el viejo gato con voz cascada—. Pero ¿hasta dónde llegaría?

Los ojos de Estrella de Fuego brillaron con incertidumbre mientras buscaba las palabras para responder.

—Se avecinan tiempos difíciles —continuó el guerrero antes de que el líder pudiera contestar—. Y tu lealtad se pondrá a prueba al máximo. En ocasiones, el destino de un gato no es el mismo que el de todo el clan.

De pronto, el viejo guerrero se levantó pesadamente y se quedó mirando más allá de Estrella de Fuego. Parecía como si ya no viera al líder del Clan del Trueno, sino algo lejano que a este se le escapaba.

Cuando volvió a hablar, su áspera voz sonó más suave, como si otro gato estuviera usando su lengua:

—«Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus manos».

—No lo comprendo —dijo Estrella de Fuego con un nudo en la garganta —. ¿Sangre de mi sangre? ¿Por qué me cuentas eso?

El viejo parpadeó y sus ojos volvieron a clavarse en el líder.

—¡Tienes que decirme algo más! —le exigió Estrella de Fuego—. ¿Cómo voy a decidir qué hacer, si no te explicas?

El anciano guerrero respiró hondo, pero al cabo solo dijo:

—Adiós, Estrella de Fuego. En las estaciones por venir, acuérdate de mí.

Estrella de Fuego se despertó alarmado, con una sensación de miedo en el estómago. Parpadeó aliviado al ver las familiares paredes de piedra de su guarida, en la hondonada que había junto al lago. La luz de la mañana se colaba por la grieta de la roca. La calidez del sol en la piel lo tranquilizó.

Se puso en pie y sacudió la cabeza, tratando de olvidar el sueño, pero no había sido un sueño común y corriente, pues recordaba estar en esa cueva con tanta claridad como si hubiera pasado una luna atrás, en vez de las muchísimas transcurridas desde entonces. Cuando el viejo guerrero pronunció su extraña profecía, las hijas de Estrella de Fuego aún no habían nacido y los cuatro clanes todavía vivían en el bosque. La profecía lo había seguido durante el gran viaje por las montañas y se había quedado con él en su nuevo hogar del lago. Y todas las lunas llenas, ese recuerdo volvía a ocupar sus sueños. Ni siquiera Tormenta de Arena, que dormía a su lado, sabía nada de las palabras que él había intercambiado con el anciano.

Desde lo alto de su guarida, contempló el campamento, que se estaba despertando a sus pies. Su lugarteniente, Zarzoso, se desperezaba en el centro del claro, estirando sus potentes omóplatos con las garras clavadas en el suelo. Esquiruela se le acercó y lo saludó con un ronroneo.

«Ojalá me equivoque —pensó Estrella de Fuego, aunque sentía un vacío en el corazón. Temía que la profecía estuviera a punto de cumplirse—. Los tres ya están aquí…».

1

Las hojas rozaban el pelo de Glayito como si fueran copos de nieve. Bajo sus patas crujían muchas más, rígidas por la escarcha. Había tantas que las patas se le hundían y cada paso le costaba un gran esfuerzo. El viento helado le atravesaba el pelaje —que aún consistía en la suave pelusa de los cachorros— y lo hacía estremecerse.

—¡Espérame! —gimió. Oía la voz de su madre más adelante, pero su cálido cuerpo siempre se encontraba a unos pasos de distancia.

—¡Nunca lo atraparás!

El agudo maullido se coló en sus sueños, y Glayito se despertó sobresaltado. Levantó las orejas y escuchó los sonidos familiares de la maternidad. Sus hermanos estaban jugando, revolviéndolo todo. Fronda lamía a sus cachorros adormilados. Ahora no había nieve; estaba en el campamento, calentito y a salvo. Podía percibir el olor del lecho de su madre, vacío pero todavía impregnado con su esencia.

—¡Uf! —resopló, sorprendido, cuando su hermana Carrasquina aterrizó sobre él—. ¡Ten cuidado!

—¡Por fin te has despertado! —exclamó la gatita.

Rodó sobre él y apoyó las patas traseras en el costado de Glayito. Luego, impulsándose, se alejó de un salto para atrapar algo que estaba fuera de su alcance.

¡Un ratón! Glayito captó su olor. Sus hermanos debían de estar jugando con la carne fresca que acababa de llegar. Se levantó de un brinco y se estiró deprisa, con un temblor que recorrió todo su cuerpecillo.

—¡Atento, Glayito! —exclamó Carrasquina, y el ratón pasó silbando junto a la oreja de su hermano—. ¡Eres tan lento como una babosa! —se burló, al ver que él giraba demasiado tarde para atraparlo.

—¡Lo tengo! —chilló Leoncillo, saltando sobre la pieza, y sus patas resonaron sobre el suelo de tierra compacta de la maternidad.

Glayito no iba a permitir que su hermano le robara el premio tan fácilmente. Puede que fuera el más pequeño de la camada, pero era rápido. Saltó hacia Leoncillo, lo derribó y alargó la pata para coger el ratón.

Aterrizó patinando con torpeza y rodó por el suelo; se asustó al notar que lo que había debajo de él no era musgo, sino los cálidos cuerpecillos de los dos cachorros de Fronda. Esta le dio un enérgico empujón con las patas traseras para apartarlo.

—¿Les he hecho daño? —preguntó Glayito con la voz entrecortada.

—Por supuesto que no —le espetó la reina—. ¡Eres tan pequeño que no aplastarías ni a una pulga! —exclamó, y sus hijos maullaron mientras ella los atraía más hacia su vientre—. Pero ¡vosotros tres os estáis volviendo demasiado brutos para permanecer en la maternidad!

—Lo lamento, Fronda —se disculpó Carrasquina.

—Lo siento —repitió Glayito, aunque el comentario de Fronda sobre su tamaño le había dolido.

Por lo menos, a la reina se le pasaría pronto el enfado. Perdonaría con facilidad a los cachorros a los que había amamantado: cuando Esquiruela tuvo problemas para darles de mamar, fue Fronda quien alimentó a Glayito, Carrasquina y Leoncillo, lunas antes de que naciera su propia camada.

—Ya es hora de que Estrella de Fuego os busque mentores y os traslade a la guarida de los aprendices —maulló Fronda.

—Ojalá —suspiró Leoncillo.

—No tardará —señaló Carrasquina—. Ya casi tenemos seis lunas.

Glayito sintió la habitual oleada de emoción al imaginarse convertido en aprendiz de guerrero. Estaba deseando comenzar su entrenamiento, pero, incluso sin ver la cara de Fronda, percibió las dudas de la reina y supo que estaba mirándolo con lástima. Se le erizó el pelaje de frustración: ¡él estaba tan preparado como Carrasquina y Leoncillo!

Fronda respondió a Carrasquina, sin saber que Glayito había captado su momento de titubeo:

—Bueno, todavía no tenéis seis lunas. Y hasta que las cumpláis, ¡bien podéis ir a jugar fuera de aquí! —les ordenó.

—Sí, Fronda —contestó Leoncillo dócilmente.

—Venga, Glayito —dijo Carrasquina—. Trae el ratón.

Y las ramas del zarzal susurraron cuando la cachorrita traspasó la entrada de la maternidad.

Glayito recogió el ratón con delicadeza. Como no hacía mucho que había muerto, estaba blando, y no quería que sangrara: aún podrían jugar con él sin mancharse. Seguido de cerca por Leoncillo, salió tras su hermana. Le resultó agradable que las espinas del túnel de entrada le tiraran del pelo; eran lo bastante puntiagudas para eso, pero no tanto como para hacerle daño.

En el exterior, el aire tenía un vigorizante olor a escarcha. Estrella de Fuego estaba compartiendo lenguas con Tormenta de Arena debajo de la Cornisa Alta. Manto Polvoroso se encontraba con ellos.

—Deberíamos pensar en ampliar la guarida de los guerreros —aconsejó el atigrado marrón al líder—. Ya está abarrotada, y los hijos de Acedera y Dalia no serán aprendices eternamente.

«¡Y nosotros tampoco!», pensó Glayito.

Centella y Nimbo Blanco se estaban acicalando mutuamente bajo el sol, al otro lado del claro. Glayito oyó el sonido regular de sus lametazos, como el agua que gotea de una hoja tras la lluvia. Como el de todos los gatos del Clan del Trueno, el pelaje de los guerreros tenía el espesor de la estación sin hojas, pero los músculos de debajo se habían vuelto fibrosos debido a la escasez de presas y las duras partidas de caza.

El hambre no era la única consecuencia de dicha estación. Topero, uno de los hijos de Acedera, había muerto de unas toses que no habían respondido al tratamiento de Hojarasca Acuática, y Orvallo había perdido la vida durante una tormenta, cuando le cayó encima la rama de un árbol.

Centella dejó de lamer a Nimbo Blanco.

—¿Cómo estás hoy, Glayito?

El cachorro dejó el ratón entre sus patas, a salvo de las zarpas de Carrasquina.

—Estoy bien, por supuesto —maulló.

¿Por qué Centella tenía que prestarle tanta atención? Solo se había echado una siesta en la maternidad, no había llevado a cabo una incursión en el territorio del Clan de la Sombra. Era como si la gata siempre tuviese puesto sobre él su único ojo bueno. Ansioso por demostrar que era tan fuerte como sus hermanos, Glayito lanzó el ratón por los aires.

Mientras Leoncillo pasaba como un rayo junto a su hermano para disputarse con Carrasquina quién sería el primero en agarrar al roedor, la voz de Esquiruela sonó desde un lateral de la maternidad:

—¡Deberíais mostrar más respeto por las presas!

La madre de los pequeños estaba atareada tupiendo con hojas los huecos de las ramas espinosas que rodeaban la guarida de las reinas.

Dalia la ayudaba.

—Los cachorros son así —ronroneó con indulgencia.

A Glayito se le dilataron las aletas de la nariz ante el extraño olor de Dalia. Era diferente al de los gatos nacidos en un clan, y algunos de los guerreros todavía se referían a ella como la minina casera, porque antes vivía en el cercado de los caballos y tomaba la comida de los Dos Patas. Dalia no se había convertido en guerrera porque no daba la menor muestra de querer abandonar la maternidad, pero sus hijos, Ratolino, Zarpa Pinta y Bayino, eran aprendices, y a Glayito le parecían tan buenos como el resto de sus compañeros nacidos en el clan.

—Pronto ya no serán cachorros —le dijo Esquiruela a Dalia, acercándose más hojas con la cola; el sonido que hacían al romperse le recordó a Glayito su sueño.

—Razón de más para dejar que disfruten ahora —contestó Dalia.

Glayito sintió una oleada de afecto por la gata de color tostado. Aunque su madre era Esquiruela, había sido Dalia quien, junto con Fronda, le había dado calor y lo había lavado cuando las obligaciones del clan mantenían a su madre lejos de la maternidad. Esquiruela había retomado sus tareas guerreras poco después de que nacieran sus cachorros. Aunque seguía teniendo un lecho en la maternidad, cada vez lo usaba menos, pues prefería dormir en la guarida de los guerreros, donde no molestaba a los cachorros ni a las reinas cuando se levantaba temprano para patrullar al alba.

—¿Todavía notas la corriente, Fronda? —le preguntó Esquiruela a la reina a través del muro.

—No —contestó Fronda detrás de las ramas enmarañadas—. Aquí dentro estamos tan calentitos como crías de zorro.

—Estupendo —maulló Esquiruela—. Dalia, ¿puedes limpiar tú esto? Le he prometido a Zarzoso que lo ayudaría a comprobar si hay rocas sueltas alrededor de la hondonada.

—¿Rocas sueltas? —repitió Dalia dando un respingo.

—Es genial tener unas defensas tan sólidas —repuso la guerrera, mirando hacia los escarpados muros de piedra que rodeaban el campamento por casi todos lados—. Pero las heladas podrían haber aflojado alguna piedra, y no queremos que caigan sobre el campamento.

Glayito se distrajo al captar el amargo tufo a bilis de ratón que emanaba de la guarida de los veteranos. Hojarasca Acuática debía de estar quitándole una garrapata a Rabo Largo o a Musaraña. Un olor mucho más agradable anunció la llegada de dos de los hijos de Dalia: Ratolino y Zarpa Pinta

volvían cargados de una expedición de caza. Entraron en el campamento a toda prisa: él con dos ratones y ella con un enorme tordo entre las fauces. Dejaron todas las piezas en el montón de la carne fresca.

Manto Polvoroso se acercó a recibirlos.

—¡Parece que lo has hecho muy bien, Zarpa Pinta! —alabó a su aprendiza —. Los dos habéis hecho un buen trabajo.

Los aprendices ronronearon, y Glayito notó que sonaban como su madre, aunque en su caso el sonido quedaba amortiguado por sus densos pelajes.

Un repentino golpe de viento y pelo derribó al cachorro.

—¿Vas a jugar con nosotros o no? —quiso saber Carrasquina.

Glayito se levantó de un salto y se sacudió.

—¡Por supuesto que sí!

—Vale. ¡Leoncillo tiene el ratón y no me lo deja! —se quejó la gatita.

—Entonces, ¡vamos a por él!

Glayito cruzó el claro corriendo hacia su hermano. Lo inmovilizó contra el suelo mientras Carrasquina le arrebataba la presa de las garras.

—¡No es justo! —protestó Leoncillo.

—No tenemos que ser justos —chilló Carrasquina triunfalmente—. ¡Todavía no estamos con el Clan Estelar!

—¡Y nunca lo estaréis si seguís jugando con la comida de esa manera! —Borrascoso se había detenido a su lado de camino a la guarida de los guerreros—. Estamos en la estación sin hojas. Deberíamos darle las gracias al Clan Estelar por cada bocado.

Leoncillo se retorció debajo de Glayito.

—¡Solo estamos practicando nuestras habilidades cazadoras!

—Tenemos que entrenar —añadió Glayito, incorporándose—. Pronto seremos aprendices.

Borrascoso guardó silencio un instante; luego estiró el cuello y le dio un lametazo a Glayito entre las orejas.

—Por supuesto —murmuró—. Lo había olvidado.

A Glayito se le encogió el estómago de frustración. ¿Por qué todos lo trataban como a un recién nacido cuando ya casi tenía seis lunas? Sacudió la cabeza malhumorado. ¡Borrascoso ni siquiera era un auténtico miembro del clan! Su padre, Látigo Gris, había sido lugarteniente del Clan del Trueno, pero Borrascoso había crecido con los compañeros de su madre en el Clan del Río, y su pareja, Rivera, procedía de muy lejos, de las montañas. ¿Quién se creía que era para comportarse con semejante superioridad?

A Carrasquina le rugieron las tripas.

—¿Qué os parece si nos comemos el ratón en vez de jugar con él?

—Compartidlo vosotros dos —propuso Leoncillo—. Yo tomaré algo del montón de carne fresca.

Glayito se volvió hacia la pila de presas cazadas esa mañana por los guerreros. Un leve olor lo inquietó. Inspiró hondo, abriendo la boca para tomar más aire: olió el tordo recién cazado por Zarpa Pinta y los ratones del hermano de esta, con la sangre todavía caliente. Pero por debajo había un tufo amargo que le hizo fruncir el hocico. Pasó junto a Leoncillo con la cola rígida.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó este.

Glayito no contestó. Apartó con el hocico los cuerpecillos muertos hasta llegar a un pájaro pequeño, que sacó del montón.

—¡Mirad! —exclamó, haciéndolo girar con una pata. La barriga de la criatura estaba llena de gusanos.

—¡Puaj! —chilló Carrasquina.

Hojarasca Acuática salió de la guarida de los veteranos con una bola de musgo en la boca. Glayito percibió el olor de la bilis de ratón incluso por encima del hedor del ave putrefacta. La curandera se detuvo junto a los tres cachorros.

—Muy bien detectado —los elogió, tras dejar en el suelo la bola de musgo—. Sé que ahora las presas escasean, pero es mejor ayunar que comer algo que os dará dolor de estómago.

—Lo ha encontrado Glayito —maulló Carrasquina.

—Bien, pues me ha ahorrado un paciente —repuso Hojarasca Acuática—. Ya estoy bastante ocupada. Fronde Dorado y Betulón tienen tos blanca.

—¿Quieres que te ayude a recolectar hierbas? —se ofreció Glayito.

Nunca había salido del campamento, y estaba deseando explorar el bosque. Quería olfatear las marcas olorosas que señalaban las fronteras; hasta el momento, solo había captado débilmente el olor del Clan de la Sombra y del Clan del Viento en el pelo de los guerreros que salían en las patrullas fronterizas. Quería sentir la brisa fresca del lago, sin contaminar por los olores del bosque. Quería aprender dónde estaban las marcas de todas las fronteras para poder defender hasta el último trozo del territorio de su clan.

—¡Podrías recoger muchas más hierbas si nosotros te ayudamos a traerlas al campamento! —añadió Leoncillo.

—Ya sabéis que no se os permite salir hasta que seáis aprendices —les recordó Hojarasca Acuática.

—Pero necesitarás ayuda si hay gatos enfermos… —insistió Glayito.

Hojarasca Acuática lo hizo callar tocándole el hocico con la punta de la cola.

—Lo lamento, Glayito —maulló—. No falta mucho para que Estrella de Fuego os nombre aprendices. Pero, hasta entonces, tendréis que esperar como cualquier otro cachorro.

Glayito comprendió lo que quería decirles. Ellos eran hijos del lugarteniente del clan y de la hija del líder. Hojarasca Acuática estaba recordándoles que eso no les daba derecho a recibir un trato especial. Agitó la cola, enfurruñado. A veces, parecía que el resto del clan ponía todo su empeño para asegurarse de que nunca tuviesen un trato especial. ¡No era justo!

—Lo siento —repitió Hojarasca Acuática—, pero así son las cosas. —Y, tras recoger la apestosa bola de musgo, se encaminó a la guarida de la curandera.

—Buen intento —le susurró Leoncillo a su hermano al oído—. Pero parece que vamos a pasar otra temporada encerrados en el campamento.

—Hojarasca Acuática cree que nos tiene ganados porque nos trae lana de los páramos para el lecho —bufó Glayito—. O trocitos de panal para que los chupemos. ¿Por qué no nos da lo que de verdad queremos: una oportunidad de explorar el exterior?

Carrasquina barrió el suelo congelado con la cola. Glayito sabía que su hermana deseaba salir de los muros del campamento tanto como ellos dos.

—Hojarasca Acuática tiene razón —admitió la cachorrita de mala gana—. Tenemos que cumplir el código guerrero.

Se comieron entre los tres el ratón y un campañol. Después, mientras se pasaba las patas por las orejas para limpiarlas a fondo, Glayito reparó en que Rivera salía de la guarida de los guerreros para reunirse bajo la luz del sol con Centella y Nimbo Blanco. La gata tenía un olor distinto del de los demás guerreros, el aroma de las montañas y de las aguas rápidas, lo que la convertía en la más extraña de todos los gatos que no habían nacido en un clan. Glayito se preguntó si se trataría solo de su olor o si estaría percibiendo algo más en la gata montañesa, una especie de cautela que nunca la abandonaba. No podía meter las narices en eso, pero estaba seguro de que Rivera se sentía fuera de lugar en el bosque.

Un susurro procedente de la barrera de espinos que protegía la entrada al campamento señaló el regreso de Bayino. El tercer hijo de Dalia corrió al montón de la carne fresca y soltó allí su presa: una rolliza paloma torcaz.

—¿Dónde está Zarzoso? —les preguntó a los cachorros.

Zarzoso era su mentor, y Glayito no pudo contener una punzada de celos porque el aprendiz pasaba muchísimo tiempo con su padre mientras él se moría de ganas por acompañarlo a cazar al bosque.

—Está con Esquiruela —contestó el cachorro—. Están mirando si hay rocas sueltas. —Levantó las orejas, buscando el sonido de la voz de sus padres. No lo captó, pero la brisa que bajaba por el despeñadero arrastraba su olor—. Ahí arriba —le indicó a Bayino, apuntando con el hocico.

—¡Hoy tienes el olfato muy fino, Glayito! —exclamó Bayino—. Quería enseñarle mi captura y preguntarle si tendremos entrenamiento de combate por la tarde.

Los celos arañaron con más fuerza el estómago del cachorro. «¿Por qué no puedo ser aprendiz ya?».

—Debes de ser muy buen cazador —suspiró Leoncillo, que sin duda estaba pensando lo mismo que su hermano.

—Solo es cuestión de práctica —replicó Bayino—. Mirad —añadió agazapándose—: se empieza así.

El vientre de Leoncillo rozó el suelo cuando trató de imitar al aprendiz.

—¡Baja la cola! —le ordenó Bayino—. ¡Sobresale como una campanilla!

El cachorro golpeó el suelo helado con la cola.

—Ahora inclínate hacia delante, tan sigiloso como una serpiente —indicó el aprendiz.

—¡Parece que tengas gases! —se burló Carrasquina.

Leoncillo bufó divertido, saltó sobre ella y la hizo rodar por el suelo. La gatita se defendió, ronroneando de risa, mientras su hermano le aporreaba la barriga con las patas traseras.

Estaban tan entretenidos jugando que no advirtieron el repentino ruido que se oyó fuera del campamento.

Pero Glayito sí.

Unos gatos corrían a toda velocidad hacia la entrada. Glayito reconoció el olor de Zancudo y Espinardo. La patrulla estaba de vuelta. Pero algo iba mal. Las fuertes pisadas de los guerreros resonaban por el bosque en una carrera cargada de pánico: en su aroma se percibía el amargor del miedo.

A Glayito se le erizó el pelaje cuando Zancudo y Espinardo irrumpieron en el campamento.

Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se pusieron en pie de inmediato.

—¿Qué ocurre? —maulló el líder.

Zancudo respiró hondo antes de responder:

—¡Hay un zorro muerto en nuestro territorio!

2

—¿Dónde? —preguntó Estrella de Fuego con voz tensa.

—Junto al Roble del Cielo —resolló Espinardo—. Ha caído en una trampa de los Dos Patas.

Glayito oyó el sonido de piedrecillas cayendo por el muro rocoso. Zarzoso estaba bajando al campamento con Esquiruela a la zaga.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el lugarteniente.

—Espinardo y Zancudo han encontrado el cadáver de un zorro —le explicó Estrella de Fuego—. Ha muerto en una trampa.

—¿Macho o hembra? —preguntó Esquiruela.

—Hembra —respondió Zancudo.

—Entonces quizá haya crías —gruñó Zarzoso.

Glayito estaba desconcertado.

—¿Qué daño pueden hacer un par de crías? —le susurró a su hermana.

—Que las crías crecen, cerebro de ratón —le espetó la cachorrita siseando —. Un zorro adulto puede matar a un gato.

—La zorra olía a leche —informó Espinardo.

—Entonces no hay duda de que hay crías —concluyó Estrella de Fuego.

Cenizo salió de la guarida de los guerreros.

—¿Dónde está esa trampa? —preguntó Zarzoso.

Glayito creyó percibir ansiedad en la voz de su padre, pero seguro que sabía lo necesario sobre las trampas de los Dos Patas como para no tenerles miedo. No, no era ansiedad, sino otra cosa, una emoción más oscura que Glayito no reconoció.

La respuesta de Espinardo interrumpió sus pensamientos:

—La trampa está en el lado del lago, no muy lejos del Roble del Cielo.

—Las crías deben de andar cerca —supuso Zarzoso—. Su madre no se habría alejado mucho de ellas.

—¿Qué deberíamos hacer? —Fronda había salido de la maternidad—. ¡No podemos dejar que los zorros invadan el bosque! ¿Qué pasará con mis cachorros?

—Tenemos que encontrar su madriguera —contestó Zarzoso sin vacilar.

—Si las crías son muy pequeñas, se morirán de hambre sin su madre —maulló Estrella de Fuego—. Sería mejor acabar con ellas cuanto antes. —No había ni un ápice de maldad en su voz; el líder tenía que hacer lo que fuera mejor para el clan.

—¿Y si son lo bastante mayores para sobrevivir por sí solas? —preguntó Carrasquina con curiosidad.

—Entonces habrá que echarlas de nuestro territorio —le contestó Estrella de Fuego—. No podemos permitir que se instalen aquí.

—A estas alturas, las crías ya tendrán hambre —señaló Cenizo—. ¿Y si se han atrevido a salir de su madriguera?

—¡Podrían localizar el campamento! —jadeó Fronda.

—El campamento permanecerá bien vigilado —le prometió Estrella de Fuego—. Iré con Tormenta de Arena a inspeccionar el viejo sendero atronador que lleva a la casa abandonada de los Dos Patas. Zarzoso, tú organiza las demás patrullas.

Dicho eso, el líder del Clan del Trueno y su compañera se marcharon corriendo por el túnel de espino que separaba el campamento del bosque.

—¡Borrascoso, Rivera! —llamó Zarzoso—. ¡Patrullad alrededor de la hondonada! Cenizo, tú vigila la entrada.

Centella y Nimbo Blanco se plantaron delante del lugarteniente.

—¿Qué quieres que hagamos nosotros?

—Id hacia la frontera del Clan de la Sombra —les ordenó Zarzoso—. Allí la tierra es arenosa, ideal para excavar madrigueras. Esquiruela os guiará; haced todo lo que os diga. Puede que haya más trampas, y ella es quien mejor sabe inutilizarlas. Llevaos a Carboncilla, pero que no se separe de vosotros.

Nimbo Blanco llamó a su aprendiza, pero la joven atigrada de color gris ya estaba atravesando el claro a toda prisa. Esquiruela se encaminó hacia la entrada. Glayito notó el roce de su cálido pelaje al pasar junto a él. Zarzoso llamó a Espinardo y a Zancudo.

—Volved al sitio donde habéis encontrado a la zorra, a ver si podéis seguir el rastro hasta su madriguera.

Rosellera y Ratolino aguardaban expectantes, casi incapaces de permanecer quietos.

—¿Podemos ir con nuestros mentores? —pidió Rosellera.

—Sí, pero haced todo lo que os digan —los advirtió Zarzoso.

Glayito notó la emoción de los aprendices crepitando en el aire, como los relámpagos, mientras se marchaban tras Espinardo y Zancudo. Sintió un hormigueo de frustración en las zarpas. ¡No era justo! Puede que él fuese pequeño, pero, aun así, podía pelear con una cría de zorro.

—¡Nosotros no vamos a quedarnos aquí! —anunció Leoncillo, como si le hubiera leído el pensamiento a su hermano—. ¡Zarzoso!

—¿Qué? —le respondió su padre con tono impaciente.

—¿Podemos hacer algo para ayudar? —suplicó el cachorro—. Ya casi somos aprendices.

—Con casi no basta —replicó el lugarteniente. Pero debió de ver la decepción en la cara de Leoncillo, porque añadió con voz más amable—: Carrasquina, Glayito y tú podéis ayudar a guardar el campamento. Yo me llevo a Manto Polvoroso y a Zarpa Pinta a inspeccionar la orilla del lago. Necesitamos gatos valientes para asegurarnos de que esas crías de zorro no entran en la hondonada. Si percibís algún olor extraño, mandadme de inmediato a Hojarasca Acuática.

—De acuerdo —maulló Leoncillo ilusionado, y corrió a reunirse con sus hermanos—. Tenemos que guardar el campamento —les explicó—. Por si las crías de zorro intentan entrar.

—No te habrás creído lo de que pueden llegar hasta aquí, ¿verdad? —repuso Glayito, malhumorado—. Debe de haber un aprendiz del Clan del Trueno detrás de cada árbol. Zarzoso solo intenta mantenernos entretenidos.

—¿En serio? —Leoncillo se sentó de golpe, como una hoja arrancada por el viento—. Pensaba que quería nuestra ayuda de verdad.

—Nunca se sabe —intervino Carrasquina—. Puede que las crías vengan hacia aquí, y, en ese caso, estoy segura de que nosotros seríamos los primeros en percibir su olor… sobre todo gracias a Glayito.

El cachorro sintió una oleada de rabia.

—Sois igualitos que Zarzoso —les espetó—. Dejad de fingir que somos importantes para el clan cuando sabéis que no es así.

Carrasquina removió la tierra con las patas delanteras.

—Algún día lo seremos —declaró.

Leoncillo se levantó de repente y se volvió entusiasmado, con la cola erizada.

—¡Seremos importantes hoy! —exclamó—. ¡Vamos a echar a esas crías de zorro del territorio del Clan del Trueno nosotros solos!

Carrasquina soltó un grito ahogado.

—Pero, si salimos del campamento sin permiso, ¡estaremos quebrantando el código guerrero!

—Lo haremos por el bien del clan —argumentó Leoncillo—. ¿Cómo puede ir contra las normas algo así?

A Glayito se le ocurrió otra cosa.

—Todavía no somos guerreros… ¡ni siquiera somos aprendices! Entonces, ¿por qué tenemos que cumplir el código guerrero?

Carrasquina ronroneó.

—Y si echamos a esas crías de zorro, Raposillo y Albinilla estarán a salvo —maulló.

—Exacto.

Leoncillo dio media vuelta y se dirigió a una parte sombría de la barrera de espinos que separaba el campamento del bosque. Allí había un pequeño túnel hasta el lugar en el que los gatos hacían sus necesidades. Nadie desconfiaría al verlos allí. No creía que fueran a reparar en su fuga. El claro estaba desierto, pues todos los aprendices y los guerreros andaban ocupados vigilando o patrullando. Los veteranos, Musaraña y Rabo Largo, se encontraban en su guarida, y Fronda y Dalia se habían encerrado en la maternidad. Hojarasca Acuática estaba atareada con los dos enfermos de tos blanca que cuidaba en su refugio.

Con el corazón acelerado, Glayito siguió a Leoncillo a través del estrecho túnel.

—No nos ha visto nadie —susurró Carrasquina justo detrás de él.

Glayito notó el hedor a suciedad del lugar y se desvió, siguiendo a su hermano ladera arriba para alejarse del campamento. Los pasos de Cenizo sonaban sobre las hojas caídas al otro lado de la barrera de espinos, donde el guerrero estaba montando guardia.

—¿Puede vernos? —siseó Glayito.

—Desde donde está, no —lo tranquilizó Carrasquina—. La barrera le tapa la visión.

—Y las demás patrullas no nos descubrirán si nos alejamos de las rutas principales —maulló Leoncillo.

—Pero si nosotros no sabemos dónde están las rutas principales… —apuntó Glayito. Bajo las patas, el suelo le resultaba extraño, tapizado de hojas y ramitas, muy distinto del terreno liso y despejado de la hondonada rocosa.

—Podemos deducir dónde están porque los olores serán más intensos —maulló Carrasquina—. Ahora apenas llega ningún aroma de más adelante. La pendiente es muy empinada y no hay senderos entre los helechos.

—Entonces, vayamos por ahí —sugirió Leoncillo.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó Carrasquina a Glayito.

—Espinardo ha dicho que la zorra estaba en el lado del lago, es decir, por ahí —respondió, apuntando con la cola en dirección contraria a la pendiente.

—¿Cómo sabes dónde está el lago? —Carrasquina sonó desconcertada.

—Puedo oler el viento que llega del agua. Tiene un aroma más fresco que el que procede de las colinas o del bosque.

Los tres cachorros descendieron a toda prisa y luego subieron por una elevación boscosa y densamente arbolada. Allí, el suelo estaba más húmedo, y Glayito supuso que era porque le daba menos el sol que a la otra ladera. Se estremeció.

—No tendrás miedo, ¿verdad? —se burló su hermana.

—Por supuesto que no. Es solo que hace frío a la sombra.

Siguieron ascendiendo hasta la cima, donde había menos árboles. Glayito notó la calidez del sol que se colaba entre las ramas. De pronto dilató las ventanas de la nariz, alarmado.

—¡Parad! —les advirtió. Olfateó una hoja de helecho, tratando de distinguir los olores de los numerosos miembros del Clan del Trueno—. Los guerreros pasan mucho por aquí.

—Yo no veo a ninguno —maulló Carrasquina.

—Pero será mejor que tengamos cuidado —insistió Glayito—. ¿Y si nos tropezamos con una patrulla?

—¡Ojalá estuviéramos en la estación de la hoja verde! —bufó Leoncillo —. Habría muchísima vegetación para esconderse.

—¿Qué os parece allí? —propuso Carrasquina—. Hay bastantes más árboles…

—¡… y zarzales! —añadió Leoncillo.

Echó a correr con su hermana, y Glayito los siguió, alejándose de los olorosos helechos para esconderse entre los árboles. Allí, el aire estaba más limpio, menos cargado con los olores del Clan del Trueno. Los músculos de Glayito empezaron a relajarse, pero entonces oyó un sonido familiar: la voz ronca de Borrascoso.

—¿Rivera? —El guerrero gris estaba llamando a su compañera.

—¡Agachaos! —siseó Glayito.

Los cachorros obedecieron de inmediato. Glayito pegó la barriga al frío suelo y notó cómo le retumbaba el corazón contra la alfombra de hojas.

El suelo vibraba con las pisadas que se aproximaban.

—Vienen hacia aquí —susurró. ¿Cómo iban a explicar su presencia tan lejos del campamento?

—Vamos a escondernos debajo de ese acebo —propuso Carrasquina.

Leoncillo se dirigía ya hacia el arbusto, cuando Glayito notó que Carrasquina lo presionaba hacia delante, instándolo a moverse. Bufó enfadado y corrió detrás de su hermano. Entonces Carrasquina lo empujó entre las ramas bajas del acebo y las espinosas hojas le arañaron las orejas y el hocico.

—Aquí dentro no nos verán —musitó la cachorrita.

La voz de Borrascoso sonó de nuevo, aterradoramente cerca:

—Vayamos hacia la frontera del Clan de la Sombra.

Rivera le respondió; estaba a solo unas pocas colas de distancia:

—¿Crees que podrían estar usando la vieja madriguera?

—Probablemente no —maulló Borrascoso—. Todavía apesta a la tejona que Esquiruela echó del bosque. Pero no estaría de más comprobarlo.

—Ojalá Borrascoso y Rivera olieran como los gatos del Clan del Trueno. ¡Habría sido más fácil detectarlos! —se lamentó Leoncillo.

—Jamás los habríamos descubierto, olieran como oliesen —replicó Glayito—. El viento soplaba en su dirección.

—¡Chis! —ordenó Carrasquina.

Los pasos de los guerreros se encaminaban directamente hacia el acebo. Las ramas se estremecieron cuando Borrascoso las rozó. Glayito volvió a aplastarse contra el suelo y cerró los ojos.

—Venga, ¡démonos prisa! —urgió Borrascoso a su compañera—. Después podemos volver para patrullar la cima de la hondonada.

Las pisadas de los dos guerreros se fueron apagando.

—Salgamos de aquí —susurró Glayito.

—¿Por dónde? —preguntó Leoncillo.

Glayito olfateó el aire, saboreando de nuevo el fresco viento que procedía del lago.

—Por ahí —indicó con la cola.

Se pusieron en marcha de nuevo, manteniéndose agachados. Leoncillo los guio por una ruta serpenteante, a través de zonas de helechos y de maleza enmarañada. Glayito se coló tras él en una mata de tallos tan enredados que apenas podía avanzar a través de los huecos.

—Estoy seguro de que ningún guerrero ha estado aquí jamás —fanfarroneó.

—¡Deberían llevarnos siempre de patrulla! —exclamó Leoncillo.

—Podríamos explorar lugares a los que ellos ni siquiera podrían acercarse —coincidió Carrasquina.

Escarbaron bajo las arqueadas raíces de un sicomoro, abriendo un túnel a través de la capa de hojas que se habían acumulado allí. Glayito se detuvo. Había captado el rastro fresco de Espinardo.

—¡Parad! —ordenó—. La patrulla de Espinardo acaba de pasar por aquí.

De inmediato, los cachorros volvieron a meterse en el oscuro agujero que habían excavado bajo las raíces del sicomoro.

—Debemos de estar yendo en la dirección correcta —susurró Carrasquina.

—Ese de ahí debe de ser el Roble del Cielo —maulló Leoncillo—. Es el árbol más alto de todo el bosque.

—¿Dónde está la patrulla? —preguntó Glayito.

—¡Escuchad! —exclamó Carrasquina.

Glayito oyó a la patrulla moviéndose ruidosamente entre los helechos, a varios zorros de distancia. Luego se le erizó el pelaje. Saboreó el aire y se encogió al notar en la lengua un intenso hedor. Era un olor que no había captado jamás, pero que le provocó un escalofrío que le recorrió toda la comuna vertebral.

—¿Oléis eso? —les preguntó a sus hermanos.

—¡Puaj! —Leoncillo arrugó la nariz.

—¡Debe de ser la zorra muerta! —dijo Carrasquina—. Estamos cerca de la trampa.

—¿La ves? —preguntó Glayito.

Carrasquina se separó de él para asomar la cabeza.

—¡Puedo ver por encima de la raíz! La zorra muerta está debajo del roble. La patrulla está más allá, buscando entre los helechos.

—Se han equivocado de lugar —maulló Glayito. De pronto se había dado cuenta de que, a pesar de los olores de la patrulla y de la zorra muerta, notaba un aroma mucho más sutil y dulce: leche. Estaba justo allí, debajo del sicomoro—. La zorra pasó junto a este árbol —les dijo a sus hermanos—. Capto su olor a leche.

—¡Hemos encontrado su rastro! —maulló Carrasquina.

Leoncillo salió de debajo de la raíz.

—¡Vamos a seguirlo! Nos llevará hasta las crías.

Glayito le dio la espalda al lugar en el que Espinardo, Zancudo y Rosellera buscaban entre el sotobosque ennegrecido por la escarcha. Salió de entre las raíces y se dispuso a seguir el rastro de leche.

—¡Cuidado! —lo avisó Leoncillo—. Hay zarzas más adelante.

Con todos los sentidos puestos en el olor a leche, Glayito no había reparado en el espinoso arbusto.

—¡Encontraré la manera de atravesarlo! —aseguró Carrasquina, adelantándose para internarse entre las ramas.

—Pero el rastro rodea el zarzal —protestó Glayito.

—No deberíamos exponernos —replicó Leoncillo—. Podemos buscar el rastro al otro lado, cuando las zarzas nos oculten.

A su pesar, Glayito siguió a Leoncillo mientras Carrasquina daba con un estrecho túnel a través de las enmarañadas ramas. Se sintió aliviado al detectar enseguida, al otro lado, el olor de la zorra.

Allí había mucho más espacio entre los árboles. Glayito notó en el pelaje el viento y los rayos del sol, que en esa zona llegaban hasta el suelo. El olor lechoso de la zorra era cada vez más fuerte y, al acercarse a una mata de helechos que ocultaban una pequeña elevación del suelo, Glayito captó otro aroma. ¿Las crías?

—¡Esperad aquí! —ordenó Carrasquina.

—¿Por qué? —protestó Leoncillo.

—Esperad un poco mientras echo un vistazo detrás de esos helechos.

—Yo también voy —replicó Leoncillo.

—No queremos que las crías sepan que estamos aquí. Si entramos los tres a trompicones, sabrán que pasa algo y habremos perdido el elemento sorpresa.

—Mi pelaje dorado se camuflará mejor entre los helechos que el tuyo, que es negro —señaló Leoncillo.

—¿Y qué pasa conmigo? —intervino Glayito.

—No atacaremos la madriguera sin ti —le prometió Carrasquina—. Pero tú y yo esperaremos aquí mientras Leoncillo busca la entrada.

Glayito sintió una punzada de frustración, aunque sabía que el plan de su hermana era sensato.

—Vuelve en cuanto la encuentres —le susurró a Leoncillo antes de que desapareciera entre los helechos.

Por primera vez, Glayito se preguntó si atacar a las crías de zorro era buena idea. Pero ¿cómo, si no, iba a convencer al clan de que no debían tratarlo como a un cachorrito indefenso?

Aguzó el oído tratando de captar algún sonido que indicara el regreso de Leoncillo. Le pareció que pasaba una eternidad antes de que su hermano apareciera entre los helechos, al fin.

—La entrada principal de la madriguera está justo detrás de esta mata —susurró, sacudiéndose hojas del pelo—. Pero hay un acceso más pequeño al otro lado del montículo de tierra, probablemente una vía de escape, que lleva a la parte de atrás.

—¿Las crías están dentro? —preguntó Glayito.

—No he entrado, pero las he oído lloriquear de hambre.

—Entonces todavía deben de ser pequeñas —supuso Carrasquina—. Si no, a estas alturas ya habrían salido.

—Será más fácil obligarlas a salir si bajamos por la vía de escape —propuso Leoncillo—. Si entramos a toda prisa, la sorpresa las empujará a escapar de la madriguera, y luego podemos perseguirlas hasta la frontera.

—¿Hacia dónde está, por cierto? —preguntó Carrasquina.

Leoncillo resopló con impaciencia.

—¡Encontraremos una frontera vayamos hacia donde vayamos! —espetó —. El territorio del Clan del Trueno no es infinito. Pongámonos manos a la obra antes de que Espinardo encuentre la madriguera y se lleve toda la gloria.

Echó a correr antes de que Glayito o Carrasquina pudieran replicar. Los guio montículo arriba, lejos de los helechos, sobre el suelo cubierto de hojas.

—La vía de escape está aquí —anunció tras frenar en seco.

—¡No es más grande que una madriguera de conejo! —se sorprendió Carrasquina.

—A lo mejor en su día lo fue. Qué más da, mientras podamos colarnos por ahí.

El maullido de Espinardo sonó entre los árboles, a no mucha distancia. La patrulla debía de haber abandonado la búsqueda entre los helechos que rodeaban a la zorra muerta y se encaminaba hacia el montículo de tierra.

—¡Deprisa! —dijo Leoncillo—. ¡O Espinardo encontrará a las crías antes que nosotros!

Glayito respiró hondo y se internó en el agujero. Sus paredes terrosas lo rodearon mientras avanzaba. No le importaba que no hubiera luz: confiaba en su olfato como guía. Notaba a Leoncillo pegado a él, y siguió hasta irrumpir en la madriguera.

Allí, el aire era cálido y apestaba a zorro… a más de uno. Glayito soltó un bufido amenazador. Leoncillo, que se había puesto a su lado al instante, bufó ferozmente, y Carrasquina soltó un alarido cruel.

Glayito no podía ver a los zorros, pero, en cuanto los oyó ponerse en pie, supo que eran mucho más grandes de lo que esperaban. Lo invadió el terror cuando las crías soltaron un grito estridente.

—¡Son enormes! —chilló Leoncillo.

—¡Retirada! —aulló Glayito.

Dio media vuelta y salió disparado por la vía de escape. Notó el aliento caliente de un zorro en la cola. «¿Leoncillo y Carrasquina se han quedado atrapados en la madriguera?», se preguntó, pero no podía volver para comprobarlo. Tras él, la cría de zorro lanzaba mordiscos al aire.

Aterrorizado, Glayito descendió del montículo y se internó en los helechos.

—¡Espinardo! —gritó.

Al ver que el guerrero no contestaba, Glayito corrió hacia el zarzal. Esperaba que los pinchos detuvieran al zorro, pero este se metió en el arbusto tras él. Las ramas espinosas se clavaban en las orejas y el hocico del cachorro, pero el zorro avanzaba entre ellas como si estuviera corriendo sobre la hierba. A duras penas, Glayito se liberó de las zarzas y corrió hacia el campamento. Captó los olores familiares de la hondonada y fue directo hacia ellos. Su perseguidor seguía pisándole los talones, gruñendo y mordiendo el aire.

«¡Ya debo de estar cerca del campamento!», pensó desesperado, resbalando sobre las hojas caídas.

Sintió un gran dolor en la cola cuando el zorro lo alcanzó con sus afilados dientes. Glayito aceleró; corría cada vez más deprisa hasta que, sin previo aviso, el suelo desapareció debajo de sus patas.

Con una sacudida de horror, notó cómo se hundía en el vacío.

«¡He caído a la hondonada!».

3

Glayito trató de moverse, pero el dolor se le extendió por las extremidades y le atenazó el pecho como unas garras.

Lo invadió el pánico.

«¡Estoy destrozado!».

Intentó maullar para pedir ayuda.

—Chis, pequeño.

Un cálido aliento le agitó el pelaje y un hocico suave le recorrió el costado.

Supuso que sería Hojarasca Acuática, aunque sonaba rara. A lo mejor lo confundían los latidos de su cabeza. Sabía que estaba dentro de la grieta en la pared de la hondonada que formaba la guarida de Hojarasca Acuática. El musgo ablandaba el suelo debajo de él. El aire frío descendía por los lisos muros rocosos, tan delicado como el agua. Zarcillos espinosos protegían la entrada. El aroma de las hierbas colmaba el ambiente; instintivamente, Glayito intentó distinguir unos de otros. Identificó el enebro enseguida: Hojarasca Acuática se lo había dado a Leoncillo una vez que le dolía mucho la barriga porque había comido demasiado. La borraja le recordó a cuando Fronda tuvo fiebre después de dar a luz a Raposillo y Albinilla.

¿Dónde estaban Leoncillo y Carrasquina?

No los olía por ninguna parte.

Se retorció en su lecho, tratando de localizarlos.

—No te muevas, pequeño.

Glayito abrió los ojos y vio una gata a su lado. Comprendió que debía de estar soñando. No la reconocía, aunque olía al Clan del Trueno. Su imagen era borrosa, un revoltijo de formas, pero distinguió las preciosas manchas cobrizas y marrones de su esbelto cuerpo mientras ella lo olfateaba de arriba abajo.

Tenía los ojos grandes y claros, uno ribeteado de un color más oscuro que el otro, y su cara moteada se estrechaba en un suave hocico blanco.

—No te asustes —maulló la gata—. Estás a salvo.

—¿Y qué les ha pasado a Leoncillo y Carrasquina?

—Ellos también están a salvo.

Glayito volvió a recostar la cabeza en el musgo mientras ella seguía examinándolo, tocando con delicadeza todas las partes doloridas de su cuerpecillo. Las zonas que palpaba parecían inundarse de calor, hasta que esa sensación se extendió de la cabeza a la cola.

—Bebe, tesoro —le indicó la gata, acercándole a la boca una hoja con agua. Estaba tan fresca y dulce que Glayito se adormiló. Cerró los ojos.

Al despertar, la gata había desaparecido. Aún le dolía el cuerpo, pero no tanto como antes.

—Estás despierto —le sorprendió la voz de Hojarasca Acuática.

—¿Dónde está la otra gata? —preguntó el cachorro, aturdido.

—¿Qué otra gata?

—La que me ha dado agua. —Recordó las características manchas de su pelaje—. Era parda y moteada, con el hocico blanco.

—¿Parda con el hocico blanco? —repitió Hojarasca Acuática con interés.

Glayito no entendía por qué la curandera se empeñaba en repetir todo lo que él decía. Intentó levantar la cabeza, pero tenía el cuello agarrotado e hizo una mueca de dolor.

—Estarás dolorido durante un tiempo —le advirtió Hojarasca Acuática—. Pero has tenido suerte de no romperte ningún hueso. —Le pasó por el hocico una bola de musgo empapada de agua—. Toma, bebe un poco.

—No tengo sed. Ya te he dicho que esa gata me ha traído agua.

Hojarasca Acuática apartó la bola de musgo.

—Háblame de ella —le pidió con dulzura.

Glayito empezó a sentirse incómodo, como si hubiera hecho algo malo. Le desconcertaba la tensión que notaba en los omóplatos de Hojarasca Acuática y el modo en que la punta de su cola se sacudía sobre el suelo cubierto de musgo.

—Nunca la había visto, pero olía al Clan del Trueno y estaba aquí, en tu guarida, así que me he imaginado que podía beberme el agua que me ofrecía.

Hubo una larga pausa.

—Era Jaspeada —dijo Hojarasca Acuática al cabo—. Uno de nuestros antepasados.

—¿Del Clan Estelar? Yo… no estoy muerto, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. Ha debido de ser un sueño.

—Pero ¿por qué iba a soñar con una gata a la que no he llegado a conocer?

—El Clan Estelar sigue sus propios caminos. Jaspeada ha elegido visitarte por alguna razón —murmuró Hojarasca Acuática, y se giró para ordenar un fardo de hierbas—. Da gracias al Clan Estelar porque tus antepasados tuvieron compasión de ti —añadió bruscamente—. Podrías haber muerto a causa de esa caída por el despeñadero. Has tenido suerte de no haber quedado malherido.

—Me duele bastante —se quejó Glayito.

—La culpa es toda tuya. Jamás deberías haber ido a cazar zorros. Sois unos descerebrados, ¡los tres! Y tú más que nadie. ¿Cómo se te ocurre salir del campamento sin avisar?

Su irritación encendió la rabia de Glayito. Dejando a un lado el dolor, el cachorro se puso en pie y la miró enfurecido.

—¡No es justo! —le espetó—. ¡Deberían dejarme hacer las mismas cosas que a cualquiera!

—Ninguno de los tres debería haber salido de la hondonada. Carrasquina y Leoncillo han tenido problemas graves con Estrella de Fuego y Esquiruela —señaló Hojarasca Acuática. Glayito abrió la boca para defenderse, pero la curandera continuó—: Gracias al Clan Estelar, Espinardo estaba lo suficientemente cerca para salvar a tus hermanos en la madriguera. Las crías de zorro ya eran grandes y podrían haberlos despedazado.

Glayito levantó la barbilla, desafiante.

—Intentábamos proteger al clan.

—Ya lo haréis más adelante —le aseguró Hojarasca Acuática—. Pero primero tenéis que aprender todo lo que podáis, como, por ejemplo, ¡a no salir por vuestra cuenta!

—¿Crees que Estrella de Fuego retrasará mi aprendizaje por culpa de esto? —preguntó Glayito, de repente muy nervioso.

Con delicadeza, Hojarasca Acuática le pasó la punta de la cola por las orejas, pero no dijo nada.

—Eso es un sí, ¿verdad? —se lamentó el cachorro—. ¿Estrella de Fuego ha dicho algo? ¡Cuéntamelo!

—Querido Glayito —suspiró la curandera—, debes saber que tú nunca te convertirás en un aprendiz normal, como Carrasquina y Leoncillo. —Y le pasó la cola por el lomo.

Él se zafó. Era como si una ráfaga de aire lo hubiera derribado y no pudiera oír nada excepto el rugido del viento. Echó a andar hacia la entrada de la guarida, pero se estremecía de dolor con cada paso que daba.

Hojarasca Acuática lo llamó, abatida.

—Glayito, espera. Creía que lo entendías…

—¿Entender qué? —Giró en redondo para encararse a ella—. ¿Que no soy lo bastante bueno para luchar por mi clan?

—Hay otras maneras de servir al clan. Nadie ha dicho que no seas bueno.

Pero Glayito no la escuchaba.

—¡No es justo! —exclamó con rabia, y empezó a abrirse paso entre las zarzas.

—¡Glayito! —lo llamó Hojarasca Acuática con voz firme—. ¡Vuelve!

Instintivamente, el cachorro se detuvo.

—Me has descrito a Jaspeada a la perfección. ¿Siempre has podido ver cosas así en sueños?

Glayito ladeó la cabeza.

—Supongo.

—¿Y qué ves?

—Depende de lo que esté soñando —respondió, cada vez más impaciente.

¿Cómo podían sus sueños ayudarlo a ser guerrero? Las imágenes borrosas que veía palidecían al lado del colorido mundo que sus sentidos percibían cuando estaba despierto.

—Ahora dime qué hierbas he usado para curarte.

Picado por la curiosidad, Glayito regresó a su lecho y se concentró en los intensos olores que persistían en su pelaje, aromas que habían dejado las medicinas que Hojarasca Acuática le había aplicado en las heridas.

—Romaza en los cortes y consuelda en las partes del cuerpo que tengo entumecidas.

—Tienes muy buena memoria para las plantas. Además de ser guerrero, hay otras formas de ayudar al clan. Tú, por ejemplo, serías un gran curandero.

—¡Curandero! —repitió Glayito con incredulidad.

¿Y tener que oler siempre a bilis de ratón y limpiar heridas apestosas?

—Podrías ser mi aprendiz —insistió Hojarasca Acuática.

—¡No quiero conformarme con ser curandero! —bufó el cachorro—. No me interesa vivir una vida a medias, separado de mis compañeros de clan

como tú. Quiero ser guerrero como Zarzoso y Estrella de Fuego.

Le dio la espalda a Hojarasca Acuática con el pelaje erizado por la furia.

—Odio ser ciego. ¡Ojalá no hubiera nacido!

4

Carrasquina esperaba en el centro del claro, donde la había dejado Zarzoso. El sol se hundía detrás de los árboles, proyectando una larga sombra en el campamento. Leoncillo estaba sentado al lado de su hermana, y su pelaje dorado brillaba bajo la luz del sol poniente. Un aire frío bajó hasta la hondonada, y el cachorro se estremeció.

De pronto, las zarzas que cubrían la entrada de la guarida de la curandera se agitaron y la cabeza atigrada de Glayito asomó. Carrasquina le dio un empujón a Leoncillo.

—¡Mira!

—¡Está bien! —exclamó Leoncillo, aliviado.

—¡Gracias al Clan Estelar!

Glayito dio media vuelta y regresó a la guarida.

—Hojarasca Acuática querrá que se quede con ella un poco más —supuso la cachorrita, y clavó las garras en el suelo tratando de contener el temblor de las patas.

Por lo menos sabía que su hermano estaba bien. Pero aún tenían que vérselas con Estrella de Fuego. ¿Cómo los castigaría esta vez? Miró a su alrededor, con la esperanza de que nadie estuviera prestándoles atención. Musaraña estaba recostada contra la roca lisa que había cerca de la entrada de la guarida de los veteranos. Manto Polvoroso compartía lenguas con Candeal al lado del espino bajo el que dormían los guerreros. Zarpa Pinta saludó a su mentor antes de recoger un ratón del montón de la carne fresca y llevárselo a la zona de los aprendices; sus hermanos, Ratolino y Bayino, estaban comiendo allí.

La mirada de Carrasquina se cruzó con la de Ratolino. El joven gris y blanco le dedicó un guiño de ánimo antes de desviar la vista. La cachorrita

alzó un poco más la barbilla; no iba a permitir que nadie descubriera lo asustada que estaba. Aceptaría su castigo como una auténtica guerrera.

Observó cómo Acedera le llevaba una pieza de carne a su pareja, Fronde Dorado, que estaba descansando debajo de la Cornisa Alta, todavía con la respiración ronca tras haber padecido tos blanca. Acedera bordeó el claro para evitar a los cachorros y dejó un ratón a los pies del guerrero.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Mejor —respondió él con voz áspera—. Estaré bien en un par de días. Betulón ya se ha recuperado, gracias a Hojarasca Acuática.

—Bueno, por lo menos ya has salido de su guarida —maulló Acedera, agradecida.

—Hojarasca Acuática necesitaba espacio para Glayito —le recordó Fronde Dorado.

—Pobrecillo. ¿Crees que se pondrá bien?

Carrasquina sintió una oleada de irritación. Glayito había tenido las mismas ganas de echar a las crías de zorro que sus hermanos, pero ahora estaban mimándolo en la guarida de Hojarasca Acuática mientras ella y Leoncillo tenían que quedarse allí plantados, soportando las miradas de todo el clan. Soltó un resoplido de rabia.

—¿Tienes una garrapata en la oreja? —le susurró Leoncillo.

—No, pero ¡es que no es justo! —respondió ella—. ¡No tendríamos tantos problemas si Glayito no se hubiera caído por el despeñadero! ¿Por qué trata de aparentar que puede hacer cualquier cosa si luego está tan indefenso?

—No deberíamos haberlo llevado con nosotros —murmuró el cachorro.

—¿Te imaginas el escándalo que habría organizado si nos hubiéramos ido sin él? —bufó Carrasquina, pero luego recordó que su hermano había seguido su ritmo y captado el rastro de leche que los había llevado a la madriguera, y se sintió muy culpable.

Glayito podría haber muerto. Esa idea le atravesó el corazón como una espina. Ellos tres siempre lo hacían todo juntos. Perder a Glayito habría sido como perder la cola.

—Ninguno de nosotros debería haber ido —suspiró arrepentida.

—¡Ojalá lo hubieras pensado antes!

El primer maullido de Estrella de Fuego pilló a Carrasquina por sorpresa. Algunas piedrecillas cayeron al claro mientras el líder descendía desde su guarida.

Zarzoso y Esquiruela bajaron tras él y se detuvieron a su espalda. A Carrasquina se le cayó el alma a los pies al ver furia en los ojos de su padre y

decepción en los de su madre. Se miró las zarpas, cabizbaja, recordando el desastroso final del asalto a la madriguera de los zorros. La patrulla de Espinardo había llegado justo a tiempo para verlos a ella y a Leoncillo saliendo del agujero con dos crías de zorro pisándoles los talones. Espinardo maulló por la sorpresa mientras ella corría disparada hacia los árboles. La cachorrita no se atrevió a pararse, asustada por las fauces que la perseguían, hasta que se tropezó con la patrulla de Zarzoso, que regresaba de la orilla del lago.

—¿Qué ocurre? —quiso saber este, y la agarró por el pescuezo cuando ella intentó pasar de largo a la carrera—. ¿Qué haces aquí?

Carrasquina intentó explicarse, pero estaba sin aliento y el corazón le martilleaba como un pájaro carpintero en un árbol hueco. Zancudo la alcanzó.

—Los cachorros han encontrado a las crías de zorro —le explicó el guerrero negro a Zarzoso—. Por lo visto, habían organizado una patrulla por su cuenta.

Carrasquina no se atrevió a mirar a su padre a los ojos.

—¿Dónde están Leoncillo y Glayito? —gruñó el lugarteniente.

—Leoncillo está con Rosellera —informó Zancudo—. Se encuentra bien. Todavía no hemos localizado a Glayito, pero las crías de zorro se han dispersado. Tardaremos en echarlas de nuestro territorio.

Zarzoso levantó la vista al cielo y masculló algo entre dientes; luego, guio sin miramientos a Carrasquina y a Leoncillo hasta el campamento.

Pero eso no había sido lo peor.

Al llegar al campamento, hallaron a Candeal y Hojarasca Acuática inclinadas en el borde del claro, con el pelaje erizado de espanto. Fronda temblaba junto a ellas, gimiendo de forma lastimera.

En el centro del círculo estaba Glayito, tendido en el suelo; era un bulto de pelo gris. Zarzoso corrió hacia su hijo y se agachó a su lado. Lo empujó suavemente con una pata, como si intentara despertarlo, pero en sus ojos había un miedo demencial.

—Todavía respira, y su pulso es regular —lo tranquilizó Hojarasca Acuática.

Zarzoso la miró con desesperación y luego se incorporó.

—Ve a por Estrella de Fuego y Esquiruela —le pidió a Candeal.

Ordenó a Leoncillo y a Carrasquina que esperasen en el claro y llevó a Glayito a la cueva de Hojarasca Acuática. Estrella de Fuego había regresado con Esquiruela, y los tres guerreros habían desaparecido en la guarida del líder, muy serios, sin ni siquiera mirar a los dos cachorros.

Carrasquina se apoyó contra Leoncillo cuando Estrella de Fuego, Esquiruela y Zarzoso volvieron a colocarse delante de ellos. Se alegraba de no tener que enfrentarse a esa situación ella sola.

—Glayito va a recuperarse —los informó Estrella de Fuego.

—Ya lo sé —respondió Carrasquina—. Lo hemos visto…

Estrella de Fuego la hizo callar con una mirada ceñuda y continuó:

—Pero la patrulla de Espinardo aún no ha vuelto. Eso significa que siguen buscando a las crías de zorro.

—¿Cómo se os ha ocurrido salir del campamento? —quiso saber Zarzoso.

Estrella de Fuego entornó los ojos.

—Ya sé que son tus hijos, Zarzoso, pero deja que me encargue yo de esto.

Esquiruela sacudió la cola. Carrasquina sabía que su madre tendría unas palabritas con ellos, pero que en ese momento se estaba mordiendo la lengua para dejar que Estrella de Fuego hablara.

—¡Solo queríamos ayudar al clan! —protestó la cachorrita.

—¡Entonces haced lo que os dicen! —gruñó el líder—. ¿Y si Glayito hubiera muerto? ¿Eso habría ayudado al clan? —Su feroz mirada pasó de Leoncillo a Carrasquina, y los dos negaron con la cabeza—. Habéis estado a punto de guiar a los zorros hacia el campamento… ¡y les habéis dado un rastro oloroso que no creo que vayan a olvidar!

—Lo sentimos —susurró Carrasquina.

—Pensábamos que si encontrábamos a las crías… —empezó Leoncillo.

—Si de verdad hubierais pensado, habríais dejado que los guerreros se ocuparan de los zorros, ¡y el clan estaría a salvo! —Estrella de Fuego sacudió la cola—. En vez de eso, ¡ahora tenemos a un cachorro malherido y a tres zorros hambrientos que saben dónde está nuestro campamento!

Carrasquina lanzó una mirada de culpabilidad a la maternidad.

Esquiruela tentaba el suelo con frustración. Estrella de Fuego le hizo una señal para que hablara.

—¡Estoy muy decepcionada con vosotros dos! —estalló la guerrera.

—¿Y qué pasa con Glayito? —protestó Leoncillo—. ¡No lo hemos obligado a acompañarnos!

—Hablaremos con Glayito cuando se recupere —respondió Zarzoso—. Ahora mismo, los que nos preocupáis sois vosotros. ¡Parece que no tenéis más sentido común que los polluelos recién salidos del cascarón!

—¿No vais a permitir que nos convirtamos en aprendices? —preguntó Leoncillo con voz entrecortada.

Carrasquina contuvo la respiración. ¿De verdad haría eso su padre? Lo miró con ojos suplicantes.

—Si por mí fuera —contestó el lugarteniente—, os haría esperar una luna más. Pero esa decisión le corresponde a Estrella de Fuego.

El líder entornó los ojos.

—No voy a tomarla ahora —declaró—. Volved a la maternidad. Fronda y Dalia os vigilarán, y al menos una de ellas ha de saber dónde estáis en todo momento. Si no os encontráis donde deberíais, será evidente que no estáis preparados para asumir las responsabilidades de los aprendices.

—No volveremos a escabullirnos —prometió Leoncillo.

—¿Carrasquina?

—No haré nada que me impida ser aprendiza —prometió, y lo decía en serio.

—Muy bien —maulló Estrella de Fuego—. Solo espero que hayáis aprendido algo. Los auténticos guerreros ponen la seguridad del clan por delante de cualquier otra cosa. —Y, dicho eso, se dirigió hacia donde estaban Fronde Dorado y Acedera compartiendo lenguas.

Las últimas palabras del líder le dolieron mucho a Carrasquina. Había defraudado al clan. Miró a sus padres con nerviosismo.

—Lo lamentamos —se disculpó.

—Eso espero —suspiró Esquiruela.

—Deberíais ser un ejemplo para los demás cachorros —añadió Zarzoso.

La mirada de Esquiruela se ablandó un poco. Se inclinó a lamer a sus hijos entre las orejas.

—Sé que creíais estar haciendo lo correcto —maulló, comprensiva.

—Solo queríamos ayudar al clan —insistió Carrasquina.

—Ya os llegará la oportunidad —les aseguró Zarzoso.

—¿Glayito también tendrá que permanecer en la maternidad? —preguntó Leoncillo.

—Se quedará con Hojarasca Acuática hasta que esté recuperado —contestó Esquiruela—. Luego, se reunirá con vosotros.

—¿Se recuperará a tiempo para la ceremonia de nombramiento? —quiso saber Carrasquina.

—Si es que la hay —apuntó Leoncillo.

Esquiruela pasó la cola por el costado de su hijo.

—Ya sabéis que vuestro hermano no puede convertirse en un aprendiz como los demás.

La cachorrita miró boquiabierta a su madre.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, sería imposible tener un guerrero ciego… —empezó Zarzoso, pero su hija se volvió hacia él con un hormigueo en las zarpas fruto de la rabia.

—¡No, no sería imposible! —bufó—. ¡Glayito huele, oye y percibe todo lo que sucede en el campamento! —Con la mirada, buscó el apoyo de Leoncillo—. Es como si viera con la nariz y los oídos en vez de con los ojos.

Miró ceñuda a su padre, esperando que le dijera algo, pero él solo intercambió una mirada tan triste con Esquiruela que la cachorrita tembló de indignación.

De pronto oyó el sonido de unas pisadas fuertes que se dirigían al campamento. Y una voz tras la barrera. Se trataba de Espinardo. El atigrado gato marrón llegó corriendo por el túnel de acceso, seguido de Zancudo, Rosellera y Ratolino.

Estrella de Fuego dejó a Fronde Dorado y Acedera para ir a recibir a la patrulla. Zarzoso se le unió.

—¿Habéis tenido suerte? —preguntó el lugarteniente.

—Rosellera y Ratolino han perseguido a una de las crías hasta que ha cruzado al territorio del Clan de la Sombra —informó Espinardo—. Pero no hay ni rastro de las otras dos.

A Carrasquina le ardieron las orejas de vergüenza.

—Las crías ya son lo bastante mayores para cuidar de sí mismas —continuó Espinardo—. Pueden causar muchos problemas en el futuro.

Fronda salió de la maternidad.

—¿Están cerca de aquí? —preguntó angustiada.

—No —respondió el guerrero, sacudiendo la cabeza—. Nos hemos asegurado de eso. No hay rastros recientes a este lado del Roble del Cielo.

Fronda pareció un poco más reconfortada, pero aún le temblaban las orejas de nerviosismo cuando regresó apresuradamente a la maternidad, donde maullaban sus cachorros.

La mirada de Carrasquina se cruzó con la de su madre, que le dedicó un gesto compasivo.

—No te juzgues con demasiada dureza —murmuró Esquiruela—. Todos los gatos cometen errores. Solo tienes que aprender de ellos.

—Conseguiré que el clan me perdone —prometió la cachorrita.

—No me cabe ninguna duda —la tranquilizó la guerrera—. ¿Por qué no vas a visitar a Glayito? Estoy segura de que le encantaría tener compañía.

—¿Puedo ir yo también? —suplicó Leoncillo.

—No sé si está lo bastante bien para recibiros a los dos a la vez. Puedes ir más tarde. Pero no te olvides de avisar a Dalia o a Fronda antes de salir de la maternidad. Eso es lo que ha ordenado Estrella de Fuego, ¿lo recuerdas?

Leoncillo sacudió su corta cola, pero no respondió. En su lugar, se fue a la maternidad muy ofendido.

—¡Saludaré a Glayito de tu parte! —le dijo Carrasquina.

—Pues vale —respondió su hermano sin mirar atrás.

Carrasquina se abrió paso entre las zarzas hasta las sombras de la guarida de Hojarasca Acuática. Glayito estaba tumbado en un rincón, junto a un hueco en la roca lleno de agua. Al oír entrar a su hermana, volvió hacia ella sus ojos azul arrendajo.

—Hola, Carrasquina.

Sonó cansado. Tenía el pelo embadurnado con emplastos y parecía tan pequeño como un recién nacido. Carrasquina sintió una punzada de pena. «Ha estado a punto de morir», pensó.

Glayito movió la cola.

—No tienes que apenarte por mí —maulló huraño.

La gatita parpadeó. ¿Cómo es que su hermano siempre sabía exactamente lo que sentía ella? A veces era muy molesto que husmeara en sus pensamientos íntimos, como un ratón entrometido.

—No voy a morirme —continuó Glayito.

—No se me había pasado por la cabeza —mintió Carrasquina, y se le acercó para alisarle a lametazos el pelo entre las orejas.

—¿Qué ha dicho Estrella de Fuego?

—Que tenemos que quedarnos en la maternidad hasta que decida si podemos convertirnos en aprendices.

—¿Cómo que «si podemos»? —repitió el cachorro.

—Si hacemos lo que nos han ordenado y permanecemos en el campamento, creo que todo saldrá bien —lo tranquilizó Carrasquina. Esperaba que fuera verdad; jamás había visto a Estrella de Fuego tan furioso.

—¡Tiene que salir bien! —Glayito trató de ponerse en pie, pero hizo una mueca de dolor.

—¿Te encuentras mal? —maulló su hermana, alarmada.

Hojarasca Acuática estaba mezclando hierbas en el extremo más alejado de la guarida.

—Solo está dolorido —respondió—. Pero se está recuperando muy bien. —Dejó lo que estaba haciendo para unirse a los dos cachorros—. Le he dado consuelda.

—¿Es eso que estabas mezclando ahí?

—Me gusta mezclarla con unas flores de brezo cuando las tengo —explicó Hojarasca Acuática—. El néctar endulza la mezcla y así es más fácil de tragar.

—¿Cómo has aprendido todo eso? —preguntó Carrasquina con curiosidad genuina.

—Me lo enseñó Carbonilla —respondió con tristeza al hablar de su mentora.

Pero la cachorrita estaba más interesada en sus habilidades. Poseer tanto conocimiento debía de hacer muy poderosa a Hojarasca Acuática; ningún otro miembro del clan conocía las hierbas como ella. Había curado a Fronde Dorado y a Betulón, y ahora a Glayito. «Imagínate ser así de importante para el clan», pensó.

—¿Hojarasca Acuática? —llamó Centella desde la entrada de la guarida —. Fronde Dorado está tosiendo otra vez.

—Te daré un poco de miel para que se la lleves. Carrasquina, ¿puedes vigilar a Glayito? Un buen lavado lo ayudará con el agarrotamiento. Solo tienes que evitar las zonas con emplasto.

—De acuerdo.

La gatita arrugó la nariz ante la idea de poner la lengua cerca de aquel potingue pegajoso y maloliente con el que Hojarasca Acuática había untado el pelo de su hermano. Aun así, empezó a lavarlo mientras la curandera, en el fondo de la guarida, formaba un fardo con una hoja llena de miel para dárselo a Centella.

—¡No seas tan brusca! —se quejó Glayito—. Me duele todo el cuerpo.

—Lo siento —se disculpó su hermana, y siguió lamiendo más despacio.

—No eres tan delicada como Jaspeada —se lamentó Glayito.

Carrasquina se detuvo.

—¿Quién?

—Jaspeada. Hojarasca Acuática dice que es uno de nuestros antepasados guerreros. Me visitó en un sueño y me olfateó de arriba abajo.

—¿Y cómo puedes soñar con una gata a la que ni siquiera conoces? —preguntó su hermana, desconcertada.

Hojarasca Acuática regresó y fue a sentarse con ellos.

—¿Le estás hablando a Carrasquina de Jaspeada?

Glayito asintió.

—¿Quién es? —quiso saber la cachorrita.

—Era la curandera del Clan del Trueno cuando Estrella de Fuego se unió al clan —explicó Hojarasca Acuática—. Murió antes de que yo naciera, pero aparece en mis sueños, igual que en los de Glayito. —Los ojos le brillaron con emoción—. Jaspeada era muy sabia. Jamás ha dejado de cuidar al clan. Supongo que por eso fue a visitar a Glayito, y por eso sigue apareciendo en mis sueños.

—¿Carbonilla también te visita?

Hojarasca Acuática negó con la cabeza.

—Solo Jaspeada. Me ayuda a encontrar la respuesta a las cuestiones que me preocupan, y me avisa si algo amenaza al clan.

A Carrasquina la sorprendió que Hojarasca Acuática hablara con tanto afecto de una gata a la que no había conocido en la vida real.

—Hablas de Jaspeada como si fuera tu amiga.

—Nuestros antepasados guerreros pueden ser nuestros amigos.

Glayito soltó un quejido.

—Me duele.

—Traeré más consuelda —se ofreció Carrasquina, y corrió al montón de hierbas para regresar con la boca llena.

—Gracias —maulló Hojarasca Acuática—. ¿Puedes acercarme también unas semillas de adormidera? Las verás al fondo. Son diminutas, redondas y negras.

—Vale. —Corrió hasta el final de la guarida y se puso a buscar entre las pilas de hierbas hasta que dio con ellas—. ¿Cuántas necesitas? —preguntó.

—Cinco —respondió la curandera—. Humedécete la pata y métela en el montón.

Carrasquina siguió sus instrucciones y, después de sacudir la zarpa para desprenderse de las semillas sobrantes, corrió al lado de su hermano. Este las lamió con ojos cada vez más soñolientos.

—¿Glayito está bien? —preguntó Carrasquina, preocupada.

—Lo estará —aseguró Hojarasca Acuática—. Pero ahora deberíamos dejarlo descansar.

La cachorrita no quería irse de la guarida de la curandera. Notaba un cosquilleo de emoción en las zarpas. Hojarasca Acuática podía sanar a los gatos enfermos, compartía lenguas con los antepasados guerreros y avisaba de la llegada de problemas. Si ella quería ser importante para su clan, quizá la forma de conseguirlo fuera convertirse en curandera. Tras la desastrosa

aventura con los zorros, a lo mejor su destino no pasaba por convertirse en guerrera. Se alejó de Glayito, pero remoloneó en la entrada cubierta de zarzas.

—Hojarasca Acuática —llamó quedamente.

—¿Sí? —La gata se le acercó.

—¿Cuándo toman un aprendiz los curanderos? ¿Solo cuando se hacen viejos?

Hojarasca Acuática la miró muy seria.

—Puedo tomar un aprendiz en cualquier momento.

—Pero ¿tu aprendiz tendría que seguir siendo aprendiz hasta que tú…? —Carrasquina fue incapaz de decir «murieras» en voz alta.

Los bigotes de Hojarasca Acuática se agitaron por la risa, imaginándose lo que la cachorrita quería preguntar.

—No —ronroneó—. En cuanto un aprendiz de curandero sabe lo suficiente, puede recibir su nombre oficial y asumir todas las responsabilidades del puesto, aunque su mentor siga vivo.

—¿Tú ya tienes a alguien en mente?

Hojarasca Acuática agitó la punta de la cola.

—Aún no lo he decidido.

Antes de que pudiera continuar hablando, Carrasquina oyó que Fronda la llamaba desde la maternidad.

—Será mejor que te vayas —le aconsejó Hojarasca Acuática—. Ya has tenido bastantes problemas por hoy.

Con un hormigueo de frustración, la cachorrita corrió hacia la maternidad. Acababa de descubrir cómo quería servir a su clan, cómo asegurarse de que lo que hacía era importante de veras. ¡Quería ser la próxima curandera del Clan del Trueno!

5

Leoncillo se despertó en su lecho. Una corriente de aire le alborotó el pelaje dorado.

«¿Dónde está Glayito?».

Su hermano solía dormir a su lado, pero ahora solo había un sitio vacío.

Luego lo recordó.

Sintió que se le revolvía el estómago al volver a verlo tendido, inerte, en un lateral del claro. «Va a ponerse bien», se dijo.

Pero en el claro, cuando vio a Hojarasca Acuática y a Zarzoso inclinados sobre el cuerpo de Glayito, Leoncillo había pensado que su hermano estaba muerto. Sintió un escalofrío por la cola. Le dio un empujón a Carrasquina, que todavía estaba dormida, casi invisible en la oscuridad debido a su pelaje negro.

—Hace frío sin Glayito.

—Volverá pronto —murmuró la gatita sin abrir los ojos.

—Pero es raro que no esté aquí.

—Solo está al otro lado del claro; regresará dentro de un día o dos. —Se giró para ponerse cómoda—. Vuelve a dormirte.

Al cabo de unos instantes, su respiración se tornó más profunda: se había dormido de nuevo. Leoncillo sintió una punzada de tristeza. Glayito debería estar con ellos, como siempre. Cerró los ojos, pero volvió a asaltarlo la imagen de su hermano tendido en el claro. «Fue idea mía salir del campamento». Glayito podría haber muerto, o las crías de zorro, haberlos seguido hasta la hondonada. ¡Qué desastre!

Leoncillo se levantó. Necesitaba aire fresco para despejarse la cabeza. Miró a través de las sombras hacia donde dormía Dalia. Su largo pelaje tostado se mezclaba con el gris oscuro de Fronda. Esta agitaba los bigotes en sueños, con sus dos cachorros acurrucados contra su costado. A ninguna de

las reinas le haría gracia que la despertara solo para pedirle permiso para salir de la guarida; además, estaría de vuelta antes de que se levantasen.

Con una sacudida de la cola, Leoncillo pasó ante Carrasquina y salió por la espinosa entrada de la maternidad. El frío aire nocturno le escoció en la nariz, y las zarpas le dolieron al pisar el suelo escarchado mientras bordeaba el campamento. Llegaban aromas de presas desde el bosque. Un pájaro lanzó un gorjeo de alarma en la lejanía. El cachorro miró al Manto Plateado, extendido de un extremo al otro en el oscuro cielo. Le alegraba que el Clan Estelar hubiera permitido que Glayito se quedara con sus compañeros. Podría ir a echarle un vistazo a su hermano. A esas horas, Hojarasca Acuática estaría dormida.

Se mantuvo pegado a las sombras, le angustiaba saber que no debía estar fuera de la maternidad sin autorización. Mientras avanzaba con sigilo junto a la barrera de espinos que protegía el campamento, el corazón empezó a latirle con tanta fuerza que parecía que iba a despertar a sus compañeros. Al inspeccionar el claro con la mirada, advirtió sobresaltado que no era el único que estaba despierto tan tarde. Una figura se movía al otro lado. La ágil silueta de un gato se separó de las sombras, seguida de otra.

Leoncillo se ocultó bajo una rama, aliviado al encontrar un hueco donde esconderse en la barrera espinosa. Observó entre los pinchos las dos siluetas: Manto Polvoroso y Zancudo caminaron juntos hasta el círculo de luz de luna que iluminaba el centro del campamento.

—Llegarán enseguida —le dijo el guerrero patilargo a Manto Polvoroso.

—Bien.

Leoncillo aguzó el oído. Hojas congeladas crujían al otro lado del muro del campamento. Notó cómo temblaba la barrera cuando Borrascoso y Fronde Dorado aparecieron por el túnel de espinos. La patrulla nocturna había regresado.

Manto Polvoroso corrió hacia ellos.

—¿Algo reseñable? —preguntó.

—Todo está tranquilo —contestó Borrascoso.

Leoncillo se pegó aún más a los espinos. Siempre podía decir que solo había salido a hacer sus necesidades, pero todavía no estaba listo para que lo mandaran de vuelta a la maternidad.

Fronde Dorado llevaba un ratón entre los dientes y lo dejó en el suelo.

—Es estupendo volver a salir de caza —ronroneó.

—¿Habéis patrullado la nueva frontera al borde del claro? —preguntó Zancudo.

Fronde Dorado asintió.

—El Clan de la Sombra la ha marcado bien —maulló—. Pero no hay señales de que hayan puesto una pata en nuestro territorio.

Manto Polvoroso entrecerró los ojos.

—Más les vale no hacerlo. No me parece bien que Estrella de Fuego les cediera ese trozo de tierra. Si pillo a un gato del Clan de la Sombra en nuestro lado de la frontera, ¡le arranco el pellejo!

—¡No se atreverán! —gruñó Fronde Dorado.

—Se atrevieron antes de que Estrella de Fuego les diera ese terreno —señaló Zancudo.

Y miró la cicatriz en el lomo de Fronde Dorado, recuerdo de una de las salvajes refriegas que los dos clanes habían tenido a causa de la franja de tierra a ambos lados del arroyo que bajaba desde el claro de los Dos Patas. El Clan de la Sombra siempre había reclamado esa zona, y en la última Asamblea, Estrella de Fuego finalmente se la había cedido para evitar que se derramara más sangre por un trozo de terreno demasiado pelado para proporcionar buenas presas.

—No valía la pena pelear por él —intervino Borrascoso—. Estrella de Fuego hizo bien en desprenderse de él.

Manto Polvoroso soltó un resoplido.

—¡El Clan del Trueno jamás había cedido territorio!

—No —coincidió Fronde Dorado.

Zancudo giró sobre sí mismo, agitado, sacudiendo la cola, pero Fronde Dorado continuó:

—Sin embargo, esa tierra está demasiado expuesta, y pronto se llenará de Dos Patas, cuando llegue la estación de la hoja verde.

—Y el Clan del Trueno está más acostumbrado a cazar en el bosque —añadió Borrascoso.

—Estrella de Fuego no debería haberla entregado tan fácilmente —insistió Zancudo.

Desde su escondrijo, Leoncillo vio con nerviosismo cómo Zancudo fulminaba con la mirada a Borrascoso. El guerrero negro de largas patas era más radical que su padre, pero Borrascoso se negó a dejarse intimidar.

—¡No entregamos nada más que un trozo de tierra estéril que está demasiado cerca del territorio de los Dos Patas! —bufó.

—Hablas igual que Zarzoso —replicó Manto Polvoroso frunciendo la boca—. ¡Solo aprobó la decisión de Estrella de Fuego porque preferiría enfrentarse a una manada de perros antes que a un Dos Patas!

A Leoncillo se le erizó el pelaje de rabia. ¡A su padre no le daba miedo nada!

—¡Zarzoso estuvo de acuerdo con Estrella de Fuego porque era una decisión inteligente, no porque tema a los Dos Patas! —retrucó Borrascoso.

—¿Y también fue acertado plantarse delante de todos los clanes y anunciar que el Clan del Trueno ya no va a defender sus fronteras? —repuso Zancudo acaloradamente—. ¡El Clan de la Sombra no tiene derecho a poner ni una de sus mugrientas patas en nuestro territorio!

—Bueno, ahora es del Clan de la Sombra —concluyó Borrascoso.

Zancudo le lanzó una mirada asesina.

—Por supuesto, a ti no te importa cuánto territorio entreguemos —gruñó —. ¡Tú no eres miembro del Clan del Trueno!

Leoncillo se estremeció. Borrascoso había combatido contra los invasores del Clan de la Sombra tan ferozmente como cualquier otro gato. Aguzó la vista; no quería perderse la reacción del guerrero gris. Pero Borrascoso se limitó a mirar a Zancudo con los ojos desorbitados por la incredulidad.

Fronde Dorado se colocó entre ambos, con un destello de inquietud en los ojos.

—Da igual si estamos de acuerdo o no —maulló—. La decisión ya está tomada.

—Pero ¡ahora el Clan de la Sombra pensará que puede arrebatarnos todo lo que quiera! —protestó Zancudo.

—Cuando Estrella de Fuego les permitió quedarse con el terreno, dejó muy claro que les estaba haciendo un favor —le recordó Fronde Dorado—. No permitió que les cupiese la menor duda de que estaba actuando por sabiduría, no por debilidad.

—Entonces, ¿por qué Estrella de Bigotes y Estrella Leopardina parecieron tan interesados? —espetó Manto Polvoroso—. Era obvio que pensaban que el Clan del Trueno no podía defender su territorio.

—¿Y si el Clan del Viento decide que quiere un pedazo del bosque del otro lado? —apuntó Zancudo—. Estrella de Bigotes no ha sido exactamente amigo nuestro desde que se convirtió en líder.

—Claro que sí: nos ayudó en el ataque a los tejones —replicó Borrascoso.

—Aun así, seguirá mirando por su clan —protestó Manto Polvoroso—. Si cree que somos débiles, podría verlo como una oportunidad de extender sus dominios.

—¿Te imaginas a Estrella de Fuego desprendiéndose de una parte de nuestro territorio rica en presas? —preguntó Borrascoso.

Manto Polvoroso lo miró ceñudo, pero luego inclinó la cabeza.

—No —concedió.

—Y no tenemos que preocuparnos por el Clan del Río —recordó Fronde Dorado—. No compartimos fronteras con ellos, y Estrella Leopardina ha estado bastante tranquila desde que Alcotán murió en nuestro territorio.

—¿Alguien sabe qué le pasó de verdad a Alcotán? —preguntó Borrascoso.

—Solo que Estrella de Fuego encontró su cadáver mientras patrullaba con Zarzoso y Cenizo —maulló Zancudo.

Leoncillo no acababa de entenderlo. Había oído a Dalia y Fronda hablar de Alcotán, el guerrero del Clan del Río que había muerto en el territorio del Clan del Trueno, empalado en la estaca de madera de una trampa para zorros. Nadie estaba seguro de qué hacía allí el guerrero. Leoncillo había intentado preguntárselo una vez a su padre —al fin y al cabo, Alcotán era medio hermano de Zarzoso y, por tanto, pariente del cachorro—, pero él se había negado a responder. La única información que daba era que, con la ayuda de Esquiruela, había llevado el cuerpo del guerrero al campamento del Clan del Río, como habrían hecho con cualquier guerrero caído, para que sus compañeros lloraran su muerte.

Mientras aguzaba el oído intentando averiguar si la conversación de los guerreros le revelaba algo nuevo, Leoncillo captó un susurro en la barrera de espinos. Sobresaltado, se dio cuenta de que estaba justo al lado del pasaje que llevaba al lugar en el que los gatos hacían sus necesidades, por donde se había escapado con sus hermanos en busca de las crías de zorro. Alarmado, Leoncillo olfateó el aire. Ratolino apareció a menos de una cola de distancia.

El cachorro se apretujó más contra las sombras, pero no pudo escapar al fino olfato del aprendiz.

—¿Leoncillo? —susurró Ratolino en la oscuridad.

Leoncillo contempló la posibilidad de esconderse más en la barrera, pero no le gustaba el aspecto de las espinas y, además, su orgullo no se lo permitía.

—Estoy aquí —confesó.

En ese instante, la mirada ámbar de Manto Polvoroso se volvió hacia ellos.

—¿Ratolino? —llamó.

Leoncillo contuvo el aliento. ¿Lo delataría el aprendiz? Habían compartido la maternidad durante un tiempo, pero ahora Ratolino podría ponerse del lado de los guerreros.

—Voy de camino a mi guarida —le respondió Ratolino a Manto Polvoroso. Al cabo de unos segundos, se metió en el escondrijo del cachorro —. ¿No deberías estar en la maternidad? —susurró.

Leoncillo sacudió la cola, malhumorado. Agradecía que Ratolino no lo hubiera delatado, pero detestaba que lo trataran como a un débil cachorrito.

—No podía dormir —gruñó—. Estoy acostumbrado a tener a Glayito cerca.

—¿Por qué estaban discutiendo Zancudo y Borrascoso?

—Estaban hablando de la decisión de Estrella de Fuego de ceder al Clan de la Sombra el trozo de terreno que hay junto al río. Zancudo ha acusado a Borrascoso de no ser un auténtico guerrero del Clan del Trueno.

Ratolino agachó las orejas, impactado.

—¡Me sorprende que Borrascoso no lo haya hecho trizas!

—Pero tiene razón, ¿verdad? —maulló Leoncillo, confundido.

—¡Será mejor que no le digas eso a la cara! —le aconsejó el aprendiz.

—Nació en el Clan del Río y ha vivido con la Tribu.

—¡Ratolino! —exclamó Manto Polvoroso desde el claro.

El aprendiz empujó a Leoncillo al fondo del hueco antes de salir de debajo de las ramas. El cachorro reprimió un grito de dolor cuando las espinas se le clavaron en la piel.

—¿No deberías estar ya en tu guarida? —quiso saber Manto Polvoroso.

—Me ha parecido oler un ratón —mintió.

—Colarse en el campamento sería una estupidez incluso para un ratón —masculló el guerrero—. Vete a dormir. A Zancudo no le hará ninguna gracia si mañana estás demasiado cansado para el entrenamiento.

—Sí, Manto Polvoroso —respondió Ratolino inclinando la cabeza, y se alejó a toda prisa.

Leoncillo esperó, con las espinas clavadas en la piel, hasta que Manto Polvoroso y los demás guerreros se marcharon a su guarida. Le pareció que era una imprudencia arriesgarse a ir a ver a su hermano. En cuanto estuvo seguro de que no había nadie más levantado, salió de debajo del arbusto y regresó con sigilo a la maternidad.

Se le habían enganchado en el pelaje espinas de la barrera. Notó los pinchazos cuando, con cautela, volvió a hacerse un ovillo en su lecho. Cerró los ojos con la esperanza de dormirse, pero en su mente resonaba la conversación con Ratolino. Nunca se le había ocurrido lo importante que era para los guerreros que un gato perteneciese realmente o no al Clan del Trueno. Él siempre había dado por hecho su propio lugar en el clan. Supuso

que no todos tenían la suerte de haber nacido en el bosque y de ser familia del lugarteniente y del líder. Pero seguía sin entender por qué Ratolino se había tomado tan a pecho la discusión entre los guerreros. Mientras Borrascoso y Rivera fueran leales al Clan del Trueno, ¿qué importaba lo demás?

6

Carrasquina soñó que la maternidad estaba llena de erizos. Entraban en fila, apartaban bruscamente a Fronda y a sus cachorros y se acomodaban en el musgo, a su alrededor. Sus afiladas púas se le clavaban en el lomo. La gatita no paraba de retorcerse para alejarse de sus molestos compañeros de guarida.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —masculló—. ¡Largaos!

Pero las púas no dejaban de pincharla. Abrió los ojos, se dio la vuelta y vio a Leoncillo durmiendo junto a ella, hecho un ovillo. Parecía como si se hubiera caído de un árbol: su pelo dorado estaba revuelto y lleno de espinas negras.

Lo empujó con la pata.

—¡Eh! —susurró—. ¿De dónde han salido estas espinas? Me están destrozando.

Leoncillo abrió sus ojos de color ámbar.

—¿Qué? —murmuró, y se le escapó un bostezo.

—¡Estás cubierto de espinas! —Carrasquina se imaginó que había estado fuera de la maternidad—. ¿Dónde te has metido? —quiso saber.

—No podía dormir —confesó el cachorro—. Fui a pasear por el claro.

Su hermana se quedó mirándolo, abatida.

—¿No tenemos ya bastantes problemas? ¿Quieres que no nos dejen ser aprendices?

—No pasa nada —la tranquilizó—. No me vio nadie. —Se incorporó y se pasó una pata por la cara—. Excepto Ratolino, pero no me delatará. Fue él quien me empujó contra el espino para que Manto Polvoroso no me descubriera.

Carrasquina soltó un bufido. «¿Por qué no pensará antes de actuar?».

—Más nos vale deshacernos de esas espinas antes de que alguien las vea.

—Pinchan un montón —se quejó el cachorro, retorciéndose para arrancarse una del costado.

—Mejor voy a la guarida de la curandera a buscar un emplaste. No querrás que los arañazos se te infecten.

—¿Qué le dirás a Hojarasca Acuática?

—No te preocupes. Le contaré que había una espina en tu lecho y que te la has clavado. —Se encaminó a la entrada—. Empieza a quitarte todas las que puedas. Yo me ocuparé del resto cuando vuelva. —Antes de salir de la maternidad, se le ocurrió otra cosa—. Y no las dejes tiradas por ahí. Si Raposillo o Albinilla se pinchan con una, ¡Fronda te arrancará los bigotes y te dejará tan pelado como un pájaro!

Carrasquina cruzó el claro a toda prisa, aliviada de no encontrar a nadie. El sol se elevaba por detrás de los árboles que coronaban los despeñaderos, pero en el campamento, todavía en penumbra, hacía frío. La cachorrita supuso que la patrulla del alba habría salido ya y que los demás gatos estarían calentitos en sus guaridas, esperando que el sol alcanzara la hondonada y la caldeara.

Llegó a la guarida de la curandera sin que nadie reparara en ella y atravesó las zarzas que ocultaban la entrada. No se veía a Hojarasca Acuática por ninguna parte, y su olor no era fresco. Corrió al lecho de Glayito.

—¿Te encuentras mejor?

El cachorro estaba acurrucado entre el musgo, formando un bulto de pelo gris atigrado. Levantó la cabeza sobresaltado al oír la voz de su hermana y la miró con sus ciegos ojos azules.

—¿Qué haces aquí? Se supone que no podéis salir de la maternidad.

—Leoncillo se ha clavado una espina. He venido a por algo para que no se le infecte la herida.

Glayito señaló somnoliento el fondo de la guarida.

—Hojarasca Acuática usa romaza para mis cortes. Tendrás que encontrarla tú, porque ella ha salido a recolectar ortigas.

—Vale —maulló Carrasquina, corriendo hacia las provisiones—. ¿Te acuerdas de cómo huele?

—Tiene un olor penetrante. —Glayito levantó la nariz e inspiró—. Es uno de los montones de delante —indicó.

Carrasquina se quedó mirando las filas de hojas y semillas. En la parte delantera había dos montones, uno de un verde más intenso que el otro. Primero olfateó el oscuro.

—Este tiene un olor un poco asqueroso —le dijo a Glayito.

—La romaza no huele mal. Solo fuerte.

La cachorrita olisqueó el otro montón y cerró los ojos, apretando los párpados. Desde luego, tenía un aroma de lo más penetrante. Se llenó la boca y volvió junto a su hermano.

—Esa es —maulló él.

Las zarzas de la entrada crujieron y Carrasquina pegó un brinco.

Era Hojarasca Acuática, sujetando cuidadosamente por los tallos un ramillete de ortigas. En las hojas dentadas todavía brillaba el rocío. La curandera dejó las hierbas en el suelo y miró a la cachorrita.

—Te has levantado pronto. —Reparó en el montón de hojas de romaza que tenía a los pies—. Tu hermano está recuperándose bien. Ya no necesita más tratamientos. Solo descansar.

—No estoy tratando a Glayito —se explicó la gatita—. Leoncillo se ha arañado con una espina que había en su lecho.

Hojarasca Acuática abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Cómo sabías que hay que usar romaza?

Carrasquina la miró indecisa. «Me lo ha dicho Glayito», pensó.

—Mi hermana recordaba el olor de lo que habías usado para curarme —intervino Glayito.

La cachorrita le pasó la cola por el costado para mostrarle su agradecimiento. No es que quisiera que Hojarasca Acuática pensara que era más lista que Glayito; solo quería que viese que podría ser una curandera magnífica.

—¡Bien hecho, Carrasquina! —exclamó Hojarasca Acuática.

La joven notó una sensación cálida por todo el cuerpo. Se dijo que algún día sabría cuál era cada hierba y no tendría que fingir.

—Voy a enseñarte cómo aplicarla —maulló Hojarasca Acuática. Tomó una sola hoja de romaza y se puso a mascarla. Una vez bien masticada, alargó una pata y se lamió para impregnarla con el jugo de la hoja. Luego escupió los restos—. Asegúrate de lamer con fuerza para que el jugo penetre en la herida. Quizá escueza, pero, si lo haces bien, le ahorrarás dolores después.

Carrasquina la observaba con atención.

—¿Quieres probar antes de irte? —le preguntó la curandera.

—Creo que debería volver con Leoncillo. —Quería regresar a la maternidad antes de que Fronda o Dalia se diesen cuenta de que había salido —. Le dolía bastante.

—También podría ir yo —se ofreció la gata.

Carrasquina estaba a punto de aceptar, pero dudó. Si la curandera veía cuántas espinas se le habían enganchado a Leoncillo en el pelaje, los dos tendrían problemas.

—Gracias, pero seguro que tienes otras cosas que hacer. Vendré a buscarte si necesito ayuda.

—Muy bien.

Carrasquina creyó ver un brillo astuto en los ojos ámbar de Hojarasca Acuática. ¿Se habría dado cuenta de que no estaba contándole toda la verdad sobre las heridas de su hermano? Como no quería averiguarlo, recogió las hojas de romaza y salió a toda prisa de la guarida de la curandera. Se le cayó el alma a los pies al ver que el campamento ya estaba despierto y atareado. Dalia había salido de la maternidad y estaba calentándose bajo los débiles rayos de sol que empezaban a colarse en el claro. Sus hijos se encontraban apelotonados delante de la guarida de los aprendices, bizqueando soñolientos. Formaban una especie de nube mullida. El pelaje tostado de Ratolino se mezclaba con el gris y blanco de Zarpa Pinta y Bayino. Carboncilla, Melosa y Rosellera estaban compartiendo lenguas junto a la roca partida. Sus esbeltos cuerpos recordaban al de su madre, Acedera, que estaba rebuscando entre los restos del montón de carne fresca junto a Espinardo y Zancudo.

«No hay razón para que piensen que no tengo permiso para salir», se dijo Carrasquina. Y cruzó el claro a grandes zancadas, con toda la naturalidad que pudo. Evitó mirar a Espinardo y a Zancudo. Le ardían las patas con cada paso, pero mantuvo la cola bien alta y procuró no parecer apresurada mientras se acercaba a la maternidad.

Llegó a la entrada sin que nadie la detuviera y con la romaza entre los dientes.

La voz de Fronda la sobresaltó:

—¿Dónde estabas?

Carrasquina soltó las hojas y miró a Leoncillo. Se sintió aliviada al ver que se había arrancado la mayor parte de las espinas y se había atusado el pelaje, de modo que parecía que había pasado toda la noche en su sitio.

—Le he contado a Fronda que había una espina en mi lecho —dijo enseguida el cachorro.

—Le traigo unas hojas de romaza para la herida —le explicó Carrasquina a la reina—. Perdona que no te haya pedido permiso, es que no quería despertarte.

—Deberías haber esperado a que me despertara para preguntarme. Pero supongo que solo estabas pensando en tu hermano, y eso no puedo

desaprobarlo —suspiró Fronda—. ¡Solo el Clan Estelar sabe cómo habrá llegado esa espina a la maternidad! —Miró a sus dos hijos, que se retorcían contra su vientre—. Debéis tener cuidado de no entrar con nada enganchado en el pelo cuando hay recién nacidos en la maternidad.

—A partir de ahora, seremos más cuidadosos —prometió Carrasquina, y corrió hacia Leoncillo—. ¿Te has quitado todas las espinas? —le susurró.

—Todas menos una detrás de la oreja —le respondió él en un murmullo.

La gatita le lamió donde le había indicado hasta notar la espina. La agarró con los dientes y la sacó de un tirón.

—He puesto las demás debajo de las zarzas del borde de la maternidad —le indicó Leoncillo, apuntando con la cola al muro que tenía más cerca.

Su hermana fue a escupir la espina junto a las otras.

—Luego podemos meter la pata desde fuera y sacarlas —maulló—. ¿Dónde tienes las peores heridas? —Y empezó a mascar una hoja de romaza mientras Leoncillo le señalaba con el hocico un lugar en el costado. Las hierbas tenían un sabor repugnante—. ¡Puaj!

Carrasquina frunció la boca sin dejar de mascar. Luego pasó la lengua por los arañazos, tal como le había enseñado Hojarasca Acuática. Mientras lo lamía con determinación, Leoncillo se encogió y soltó un chillido de dolor.

Carrasquina retrocedió de un salto, alarmada.

—¿Estáis peleando? —les preguntó Fronda sin despegar la vista de sus cachorros.

—No —maulló Leoncillo—. Es solo que el jugo de romaza escuece.

Carrasquina notó que le temblaba la cola. ¡No era capaz de continuar! El dolor de su hermano le revolvía el estómago. Pero no podía permitir que alguno de los arañazos se infectara, y si iba a convertirse en curandera, tendría que acostumbrarse a tratar pacientes.

Mascó otra de las asquerosas hojas y extendió el jugo en otro corte. Esa vez, Leoncillo solo hizo una mueca, pero bastó para que Carrasquina se apartara de nuevo de un salto.

—¡Perdona! —se disculpó con un gritito.

Luego recordó el consejo de Hojarasca Acuática: «Quizá escueza, pero, si lo haces bien, le ahorrarás dolores después». Con las palabras de la curandera en mente, continuó, obligándose a pasar por alto los chillidos de su hermano y el vomitivo sabor de la romaza.

—Ahora me siento mucho mejor —suspiró Leoncillo cuando le curó la última herida.

Carrasquina se sentó, aliviada.

Fronda levantó la vista.

—¿Por qué no vais al montón de la carne fresca a por algo para comer? —propuso—. Dalia está en el claro. Ella os vigilará y se asegurará de que no hagáis ninguna travesura.

Contenta de poder salir de la maternidad sin romper ninguna regla, Carrasquina echó a correr hacia el claro, con Leoncillo pisándole los talones. Pero el sabor de la romaza le había quitado el apetito, y se colocó detrás de su hermano sin entusiasmo.

Ratolino, Zarpa Pinta y Bayino seguían sentados delante de su guarida, en una zona donde la hierba estaba aplastada. Ratolino apenas podía estarse quieto.

—Zarzoso me ha dicho que nuestra evaluación empezará cuando el sol rebase su punto más alto —maulló emocionado.

Carrasquina levantó las orejas. Los hijos de Dalia llevaban entrenando ya casi cuatro lunas. No tardarían mucho en ser nombrados guerreros.

—¿Quién nos evalúa? —preguntó Bayino, nervioso.

—Zarzoso no me lo ha dicho.

—¿Creéis que será el propio Estrella de Fuego? —Zarpa Pinta agitó la cola, ilusionada.

—¡No digas eso! —exclamó Bayino con un respingo—. ¡Si él me está mirando, no recordaré nada de mi entrenamiento!

—¿Podremos cazar juntos? —preguntó Zarpa Pinta.

—Zancudo dijo que eso debemos decidirlo nosotros —contestó Ratolino.

Cenizo y Candeal estaban compartiendo lenguas cerca de ellos. El primero agitó los bigotes, divertido, al oír la conversación de los aprendices.

—¡Es más sensato separarse! —aconsejó levantando la voz—. Cada uno por vuestro lado, podríais llegar a sorprender a las presas, pero, si vais los tres en batallón por el bosque, ¡espantaréis a todo lo que haya de aquí hasta el lugar donde se ahoga el sol!

Candeal le dio un empujoncito con su blanca pata.

—¡No te burles de ellos, Cenizo! —lo riñó—. Tú también has sido aprendiz. Seguro que recuerdas lo nervioso que estabas en tu primera evaluación.

Rivera apareció por la entrada con tres ratones en la boca. Carrasquina se quedó mirando cómo la gata dejaba su caza en el montón de la carne fresca. Leoncillo tomó uno y empezó a comérselo con avidez.

—Gracias, Rivera —maulló con la boca llena.

Ella lo observó con sus dulces ojos grises.

—Deberías comer más despacio —le advirtió—. En las montañas, decimos que la presa que nos comemos con calma nos alimenta más tiempo.

Leoncillo la miró sorprendido.

—Vale —asintió, y siguió dando cuenta del ratón con mayor tranquilidad.

Carrasquina contempló a Rivera mientras esta se retorcía para alisarse el pelaje atigrado de color marrón. Siempre le había gustado el sonido de su voz: era más bajo y extraño que el de los demás gatos del bosque.

Se oyó un alarido al otro lado de la entrada del campamento, seguido de un bufido amenazador. Carrasquina reconoció la voz de la aprendiza Melosa.

La mentora de la joven gata, Tormenta de Arena, corrió hacia el túnel.

—Melosa —llamó—. ¿Qué ocurre?

Carrasquina contuvo la respiración. ¿Estaban atacando el campamento?

Luego oyó un aullido amistoso de bienvenida. Tormenta de Arena regresó por el túnel de espinos guiando a Ala de Mariposa, la curandera del Clan del Río, y a Blimosa, su aprendiza. Tras ellas iba Melosa, con la cola erizada de vergüenza.

—Lo lamento —maulló—. No me había dado cuenta de quiénes eran. Solo he captado el olor del Clan del Río.

Tormenta de Arena tranquilizó a su aprendiza con un viejo dicho de la maternidad:

—Es mejor asustarse de un ratón que dar paso a un tejón.

El corazón de Carrasquina brincó como un pez al ver a Blimosa. Ya había coincidido con ella una vez en que Ala de Mariposa les llevó una valiosa provisión de nébeda de la mata que crecía en una parte resguardada del territorio del Clan del Río. Hojarasca Acuática recibió de buen grado el regalo, pues la planta que crecía cerca de la casa abandonada de los Dos Patas se había quemado con las heladas. Carrasquina habló entonces con Blimosa porque quería averiguar cómo era pertenecer a un clan diferente. Pero esta vez tenía otra inquietud: cómo convertirse en aprendiza de curandera.

Mientras Tormenta de Arena iba en busca de Hojarasca Acuática, Carrasquina cruzó el claro en dirección a Blimosa.

—¡Hola! —la saludó con timidez.

A Blimosa, que parecía preocupada, se le iluminó la cara.

—¡Hola, Carrasquina! —ronroneó—. ¿O ya te han dado tu nombre de aprendiza?

—Todavía no. ¿Por qué habéis venido? —preguntó.

Las gatas del Clan del Río no llevaban nada; a lo mejor tenían intención de pedir alguna hierba a cambio de la nébeda. Blimosa agitó los bigotes.

—He tenido un sueño —maulló—. Quiero que Hojarasca Acuática me ayude a interpretarlo.

—¿Y no puede hacerlo Ala de Mariposa? —se extrañó la cachorrita.

Blimosa se miró las patas.

—Ala de Mariposa ha sugerido que le pidiésemos opinión a Hojarasca Acuática.

—¿De qué trata?

Blimosa pareció solemne.

—No puedo contártelo hasta que lo haya compartido con vuestra curandera.

—¡Ala de Mariposa, Blimosa! —Hojarasca Acuática había aparecido en la entrada de su guarida—. ¡Bienvenidas! ¡Entrad!

Esperó, apartando las zarzas colgantes, mientras las dos gatas del Clan del Río se internaban en las sombras. Carrasquina se quedó mirándolas con anhelo mientras las zarzas volvían a su sitio con un susurro. Notó un golpecito y se volvió. Leoncillo estaba empujándola delicadamente con la cabeza.

—¿Por qué estabas mirándolas como un conejo alelado? —maulló—. No es la primera vez que Ala de Mariposa y Blimosa visitan nuestro campamento.

Carrasquina se sintió incapaz de seguir guardándose el secreto ni un segundo más.

—¡Quiero ser curandera! —confesó.

7

—¿Curandera? —Leoncillo se quedó mirando a su hermana desconcertado—. ¿Por qué?

—Hay otras maneras de servir al clan aparte de ser guerrero —le espetó Carrasquina.

—Pero tendrás que quedarte en el campamento con los enfermos y los heridos, en vez de estar fuera, en el bosque, cazando o luchando. —En su voz no había cesura, solo incredulidad.

Carrasquina no quería oír lo que iba a perderse.

—Pero piensa en todas las cosas que sabré —replicó—. Aprenderé sobre hierbas sanadoras y podré compartir sueños con el Clan Estelar. —Miró a su hermano, deseando que lo entendiera—. ¿Qué podría ser más emocionante que eso?

—¿Pelear contra el Clan de la Sombra?

—Pero ¡yo quiero tener sueños como Hojarasca Acuática y Blimosa! —insistió la cachorrita.

—Ya los tienes —se burló Leoncillo, con los ojos brillantes de diversión —. ¡Sueñas con erizos!

—¡Qué gracioso! —gritó Carrasquina, fingiendo estar enfadada.

Saltó sobre el cachorro, lo derribó y comenzó a pelearse con él.

—¿Qué estáis tramando? —La seriedad con la que maulló Esquiruela dejó helada a Carrasquina. Leoncillo se levantó a duras penas y ambos se enfrentaron a su madre—. Si no tenéis nada mejor que hacer que llenar de tierra con vuestras peleas el montón de la carne fresca, será mejor que volváis a la maternidad.

—Pero ¡yo todavía no he comido! —protestó Carrasquina.

—Entonces coge algo —respondió Esquiruela—. Y llévale también una pieza a Fronda.

La cachorrita detestaba comer en la maternidad. Las presas siempre sabían mejor al aire libre, pero no protestó. Su madre se había girado hacia Espinardo, que estaba descansando debajo de la Cornisa Alta.

—Espero que Espinardo recuerde que ha de liderar la patrulla del mediodía —dijo la gata, casi para sí misma.

—Será mejor que vayas a recordárselo, ya que pareces estar controlando a todo el mundo —masculló Carrasquina.

—¿Cómo dices? —maulló su madre, distraída, sin despegar los ojos del guerrero.

—Nada —respondió la gatita con culpabilidad.

—No te olvides de Fronda —insistió Esquiruela antes de alejarse.

Carrasquina se quedó mirándola y sintió una oleada de rebeldía.

—¡No sería tan malo si por lo menos se hubiese dado cuenta de que nos ha chafado la diversión!

—Es que está atareada —maulló Leoncillo—. Ya sabes cómo es.

—Supongo —suspiró la cachorrita. Sabía que no estaba siendo justa. ¿Cómo podía criticar a su madre cuando, en realidad, deseaba ser como ella: valiente, leal y respetada por sus compañeros de clan?—. Volvamos a la maternidad.

Carrasquina eligió uno de los ratones de Rivera. Leoncillo sacó un tordo que era casi tan grande como él y empezó a arrastrarlo. La cachorrita se figuró que Fronda no podría comerse una pieza tan grande, pero su hermano jamás cambiaba de opinión una vez que había tomado una decisión.

De vuelta en la maternidad, engulló el ratón después de haber dado las gracias al Clan Estelar por la comida. Al terminar, se lavó las zarpas y el hocico a toda prisa, y luego se tumbó pegada al suelo para ver el claro por debajo de las zarzas. Leoncillo se había quedado dormido a su lado, y Fronda estaba intentando convencer a sus hijos de que probaran un poco de tordo, que había ablandado con los dientes. Carrasquina entornó los ojos y clavó la vista en la entrada de la guarida de la curandera, a la espera de algún movimiento. Quería hablar de nuevo con Blimosa.

Al fin, las zarzas se agitaron y Hojarasca Acuática guio a Ala de Mariposa y a Blimosa al exterior. Carrasquina miró a Leoncillo, aún dormido, y a Fronda, ocupada con sus cachorros. Tan sigilosamente como pudo, se deslizó por debajo del muro de la maternidad, desplazando una bola de hojas que Esquiruela había usado el día anterior para tapar un agujero. «Luego lo arreglaré», se prometió Carrasquina mientras cruzaba el claro a toda prisa.

—¡Hola! —saludó de nuevo a Blimosa.

La aprendiza movió las orejas, y su expresión absorta se esfumó.

—Hola —maulló.

—¿Hojarasca Acuática te ha ayudado?

Blimosa asintió.

—Ahora ya puedo hablarte del sueño, si todavía quieres.

Carrasquina agitó la cola, entusiasmada.

—Sí, por favor.

—Bueno —empezó Blimosa—. Soñé que las nubes cruzaban el cielo azul; se desplazaban, rodaban. Pero luego desaparecían y el sol abrasaba el campamento del Clan del Río, marchitando las plantas y secando los lechos hasta que no había donde resguardarse del sol ardiente.

Carrasquina se estremeció.

—¿Y qué significa?

—Hojarasca Acuática cree que podría ser una advertencia sobre problemas con el suministro de agua. Pero en esta estación sin hojas ha llovido mucho, así que probablemente no se refiera a una sequía. Me ha aconsejado que le diga a Estrella Leopardina que inspeccione todos los arroyos que rodean el campamento para comprobar si están bien.

Carrasquina se inclinó hacia delante.

—¿Cómo te hiciste aprendiza de Ala de Mariposa? —preguntó.

—Hubo una epidemia y la ayudé con algunos pacientes. Disfruté con las tareas que ella me encargaba, así que seguí yendo a su guarida para ayudarla, hasta que un día ella me propuso que me convirtiera en su aprendiza.

—¿Siempre has querido ser curandera?

—La verdad es que no lo pensé —admitió Blimosa—. Pasó sin más, y luego ya no podía imaginarme haciendo otra cosa. ¡Ser curandera es estupendo!

Carrasquina abrió la boca para darle la razón, pero, antes de que pudiera hablar, Ala de Mariposa llamó a su aprendiza.

—Blimosa, nos vamos.

La curandera del Clan del Río restregó el hocico contra el de Hojarasca Acuática a modo de despedida y se encaminó hacia el túnel de espinos. Blimosa corrió tras ella.

—¡Adiós, Carrasquina! —exclamó por encima del lomo.

La cachorrita las vio desaparecer. Tras la charla con Blimosa, estaba todavía más decidida a ser la aprendiza de Hojarasca Acuática. Olvidando que no le habían dado permiso para salir de la maternidad, fue tras la curandera y la siguió hasta su guarida.

Glayito estaba despatarrado en su lecho, mostrando el suave pelo gris de su vientre. Era obvio que estaba durmiendo mucho mejor que la última vez que lo había visitado. Hojarasca Acuática se volvió al ver que Carrasquina la había seguido.

—¿Necesitas más hierbas para Leoncillo?

La cachorrita negó con la cabeza. Tenía una pregunta en la punta de la lengua, pero intentaba encontrar las palabras adecuadas para plantearla.

—¿Te pasa algo?

Glayito se giró y levantó la cabeza.

—¿Qué quieres, Carrasquina? —le preguntó levantando las orejas, como si hubiera notado que estaba ocurriendo algo importante.

Hojarasca Acuática lo miró.

—Regresa a la maternidad, Glayito —maulló con dulzura.

—¿Ya estoy bastante bien? —preguntó él, incorporándose.

—Siempre que no te pongas a jugar a las peleas en cuanto llegues allí —le advirtió la curandera—. Pero ahora ya puedes dormir en tu propio lecho.

Glayito se puso en pie. Sus primeros pasos fueron algo vacilantes, pero enseguida recuperó el equilibrio y se dirigió a la entrada cubierta de zarzas.

—Gracias, Hojarasca Acuática —maulló.

Sus ojos ciegos se clavaron en Carrasquina, tomándola por sorpresa. A veces parecía que estuviera mirándola directamente, aunque ella sabía que era imposible.

—Iré a verte cuando caiga el sol —le prometió Hojarasca Acuática al pequeño.

En cuanto Glayito desapareció entre las zarzas, la curandera se sentó.

—Y ahora —maulló, mirando a Carrasquina—, cuéntame qué te preocupa.

—No me preocupa nada —respondió ella sin demora—. Pero tengo que preguntarte algo importante.

Por los ojos de Hojarasca Acuática cruzó algo parecido a la alarma.

—¿El qué?

Carrasquina respiró hondo.

—¡Quiero ser tu aprendiza! —Se puso tensa esperando la respuesta. ¿Y si Hojarasca Acuática se negaba a aceptarla?

La curandera parecía asombrada.

—Jamás habría pensado… —No terminó la frase. Luego continuó con mayor delicadeza—: Ser curandera supone un gran compromiso. Solo excepcionalmente participarás en batallas o saldrás a patrullar. No podrás

tener pareja, ni hijos —añadió, y Carrasquina vio cómo se le ensombrecían los ojos de tristeza. ¿Era arrepentimiento lo que veía en sus profundidades ámbar? No tuvo tiempo de preguntárselo—. ¿Por qué deseas ser curandera?

—Quiero ayudar a mi clan —respondió la cachorrita—. Si fuese curandera, sería capaz de sanar a mis compañeros cuando estuviesen enfermos y podría compartir sueños con el Clan Estelar. —Al ver que Hojarasca Acuática seguía mirándola inquisitivamente, continuó—: Como guerrera, tendría el cometido de alimentar y defender… moriría por proteger al clan si tuviera que hacerlo… pero me vería limitada a luchar con garras y dientes. Como curandera, podría utilizar todo el conocimiento y el poder del Clan Estelar. ¿Qué mejor forma hay de servir al Clan del Trueno?

Hizo una pausa, sin aliento, y miró esperanzada a Hojarasca Acuática, que agitó la cola.

—Esas son buenas razones —admitió la gata.

Carrasquina se sintió llena de ilusión. ¿Iba a aceptar?

—No obstante —prosiguió la curandera—, antes de tomar una decisión, debo hablar con Estrella de Fuego.

A Carrasquina la asaltaban las dudas, pero se deshizo de ellas. «No me ha dicho que no», pensó.

—¡Gracias, Hojarasca Acuática! —exclamó, y salió de la guarida.

«Es normal que tenga que hablar con el líder del clan antes de tomar una decisión», se dijo mientras cruzaba el claro a saltos.

Al entrar en la maternidad, se encontró a Fronda dormida, con sus hijos tranquilos por una vez. Leoncillo estaba desplumando lo que quedaba del tordo. La plumas serían estupendas para rellenar los lechos. Glayito levantó la cabeza al oír entrar a su hermana.

—¿Qué era eso tan secreto por lo que he tenido que irme de la guarida de Hojarasca Acuática?

—Voy a ser su aprendiza —anunció Carrasquina.

—¿De quién?

—De Hojarasca Acuática, claro.

Leoncillo levantó la vista del tordo, encantado.

—¿Te ha dicho que sí?

—Bueno, primero tiene que hablar con Estrella de Fuego.

—¿Quieres ser curandera? —le preguntó Glayito, ladeando la cabeza.

—¿Por qué no?

—Yo odiaría estar confinado en la guarida todo el tiempo, preocupándome por los gatos enfermos y clasificando montones de hierbas

viejas. —Glayito clavó las garras en el musgo que revestía su lecho—. ¡Preferiría ser guerrero! ¡Y patrullar, cazar y participar en las batallas del clan!

Carrasquina miró a su hermano con un orgullo feroz. ¡Estrella de Fuego tenía que dejarle ser guerrero!

Carrasquina se despertó antes del alba. La maternidad estaba oscura y calentita, caldeada por sus compañeros de guarida, que aún dormían. Se quedó en su lecho, oyendo la llamada de una lechuza desde los árboles del lago. Estaba demasiado emocionada para volver a dormirse. La noche anterior, Zarzoso les había dicho que Estrella de Fuego había decidido seguir adelante con su ceremonia de nombramiento como aprendices.

—Os habéis portado bien y no os habéis escabullido de la maternidad sin permiso —le había dicho mientras ella escogía una pieza del montón de la carne fresca.

Carrasquina miró a sus hermanos, que estaban comiendo junto a una roca semienterrada.

—¿Y qué pasa con Glayito?

—No te preocupes. Estrella de Fuego no se ha olvidado de él.

Carrasquina se dio la vuelta y se desperezó. Antes de que el sol llegara a lo más alto, sabría si iba a ser la aprendiza de Hojarasca Acuática. Se imaginó trabajando en la guarida de la curandera, aliviando dolores de barriga con hierbas, aplicando ungüentos en magulladuras, saliendo al bosque con su mentora para recolectar hierbas cuyo nombre, olor y modo de empleo conocería a la perfección. Se le erizó el pelo al pensar en todo el saber que tendría dentro de la cabeza. Cerró los ojos e intentó imaginarse cómo se le aparecería el Clan Estelar en sueños, pero solo se vio a sí misma, una curandera hecha y derecha, guiando a su propio aprendiz por el bosque, señalándole una planta tras otra, demostrándole todas las habilidades y técnicas que Hojarasca Acuática le había enseñado, adentrándose cada vez más en la espesura…

Abrió los ojos de repente. El alba iba colándose a través de los nudosos muros de zarza. Leoncillo y Glayito seguían durmiendo a su lado. El lecho de Esquiruela olía a rancio y estaba frío. Su madre debía de haber regresado tarde de patrullar y decidido dormir en la guarida de los guerreros. Carrasquina se incorporó y se estiró.

—¿Ya estás despierta? —le preguntó Fronda. Estaba amamantando a sus cachorros, y su pelo gris claro brillaba suavemente bajo la tenue luz.

—¡Estoy demasiado emocionada para dormir! —exclamó.

—Puedes salir si quieres. La patrulla del alba no tardará en regresar. Quizá traigan presas calientes.

Albinilla se retorció y miró a Carrasquina con sus redondos ojos azules.

—Esta noche ya no dormirás en la maternidad —maulló.

—No. Con suerte, me iré a la guarida de Hojarasca Acuática.

Raposillo se despegó de su madre.

—¡Yo preferiría estar en la guarida de los aprendices, con Leoncillo!

—Pronto lo estarás —le aseguró Carrasquina.

—¡No lo bastante pronto! —exclamó Raposillo, alargando las zarpas para atrapar la inquieta cola de su hermana—. Me muero de ganas por ser guerrero.

Albinilla sacudió la cola para liberarla.

—¿Volverás para contarnos cómo es lo de ser aprendiza?

—Claro —ronroneó Carrasquina, antes de inclinar la cabeza ante la reina —. Adiós, Fronda.

Raposillo y Albinilla salieron de su lecho.

—Adiós, Carrasquina —maulló la cachorrita blanca, estirando el cuello para restregar el hocico contra la mejilla de la joven gata negra.

—Adiós, Albinilla —se despidió ella, y luego se agachó para lamer a Raposillo entre las orejas—. No os metáis en líos.

Con una punzada de tristeza, salió de la maternidad.

El claro centelleaba con el rocío. La niebla desdibujaba los arbustos y las grietas que rodeaban la base del muro de piedra. Carrasquina se desperezó, estirando primero las patas delanteras y luego las traseras, arqueando el lomo y disfrutando de los frescos aromas del bosque.

—¡Buenos días! —exclamó Esquiruela.

La gata estaba sentada delante de la guarida de los guerreros, con una pata alzada para lavarse detrás de las orejas. A su lado se encontraba Zarzoso.

—¡Hola! —maulló Carrasquina, corriendo hacia ellos para saludarlos.

Zarzoso ronroneó sonoramente.

—¡Hoy es tu gran día! —la felicitó, tocándole la cabeza con el hocico.

—Sí que lo es —coincidió Carrasquina, intentando no pensar en lo cerca que había estado de arruinar su oportunidad de convertirse en aprendiza.

La barrera de espinos se estremeció; la patrulla del alba había regresado. Nimbo Blanco apareció seguido de su aprendiza, Carboncilla, y con

Borrascoso a la zaga. Cada uno llevaba una presa entre los dientes.

Zarzoso fue a hablar con ellos mientras dejaban las capturas en el montón de la carne fresca; su pelaje atigrado oscuro brillaba allí donde se le había pegado el rocío de las ramas bajas de la guarida de los guerreros.

—¿Todo bien? —quiso saber el lugarteniente.

—Ningún gato ha traspasado las fronteras —informó Nimbo Blanco—. Aunque el Clan del Viento y el Clan de la Sombra no dejan de renovar sus marcas olorosas.

Carrasquina notó que Esquiruela levantaba las orejas con recelo.

—¿Crees que eso supondrá un problema? —preguntó Zarzoso.

Nimbo Blanco pareció meditarlo.

—No, pero da la impresión de que los dos clanes están haciendo un esfuerzo por recordarnos que están ahí.

—¿Crees que están dando señales de agresión?

—Agresión no, pero nunca habían sido tan concienzudos a la hora de delimitar sus fronteras.

—¿Deberíamos redoblar las patrullas? —intervino Cenizo, que salió de repente de la guarida de los guerreros y sobresaltó a Carrasquina. Fue hacia Nimbo Blanco y Zarzoso, y Esquiruela lo siguió; Carrasquina se quedó sola.

—De momento actuaremos como si nada —dijo el lugarteniente.

—¿Eso no debe decidirlo Estrella de Fuego? —preguntó Cenizo.

Zarzoso lo miró con dureza, pero los ojos del guerrero gris no mostraban falta de respeto, sino solo preocupación. El lugarteniente asintió.

—Hablaré con él, desde luego —maulló—. Pero no tiene sentido reaccionar de forma exagerada si el Clan del Viento y el Clan de la Sombra solo están intentando provocarnos.

Esquiruela miró a Nimbo Blanco.

—¿Habéis renovado nuestras marcas olorosas?

El guerrero blanco asintió.

Carrasquina notó que le rozaban el costado. Leoncillo se le había unido, y Glayito salía de la maternidad detrás de su hermano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leoncillo.

—La patrulla del alba está informando —respondió Carrasquina.

Le preocupaba que el Clan del Viento y el Clan de la Sombra estuvieran presionando en las fronteras, pero, si iba a ser curandera, debía aprender a desapegarse de los problemas de los guerreros y a concentrarse, en cambio, en las necesidades de sus compañeros de clan.

Miró a su alrededor. Candeal, Zancudo y Espinardo estaban compartiendo una paloma junto a la roca partida. Melosa y Rosellera fingían pelear sobre la hierba que crecía delante de su guarida. Mientras Carrasquina las observaba, las dos aprendizas se pararon y levantaron la vista hacia la Cornisa Alta. La cachorrita siguió su mirada con un cosquilleo de expectación en las zarpas.

Estrella de Fuego estaba bajando por el montón de rocas que llevaba a su guarida. Tormenta de Arena descendió ágilmente tras él. Carrasquina sintió que le daba un vuelco el corazón cuando el líder del Clan del Trueno llamó a su clan:

—Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas se reúnan aquí, bajo la Cornisa Alta. Ha llegado la hora de cumplir la promesa que les hice a tres de nuestros cachorros.

Carrasquina miró a sus hermanos. ¡Por fin! ¡El momento en que empezarían a servir a su clan! Zarzoso y Esquiruela corrieron hacia sus hijos. La gata se apresuró a alisarle a Leoncillo el pelo entre las orejas.

—¿Estáis listos? —les preguntó Zarzoso con ojos centelleantes.

—¡Claro! —exclamó Carrasquina.

—Bien.

Dicho eso, Zarzoso fue a sentarse al lado de Betulón. «¿Significa eso que van a nombrarlo mentor?», se preguntó Carrasquina. Esquiruela le lamió las mejillas a Glayito.

—Buena suerte a todos. —Y fue a reunirse con Zarzoso.

Musaraña salió renqueando de la guarida de los veteranos; guiaba con la cola a su compañero ciego, Rabo Largo. Melosa, Rosellera y Bayino se agruparon entre susurros. Candeal, Zancudo y Espinardo se acercaron, dejando atrás los restos de su comida. Al cabo de unos instantes, todo el clan tenía los ojos clavados en Estrella de Fuego. Por primera vez aquella mañana, Carrasquina sintió que su emoción se transformaba casi en ansiedad. Las expectativas de Zarzoso, de Esquiruela, de Estrella de Fuego
y de todo el clan cayeron sobre sus hombros como las zarpas de un tejón.

Notó que un suave hocico la empujaba por detrás. Al volverse, vio que Hojarasca Acuática la guiaba hacia el círculo. Buscó una respuesta en los ojos de la curandera, pero estos no le dieron ni una pista de qué iba a suceder; solo la animaron a avanzar con un guiño amable.

Carrasquina se colocó entre Fronda y Dalia, y sus hermanos la imitaron. La gatita notó que temblaba contra el costado de Dalia, que la miró con cariño y le pasó la cola por el lomo para tranquilizarla.

—Os he reunido para una de mis tareas preferidas —anunció Estrella de Fuego—. Carrasquina, Leoncillo y Glayito ya han alcanzado las seis lunas.

«De modo que, después de todo, van a incluir a Glayito en la ceremonia de nombramiento».

—Han tenido una infancia movida —continuó el líder con un dejo risueño en la voz—, pero espero que hayan aprendido lecciones valiosas, y creo que están listos para convertirse en aprendices.

El clan maulló para mostrar su aprobación. Estrella de Fuego esperó a que las voces se apagasen antes de seguir.

—¡Leoncillo! —llamó.

El cachorro de rayas doradas se adelantó a saltos, temblando de la emoción.

—De hoy en adelante, hasta que recibas tu nombre de guerrero, te llamarás Leonino.

Bayino coreó su nombre, y los demás aprendices se le unieron. Estrella de Fuego miró hacia el cielo cubierto de nubes.

—Le pido al Clan Estelar que te vigile y te guíe hasta que encuentres en tus zarpas la fuerza y el valor de un guerrero.

Los ojos de Leonino brillaron al mirar a su líder.

—Cenizo —llamó entonces Estrella de Fuego.

El guerrero gris oscuro levantó la cabeza. Se le iluminaron los ojos, y su emoción se reflejó en la punta de su cola al avanzar.

—Instruiste a Betulón, y él ha honrado a su clan. Ahora el Clan Estelar te pide que vuelvas a demostrar que eres un mentor magnífico —maulló el líder, y Cenizo inclinó la cabeza ante él—. Confío en que le transmitirás a Leonino todo lo que sabes y en que lo ayudarás a convertirse en un guerrero del que pueda estar orgulloso el Clan del Trueno.

—No defraudaré al Clan del Trueno —prometió Cenizo.

Leonino se acercó corriendo y levantó el rostro para que su hocico y el de su mentor se tocaran.

—Carrasquina —llamó entonces Estrella de Fuego.

De pronto, la cachorrita se olvidó de sus nervios y corrió al centro del claro, donde frenó derrapando al lado del líder.

Él agitó los bigotes, divertido.

—De hoy en adelante, hasta que recibas tu nombre de guerrera, te llamarás Carrasquera.

—¡Carrasquera! ¡Carrasquera!

Esa vez fue Carboncilla quien inició la ovación.

Carrasquera se quedó mirando a los aprendices mientras coreaban su nuevo nombre. Bayino y Zarpa Pinta parecían muy grandes y fuertes. En la maternidad, ella era mayor que Albinilla y Raposillo, pero ahora sería de los más jóvenes de su nueva guarida. El corazón le latía como pasos a la carrera por el bosque. Luego se acordó de algo: «¡A lo mejor no duermo con los aprendices!».

—Hojarasca Acuática —dijo entonces Estrella de Fuego.

«¡Sí!». La joven se sintió tan ligera que temió que la brisa se la llevara por encima de los árboles. ¡Iba a ser aprendiza de curandera!

Hojarasca Acuática se acercó hasta colocarse junto a Carrasquera.

—Sé que dejo a Carrasquera en buenas manos —maulló el líder—. Deseo que el Clan Estelar le conceda a tu aprendiza toda la fuerza y la sabiduría que va a necesitar.

—Yo le enseñaré todo lo que sé —prometió Hojarasca Acuática.

Tocó el hocico de Carrasquera con el suyo, pero no la miró; en su lugar, desvió la vista, con los ojos empañados.

Sorprendida, la nueva aprendiza se volvió y vio que su mentora estaba mirando a Esquiruela; se preguntó por qué las dos gatas tenían una expresión tan triste.

Glayito avanzó por el centro del claro y se plantó delante de Estrella de Fuego.

—¿Y qué pasa conmigo?

—No puede convertirse en aprendiz, ¿verdad? —El susurro de Candeal se quedó suspendido en el aire inmóvil y húmedo.

—Rabo Largo se trasladó a la guarida de los veteranos al perder la vista —murmuró Espinardo, como si estuviera de acuerdo con que los gatos ciegos no podían ser guerreros.

—No estaría seguro en el bosque —añadió Zancudo.

—Pobrecillo —musitó Acedera.

A Carrasquera se le erizó el pelaje. ¿Por qué no podían darle a su hermano una oportunidad, como a cualquier otro gato?

—Yo quiero ser aprendiz, como Leonino y Carrasquera —bufó Glayito, desafiante.

—Por supuesto que sí —coincidió Estrella de Fuego—. Y tu mentora será Centella.

8

«¿Centella?».

Glayito sintió una oleada de rabia tan fuerte que casi lo derriba. ¿Por qué Estrella de Fuego había elegido a la tuerta Centella, cuando había tantos otros guerreros? ¡Como si él no lo supiera!

Clavó las garras en la tierra, negándose a acercarse para saludar a su mentora. Pasó por alto la incomodidad de la guerrera, aunque la notaba como hojas de acebo que se le clavaran en la piel. Pasó por alto los murmullos de ánimo de los otros aprendices. Pasó por alto el furioso bufido de Espinardo que los hizo callar. Y luego notó que un hocico lo empujaba hacia delante, con suavidad pero con firmeza.

Hojarasca Acuática le susurró al oído:

—Venga, Glayito.

Apretando los dientes, el cachorro fue hacia Centella y Estrella de Fuego.

—Sé que debe de ser duro para ti —lo saludó Centella comprensiva—. Pero te prometo que te enseñaré cómo proteger al clan incluso sin ver.

«¡Me tiene lástima!». Podía detectarlo en su voz. Su rabia aumentó, y la sangre le palpitó en los oídos.

—¿Por qué os molestáis si creéis que soy un inútil? ¿Por qué no me mandáis directo a la guarida de los veteranos junto con Rabo Largo? —bufó.

Centella se puso tensa.

—Nadie ha dicho que seas un inútil —replicó—. ¡Y a Rabo Largo no le hará gracia que seas tan grosero con él! —Se separó un paso y levantó la barbilla—. Le he pedido que me ayude con tu entrenamiento.

Glayito sacudió la cola. «Ah, genial —pensó—. Pongamos juntos a todos los gatos inútiles, ¡y esperemos que les caiga un árbol encima!».

Estrella de Fuego se colocó entre Glayito y Centella.

—De hoy en adelante, hasta que recibas tu nombre de guerrero, te llamarás Glayino.

—¡Glayino! ¡Glayino! ¡Glayino!

Ratolino y Bayino corearon su nombre por toda la hondonada, y los demás aprendices se les unieron.

Glayino arañó el suelo. «¡No tenéis que esforzaros tanto! —pensó—. ¡Solo lo hacéis porque os doy pena!».

—Centella —maulló Estrella de Fuego—, tú jamás has dejado que lo que te sucedió te impidiese ser una buena guerrera. No se me ocurre nadie mejor que tú para enseñarle a Glayino cómo servir mejor a su clan.

—Compartiré con él todo lo que he aprendido —prometió ella.

«Vaya cosa», se dijo Glayino. De mala gana, se obligó a tocar el hocico de Centella con el suyo, aceptándola como mentora. Con los bigotes, rozó la parte de la cara que la gata había perdido al ser atacada por una manada de perros. Fue raro notar hueso y piel donde otros gatos tenían carne y pelo, y tuvo que reprimir un escalofrío.

Todo el clan elevó la voz para saludar a los nuevos aprendices.

«No me vitorean a mí —pensó Glayino con amargura—. Aquí no hay nadie que crea que llegaré a ser un gran guerrero».

Cuando la ovación cesó, Estrella de Fuego volvió a tomar la palabra.

—El Clan del Trueno tiene mucha suerte al contar con tantos aprendices. Espero que entrenen muy duro para servir bien a su clan.

—¡Lo haremos! —exclamó Leonino.

—¿Cuándo podemos empezar el entrenamiento? —preguntó Carrasquera.

—Eso deben decidirlo vuestros mentores —respondió Estrella de Fuego.

—Ven, Leonino —maulló Cenizo—, vamos a buscarte un lecho en la guarida de los aprendices. Luego te enseñaré el bosque.

—¿Ahora mismo? —quiso saber, entusiasmado.

—¿Por qué no?

Carrasquera rodeó a Hojarasca Acuática.

—¿Podemos ir con Leonino cuando Cenizo le enseñe nuestro territorio?

—Es buena idea —aprobó la curandera—. Pero yo tengo que enseñarte los lugares donde recolectar plantas, y estoy segura de que Cenizo querrá mostrarle a tu hermano los marcadores de las fronteras y los mejores sitios para cazar.

—Ah. —La aprendiza sonó decepcionada.

—Primero examinaremos las provisiones almacenadas; así aprenderás a reconocer las plantas que tendremos que buscar en el bosque.

—Vale —maulló Carrasquera con un tono más animado.

Mientras Leonino y Carrasquera se alejaban, Glayino se sentó malhumorado. «¿Cómo es que ellos han conseguido mentores de verdad?». Entonces notó que Centella lo tocaba con la cola.

—Ven conmigo —maulló la guerrera.

Enfurruñado, la siguió hasta una mata de hierba marchita que colgaba de un hueco en el muro rocoso.

—Creo que es mejor si empezamos… —comenzó a decir Centella, pero Glayino no escuchó el resto.

En vez de eso, dejó que su atención se desviara hasta que la voz de su mentora se fundió con el sonido del viento que silbaba a través de las ramas de lo alto de la hondonada. Oyó a Leonino corriendo detrás de Cenizo, siguiéndolo ansioso fuera del campamento, hacia el bosque. El olor de Carrasquera le llegaba del otro lado de la cortina de zarzas que cubría la entrada de la guarida de la curandera; captó el penetrante aroma de la consuelda que su hermana estaba troceando y extendiendo para que se secara. «Por lo menos yo no soy aprendiz de curandero», se dijo, sintiéndose agradecido por que Carrasquera hubiera ocupado ese puesto.

Continuó inspeccionando el campamento. Con la seguridad que poseía desde que tenía memoria, supo que Dalia estaba dando vueltas en su lecho, preparándose para echar una cabezada. Musaraña guiaba a Rabo Largo de vuelta a la guarida de los veteranos. Notó la añoranza de la vieja gata por salir al bosque; le apetecía cazar, aunque sus movimientos se habían vuelto rígidos por la edad. Rabo Largo caminaba tranquilamente a su lado; sus patas eran todavía tan flexibles como las de un guerrero. «No es justo que tenga que vivir en la guarida de los veteranos —pensó Glayino—. Todavía no es viejo».

Luego, como una nube de tormenta que oscureciese el campamento, percibió una negrura que barría el claro. Levantó las orejas y oyó unas garras que arañaban el saliente rocoso que había en la entrada de la guarida de Estrella de Fuego. Por el olor, supo que no era el líder quien estaba en la Cornisa Alta, flexionando las patas. Se trataba de Zarzoso.

Glayino sabía que su padre se sentaba allí a menudo, como buen lugarteniente, para observar a su clan. Pero ahora detectó algo frío y desagradable, como una niebla tenebrosa, en la mente de Zarzoso. Se esforzó tratando de descifrarlo, buscando a tientas la palabra correcta.

¡Sospecha!

«¡Zarzoso sospecha de sus compañeros de clan!». No estaba observándolos; estaba buscando al gato que temía que lo traicionara. Glayino

se estremeció, y se le erizó el pelo de la columna vertebral. ¿Por qué iba alguien a traicionar a su padre? Era un lugarteniente estupendo.

Parpadeó, y sus pensamientos volvieron a Centella. La gata se había puesto en pie, y era evidente que estaba esperando que él dijera algo. Glayino sacudió la cola, preguntándose cómo disimular su falta de atención. Pero la guerrera sabía que no había escuchado ni una palabra y resopló con impaciencia.

—Vamos a ver a Rabo Largo, ¿recuerdas?

A Glayino se le cayó el alma a los pies. Más consejos inútiles de un guerrero de segunda categoría.

—De acuerdo —maulló sin entusiasmo.

Centella suspiró.

—Vamos.

Arrastrando las patas, el aprendiz la siguió a través del claro. En la entrada de la guarida de los veteranos, su mentora llamó a través de las ramas que llegaban hasta el suelo.

—¡Somos Centella y Glayino!

—¡Adelante, adelante! —los invitó Rabo Largo.

La guerrera se agachó para pasar entre las ramas bajas hasta el espacio que rodeaba el tronco del arbusto de madreselva. Glayino la siguió, manteniendo la cabeza cerca del suelo, inseguro por una vez de qué tenía alrededor. Nunca había estado dentro de aquella guarida, pero supo, por el olor, que Rabo Largo estaba solo. Al final Musaraña debía de haber salido al bosque.

—¡Felicidades, Glayino! —ronroneó el guerrero ciego—. Te han adjudicado una mentora magnífica.

—Gracias, Rabo Largo —maulló Centella, y Glayino notó timidez y orgullo en su voz.

—Estrella de Fuego te ha brindado un gran reto con tu primer aprendiz, Centella —continuó el veterano.

—Que sea ciego no significa… —empezó Glayino acaloradamente.

—No me refería a tu ceguera —lo interrumpió Rabo Largo—. Me refiero a tu actitud.

—¿Qué le pasa a mi actitud?

—No existen muchos gatos que intenten cazar zorros antes siquiera de abandonar la maternidad —respondió con humor.

Glayino se sulfuró. «¡Solo pretendía ayudar a mi clan!». Pero, antes de que pudiera decirlo, Centella estaba dándole órdenes.

—Primero quiero que revises el musgo y que te deshagas de todos los trozos que estén sucios —lo instruyó—. De momento seré yo quien traiga musgo nuevo, porque tú aún no conoces el mejor sitio para recogerlo.

¡Limpiar los lechos! Glayino sabía que era una de las tareas rutinarias de los aprendices —a menudo había oído a Zarpa Pinta y a Bayino quejarse—, pero, al pensar en que su hermano ya estaba explorando el territorio del Clan del Trueno, le entraron ganas de gruñir.

—Luego —continuó Centella—, mira si Rabo Largo tiene pulgas o garrapatas, y haz lo mismo con Musaraña si vuelve a tiempo. Mientras estás ocupado, Rabo Largo puede hablarte de cómo usar los demás sentidos para suplir el de la vista.

A Glayino le entraron ganas de aullar de frustración. Él y Rabo Largo eran completamente distintos. El veterano había perdido la visión después de ser guerrero; la ceguera debió de ser un golpe durísimo tras toda una vida confiando en sus ojos. Pero Glayino jamás había visto el mundo con más sentidos que el oído, el olfato y el tacto. Para él, ser ciego era algo completamente natural. ¿Cómo iba a saber Rabo Largo lo que era eso? Probablemente, podría darle él más consejos al guerrero ciego que al contrario: cómo escoger la pieza más reciente del montón de la carne fresca, cómo saber dónde acababan de estar tus compañeros de clan solo por el olor de su pelo…

—Quizá quieras empezar ya —le sugirió Centella con cierta impaciencia.

«¡Sentirás algo más que impaciencia si sigues dándome esta porquería de tareas!», predijo él para sus adentros con rebeldía. Cuando Centella salió de la guarida, Glayino se puso a inspeccionar el musgo, buscando con las zarpas los trozos que se hubieran quedado secos o ásperos, y con el olfato los pedazos que empezaran a oler a rancio.

—Este aprendizaje va a ser un tostón —murmuró entre dientes.

—¿Cómo dices? —Musaraña acababa de entrar en la guarida, con el olor del bosque en el pelaje. Sus pasos eran poco firmes, y dio un respingo al sentarse—. Te has dejado un trocito ahí —señaló.

—Solo acaba de empezar —lo defendió Rabo Largo.

Musaraña resopló.

—¿Significa eso que lo tendremos rebuscando por aquí hasta el mediodía? Yo esperaba poder echarme una siesta.

—¡No es culpa mía que estés entumecida! —le espetó Glayino—. Eres tú la que ha salido al bosque cuando está húmedo.

Notó que Musaraña lo observaba de cerca.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo he sabido cuando te has sentado —contestó Glayino, agarrando un trozo de musgo seco y lanzándolo hacia la entrada de la guarida—. Te movías lentamente y has hecho ese ruido.

—¿Qué ruido?

—Has dado una especie de respingo, como si te doliera.

De pronto, la gata ronroneó risueña.

—Ya veo que Centella va a tener mucho trabajo —maulló.

Glayino sintió un destello de esperanza. «Quizá dejen de subestimarme tanto cuando descubran que mi ceguera no importa». En cuanto terminó de limpiar el musgo, se acercó a Rabo Largo para inspeccionarle el pelo.

—Seguro que te mueres de ganas por empezar a entrenar en el bosque —maulló el veterano—. Recuerdo mi primera vez en el exterior como si solo hubiera pasado una luna. —Y siguió, con tono melancólico—: Claro que entonces no estaba ciego. Todo parecía muy verde y fresco. A ti también te encantará, aunque no puedas verlo. Está lleno de olores.

«Ya me había dado cuenta», pensó Glayino, tocando el duro cuerpo de una pulga en el pelaje de Rabo Largo.

—Esa es una de las cosas que he notado al quedarme ciego —continuó el veterano—. Los olores se vuelven mucho más intensos e importantes.

«Gracias por la información». Glayino aplastó la pulga con los colmillos.

—Y los sonidos, por supuesto —añadió Rabo Largo—. A veces oigo ratones moviéndose en lo alto de la hondonada. Antes, jamás habría reparado en eso. Deberías aguzar bien el oído, todo el tiempo.

Glayino se puso a examinar el pescuezo del veterano. Tenía una garrapata detrás de la oreja.

—Respecto a la caza, ayuda tener un olfato y un oído muy finos. Las presas siempre son difíciles de ver, pero es sencillo olerlas. Incluso cuando no estaba ciego, solía ser el olor o el ruido de la presa lo que me indicaba dónde se había escondido.

«Y ahora me contarás que un ratón fresco sabe mejor que uno que lleve un tiempo muerto», pensó Glayino, tirando de la garrapata con más fuerza de la necesaria.

—¡Ay! —se quejó Rabo Largo.

—¿Cómo va todo por aquí? —preguntó Centella desde la entrada de la guarida—. ¿Has terminado, Glayino?

—Creo que sí. —El aprendiz miró esperanzado a Musaraña—. Tú no tienes garrapatas, ¿verdad?

—Solo una en el costado, pero llego sin problema —contestó la veterana.

Glayino se volvió hacia su mentora.

—Entonces, he terminado.

Centella empezó a meter bolas de musgo fresco en la guarida.

—Bien. Ahora extiende esto y luego ven conmigo. Voy a enseñarte el territorio que rodea el campamento.

«¡Por fin! Leonino y Carrasquera ya llevan lunas fuera».

—¡Buena suerte! —le deseó Rabo Largo a Glayino mientras este salía de la guarida detrás de su mentora.

Centella lo guio fuera del campamento, en el ascenso de la escarpada ladera que conducía al lado del lago.

—Esta senda lleva a la cima de la hondonada —le explicó la gata—. Está muy empinada.

—Vale.

Glayino decidió no contarle que ya notaba la pendiente debajo de las patas. La siguió mientras serpenteaba entre los árboles, percibiendo lo resbaladizas que estaban las hojas húmedas.

—¡Cuidado! —lo avisó Centella, pero Glayino captó el olor de la corteza delante de él y se desvió justo a tiempo para esquivar el árbol, rozando el tronco con los bigotes—. Aquí hay muchos más árboles, pero no demasiada maleza.

—Ah. —Glayino detectó el rastro de un ratón cuando el suelo comenzó a ser más plano.

—Ahora ya estamos en lo alto de la hondonada —le contó Centella—. Sigue mi olor y te llevaré por la cresta.

—De acuerdo.

Por la inclinación de la tierra, supo que el bosque descendía a ambos lados; era como si estuvieran trepando por el lomo de un gran gato.

—Si seguimos subiendo por este camino, pronto dejaremos los árboles atrás.

Glayino empezaba a quedarse sin aliento, de modo que no contestó. Oía cómo las moscas zumbaban a su alrededor, y sacudía la cabeza cuando le tocaban las orejas.

—Ya estamos en campo abierto, así que no temas: no vas a tropezar con nada —maulló Centella.

Glayino supo que habían abandonado la protección del bosque. Un ligero viento húmedo le rozó la cara.

—Detente aquí —le indicó su mentora.

Pero Glayino ya se había parado, y notó que la tierra descendía abruptamente más allá de sus zarpas.

Lo rodearon muchos olores —distantes y extraños, que aún no conocía— y oyó el chapoteo del agua en la lejanía. Supo que estaban mirando el bosque y el lago desde lo alto.

—Hemos salido del bosque cresta arriba, hasta el final —le explicó Centella—. Desde aquí hasta el lago, la tierra desciende en una pendiente muy pronunciada. El territorio del Clan del Río está al otro lado del agua. Hacia donde se pone el sol, se encuentra el territorio el Clan de la Sombra. Y si miras atrás, hacia donde sale el sol, podrás ver… —Se interrumpió de golpe.

Por primera vez ese día, Glayino sintió pena por su mentora. Seguro que ella esperaba que su primer aprendiz fuera un cachorro sano al que no tuviera que hacer concesiones especiales. Ojalá la guerrera se diese cuenta de que él no las quería, de que no las necesitaba.

—Quizá no pueda ver lo que tú ves —maulló—, pero soy capaz de decirte muchas cosas por lo que oigo, huelo y toco. —Levantó el hocico—. Sé que el Clan de la Sombra está por ahí, no solo porque su hedor es lo bastante fuerte como para ahuyentar a un conejo, sino porque el olor de los pinos me indica que no puede haber mucha maleza, de modo que los gatos que cacen ahí deben ser astutos y muy buenos acechando. —Volvió la cabeza—.
Y hacia ese lado huelo el páramo. El viento llega de forma ininterrumpida, sin árboles que lo estorben. Los gatos del Clan del Viento, que viven allí, deben ser rápidos y menudos para cazar en campo abierto. —Luego miró hacia el lago, delante de ellos—. Sé que el Clan del Río vive al otro lado del agua, aunque no puedo captar su olor. Queda tapado por los aromas del lago, que hoy son más intensos debido al viento. Pero estoy seguro de que el Clan del Río será el primero en sentir la lluvia que viene, porque el viento empuja las olas hacia ellos… las oigo romper en la orilla.

—¿Puedes saber todo eso sin verlo?

—Sí, por supuesto.

De pronto, Centella se puso tensa. Estaba aguzando el oído, concentrada, con las orejas levantadas.

—Viene una patrulla —anunció.

Glayino ya la había oído. Una cuadrilla del Clan del Trueno estaba subiendo por la cresta en su dirección, avanzando entre los helechos y el brezo. Por los olores supo que se trataba de Manto Polvoroso, Zarpa Pinta, Espinardo y Rosellera, pero no lo dijo en voz alta. Se sentía orgulloso de

haber impresionado a Centella con su descripción de los alrededores, pero no quería que pensara que estaba fanfarroneando.

—¡Hola! —Rosellera fue la primera en aparecer entre los helechos, seguida de Espinardo, Manto Polvoroso y Zarpa Pinta—. ¡Por fin has salido del campamento!

—¿No es genial ser aprendiz? —le preguntó Zarpa Pinta—. Todavía recuerdo mi primer día. ¡Estaba entusiasmada!

«Seguro que tu primer día fue mucho más emocionante que el mío».

—Acabamos de patrullar la frontera —continuó Zarpa Pinta.

—¡Y ahora vamos a practicar movimientos de combate en el claro musgoso! —terminó Rosellera.

—Genial —masculló Glayino.

—¡Puedes acompañarnos! —propuso Rosellera de pronto. Y se volvió hacia su mentor, Espinardo—. Puede, ¿verdad?

—Quizá otro día —respondió Centella.

Glayino miró hacia delante en un silencio furioso.

—No hemos terminado de explorar nuestro territorio —añadió la guerrera, dirigiéndose tanto a Glayino como a Rosellera.

—Ah, vale —contestó la aprendiza.

—¿Hacia dónde vais ahora? —le preguntó Espinardo a Centella.

—Voy a enseñarle a Glayino el viejo sendero atronador.

Espinardo hizo una pausa.

—Tened cuidado —advirtió—. No traspaséis la frontera del Clan de la Sombra.

A Glayino se le erizó el pelaje. ¡Puede que solo tuvieran un ojo entre los dos, pero no eran idiotas! Cuando se preparaba para gruñir una respuesta, Centella espetó, cortante:

—¡Distingo una marca fronteriza cuando la huelo!

Glayino notó la mirada de reproche de Manto Polvoroso a Espinardo.

—Estrella de Fuego confía en Centella y en Glayino —le recordó a su compañero quedamente.

Espinardo arañó el suelo cubierto de hojas.

—Por supuesto —admitió—. Lo siento, Centella.

Ella recibió sus disculpas con un silencio sepulcral, y Glayino sintió una punzada de satisfacción por no ser el único al que otros guerreros trataban con condescendencia.

—Delante tenemos una pendiente muy pronunciada —le advirtió Centella cuando se pusieron en marcha.

«¡No me digas!». Glayino se mordió la lengua para no contestar, notando cómo el suelo se inclinaba bajo sus patas.

—¿Podrás arreglártelas? —preguntó su mentora.

—Por supuesto.

Enfadado, Glayino dio un paso adelante. Para su sorpresa, el suelo descendía mucho más abruptamente de lo que se esperaba, y medio cayó, medio resbaló por la cuesta embarrada, arañando la tierra para frenar su descenso hasta que una mata de brezo lo detuvo.

—¿Estás bien? —le preguntó Centella, sin aliento, al alcanzarlo.

Glayino salió de entre el brezo, y luego se dio un par de enérgicos lametones en el pecho.

—Estoy bien —maulló.

—Menudo revolcón. Podemos descansar un poco, si quieres —le propuso la gata.

—Ya te he dicho que estoy bien —bufó el aprendiz, sacudiéndose del pelo trocitos de brezo—. ¿Por dónde hay que ir ahora?

Notó que Centella estaba examinándolo, pero la gata no dijo nada más sobre su caída.

—Venga —contestó—. Podemos dirigirnos al viejo sendero atronador desde aquí.

Glayino caminó tras ella, furioso consigo mismo por haber perdido pie tan fácilmente cuando su mentora parecía estar tratándolo como a un aprendiz normal. El viento había arreciado cuando llegaron al viejo sendero atronador. Glayino olió que iba a llover.

—Volveremos al campamento desde aquí —le dijo Centella cuando alcanzaron el espacio entre los árboles que los Dos Patas habían despejado para formar un sendero, ahora abandonado y cubierto de maleza.

—Pero ¡tiene que haber mucho más territorio del Clan del Trueno del que hemos recorrido! —protestó Glayino.

—Demasiado para explorarlo hoy.

Malhumorado, Glayino le dio la espalda al sendero atronador y siguió a su mentora hacia los árboles. No creía que no se pudiera bordear todo el territorio en una sola jornada. Estaba claro que Centella pensaba que él no resistiría un largo día fuera del campamento.

Avanzaron entre los árboles. Empezó a caer la lluvia, rociando las hojas en lo alto. Glayino levantó la vista justo cuando una gota se coló entre la cubierta vegetal y le cayó en la nariz. Se estremeció y se sacudió el agua. A lo mejor no era tan malo regresar a la hondonada. La lluvia era fría, y el viento

que llegaba del lago era incluso más helador. Oyó que Centella apretaba el paso, y supuso que su mentora debía de sentir lo mismo.

Luego se puso alerta. Había otro olor en el aire, más intenso que el de la lluvia y las hojas. Lo invadió el recuerdo de su aterrorizada carrera a través del bosque. ¡Un zorro! Olfateando de nuevo, supo que se trataba del mismo que lo había perseguido hasta el borde de la hondonada, con el olor de la tierra y los helechos en el pelaje. Y estaba cerca. Glayino adoptó una postura defensiva y abrió la boca para avisar a Centella, pero el olor a miedo de la gata le indicó que ella también había captado el hedor de la criatura.

—¡Debemos encontrar a Espinardo! —bufó su mentora.

Glayino olfateó el aire, buscando el rastro oloroso de la patrulla. Eso les diría hacia dónde correr. Aliviado, captó el leve olor de Espinardo, pero ya era demasiado tarde. Los helechos que tenían delante crujieron, y el zorro surgió entre las frondas y corrió hacia ellos. A Glayino casi le estalla el corazón de miedo. Las pisadas de la criatura aporreaban el suelo forestal; su hedor era más intenso, y su gruñido, más profundo de lo que él recordaba.

—¡Corre! —le ordenó Centella, lanzándose entre su aprendiz y el zorro.

—¡No voy a abandonarte! —aulló Glayino—. ¡Puedo pelear!

Oyó el entrechocar de los dientes del zorro al atacar a Centella. La gata bufó y resbaló al esquivarlo. El chillido de dolor del zorro le indicó a Glayino que su mentora le había propinado un zarpazo.

Notó una corriente de aire en la oreja cuando la criatura pasó por su lado a toda velocidad. Se retorció y sacó las garras, preparado para abalanzarse sobre el enemigo. El zorro estaba arañando las resbaladizas hojas para dar media vuelta y atacar de nuevo. Glayino saltó, bufando, pero algo lo retuvo. ¡Se le había enganchado la cola en un zarzal! Cayó al suelo, atrapado por las espinas. Una pesada pata aterrizó en su lomo, dejándolo sin aire. El zorro le había pasado directamente por encima en su carrera hacia Centella.

La guerrera tuerta gritó, con una combinación de rabia y miedo, y Glayino se quedó helado de pavor. Entonces oyó el maullido de Espinardo a solo unos conejos de distancia. ¡La patrulla había llegado!

El aire se llenó con gritos de batalla, mientras guerreros y aprendices entraban en el claro, con las orejas gachas y las garras fuera. El zorro lanzó un aullido de furia y corrió hacia los árboles, seguido de Manto Polvoroso y Zarpa Pinta.

Glayino trató de levantarse, tirando de la cola para liberarla de las zarzas.

—¡Glayino! —exclamó Rosellera a su lado—. ¿Estás bien?

Él consiguió desengancharse arrancándose varios mechones de pelo.

—¡Estoy bien! —espetó.

—¿El zorro te ha herido? —le preguntó Centella.

Glayino se sintió aliviado al oír a su mentora. No olió sangre y su voz sonaba firme. El zorro no la había herido.

—¡No me digas que has intentado luchar contra el zorro! —exclamó Espinardo—. ¡Deberías haber corrido en busca de ayuda!

—No podía dejar a Centella sola con él.

—¡Pensaba que ya habrías aprendido que no eres rival para un zorro! —gruñó Espinardo.

Glayino frunció la boca, pero no dijo nada.

—¿Te has hecho daño en la cola? —le preguntó Rosellera con amabilidad.

Glayino la sacudió sobre el suelo cubierto de hojas, como si no le dolieran las espinas que aún tenía clavadas.

—Está bien —masculló.

Toda la patrulla debía de haberlo visto debatiéndose como un cachorrito indefenso, derrotado por un zarzal. Una oleada de vergüenza lo invadió del hocico a la cola.

—¿Manto Polvoroso y Zarpa Pinta se las arreglarán solos? —preguntó.

—Alejarán al zorro del campamento —contestó Espinardo—. No creo que se vuelva contra ellos. Sobre todo después del susto que le hemos dado.

—Deberíamos acompañar a Centella y a Glayino al campamento y después mandar una patrulla en busca de Manto Polvoroso y Zarpa Pinta —sugirió Rosellera.

—Buena idea —aprobó Espinardo.

La lluvia amainó cuando el atardecer empezó a enfriar el aire. Glayino estaba tumbado sobre la misma mata de hierba a la que lo había llevado Centella esa mañana. Quería estar solo, y la espinosa pared de la guarida de los guerreros lo ocultaba del resto del campamento. Pero ahora había vuelto Leonino con Cenizo; los oyó en el centro del claro.

—¿Dónde está Glayino? —Leonino sonó preocupado.

Carrasquera le contestó desde la entrada de la guarida de la curandera:

—No lo he visto, pero Centella ya ha regresado. Debe de andar por el campamento.

—¿Por qué no le preguntamos a su mentora?

Glayino no quería que Centella les contara lo idiota que había sido. Salió de su escondrijo y pasó ante sus hermanos para ir al montón de la carne fresca.

—¡Aquí estás! —exclamó Carrasquera.

—Hola —masculló él, y cogió un ratón.

Su hermana lo siguió y se decantó por un gorrión. Lo dejó en el suelo junto a Glayino mientras Leonino rebuscaba entre las presas hasta encontrar un campañol que olía a fresco.

—¡Lo he atrapado yo mismo! —anunció muy orgulloso, lanzándolo al suelo junto a su hermana.

—¿Has cazado una pieza en tu primer día? —La aprendiza sonó impresionada.

—Bueno —admitió él—, Cenizo lo ha visto y me ha enseñado cómo acercarme a él.

—Probablemente lo ha inmovilizado para que tú lo rematases —gruñó Glayino.

Hubo un instante de silencio, y luego Carrasquera le pasó la cola por encima a su hermano.

—He oído que has tenido problemas —maulló—. Podría haberle pasado a cualquiera.

Glayino se sacudió de encima la cola de su hermana.

—Pero me ha pasado a mí —gruñó.

—Es tu primer día —le recordó Leonino.

«Sí, claro, pero tú has cazado un campañol».

Carrasquera olfateó las espinas que Glayino tenía en la cola y le quitó una con los dientes.

—Puedo hacerlo solo —bufó el joven, apartando la cola con una sacudida.

—¿Quieres algunas hierbas? —le ofreció ella—. Sé cuáles aliviarán el dolor y detendrán la infección —dijo con orgullo.

—No hace falta. —Le dio un mordisco al ratón, pero le supo seco y soso. Empujó la pieza hacia Leonino—. Toma, acábatelo tú. Yo no tengo hambre.

—Espera… —empezó Leonino, pero Glayino se alejó con aire melancólico.

Se encaminó a la guarida de los aprendices, que estaba debajo de un tejo achaparrado que crecía cerca del muro de la hondonada. Tardó unos instantes en descubrir dónde estaba la entrada, y cuando lo supo, avanzó con cautela. Los olores desconocidos lo confundieron: el musgo cargado con el aroma de

diferentes aprendices, la intensa fragancia de la savia de tejo. No tenía ni idea de lo que había alrededor ni de dónde debía acostarse.

—Hola, Glayino —lo saludó Zarpa Pinta desde el extremo más alejado de la guarida—. Estoy yo sola. A mi lado hay musgo limpio, puedes dormir aquí.

Glayino se sentía demasiado cansado y abatido como para indignarse por que lo ayudaran. Agradecido, se acercó al lecho de Zarpa Pinta, y mientras lo hacía, los olores que lo rodeaban comenzaron a ocupar su lugar correspondiente, como una bandada de pájaros al acomodarse en un árbol. Captó el aroma de Rosellera, tan rancio que era evidente que no había vuelto por allí desde el alba; Bayino había ocupado su lecho mucho más recientemente, y el olor de Melosa era cálido, como si acabara de salir. Glayino serpenteó con cuidado entre los pequeños espacios olorosos hasta encontrar el musgo limpio al lado de Zarpa Pinta.

—Gracias —murmuró al tumbarse.

—De nada —respondió la aprendiza, soñolienta.

A Glayino lo alegró que Zarpa Pinta pareciera demasiado cansada para hablar. En ese momento, lo único que él quería era meter el hocico debajo de la pata y dormir.

9

El Manto Plateado titilaba en lo alto mientras Glayino ascendía por el angosto valle. Miró hacia las rocas desiguales que flanqueaban su camino, afiladas como colmillos de zorro. Más adelante, un arroyo bajaba alegremente por la ladera, centelleando bajo la luz de la luna. Una fría brisa descendía desde las grises cumbres, alborotando el pelaje del aprendiz como si fuera agua. Le pareció que llevaba días recorriendo aquel sendero de piedra, y aún tenía que seguir el curso del agua e internarse en las montañas.

Una zarpa le dio en el costado y se le clavó dolorosamente entre las costillas. Hizo una mueca. Abrió los ojos y no vio nada más que oscuridad.

Todo había sido un sueño.

La zarpa lo golpeó de nuevo.

—¡Cuidado! —se quejó él.

—Lo siento —se disculpó Leonino.

—¿Por qué estás tan nervioso esta mañana?

Levantó el hocico. Olía el rocío en las hojas, y supuso que apenas habría amanecido. Solo su hermano y Bayino estaban despiertos.

—Vamos a salir a patrullar las fronteras con Cenizo y Zarzoso —le explicó Leonino entusiasmado.

—Vaya cosa —masculló Glayino—. Zarzoso solo os lleva porque estos días no pasa nada allí.

—¿Y qué me dices de que el Clan del Viento y el Clan de la Sombra estén dejando más marcas olorosas?

—¿Te asustan los olores? —le espetó, y Leonino se separó de él—. Lo siento —murmuró Glayino—. Seguro que es genial.

—Sí —coincidió su hermano en voz baja—. Nos vemos luego.

Sin una palabra más, salió de la guarida seguido de Bayino.

Glayino se encogió en su lecho, que estaba más frío ahora que su hermano se había ido. Intentó retomar el sueño, pero no pudo volver a dormirse.

El fresco olor de la aurora iba filtrándose poco a poco en la guarida cuando Ratolino y Zarpa Pinta empezaron a desperezarse y bostezar. Esta le dio un empujón a Glayino.

—Deja de hacerte el dormido —maulló.

Él levantó la cabeza de mala gana.

—¿Bayino ya se ha marchado? —le preguntó la aprendiza.

—Sí.

—Ah, vaya. —Sonó decepcionada por no haber visto a su hermano—. Lo veré luego, en el entrenamiento de combate.

—¡Zarpa Pinta! —El profundo gruñido de Manto Polvoroso sonó a través de la entrada de la guarida—. El montón de la carne fresca está vacío. Llama a Ratolino. Vamos a cazar.

La aprendiza dejó caer la cola.

—Estupendo —maulló—. ¡Pensaba que iba a pasarme la mañana limpiando la guarida de los veteranos!

«¿Por qué iban a pedirte eso cuando me tienen a mí? —pensó Glayino mientras Zarpa Pinta salía con Ratolino—. ¡Los hijos de Dalia tienen tareas más importantes que yo, y ni siquiera han nacido en el clan!».

—¡Hola, Glayino! —lo saludó Rosellera—. ¿Cómo ha ido tu primera noche en la guarida de los aprendices?

—Bien —respondió sin mucho entusiasmo.

Carboncilla también se había despertado.

—¿Qué haces hoy? —le preguntó.

—Bueno, no voy a patrullar ni a cazar —los informó.

—A lo mejor Centella ha planeado que hagáis entrenamiento de combate —aventuró Rosellera.

—¡Ojalá! —exclamó Carboncilla—. Nosotros vamos a entrenar en el claro esta mañana. Sería genial que vinieras tú también.

Glayino no respondió.

—Espero que nos veamos allí —se despidió Rosellera saliendo de la guarida.

«Y los conejos vuelan», respondió Glayino para sus adentros. En la guarida solo quedaban Melosa y Carrasquera, y estaban profundamente dormidas. Él no iba a esperar a que se despertaran y se pusieran a gorjear como polluelos sobre las tareas que estaban deseando hacer. En su lugar, abandonó su lecho y salió.

La escarcha del suelo le indicó que ese día el cielo estaba despejado. Aunque el sol todavía no había empezado a caldear la hondonada, el campamento ya se había puesto en marcha. Estrella de Fuego estaba con Fronde Dorado y Zancudo, organizando partidas de caza y las patrullas fronterizas. Hojarasca Acuática se dirigía a la maternidad, y Esquiruela estaba compartiendo lenguas con Borrascoso y Rivera.

No había ni rastro de Centella. Probablemente se había olvidado de su aprendiz y había salido en la patrulla del alba sin él. Glayino notó que el resentimiento le subía por la garganta como si fuera bilis. «¡Le demostraré que no soy un inútil!».

Cruzó corriendo el claro, en dirección al túnel de espinos. Al emerger por el otro lado, olió que Tormenta de Arena se encaminaba al campamento. No tenía tiempo de dar marcha atrás, de modo que se ocultó detrás de una mata de helechos. Los pasos de la gata se detuvieron, y Glayino la oyó olfateando el aire. Contuvo la respiración, suplicando al Clan Estelar que la guerrera no lo viese. Esta se quedó quieta un instante más, pero al cabo entró en el túnel del campamento.

Glayino suspiró aliviado y salió de entre los helechos, sacudiéndose un trozo de hoja seca de la oreja. Enseguida encontró la senda que Centella y él habían seguido el día anterior. Si su mentora no iba a mostrarle la totalidad del territorio del Clan del Trueno, lo exploraría él solo. Empezaría yendo hacia el lago. Nunca había llegado tan lejos, y los frescos olores del viento y del agua le encantaban.

Fue bastante fácil ascender la ladera y volver a recorrer la cresta, y esa vez, cuando llegó al final, estaba preparado para las características del terreno. Descendió la pendiente despacio, usando las garras para frenarse, y al alcanzar el arbusto de brezo que lo había detenido, tomó la dirección contraria al sendero atronador.

Bajó por el lado del risco, entre los árboles. Serpentear a través de la vegetación era fácil; no tenía más que seguir sus propios bigotes y caminar con seguridad sobre el suelo forestal alfombrado de hojas. Sin embargo, poco a poco, los árboles y la maleza fueron dispersándose, y la cuesta se volvió plana. El suelo se tornó más blando: ya no estaba cubierto de hojas, sino de musgo mullido. Los arbustos de brezo le rozaban el pelo.

Olfateó el aire, preguntándose a qué distancia estaría del lago. El día anterior, el viento soplaba desde el agua y captó su olor con bastante claridad, pero ahora procedía del territorio del Clan del Trueno, de modo que no le daba ninguna pista sobre la tierra que tenía delante. Aguzó el oído para captar

el chapoteo del agua en la orilla, pero sonaba muy lejano y costaba saber de dónde venía.

De pronto, una zarpa se le encajó en un agujero del suelo. Había tropezado con la madriguera de un conejo. Se torció la pata, lo que le provocó un intenso dolor. Con una mueca, sacó la zarpa del agujero y se la lamió. No estaba malherida, pero tardó un rato en atreverse a apoyarla en el suelo.

«Esto no es como el bosque, para nada». Por primera vez, se preguntó si explorar por su cuenta habría sido buena idea. Pero estaba decidido a llegar al lago él solo. Con cautela, echó a andar y se estremeció cuando el agua del suelo pantanoso se le coló entre las garras. De pronto, las patas delanteras se le hundieron en la tierra turbosa y el lodo helado lo empapó hasta el pecho. «¡Clan Estelar, ayúdame!». Retrocedió, clavando las garras traseras en el terreno sólido. Con un tirón desesperado, liberó las extremidades delanteras del pegajoso barro y retorció todo el cuerpo para agarrarse a la mata de brezo más cercana. Se aferró a las punzantes ramas y se quedó temblando sobre su robusta red de raíces.

«Debo comprobar la firmeza del suelo antes de dar otro paso», se dijo a sí mismo, con el corazón tan desbocado que ahogaba el sonido de las olas y el viento. Alargó una pata para tocar el suelo del otro lado del arbusto. Era mullido por el musgo, pero firme, de modo que salió de su refugio y avanzó con precaución.

Concentrado, continuó caminando de esa manera, paso a paso, siempre con una mata de brezo a su alcance, algo a lo que agarrarse si volvía a perder pie. Poco a poco, el suelo que pisaba se fue tornando más sólido y seco. El terreno ascendía de nuevo, y notó el espacio abierto delante de él. Olfateó el aire. El viento continuaba soplando a sus espaldas, llevándole el familiar aroma de su hogar. Se preguntó durante un segundo si debería regresar, pero rechazó ese pensamiento. «¡No voy a darme por vencido!».

Intentó hacerse una idea mental del paisaje, almacenarla para poder caminar con mayor seguridad la próxima vez que pasara por allí. El blando musgo daba paso a una suave hierba. Oía el susurro del bosque lejos, a su espalda. El viento propagaba el sonido del lago, que ahora era más fuerte; sintió un cosquilleo de emoción en las zarpas. Apretó el paso; comenzaba a disfrutar de la libertad del espacio abierto, de la calidez del sol en la cara, del viento que le alborotaba el pelaje.

Lleno de felicidad, volvió a olfatear el aire.

«¡El Clan del Viento!».

Se sintió alarmado. Allí, el olor de los gatos del Clan del Viento era tan intenso que tapaba incluso el suyo propio. Y, sin embargo, no había captado ningún movimiento a su alrededor. Estaba seguro de que no había nadie cerca. ¿Habría traspasado la frontera sin darse cuenta?

Confundido, giró sobre sí mismo, buscando el olor de su hogar. Retrocedió, asustado, y, sin previo aviso, la tierra desapareció. Pataleó desesperado, intentando agarrarse a alguna rama o roca, pero, debajo de él, no había nada excepto vacío.

De pronto chocó contra el agua.

El frío lo dejó sin respiración, y se encontró debatiéndose bajo las olas, con los pulmones pidiendo aire a gritos, mientras luchaba por salir a la superficie. Intentó gritar, pero el agua le llenó la boca, los ojos y los oídos.

«¡Voy a ahogarme!».

De repente, notó un tirón brusco en el pescuezo. Algo estaba sacándolo del agua. De manera instintiva, dejó de luchar y se quedó inmóvil, como un cachorrito entre las fauces de su madre. Permitió que tiraran de él hacia arriba hasta que, con el pecho a punto de estallar, llegó a la superficie. Con su primera bocanada de aire también tragó agua, lo que lo hizo toser y farfullar. Creyó que iba a vomitar.

—¡Estate quieto! —le ordenó una voz entre dientes.

Glayino sintió que tiraban de él torpemente entre las olas. Agitó las patas, buscando el fondo del lago.

—¡Deja de retorcerte! —volvió a mascullar la voz.

Glayino notó guijarros golpeándole el cuerpo cuando su rescatador lo arrastró a una playa pedregosa, fuera del agua. Se derrumbó, resollando entre arcadas. Unas patas comenzaron a presionarle el pecho para que expulsara el agua que había tragado.

—¿Se pondrá bien? —El angustiado maullido de una gata joven se oyó cerca.

Glayino estaba demasiado conmocionado para reconocer los olores que lo rodeaban.

—¿Quién está ahí? ¿Sois guerreros? —balbució.

—¿Qué dices? —La voz sonó desconcertada, y luego impactada—: ¡No puede ver!

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué estaba haciendo aquí fuera él solo? —replicó una voz más profunda, y Glayino reconoció el bufido furioso de su rescatador.

Una lengua áspera comenzó a lamerlo y a masajear su frío cuerpo. Otra se le unió, y Glayino volvió a cerrar los ojos y se quedó tendido con impotencia, debilitado por el susto, dejando que los rítmicos lametazos lo tranquilizaran y lo reconfortasen.

Con la mente despejada, comprendió que los gatos debían de pertenecer al Clan del Viento. Su olor era el mismo que había percibido en el páramo el día anterior. Y eran cuatro: dos mayores y dos más jóvenes… ¿dos guerreros con sus aprendices, quizá?

—¿Se pondrá bien, Cola Blanca? —quiso saber la aprendiza, tumbándose al lado de Glayino, que notó su pelaje temblando contra el de él.

—Sí, Zarpa Brecina. —Era una voz más dulce, no la de su rescatador, sino la de una guerrera—. ¿Me oyes? —le preguntó a Glayino.

Él asintió. Con torpeza, consiguió sentarse. Tenía las orejas llenas de agua, y sacudió la cabeza. Los guijarros de la orilla entrechocaron cuando los gatos del Clan del Viento saltaron para evitar la rociada que salió despedida de su pelaje empapado.

—¡Qué raro que un gato del Clan del Trueno nos dé las gracias intentando ahogarnos…! —exclamó una voz que Glayino no había oído aún. Supuso que pertenecía al cuarto integrante del grupo, un aprendiz.

El guerrero le espetó con un gruñido:

—¡No exageres, Ventolino! No son más que unas pocas gotas de agua. —Glayino notó un aliento cálido en el pecho cuando el guerrero se inclinó sobre él—. ¿Qué estabas haciendo tan lejos de tu campamento? —quiso saber—. ¿Hay alguien contigo?

—Sé amable, Corvino Plumoso —le suplicó Cola Blanca—. Se ha llevado un buen susto. —Y le dio un lametón en la oreja a Glayino—. Ya estás a salvo, pequeño.

Glayino se relajó contra ella, protegiéndose del viento con su cálido y seco pelaje.

—Yo soy Cola Blanca —continuó la guerrera—. Él es Corvino Plumoso, y estos son nuestros aprendices: Zarpa Brecina y Ventolino. No vamos a hacerte daño.

—¡Creo que eso ya se lo habrá imaginado por la forma en que le hemos salvado la vida! —masculló Ventolino.

—No estaría de más que le enseñaras modales a tu hijo, Corvino Plumoso —espetó la guerrera, cortante. Luego volvió a centrar su atención en Glayino —. ¿Qué estabas haciendo aquí tú solo? ¿Sabías que ibas hacia el territorio del Clan del Viento? ¿Tienes problemas?

—Los tendré —maulló él casi para sí.

—Eso espero —bufó Corvino Plumoso—. ¿Cómo se le ocurre a tu clan dejarte deambular por ahí?

Zarpa Brecina se inclinó más sobre Glayino, rozándole el pelo con los bigotes.

—¿No ves nada de nada? —le preguntó con curiosidad.

Ventolino soltó un resoplido.

—Si viese, tendría que ser idiota para haberse caído por un acantilado.

—¡No me he caído! —bufó Glayino.

—Pues eso nos ha parecido a nosotros —replicó el aprendiz del Clan del Viento.

—¡Cállate, Ventolino! —lo riñó Corvino Plumoso.

El joven cerró la boca, pero Glayino oyó cómo agitaba la cola sobre los guijarros, malhumorado.

—Supongo que lo mejor es que lo devuelva al Clan del Trueno —maulló Corvino Plumoso—. ¿Puedes caminar? —le preguntó a Glayino.

Él asintió. Aún le temblaban las patas, pero no iba a darle a Ventolino la oportunidad de burlarse de su clan de nuevo. Se puso en pie.

—Gracias por rescatarme, pero puedo volver a casa yo solo —maulló con educación.

—Por nada del mundo voy a permitir que te extravíes otra vez —insistió Corvino Plumoso—. Cola Blanca, llévate a Zarpa Brecina y a Ventolino al campamento.

Dicho eso, posó firmemente la cola sobre el lomo de Glayino y lo guio orilla arriba.

—¡Ve a ver a tu curandera en cuanto llegues a casa! —le aconsejó Cola Blanca a su espalda.

Corvino Plumoso apenas habló mientras regresaban al territorio del Clan del Trueno y se encaminaban al campamento. Solo hacía breves advertencias cuando se cruzaban con madrigueras de conejo o raíces con las que Glayino podría tropezar. Al aprendiz le gustó ese silencio. El terreno le era desconocido, y estaba demasiado furioso como para concentrarse en algo más que en las ocasionales instrucciones de Corvino Plumoso. Lo irritaba sentir la cola del guerrero sobre el lomo, pero no se quejó. Ya tenía suficientes problemas. Una vez más, su intento de demostrar que era tan bueno como cualquier otro gato había sido un desastre.

«Conozco este lugar», pensó de pronto. La ladera que pisaba estaba cubierta de ramitas. Los árboles susurraban sobre su cabeza. Estaban

acercándose a lo alto de la hondonada. A Glayino se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo iba a explicar por qué no estaba con Centella? ¿Qué diría su padre? De repente, captó el olor de una patrulla del Clan del Trueno: Esquiruela, Borrascoso y Rivera se dirigían hacia ellos. Tensó el lomo.

—¿Corvino Plumoso? —El sorprendido maullido de Borrascoso procedía de los helechos que tenían delante.

Unas pisadas corrieron hacia ellos.

—¡Glayino! —exclamó Esquiruela con la voz estridente por el alivio y la furia, y restregó el hocico contra el pelo mojado del aprendiz—. Por el Clan Estelar, ¿qué te ha ocurrido? —Y lo lamió ferozmente entre las orejas—. ¿Dónde lo has encontrado? —le preguntó a Corvino Plumoso.

—Ha entrado en el territorio del Clan del Viento sin darse cuenta —respondió Corvino Plumoso con brusquedad—. He tenido que rescatarlo del lago.

Glayino agachó la cabeza; la piel le ardía de vergüenza, un sentimiento que empeoró cuando percibió la incomodidad de Esquiruela y cómo esta aumentaba ante la pregunta de Corvino Plumoso:

—¿Vuestros cachorros siempre salen solos?

—Yo no soy un cachorro; ¡soy aprendiz! —protestó Glayino, y su madre le rozó la boca con la cola para que se callara.

—Corvino Plumoso —maulló Esquiruela con frialdad—, creo que en alguna ocasión algún gato del Clan del Viento también ha ido más lejos de lo que debería.

En su maullido había oculto un significado que se le escapaba a Glayino, pero no a Corvino Plumoso. El guerrero despegó la cola del lomo del aprendiz y resopló.

—Deberías llevarlo de vuelta al campamento —le aconsejó a Esquiruela —. Ha estado a punto de ahogarse, y el agua estaba helada.

—Sí, eso haré —coincidió la guerrera, y empujó a su hijo cuesta abajo, hacia la barrera de espinos.

Para sorpresa de Glayino, Corvino Plumoso los acompañó a la hondonada, y Esquiruela no protestó. El aprendiz percibió auténtica alegría en los pasos de Borrascoso mientras caminaba junto al guerrero del Clan del Viento. Rivera se puso al lado de Glayino.

—No te avergüences —le ronroneó al oído—. A mí me pasaron cosas aún peores cuando todavía estaba entrenando.

Presionó su cálido costado contra el de Glayino, que estaba frío y húmedo. Sabía que la gata montañesa solo intentaba que se sintiera mejor,

pero no funcionó. De pronto, oyó un susurro en la barrera de espinos, y Ratolino apareció a toda prisa.

—¡Lo habéis encontrado! —exclamó con entusiasmo.

—Sí, aquí está —suspiró Esquiruela.

—Localiza a la patrulla de Centella y diles que dejen de buscar —le ordenó Borrascoso a Ratolino—. Y pregúntale a Nimbo Blanco si puedes llevarte a Carboncilla contigo.

—Sí, Borrascoso —maulló el aprendiz, corriendo de nuevo hacia el campamento.

Esquiruela fue la primera en atravesar el túnel. Glayino apretó la mandíbula y la siguió.

—Ve derecho a la guarida de Hojarasca Acuática —le indicó Borrascoso con dulzura.

—Yo iré a verte en cuanto haya hablado con Zarzoso —maulló Esquiruela —. Tu padre querrá saber que estás sano y salvo.

Sintiéndose más rastrero que la barriga de un gusano, Glayino se encaminó a la guarida de Hojarasca Acuática. Corvino Plumoso lo siguió. El joven estaba desconcertado; ¿es que el guerrero del Clan del Viento pensaba seguirlo a donde fuese? No tenía nada que tratar con la curandera del Clan del Trueno. Sin embargo, no iba a desafiarlo. En su lugar, trató de captar cómo se sentía Corvino Plumoso, pero fue como meter la zarpa en un zarzal: no encontró nada más que espinas.

Hojarasca Acuática giró en redondo cuando Glayino apareció en la entrada de su guarida. Corrió a su encuentro, y él notó su alivio como una ráfaga de aire.

—Estás sano y salvo —suspiró la curandera.

De pronto se puso tensa y se quedó mirando a Corvino Plumoso, que había cruzado la cortina de zarzas. Glayino sintió un hormigueo en la piel cuando la tensión crepitó en el aire, como los rayos en la estación de la hoja verde.

—Hola, Corvino Plumoso —maulló Hojarasca Acuática. Sonó como si tuviera un abrojo atascado en la garganta.

—Hojarasca Acuática. —El saludo de Corvino Plumoso fue breve, pero, por primera vez, Glayino percibió algo más que irritación bajo el pelaje del guerrero del Clan del Viento—. Había salido con Ventolino y su mentora cuando lo hemos encontrado.

Hojarasca Acuática se puso tensa.

—¿Tu hijo ya es aprendiz? —maulló con tono crispado.

—Sí —contestó Corvino Plumoso, con voz extrañamente inexpresiva.

—¡Glayino! —Carrasquera llegó corriendo y le restregó el hocico contra la mejilla—. ¡Pareces medio ahogado!

De pronto, el agotamiento invadió a Glayino, que se derrumbó en el suelo.

—Trae un poco de tomillo, Carrasquera —le ordenó Hojarasca Acuática.

La aprendiza fue como un rayo al fondo de la guarida y regresó, sin aliento y nerviosa, con la boca llena de hojas. Glayino reconoció el olor: no era tomillo, sino matricaria.

—Lo último que necesita tu hermano es que le baje la temperatura —maulló Hojarasca Acuática con impaciencia, antes de correr hacia las provisiones a buscar un puñado de tomillo.

Corvino Plumoso observaba en silencio.

—¿Y por qué voy a darle tomillo? —le preguntó Hojarasca Acuática a su aprendiza, dejando las hojas junto a Glayino.

—¿Para calentarlo? —aventuró la joven.

La curandera negó con la cabeza.

—Puedes calentarlo tumbándote a su lado.

Carrasquera se tumbó junto a su hermano y apretó su cuerpo contra el de él. Hojarasca Acuática empujó las hojas de tomillo hacia Glayino.

—Esto te calmará y te ayudará a superar la conmoción —le explicó, y le dio un lametazo en la mejilla—. Cómetelas todas —lo animó—. No saben demasiado mal, y en cuanto empieces a entrar en calor, mandaré a Carrasquera a por un ratón fresco para que te quite ese sabor de la boca.

Glayino se tragó las hojas sin quejarse. Se sentía demasiado helado y exhausto para protestar. Dejó que se le cerraran los ojos, y notó cómo el calor del cuerpo de su hermana iba filtrándose en el suyo. Seguía siendo vagamente consciente de la penetrante emoción que flotaba entre Corvino Plumoso y Hojarasca Acuática, pero incluso eso se esfumó cuando él cayó en la quietud reconfortante del sueño.

10

Leonino miró la luna llena que brillaba sobre la hondonada. «Las nubes no van a impedir esta Asamblea».

Manto Polvoroso, Zancudo y Cenizo ya estaban esperando en la entrada del campamento. Estrella de Fuego se hallaba debajo de la Cornisa Alta con Tormenta de Arena y Zarzoso, hablándoles en voz baja.

—¿Por qué estamos aquí plantados? —se sulfuró Carrasquera mientras arrancaba hierbas con sus afiladas garras.

—Ya no puede faltar mucho —maulló Leonino.

Se sentía tan emocionado como su hermana. Aquella iba a ser su primera Asamblea, su primera oportunidad de conocer a aprendices de los clanes rivales, intercambiar historias y comparar entrenamientos… sin olvidar nunca que la próxima vez que se vieran podría ser en un combate, con las garras desenvainadas y mostrando los colmillos.

—Parece que Estrella de Fuego está esperando a Hojarasca Acuática —maulló Zarpa Pinta.

—¿Y por qué tarda tanto Hojarasca Acuática? —se lamentó Carrasquera —. Solo está clasificando las hierbas frescas que hemos recolectado por la mañana.

—A lo mejor las clasificaría más deprisa si la ayudara su aprendiza —señaló Bayino.

—¡He intentado ayudarla! —protestó Carrasquera—. Pero me ha dicho que acabaría más rápido si lo hacía ella sola.

Ratolino movió los bigotes.

—¿Estás segura de que vales para curandera?

—Por supuesto que sí —espetó la joven—. Algún día, ¡esperaréis a que salga yo de esa guarida!

—Solo te están tomando el pelo —la tranquilizó Leonino.

A él le parecía raro que todos los hijos de Dalia asistieran a la Asamblea, mientras que tres aprendizas nacidas en el clan —Carboncilla, Melosa y Rosellera— iban a quedarse en el campamento. «Supongo que es lo justo —concluyó—. Tres aprendices nacidos en el clan y tres nacidos fuera. —Suspiró—. Al menos seríamos tres si no…».

Miró a Glayino, tumbado en la entrada de su guarida, y suspiró. Su hermano llevaba allí desde la puesta de sol: le habían prohibido ir a la Asamblea como castigo por haberse escapado y casi ahogarse en el lago. Ahora permanecía ceñudo en las sombras, con sus ciegos ojos azules clavados en sus hermanos, que bromeaban con los hijos de Dalia mientras esperaban para partir.

¿Por qué tenía que ser tan imprudente? Ahora que eran aprendices, a Leonino le resultaba más difícil vigilar a su hermano; sus tareas lo mantenían mucho más ocupado que cuando eran cachorros. Notó una punzada de culpabilidad, pero apartó ese sentimiento de inmediato. Su responsabilidad principal era con el clan. Ahora Glayino tendría que aprender a ser más sensato. Se acercó a su hermano y le alisó con la lengua el pelo entre las orejas.

—Ojalá vinieras —maulló.

—Tú eres el único que lo piensa —gruñó Glayino.

—Sabes que eso no es cierto —protestó Leonino—. Es culpa tuya que te hayan prohibido salir del campamento.

—A lo mejor Estrella de Fuego no quiere un gato ciego en la Asamblea.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no da buena imagen tener a un aprendiz como yo en el clan.

«¿Será eso verdad?», se preguntó Leonino, pero, antes de que pudiera decir nada, oyó la llamada de Estrella de Fuego.

—Tengo que irme —le dijo a Glayito—. Pero te lo contaré todo en cuanto vuelva.

Y corrió tras los demás aprendices, que ya estaban dirigiéndose hacia la salida. Estrella de Fuego se puso al frente del grupo y, con un movimiento de la cabeza, se internó en el túnel. Leonino siguió a sus compañeros, con el corazón desbocado, mientras sus patas resonaban sobre el suelo. Notó el roce del cuerpo de Carrasquera, que se estremecía de la emoción. Al cabo de un instante, salieron del túnel y continuaron ladera arriba.

Pasaron a toda prisa ante el Roble del Cielo y descendieron hacia el lago. Los guijarros de la orilla repiquetearon bajo sus patas. Las piedras arañaron

las almohadillas de Leonino, pero no le importó; podía ver la isla en el extremo más alejado, elevándose sobre el agua, cubierta de árboles. Las finas ramas sin hojas se alzaban hacia el cielo cuajado de estrellas, temblando como los bigotes de un gato, y el aprendiz sacudió la cola entusiasmado.

Cuando el grupo inició el largo trayecto a través del territorio del Clan del Viento, Estrella de Fuego bajó el ritmo. Pasaron ante el cercado de los caballos, donde antes vivía Dalia, y se internaron en el territorio del Clan del Río, siempre a un máximo de cinco colas de distancia de la orilla, tal como habían acordado todos los clanes. El suelo se volvió más fangoso al acercarse a la isla. Leonino redujo el paso después de estar a punto de resbalar; no quería llegar cubierto de barro. Ya podía distinguir formas oscuras sobre el árbol caído que servía de puente. El olor del Clan del Viento se mezclaba con el del Clan de la Sombra y el del Clan del Río: los demás estaban cerca.

—¿Vas a mencionar las marcas olorosas? —maulló Zarzoso.

Leonino lo oyó y, mirando entre Ratolino y Zancudo, vio a su padre al lado de Estrella de Fuego.

—¿Te refieres al hecho de que el Clan de la Sombra y el Clan del Viento hayan marcado absolutamente todos los árboles y las briznas de hierba de nuestras fronteras? —repuso el líder.

—Sí —contestó Zarzoso.

—No puedo decidir qué hacen los otros clanes en su territorio.

—Pero ¡es una clara demostración de hostilidad! —gruñó el lugarteniente.

—No vamos a reaccionar. Aún no.

—Estrella de Fuego tiene razón —intervino Cenizo, colocándose al lado de los guerreros—. Sería mejor organizar patrullas fronterizas más frecuentes y no darles a los otros clanes la satisfacción de saber que nos tienen preocupados.

—¡Hace falta algo más que el hedor del Clan de la Sombra para preocuparnos! —declaró Estrella de Fuego, y echó a correr, salvando en unos pocos saltos la distancia que lo separaba del árbol caído, junto a cuyas raíces secas se detuvo.

Leonino se quedó mirando el puente vegetal que unía la orilla con la isla. El aire estaba impregnado del olor del Clan del Viento, del Clan del Río y del Clan de la Sombra.

—¡Debemos de ser los últimos en llegar! —le susurró a Carrasquera. De pronto se sintió intimidado por la idea de verse frente a todos los clanes a la vez—. ¿Crees que las historias que contaba Fronda en la maternidad sobre el Clan de la Sombra son reales?

—¿En serio piensas que dejan que sus veteranos se mueran de hambre? —replicó ella, burlona.

—Bueno, no —murmuró—. Pero ¿y si los demás aprendices son más grandes que nosotros?

—Solo hace un cuarto de luna que nos nombraron aprendices —le recordó su hermana—. Seguro que hay gatos más grandes que nosotros.

Estrella de Fuego subió al tronco caído, lo cruzó con cautela y saltó a la orilla opuesta. Los guijarros susurraron bajo sus patas. Zarzoso lo siguió, luego Manto Polvoroso y, de pronto, Leonino se dio cuenta de que ya era el turno de Carrasquera. El agua lisa y negra fluía debajo de ella, lamiendo suavemente las ramas muertas que anclaban el árbol al lecho del lago. La aprendiza serpenteó entre las ramitas y los nudos hasta el final. Luego bajó de un salto y se volvió para ver cruzar a su hermano.

Temblando de emoción, Leonino trepó por una rama. La corteza estaba sorprendentemente resbaladiza, y las patas le patinaron en todas las direcciones. Notó que el árbol daba una sacudida y, al mirar atrás, descubrió que Cenizo había saltado tras él. Justo delante, donde antes había una rama, sobresalía un trozo de corteza. Lo bordeó curvando el cuerpo, con los ojos clavados en el otro extremo. De pronto, una pata delantera le resbaló y se separó del tronco. Sintió que comenzaba a caer, y miró horrorizado el agua reluciente, negra y helada que corría por debajo de él.

Un pelaje gris apareció raudo a su espalda, y Leonino notó que un hocico lo empujaba por el costado. Lo impulsó hacia arriba, sujetándolo hasta que recuperó el equilibrio. Su mentor lo había salvado de comenzar su primera Asamblea con una humillación.

—¡Gracias! —exclamó sin aliento.

—La primera vez siempre es un poco peliagudo —maulló Cenizo.

Leonino sacó las uñas y, durante el resto del camino, se agarró al tronco como si fuera una ardilla. Finalmente, saltó al margen del río, contento de volver a pisar tierra firme. Le encantó notar los guijarros bajo sus nerviosas zarpas.

—Ha habido un momento en que he pensado que ibas a convertirte en comida de peces —le dijo Carrasquera a modo de recibimiento.

—¡Yo también! —ronroneó Leonino.

Tenía ganas de correr hacia los árboles, impaciente por descubrir qué había allí, pero se obligó a esperar mientras cruzaban los demás. Zarpa Pinta zigzagueó entre las ramitas, Bayino se abrió paso con sus potentes omóplatos, mientras que Zancudo avanzó como una serpiente, claramente acostumbrado

a realizar ese trayecto. Leonino se sintió muy pequeño e inexperto, pero levantó el hocico y se aseguró de tener el pelaje bien liso.

Al cabo, todos los gatos del Clan del Trueno llegaron a la orilla. Estrella de Fuego los observó, y luego, con un solo movimiento de la cabeza, se dirigió hacia los árboles. «¡Por fin!». Leonino corrió hacia los troncos en penumbra, con los helechos rozándole el pelo. Movió las orejas, expectante, cuando ante él se abrió un claro.

Había gatos por todas partes. Leonino nunca había visto tantos tonos de pelo diferentes. Algunos gatos eran esbeltos, otros, corpulentos. La mayoría parecían mucho más grandes que él. Jamás se había imaginado que vivieran tantos gatos alrededor del lago, ¡y eso que solo había unos cuantos de cada clan! En el otro extremo del claro, con el lago de fondo, centelleando en la distancia a través de los árboles sin hojas, vio el Gran Roble, el centro de todas las Asambleas.

—¿Es como te lo imaginabas? —le susurró Carrasquera.

—No me esperaba que hubiese tantos gatos. —Leonino se quedó mirando a un macho del Clan del Río, cuyo pelaje era tan lustroso que relucía bajo la luz de la luna mientras flexionaba sus musculosas patas—. ¡Imagínate enfrentarte a ese en combate! A partir de ahora, voy a entrenar el doble.

—¿Cómo puedes pensar ahora en combates? —lo riñó Carrasquera—. Esta noche hay tregua. Deberías estar intentando averiguar si él piensa como un guerrero del Clan del Trueno. —Entornó los ojos—. Si conoces a tu enemigo, tienes ganada la mitad de la batalla.

Leonino miró a su hermana de reojo. ¿Cómo se le ocurrían esas cosas? Mientras que él se preguntaba si estaría a la altura de aquellos gatos en un combate, ella había comenzado ya a idear estrategias como si fuera una líder.

A Ratolino le brillaron los ojos.

—¿Por qué no vas a preguntárselo?

Carrasquera dio un respingo.

—¿De verdad podemos hablar con cualquiera?

—Bueno —respondió Ratolino—, os irá mejor si os dirigís a otros aprendices. —Señaló con la cabeza a un grupo de gatos del Clan del Río—. Los guerreros no son peligrosos, pero no les hará gracia que un aprendiz les dé la tabarra.

—¿Y si son ellos los que nos hablan? —quiso saber Leonino.

—Pues entonces sed educados y no les deis demasiada información —los avisó Zarpa Pinta—. Algunos guerreros podrían aprovecharse de vuestra inexperiencia para averiguar qué está pasando en el Clan del Trueno.

—¿Tú revelaste algún secreto en tu primera Asamblea, Ratolino? —le preguntó Carrasquera.

—¡Por supuesto que no! —respondió él, muy digno.

—¡Ya, claro! —exclamó Bayino con sorna—. Si no te hubiera cerrado la boca, le habrías contado a Bermeja que Estrella de Fuego estaba a punto de renunciar al terreno junto al río antes de que el propio Estrella de Fuego tuviera la ocasión de anunciarlo.

—Pero ¡ella es la lugarteniente del Clan de la Sombra! —se defendió Ratolino—. No podía ignorarla.

—Tampoco tenías que relatarle toda la historia de tu clan —replicó Bayino, moviendo los bigotes.

—Bueno —maulló Carrasquera de repente—. Yo voy a ver de qué están hablando los demás.

Y se encaminó hacia el grupo de cohibidos aprendices del Clan del Río, pero entonces una pequeña gata atigrada de color gris cruzó el claro en su dirección.

—¡Carrasquera! —Era la aprendiza de curandera del Clan del Río. Sus brillantes ojos verdes destellaban bajo la luz de la luna.

—Hola, Blimosa. —Se detuvo a saludarla.

Blimosa la miró encantada.

—Ala de Mariposa me ha dicho que ahora eres la aprendiza de Hojarasca Acuática.

Carrasquera inclinó la cabeza.

—Así es.

—¡Genial! ¿El Clan Estelar ya te ha enviado tu primer sueño?

—No, todavía no.

—Seguro que lo hará pronto. ¡Ven! —Y le pasó la cola por el lomo—. Te presentaré a los demás curanderos.

Blimosa guio a Carrasquera hacia donde estaba Hojarasca Acuática compartiendo lenguas con un grupo de gatos. Leonino sintió una punzada de envidia. Como curandera, su hermana tendría una conexión especial con todos los clanes. Arañó el suelo, mirando nervioso las caras desconocidas que lo rodeaban. Luego recordó que la tregua solo duraba una noche. Aquellos gatos eran sus enemigos; no tenía sentido ponerse a hacer amigos allí. Su obligación era conocerlos y averiguar sus fortalezas —y sus debilidades— para cuando se enfrentaran en combate.

—Voy a hablar con Lebrato —anunció Bayino.

—Yo también —se apuntó Zarpa Pinta.

Leonino, a solas con Ratolino, miró a su alrededor. Vio a un grupo de gatos muy apiñados que observaban el claro desde el pie del Gran Roble. Las sombras ocultaban el color de su pelaje, y el joven se estremeció por el modo en que sus ojos relucían en la penumbra.

—¿Son del Clan de la Sombra? —le susurró a Ratolino, que asintió.

—Que no te asusten. Les gusta aparentar que odian a todo el mundo, pero una vez que consigues hablar con ellos no están mal.

—¿Seguro? —replicó, no muy convencido.

Pero Ratolino no lo oyó.

—¡Palomina! —exclamó.

Estaba mirando a una gata del Clan del Río, gris y blanca, cuyo pelaje parecía tan sedoso como el de los cachorros.

—Parece que acaba de salir de la maternidad —maulló Leonino.

Su amigo movió las orejas.

—Pues es una luna mayor que yo —lo corrigió—. Ven a hablar con ella. Verás que no es tan blanda como parece.

Leonino lo siguió hasta donde se encontraba Palomina sentada con otros dos aprendices del Clan del Río, uno gris y otro atigrado. Arrugó la nariz al olfatearlos. Conocía el hedor del Clan de la Sombra y del Clan del Viento por sus marcas fronterizas, pero el fresco olor del Clan del Río, con un matiz de pescado, le resultó raro.

Palomina los saludó con una inclinación de cabeza. Aunque era más delgada y, en apariencia, más débil que sus compañeros de clan, sus ojos ámbar eran penetrantes e inteligentes.

—¿Quién es tu amigo? —le preguntó a Ratolino, que estaba mirándola con expresión soñadora.

—Es Leonino.

—Hola, Leonino. Este es Saltarín —dijo Palomina, señalando al atigrado — y este es Guijoso —añadió, refiriéndose al gato gris.

—¿Qué te parece la isla? —le preguntó Saltarín.

—Es genial.

—Podemos enseñártela, si quieres —se ofreció Palomina.

A Ratolino se le iluminó la cara. Estaba claro que le encantaba la idea de pasear bajo las estrellas con la hermosa aprendiza, pero Leonino prefería explorar por su cuenta, sobre todo si su amigo iba a pasarse todo el rato alelado.

—Gracias por la propuesta —maulló—, pero Ratolino me ha prometido presentarme a otros gatos.

Su amigo lo miró sin entender.

—¿Eh? ¿Sí?

—¡Vamos! —insistió, antes de que Ratolino pudiera protestar.

Se separó del grupo; Ratolino suspiró, pero lo siguió a través del claro. De pronto, una dulce voz le dijo al oído:

—¿Eres hermano de Glayino?

Al darse la vuelta, se encontró frente a una atigrada marrón claro que lo miraba con unos ojos del color del cielo al atardecer.

—S… sí —tartamudeó—. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Bayino. Por cierto, yo soy Zarpa Brecina.

«Porque tus ojos son del color del brezo…».

—A lo mejor Glayino te ha hablado de mí —continuó la aprendiza—. Yo estaba con Corvino Plumoso cuando lo salvó. ¿Se ha recuperado?

Leonino se obligó a dejar de mirarla como si fuera un conejo embobado.

—¿Glayino? —repitió—. Ah, sí, ya está bien.

—¿Ha venido?

Leonino no lograba recordar dónde se encontraban ahora sus hermanos.

—Hoy no —respondió Ratolino con tono impaciente.

—Todavía no me puedo creer que saliera solo siendo ciego —se maravilló Zarpa Brecina—. ¡Debe de ser muy valiente!

Leonino sintió una punzada de celos.

—La mayor parte del tiempo solo es gruñón —replicó—. Sobre todo ahora que le han prohibido salir del campamento durante un cuarto de luna.

—Pobre Glayino —se solidarizó Zarpa Brecina—. Yo me sentiría muy triste si tuviese que quedarme encerrada en el campamento.

—Yo también —coincidió Leonino.

—¿Cuánto hace que eres aprendiz?

—Un cuarto de luna. ¿Y tú?

—Una luna y media. Esta es mi segunda Asamblea.

—¿Conoces a Ratolino? —le preguntó, notando que su amigo estaba cada vez más impaciente y que no paraba de mirar hacia los aprendices del Clan del Río.

—Nunca hemos hablado —confesó Zarpa Brecina—. La otra vez lo vi charlando con Bermeja. —Miró a Ratolino—. ¿Te sacó alguna información? Conmigo lo intentó, pero, por suerte, Corvino Plumoso me había avisado de que no le contara nada a nadie.

Antes de que Ratolino pudiera contestar, un gato negro de ojos ámbar se les acercó.

—Deberíamos volver con nuestro clan —le dijo a la aprendiza bruscamente, sin hacer ni caso a los aprendices del Clan del Trueno—. La reunión está a punto de empezar.

—Este es Ventolino —les dijo Zarpa Brecina—. Es nuestro aprendiz más reciente. —Movió los bigotes—. Aunque nadie lo diría por su actitud. Desde que dejó la maternidad, no ha parado de intentar darnos órdenes.

Él la fulminó con la mirada y sacudió la punta de la cola de un lado a otro.

—No te preocupes, Ventolino —continuó Zarpa Brecina—. Serás guerrero antes de que te des cuenta, y entonces podrás mangonear a todos los aprendices.

El gato negro entornó los ojos; era obvio que no estaba seguro de si lo había dicho en serio o no. Zarpa Brecina miró a Leonino y después susurró, lo bastante alto para que su compañero de clan la oyera:

—Cree que tengo que hacer todo lo que él me ordene porque su padre, Corvino Plumoso, es mi mentor.

—Sabes que Corvino Plumoso no… —empezó a protestar.

—¡Venga ya, Ventolino! —exclamó la gata—. ¡Alegra esa cara! —Le dio un empujoncito en el costado con el hocico, y luego se volvió de nuevo hacia Leonino—. Cuesta creerlo, pero, si tiene un buen día, mi compañero puede ser de lo más divertido.

Desde el Gran Roble sonó un maullido imperioso:

—Nos reunimos bajo el Manto Plateado…

—¡Estrella de Bigotes está dando inicio a la Asamblea! —respingó Zarpa Brecina.

Leonino giró en redondo y vio a los cuatro líderes aposentados como búhos en las ramas bajas del árbol. Estrella de Bigotes, el ágil atigrado marrón que lideraba el Clan del Viento, estaba hablando.

—… convocados por la tregua de la luna llena.

Ventolino le lanzó a Zarpa Brecina una mirada que decía: «Te lo advertí», y corrió a reunirse con el resto de su clan. La aprendiza puso los ojos en blanco y lo siguió.

Sintiéndose ya más seguro, Leonino se unió a los gatos congregados al pie del roble. Zigzagueó entre sus compañeros de clan hasta encontrar un hueco entre Carrasquera y Zancudo.

Estrella de Fuego estaba junto a Estrella de Bigotes, en la misma rama. Una gata esbelta y moteada se hallaba a su lado. Leonino supuso que se trataba de Estrella Leopardina, la líder del Clan del Río. Más allá de la

guerrera había un enorme gato blanco de patas negrísimas: el líder del Clan de la Sombra, Estrella Negra.

—Esta luna, el Clan del Viento tiene un nuevo aprendiz —anunció Estrella de Bigotes—. Ventolino.

El aprendiz negro alzó el hocico, sin dar la impresión de inmutarse lo más mínimo por tener gatos de los cuatro clanes mirándolo sin pestañear. A Leonino se le aceleró el corazón. Esperaba comportarse con la misma calma cuando lo nombraran a él.

—La estación sin hojas se ha portado bien con nosotros en la última luna —continuó Estrella de Bigotes—. Los conejos corren, pero no son tan rápidos como para que no podamos atraparlos, y el tiempo ventoso ha hecho que a los halcones y a las águilas ratoneras les cueste cazar, lo que deja más presas para nosotros.

Un pensamiento alarmó a Leonino. ¿Mencionaría Estrella de Bigotes la intrusión de Glayino en el territorio del Clan del Viento? Se inclinó hacia delante con las orejas levantadas.

—Aparte de eso —prosiguió el líder—, el Clan del Viento no tiene nada importante que contar.

Aliviado, Leonino miró a Carrasquera, que se recostó contra él.

—Gracias al Clan Estelar, no ha dicho nada sobre Glayino —susurró la gata.

Estrella de Bigotes se volvió hacia Estrella Negra y le hizo una seña para cederle el turno de palabra.

—El Clan de la Sombra también tiene una nueva aprendiza —empezó Estrella Negra, mirando a una fibrosa gata marrón sentada entre sus compañeros—. Yedrina.

Yedrina asintió entrecerrando los ojos. No parecía contenta ni orgullosa de que la presentaran como nueva aprendiza, al contrario que Ventolino.

«¿Es que los gatos del Clan de la Sombra nunca muestran sus sentimientos?», se preguntó Leonino. Notó que Carrasquera no paraba de moverse a su lado, con los ojos brillantes de emoción.

—¡Nos toca! —exclamó en voz baja.

Pero Estrella Negra no había terminado.

—La caza ha sido satisfactoria para el Clan de la Sombra desde que expandimos nuestro territorio.

Leonino se puso tenso al oír que los guerreros del Clan del Trueno que lo rodeaban ahogaban un grito. ¿De verdad Estrella Negra iba a insinuar que le había arrebatado al Clan del Trueno el terreno junto al río?

—Nuestra nueva zona es una gran fuente de presas —maulló Estrella Negra.

«¡Mentiroso!».

Zancudo masculló entre dientes:

—¡Estrella de Fuego jamás se la habría dado si fuera así!

—Al Clan de la Sombra le gustaría agradecer a Estrella de Fuego su generosidad al cedérnosla —terminó Estrella Negra con una gratitud envenenada.

El líder del Clan del Trueno lo miró con calma.

—Me alegra saber que estáis sacando tanto provecho de un trozo de tierra que proporciona tan pocas presas para lo que nosotros estamos acostumbrados —maulló.

—¡Toma ya! —siseó Carrasquera.

Un murmullo contenido de aprobación recorrió las filas del Clan del Trueno. Luego, Estrella de Fuego dirigió sus ojos verdes hacia la multitud.

—El Clan del Trueno es afortunado por tener más de un aprendiz esta luna —empezó, recalcando la palabra «un».

Leonino movió las orejas. El orgullo y la ansiedad daban vueltas en su estómago.

—Glayino no ha podido venir esta noche —anunció Estrella de Fuego, y, pese a los murmullos de sorpresa, continuó—: Pero están aquí Carrasquera —maulló, y los ojos verdes de la gata centellearon como estrellas, con su pelaje negro casi invisible en la penumbra— y Leonino.

Este apenas pudo oír nada porque la sangre le rugía en los oídos. Hinchó el pecho y levantó el hocico, sintiendo que el pelaje le ardía bajo las miradas de los demás gatos. Todo terminó en un momento que fue a la vez demasiado breve y demasiado largo, y Estrella de Fuego siguió informando.

—Hemos tenido suerte en esta estación sin hojas —maulló—. Han caído heladas, pero poca nieve, y hay presas de sobra.

Leonino sintió un hormigueo en la piel. Había un nuevo olor en el aire, algo que nunca había percibido. Otros gatos también lo habían captado, pues vio cómo volvían la cabeza, inspeccionando el lindero del claro.

Hubo un susurro cerca de los helechos donde estaba reunido el Clan del Viento, y, entre las sombras, Leonino detectó un movimiento. Estrella de Fuego enmudeció y observó cómo dos figuras delgadas aparecían entre la maleza.

—¡Intrusos!

La alarma se propagó entre los clanes como un incendio. Alrededor de Leonino, todo era pelo erizado y músculos alerta, preparándose para el combate, listos para saltar.

Los guerreros del Clan del Viento, que estaban más cerca, se abalanzaron sobre los invasores. Aullando y bufando, los inmovilizaron contra el suelo. «¿Van a matarlos?». Leonino se volvió hacia el Gran Roble, preguntándose qué harían los líderes.

Estrella de Fuego tenía el pelaje de punta. Con la cola rígida ante el revuelo y las orejas tiesas, olfateaba el aire una y otra vez.

—¡Deteneos!

Los gatos del Clan del Viento pararon y retrocedieron, dejando a los dos extraños solos en el lindero. Leonino trató de ver algo por encima de las cabezas de los demás. Con voz tensa, cargada de turbación e incredulidad, Estrella de Fuego pronunció un nombre que Leonino solo había oído en las historias de la maternidad.

—¡Látigo Gris!

11

Carrasquera abrió los ojos como platos, muy sorprendida. «¿Látigo Gris?».

—Pero ¡si está muerto! —le susurró a su hermano.

Él no respondió. Estaba demasiado ocupado intentando mantener el equilibrio sobre las patas traseras para ver mejor. Carrasquera serpenteó entre sus compañeros de clan hasta llegar al borde de la multitud y se asomó entre Corvino Plumoso y Ventolino.

Delante de los helechos se hallaba un gato gris con una franja de pelo más oscuro a lo largo del lomo. Tenía el pellejo pegado a los huesos, unos músculos raquíticos y el pelaje revuelto y sin lustre. A su hocico, arañado y mugriento, le faltaban bigotes, y tenía una oreja desgarrada. Junto a él temblaba una gata atigrada de color gris claro; su corto pelaje estaba apelmazado y la cola le colgaba lacia y desaliñada.

«Pero ¡si Látigo Gris está muerto!».

—¡Estás vivo! —Estrella de Fuego apareció entre Estrella de Bigotes y Oreja Partida, mirando al recién llegado con los ojos fuera de las órbitas y el pelo erizado.

Látigo Gris le sostuvo la mirada. Su compañera agachó las orejas y levantó una de las patas delanteras en actitud defensiva. Estaba temblando, los ojos le brillaban de miedo mientras intentaba mirar a todos los gatos a la vez.

—Tranquila, Mili —le susurró Látigo Gris.

Estrella de Fuego estiró el cuello, olfateando con cautela, como si apenas pudiera creerse lo que veía.

—Los Dos Patas no te mataron. —Alzó la cara hacia la luna—. Gracias, Clan Estelar —musitó.

Empezaron a oírse maullidos de desconcierto entre los gatos allí reunidos.

—¡Látigo Gris ha vuelto!

—¡Debe de haber escapado de los Dos Patas!

—¿Cómo ha sobrevivido?

—¿Y qué pasa con Zarzoso?

«¿Qué pasa con Zarzoso?». Carrasquera miró a su padre. Estrella de Fuego había velado una noche por Látigo Gris, como habría hecho por cualquier compañero muerto, y había nombrado lugarteniente a Zarzoso. Pero Látigo Gris estaba vivo, y había regresado… El lugarteniente del Clan del Trueno miraba fijamente a su antecesor.

—No me puedo creer que nos hayas encontrado. —Su voz estaba llena de admiración, pero sus ojos centellearon incómodos al acercarse para entrechocar hocicos con el guerrero gris.

Estrella de Fuego sacudió la cola.

—¿Adónde te llevaron?

Látigo Gris no respondió. Tenía los ojos clavados en el líder.

—No me esperaste.

Hubo un destello de dolor en los ojos de Estrella de Fuego.

—No podía.

Látigo Gris inclinó la cabeza.

—No podías poner en peligro al clan quedándote en el bosque.

—Si solo hubiera estado en juego mi vida… —El líder miró a su alrededor y bajó la voz—: te habría esperado.

Carrasquera oyó un ruido a su espalda. Los guerreros del Clan del Trueno se abrían paso para saludar a su viejo compañero de guarida.

—¡Látigo Gris! —exclamó Manto Polvoroso—. ¡Estás vivo!

Bayino, Zarpa Pinta, Cenizo y Zancudo se apiñaron entusiasmados en torno a su antiguo lugarteniente, olfateándolo y hundiendo el hocico en su pelo. Látigo Gris retrocedió.

—Dejadle un poco de espacio —pidió Hojarasca Acuática—. Está agotado.

—Pero ¡es una leyenda! —protestó Carrasquera cuando su mentora les indicó con la cola que se apartaran.

Esquiruela miraba con atención a la compañera de Látigo Gris.

—¿Quién eres?

—Es Mili —maulló Látigo Gris—. La conocí en la casa de los Dos Patas.

Esquiruela ahogó un grito.

—¿Una minina casera ha hecho todo el viaje contigo?

—Yo no podría haberlo realizado solo —respondió Látigo Gris.

Zarzoso entornó los ojos.

—¿Habéis seguido nuestro rastro?

—No. Encontramos el camino por nuestra cuenta.

—Primero buscamos el hogar de Látigo Gris —explicó Mili.

Su voz tenía un matiz duro que sorprendió a Carrasquera. La aprendiza pensaba que todas las mascotas hablaban con la misma delicadeza que Dalia. El maltrecho pelaje de Látigo Gris se erizó.

—Cuando llegamos al bosque, estaba todo arrasado. No había gatos, ni presas; nada excepto árboles destrozados y monstruos.

—¿Cómo supiste por dónde nos habíamos ido? —le preguntó Hojarasca Acuática.

—Vimos a Cuervo.

A Estrella de Fuego se le iluminó la mirada.

—¿Cómo está?

—Está bien, aunque preocupado por vosotros. —Látigo Gris hizo una pausa para tomar aire—. Dijo que os había visto pasar y que os dirigíais hacia el lugar donde se pone el sol. De modo que nos encaminamos a las Rocas Altas… —Se interrumpió, con la cola temblando.

Hojarasca Acuática corrió hacia él.

—¿Te encuentras bien?

—Solo cansado.

Estrella Leopardina avanzó entre los gatos del Clan del Trueno. Un sonoro ronroneo le retumbó en la garganta.

—Me alegro de volver a verte, Látigo Gris.

Mientras ella hablaba, los guerreros de todos los clanes se pusieron a conversar en voz alta.

—¡Bienvenido de nuevo, Látigo Gris!

—¿Cómo nos ha encontrado?

—¡El Clan Estelar debe de haber cuidado de él!

Miembros de los cuatro clanes rodearon a Látigo Gris, hasta que acabó casi perdido en un bosque de pelajes marrones, blancos, rojizos y atigrados. Los ronroneos se entremezclaron, retumbando como truenos, más audibles que el sonido del viento en las ramas.

Carrasquera observó la escena con incredulidad. Sabía que durante la Asamblea se declaraba una tregua, pero las cosas no debían ser así: tenía que haber cuatro clanes; sin embargo, los guerreros se comportaban como si todos pertenecieran al mismo. Avanzó serpenteando entre el montón de cuerpos hasta donde estaba Leonino, observando la escena con los ojos desorbitados.

—Esto no es natural —le susurró al oído a su hermano—. Látigo Gris es miembro del Clan del Trueno. ¿Por qué están armando los demás tanto

alboroto?

—No lo sé —admitió Leonino—. Pensaba que ser guerrero significaba proteger a tu clan. ¿No deberían estar preocupados por que el Clan del Trueno tenga ahora un miembro más?

Zarpa Pinta se colocó a su lado.

—Me recuerda a la historia que nos contó Esquiruela sobre cómo los clanes se unieron para hacer el Gran Viaje.

—El Gran Viaje ya es historia —señaló Carrasquera.

Pero Zarpa Pinta no la escuchaba. Estaba mirando a Látigo Gris.

—¿Cómo ha sabido que estábamos en la isla?

—¿Creéis que lo habrá guiado el Clan Estelar? —preguntó Leonino.

—¿Cómo has descubierto que estábamos aquí? —exclamó una esbelta gata gris del Clan del Río.

Látigo Gris levantó el hocico hacia ella.

—Vaharina, me alegro de volver a verte. Nos encontramos con un gato descarriado que nos contó que había un asentamiento junto al lago —explicó —. Al llegar a lo alto de la colina, la luna llena brillaba sobre el agua, y hemos visto figuras moviéndose por la isla.

—Después de eso, solo hemos tenido que seguir los olores más frescos — intervino Mili—. Eso nos ha conducido hasta la orilla y el árbol caído.

Carrasquera oyó que alguien reprimía un bufido de indignación. Estrella Negra estaba observando a Mili con abierta maldad. La gata gris se volvió hacia el líder del Clan de la Sombra y luego levantó el hocico, aunque le temblaba la cola, y le sostuvo la mirada hasta que él desvió la vista. Carrasquera se quedó impresionada. Látigo Gris reparó en lo que estaba pasando y erizó el pelo, tensando los músculos de sus anchos omóplatos.

—¡No olvidemos la tregua! —advirtió Estrella Leopardina.

—La tregua es para los guerreros —gruñó Estrella Negra.

—¡La Asamblea es para los guerreros! —exclamó Estrella de Bigotes.

Un murmullo se extendió entre los gatos del Clan del Viento y del Clan de la Sombra.

—¿El Clan del Trueno va a permitir que otra mascota se una a sus filas? —masculló una voz con incredulidad.

—¡He entrenado a Mili como a una guerrera! —bufó Látigo Gris—. Una mascota jamás habría sobrevivido a un trayecto tan largo.

Se le quebró la voz por un ataque de tos, y Carrasquera vio que el guerrero gris estaba temblando de las orejas a la punta de la cola. Estrella de

Fuego también debió de darse cuenta. Se acercó a Látigo Gris y se restregó contra él.

—Vamos a llevarte al campamento.

Látigo Gris miró a Mili.

—¿Crees que podrás caminar un poco más esta noche?

—Seguiré adelante mientras tú me necesites —aseguró ella.

—Muy bien —maulló Estrella de Fuego, y miró a los demás líderes—. ¿Alguien tiene alguna noticia más que compartir en la Asamblea?

—El Clan del Río no —respondió Estrella Leopardina.

—El Clan del Viento está satisfecho —maulló Estrella de Bigotes.

Estrella Negra negó con la cabeza.

—Entonces volvamos al campamento —dijo el líder al Clan del Trueno —. Les enseñaremos a Látigo Gris y a Mili su nuevo hogar.

—¿Significa eso que ahora el Clan del Trueno tiene dos lugartenientes? —preguntó Ventolino con descaro.

Carrasquera levantó las orejas y advirtió que Cenizo se inclinaba hacia delante moviendo los bigotes. Tormenta de Arena se acercó a Estrella de Fuego.

—Látigo Gris y Mili están agotados —le susurró al líder—. Deberíamos llevarlos a casa lo antes posible.

—Sí. —Estrella de Fuego le hizo una seña con la cola a Zarzoso y le ordenó—: Ponte en cabeza.

Al instante, Zarzoso lideró la marcha hacia el árbol caído. Tormenta de Arena rodeó a Mili.

—No te separes de mí —le aconsejó—. Te prepararemos un lecho calentito y seco antes de que la luna haya acabado de cruzar el cielo.

Mili asintió y echó a andar al lado de la gata rojiza, cojeando levemente. Zarpa Pinta corrió junto a ellas, entusiasmada ante la idea de guiar a la desconocida al campamento.

Carrasquera se puso a andar con su hermano a la cola del grupo. Era consciente de que los otros gatos los observaban marcharse. Una aprendiza del Clan del Viento que contemplaba la escena con unos ojos tan azules como los de Glayino saludó a Leonino con la cabeza al pasar.

—¿La conoces? —le preguntó Carrasquera a su hermano, sorprendida.

—Es Zarpa Brecina. La he conocido esta noche.

Carrasquera se volvió para mirarla. La aprendiza del Clan del Viento estaba susurrando algo al oído de su compañero, con los ojos fijos en Látigo

Gris, que desaparecía entre los árboles. Luego Carrasquera oyó una voz por encima del murmullo del lago.

—¡Seguro que Estrella de Fuego le devuelve a Látigo Gris su puesto de lugarteniente!

La aprendiza fulminó con la mirada al guerrero del Clan del Río que había hablado, uno del mismo color que las piedras.

—¡La vigilia por Látigo Gris fue falsa! —susurró otra voz.

Carrasquera se consumía de rabia, pero eso no bastó para anular el presentimiento que la incomodaba. ¿De verdad habían nombrado lugarteniente a Zarzoso por error? Rechazó esa idea, haciendo oídos sordos a los chismorreos de los demás clanes.

El árbol caído se hallaba ante ellos, y la joven aprendiza trepó entre las ramas muertas para recorrer el resbaladizo tronco. Leonino la aguardaba en el otro extremo, y los ojos le brillaban con entusiasmo cuando su hermana aterrizó a su lado.

—¡Espero que todas las Asambleas sean tan emocionantes como esta! ¡Látigo Gris nos ha encontrado!

Carrasquera corrió tras él, irritada.

—¿No estás preocupado?

—¿Por qué?

—¡Por el regreso de Látigo Gris, claro! —Sacudió la cola—. ¿Es posible que el Clan Estelar apruebe que Zarzoso sea lugarteniente si Látigo Gris sigue vivo?

—El Clan Estelar no nos dijo que estaba vivo —le recordó Leonino—. Si eso fuera muy importante para ellos, habrían mandado una señal.

Ratolino redujo el paso para unirse a los hermanos.

—Yo creo que Zarzoso es un gran lugarteniente, y Estrella de Fuego no puede pasar eso por alto —maulló.

—Exacto —coincidió Leonino.

—Pero ¿y el código guerrero? —protestó Carrasquera.

—¿El código guerrero dice algo sobre los gatos que vuelven de entre los muertos? —replicó su hermano.

Carrasquera negó con la cabeza. Nadie había mencionado el código guerrero en la Asamblea y, sin embargo, ella no podía evitar sentir que se había quebrantado alguna norma al nombrar un nuevo lugarteniente cuando el anterior no había muerto.

—Látigo Gris era lugarteniente antes de que nombraran a Zarzoso —insistió casi para sí misma.

—¿De verdad quieres que lo sustituya? —le preguntó Leonino, sorprendido.

—Por supuesto que no.

—El clan está bien así —apuntó Ratolino—. Entonces, ¿por qué molestarse en cambiar nada?

Carrasquera miró hacia Tormenta de Arena y Mili. Las dos gatas avanzaban por la orilla del lago junto a Estrella de Fuego y Látigo Gris. Alrededor de la aprendiza, el resto del clan murmuraba en voz muy baja, y ella supuso que a todos les pasaba lo mismo: no estaban seguros de qué iba a ocurrir ahora que Látigo Gris había regresado al Clan del Trueno.

12

Una línea tan clara como leche derramada relucía en el horizonte cuando Carrasquera siguió a sus compañeros de clan hasta la hondonada. Los susurros alborotados, que los habían acompañado como un enjambre de abejas durante el largo camino a casa, cesaron en cuanto cruzaron el túnel de espinos. La luz de la luna bañaba el claro, pero los bordes del campamento permanecían en penumbra. Carrasquera notó un cosquilleo de anticipación al ver que dos pequeñas figuras echaban a correr desde la guarida de los aprendices.

—¿Cómo ha ido la Asamblea? —preguntó Carboncilla a voces.

Estrella de Fuego se detuvo, con Látigo Gris a su lado.

—Deberías estar durmiendo —le dijo a la aprendiza—. Por la mañana estarás demasiado cansada para entrenar.

—Lo siento, Estrella de Fuego —se disculpó ella—. Pero no podíamos dormirnos sin saber cómo había ido la Asamblea.

Látigo Gris movió los bigotes, risueño.

—Nosotros habríamos hecho lo mismo de aprendices —le recordó al líder.

—¿Y tú quién eres? —Carboncilla miró al guerrero gris con los ojos muy abiertos.

—Era el lugarteniente del Clan del Trueno antes de que tú nacieras —respondió Estrella de Fuego.

—¿Látigo Gris? —supuso ella, ladeando la cabeza.

—¡Látigo Gris! —repitió Rosellera con entusiasmo.

Carboncilla giró sobre sí misma, emocionada.

—¿Puedo contárselo a Nimbo Blanco, por favor? —Sin esperar una respuesta, salió disparada hacia la guarida de los guerreros voceando el nombre de su mentor.

Nimbo Blanco apareció en la entrada de la guarida; su pelaje alborotado brilló bajo la luz de la luna.

—¿Qué ocurre, Carboncilla?

—¡Látigo Gris ha vuelto!

Fronde Dorado salió tras Nimbo Blanco y se quedó plantado en la entrada.

—¿Látigo Gris? —Miró, parpadeando, al otro lado del claro, y luego corrió hacia su viejo amigo.

—¡Látigo Gris ha vuelto! —bramó Nimbo Blanco.

Mientras corría a saludar a su compañero de clan, Borrascoso y Candeal salieron de la guarida maullando entusiasmados.

—Pensaba que no volvería a verte —murmuró Fronde Dorado, restregando el hocico contra el de Látigo Gris.

—¡Estrella de Fuego tenía razón! —añadió Borrascoso, pasando ante Fronde Dorado—. ¡Decía que regresarías!

Látigo Gris se quedó mirando atónito a Borrascoso… su hijo.

—¿Ahora vives con el Clan del Trueno?

—¿A qué viene este alboroto? —gruñó Musaraña, que había aparecido renqueando por la enmarañada entrada de la guarida de los veteranos.

Rabo Largo apareció tras ella, mirando hacia delante, aunque sin ver. Olfateó el aire. Incluso bajo la tenue luz de la luna, Carrasquera notó que al veterano se le erizaba el pelaje de la columna.

—Huelo a Látigo Gris —maulló Rabo Largo.

—¿Látigo Gris? —se mofó Musaraña—. Estás soñando.

—Rabo Largo no está soñando —afirmó Estrella de Fuego.

Látigo Gris se abrió paso entre los apiñados guerreros hasta el centro del claro.

—Soy yo de verdad —maulló.

—¡Por el gran Clan Estelar! —Musaraña corrió hacia él y le pasó la cola por el lomo—. ¿Cómo has logrado encontrarnos?

Tormenta de Arena se adelantó.

—Es una larga historia que puede esperar hasta mañana —maulló con dulzura—. Látigo Gris y Mili están agotados.

—¿Mili? —Musaraña observó a la desconocida que estaba al lado del guerrero.

—Mili me ha ayudado a hacer el viaje hasta aquí —le explicó él—. Ahora es mi pareja.

La veterana entornó los ojos, y a Carrasquera se le contrajo el estómago de ansiedad. ¿Cómo reaccionaría la vieja cascarrabias? Los guerreros no

podían emparejarse fuera de su clan, y menos aún con mascotas, pero Musaraña se limitó a inclinar la cabeza ante Mili.

—Ya veo que sigues saltándote las normas, Látigo Gris —maulló.

Carrasquera agitó la punta de la cola, incómoda. Todos parecían dispuestos a aceptar a Mili, pero ¿qué opinaba el Clan Estelar? Miró a Estrella de Fuego. Quizá, el hecho de tener un líder que había sido minino doméstico implicaba que no supondría un problema. Lo más importante era que Mili se había mostrado como una guerrera al ayudar a Látigo Gris a regresar con el clan. Los dos habían sobrevivido, y eso debía de significar que el Clan Estelar aprobaba a Mili.

Una sombra junto a la guarida de los guerreros captó su atención. Rivera se había despertado. La gata montañesa se acercó a Borrascoso y le susurró algo al oído. Glayino apareció por la guarida de los aprendices, moviendo la nariz.

—¿Qué ocurre?

Leonino corrió hacia él.

—¡Látigo Gris ha vuelto!

Glayino volvió sus ojos ciegos hacia Látigo Gris y Mili.

—¿Quién está con él?

—Su nueva pareja —le explicó Carboncilla—. Es del poblado de los Dos Patas.

Glayino arrugó la nariz.

—Bueno, decidle a Hojarasca Acuática que tiene una herida infectada. La huelo desde aquí.

—¡Zarzoso! —llamó Estrella de Fuego—. Busca un par de huecos para Látigo Gris y Mili en la guarida de los guerreros.

El lugarteniente se alejó asintiendo con la cabeza. Carrasquera percibió un murmullo creciente entre los gatos.

—Látigo Gris no es tan grande como me lo imaginaba —susurró Carboncilla—. Al lado de Zarzoso, parece pequeño.

—Huele a carroña —maulló Glayino.

—Debe de haber pasado lunas comiendo como un solitario —señaló Leonino—. En cuanto empiece a alimentarse como un guerrero, ya no parecerá tan pequeño.

Candeal miró a Esquiruela con desazón.

—¿Qué va a ocurrir ahora? ¿Quién es nuestro lugarteniente?

La mirada de Esquiruela pasó nerviosamente de Látigo Gris a la guarida de los guerreros, donde acababa de entrar Zarzoso.

—No lo sé.

Estrella de Fuego observó a su clan.

—Ahora mismo no va a cambiar nada. Solo deberíamos estar agradecidos de que Látigo Gris haya regresado.

Zarzoso volvió para informar al líder:

—En la guarida de los guerreros no hay espacio para dos lechos más. Quizá para uno sí, pero nada más.

—Da igual dónde durmamos, pero quiero estar con Mili —maulló Látigo Gris, cansado.

—Así será —le prometió Estrella de Fuego—. De todas formas, pensábamos ampliar la guarida.

—Preferiríamos dormir separados de los demás al principio. Solo hasta que nos acostumbremos a estar rodeados de tantos gatos.

—Hay un hueco detrás de la guarida de los guerreros —intervino Centella —. Allí el suelo está cubierto de hierba, así que es blando.

—Y quedan muchas zarzas de cuando despejamos la entrada de la guarida de la curandera —añadió Hojarasca Acuática—. Si las colocamos delante del hueco, quedará resguardado.

Estrella de Fuego miró a Látigo Gris.

—¿Prefieres eso?

Su amigo asintió. Carrasquera se puso en pie. Como aprendiza de curandera, sabía que tenía que cuidar de los recién llegados. Debían procurarles un lecho cálido y cómodo, y hierbas que los ayudaran a recuperarse del largo viaje.

—Fronde Dorado, Nimbo Blanco y Zarzoso —llamó Estrella de Fuego—, empezad a trasladar las zarzas.

Seguido de Fronde Dorado y de Nimbo Blanco, Zarzoso corrió hacia las ramas resecas que descansaban junto a la guarida de la curandera.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Carboncilla en tono suplicante.

Fronde Dorado se detuvo para contestar, pero Carboncilla ya había echado a correr; la aprendiza chocó contra él y cayó de espaldas.

—¡Lo siento, Fronde Dorado! —maulló, levantándose con torpeza y expresión abatida.

Fronde Dorado ronroneó.

—Siempre vas una cola por delante de ti misma, hija. Me recuerdas a mi hermana cuando era aprendiza.

—¡Ven, Carboncilla! —la llamó Nimbo Blanco—. Ayúdame a arrastrar estas zarzas hasta el hueco.

—Lo siento —repitió la aprendiza, y corrió a ayudar a su mentor.

Cuando el alba llegó al campamento, tiñendo de rosa y naranja el cielo moteado de nubes, la guarida ya estaba terminada. Con un soñoliento gesto de agradecimiento, Látigo Gris y Mili desaparecieron en su interior.

En el otro extremo del campamento, Tormenta de Arena y Zancudo se disponían a salir con Melosa y Ratolino en la patrulla del alba. Zarzoso y Nimbo Blanco se fueron a su guarida a dormir. Carrasquera se quedó con Hojarasca Acuática ante el refugio improvisado, admirando su trabajo.

—El musgo que has reunido los mantendrá calentitos —maulló la joven.

La curandera había tomado un poco de musgo de cada guarida, y Carrasquera la había ayudado a darle forma para crear un lecho cómodo para Látigo Gris y Mili. Puede que este fuera el legítimo lugarteniente del Clan del Trueno, por eso la aprendiza quería que su cama resultara lo más acogedora posible.

—¿Crees que debería llevarles algunas hierbas? —se ofreció—. Glayino dice que Mili tiene una herida infectada.

—¿Cómo lo sabe? —Hojarasca Acuática la miró sorprendida.

Carrasquera se encogió de hombros.

—Por el olor.

Estaba buscando mentalmente el nombre de alguna hoja o semilla que pudiera serles útil, pero la emoción de construir la guarida la había aturdido.

—La examinaremos cuando el sol esté en lo más alto —maulló Hojarasca Acuática—. En estos momentos, Látigo Gris y Mili necesitan descansar más que ninguna otra cosa.

Carrasquera reprimió un bostezo. Hojarasca Acuática la miró.

—Tú también debes de estar agotada.

—Un poco —admitió la joven. De hecho, estaba algo atontada por el cansancio.

—Vamos a dormir un poco —sugirió Hojarasca Acuática.

Y se puso en pie para dirigirse a su guarida. Agradecida, Carrasquera la siguió. Estaba deseando hacerse un ovillo en su lecho y cerrar los ojos.

Cuando Carrasquera se despertó, la débil luz del sol se colaba entre las zarzas y formaba ondas como el agua sobre el suelo arenoso. Inmediatamente, la aprendiza pensó en Látigo Gris. Estrella de Fuego había dicho que, de momento, no iba a cambiar nada. ¿Significaba eso que planeaba reemplazar a

Zarzoso por su viejo amigo más adelante? ¿Esperaba el Clan Estelar que lo hiciera?

Se levantó del cálido musgo y olfateó el frío aire. Le rugió el estómago. Hojarasca Acuática permanecía en su lecho, con los ojos cerrados, pero levantó el hocico al oír que Carrasquera se movía.

—¿Ya estás despierta? —Se puso en pie y se desperezó, enroscando la cola hasta que le tembló—. Has tenido una noche ajetreada. Pensaba que dormirías más.

—Tengo hambre —confesó la aprendiza.

—Hay carne fresca en el montón —maulló Hojarasca Acuática, olfateando el aire.

Carrasquera escogió un ratón para su mentora y un campañol para ella. Comió con un apetito voraz, devorando la pieza en unos pocos bocados, antes de lamerse las patas y lavarse la cara.

—¿Iremos ahora a ver a Látigo Gris? —preguntó, ansiosa.

—¿El sol ya está en lo más alto?

—Todavía no.

—Entonces déjalos dormir un poco más. —Hojarasca Acuática fue hacia las pilas de hierbas del fondo de la guarida y comenzó a revisarlas—. Necesito que traigas un poco de borraja —maulló—. No queda mucha, y quizá Látigo Gris o Mili tengan fiebre. En la zona del lago hay una mata, más allá de la cresta.

Carrasquera se alarmó.

—No despertarás a Látigo Gris y Mili antes de que vuelva, ¿verdad?

Habría mucho que aprender de los nuevos pacientes del clan. Aún no había visto a un gato enfermo desde que se había convertido en aprendiza. Había intentado aprender el nombre de las hierbas y para qué servían, pero se moría de ganas por utilizarlas de verdad. A lo mejor eso la ayudaba a memorizarlas mejor.

—Siempre que no te entretengas —la avisó Hojarasca Acuática.

—No lo haré —prometió Carrasquera.

La curandera volvió a concentrarse en sus hierbas, extendiendo las semillas de adormidera para contarlas. Carrasquera se disponía a irse, pero se detuvo.

—El clan veló una noche a Látigo Gris, ¿no es cierto?

—Sí, así es —respondió Hojarasca Acuática sin levantar la vista de las hojas de matricaria que estaba olisqueando.

—¿Significa eso que está oficialmente muerto? A los ojos del Clan Estelar, me refiero.

—Yo creo que el Clan Estelar se habrá dado cuenta de que Látigo Gris está con nosotros, no con ellos —dijo.

—Pero ¿qué pasa con el código guerrero? ¿Está muerto según este?

—¿Anoche parecía muerto?

—Pero, si no lo está, seguro que sigue siendo lugar…

—Nosotras estamos aquí para curar. —Hojarasca Acuática la miró a los ojos—. Los problemas de Estrella de Fuego no nos incumben, a menos que el Clan Estelar desee que así sea. Y bien, ¿vas o no?

—¿Adónde?

—A por borraja —contestó Hojarasca Acuática con un suspiro—. Si no has vuelto antes de que el sol llegue a lo más alto, despertaré yo sola a Látigo Gris y a Mili.

—¡Voy!

Carrasquera dio media vuelta y salió de la guarida.

En lo alto de la cresta, una brisa fría procedente del lago soplaba entre los árboles. Carrasquera pensó que podría detectar el olor del Clan del Río. Se moría de ganas de explorar, pero quería estar de vuelta en el campamento antes de que se despertaran Látigo Gris y Mili. Bajó la cabeza y se puso a olfatear el suelo con la esperanza de hallar un rastro oloroso que la llevara hasta la borraja. Intentó recordar con desesperación cómo olía en la guarida de la curandera, pero su nariz estaba saturada con los aromas del agua y el viento.

Descendió la empinada ladera hacia donde había menos árboles. El sol centelleaba sobre el lago. ¡Qué día tan bueno para cazar! Rechazó ese pensamiento. Ella había salido a la caza de borraja. Se puso a olisquear el suelo de nuevo y captó un olor penetrante que le resultó familiar. Lo siguió, trepando por los pedruscos que salpicaban el suelo, hasta una zona de alta hierba donde vio unas hojas verdes y dentadas que crecían en una mata de tallos largos y finos. Ese era el olor que había estado siguiendo. De cerca, era más intenso y más amargo. ¿Se trataba de borraja? No era la primera vez que veía esa planta, de eso estaba segura.

Miró hacia el sol. Brillaba en lo alto. Hojarasca Acuática no tardaría en despertar a Látigo Gris y a Mili. Se apresuró a cortar unos tallos por la base, con la precaución de no tragar ni una gota de la amarga savia. Mientras

recogía las hojas entre los dientes, se compadeció del gato que tuviera que comerse esa hierba tan asquerosa. Luego salió corriendo hacia el campamento.

—Esto no es borraja. —Hojarasca Acuática miró decepcionada los tallos que su aprendiza había dejado delante de ella—. Esto es milenrama. Provoca el vómito.

Carrasquera cerró los ojos, avergonzada y furiosa. ¿Por qué no podía recordar nada de lo que le enseñaba su mentora?

—No seas demasiado dura contigo misma —la animó la curandera—. Hay mucho que aprender.

Carrasquera fue incapaz de mirarla a los ojos. «¡No me disculpes! ¡A estas alturas, debería haber avanzado más!».

—Venga —maulló Hojarasca Acuática con brío—. Podemos arreglárnoslas sin borraja. Toma unas cuantas hojas de caléndula e iremos a despertar a Látigo Gris.

¡Hojas de caléndula! Carrasquera sabía qué aspecto tenían. Corrió al fondo de la cueva para recoger un puñado y siguió a Hojarasca Acuática a través del claro, hasta la guarida temporal de Látigo Gris y Mili.

Estrella de Fuego estaba en la entrada con Tormenta de Arena y Melosa. Manto Polvoroso, Espinardo, Rosellera y Zarpa Pinta se paseaban con impaciencia. Látigo Gris y Mili, todavía con aspecto de recién levantados, estaban sentados entre ellos. Mili miraba a uno y a otro, moviendo las orejas. Incluso Látigo Gris parecía incómodo, como si hubiera olvidado cómo era estar acompañado por tantos gatos.

—¿Lleváis mucho tiempo levantados? —les preguntó Hojarasca Acuática, zigzagueando entre el grupo para llegar hasta Látigo Gris. Miró con severidad a los que estaban apiñados en torno a la pareja—. Espero que no os haya despertado nadie.

—No. —Látigo Gris juntó las patas y enroscó aún más la cola alrededor del cuerpo—. Ha sido el sol.

—Podéis poneros al día más tarde. —Hojarasca Acuática sacudió la cola, dejando claro que quería que los demás se marcharan.

—Cuando termines, cuéntame cómo están —le pidió Estrella de Fuego a la curandera antes de alejarse con sus compañeros de clan.

Látigo Gris relajó los músculos cuando los gatos se fueron. Mili también pareció aliviada.

—¿Algún arañazo? —preguntó Hojarasca Acuática.

—Mili tiene un corte en una de las almohadillas.

—Vamos a echarle un vistazo —maulló, y, con delicadeza, Mili levantó una de las patas delanteras—. Hay una espina clavada. Glayino tenía razón: está infectada. —Señaló con la cola a Carrasquera—. Mi aprendiza te la sacará mientras yo preparo unas hierbas para curar la infección.

Carrasquera dio un respingo y tragó saliva, y un trozo de la caléndula que llevaba en la boca se le metió por la nariz. Empezó a toser, escupiendo las hojas al suelo, y miró ansiosa a Mili, que le devolvió una expresión similar. Eso era lo que ella había deseado, una oportunidad de practicar en vez de aprender sin más. Examinó la zarpa de Mili. No cabía duda de que tenía una espina profundamente clavada en la almohadilla. Para su angustia, Carrasquera vio sangre y pus en la herida.

—Debe de doler mucho —maulló con voz ahogada. ¿De verdad tenía que sacarla con los dientes?

Hojarasca Acuática entrecerró los ojos.

—Quizá sea mejor que lo haga yo.

Cohibida, Carrasquera retrocedió para dejar que su mentora la sustituyera.

—¿Masco las hojas de caléndula para hacer un emplasto? —se ofreció, con un hormigueo de culpabilidad por todo el cuerpo.

—Sí.

Hojarasca Acuática se concentró en la zarpa de Mili con una intensidad objetiva que a Carrasquera le habría encantado poder copiar. «¿Por qué me resulta tan difícil?».

Látigo Gris empezó a lavarse la cara.

—Es estupendo volver a ver al clan —maulló entre lametazos—. Estrella de Fuego tiene buen aspecto y ha elegido a un gran lugarteniente.

Carrasquera lo miró sorprendida. «¿No le importa?».

—¿Cómo averiguasteis dónde estábamos? —le preguntó.

—Cuervo nos dijo que fuéramos hacia donde se pone el sol. Tuvimos suerte, el Clan Estelar ha cuidado de nosotros.

—¿Te enfadaste con Estrella de Fuego al descubrir que se había marchado sin ti? —se atrevió a preguntar.

El guerrero agitó la punta de la cola.

—Sí, me sentí decepcionado, pero entiendo por qué lo hizo. El bosque estaba arrasado. Ningún gato habría podido sobrevivir allí.

—¡Au! —Mili saltó hacia atrás y comenzó a lamerse la pata.

Hojarasca Acuática tenía la espina entre los dientes. La escupió.

—Aplica la caléndula a la herida, presionando —le indicó a su aprendiza.

Mili alargó la zarpa, que sangraba y estaba hinchada. Con un estremecimiento, Carrasquera se untó la pata con la pasta de caléndula. Luego se puso a extenderla sobre la herida de Mili, que se mantuvo muy quieta, aunque debía de dolerle mucho.

—Carbonilla estaría muy orgullosa de ambas —maulló Látigo Gris.

«Ojalá fuera cierto —pensó Carrasquera, tragándose la bilis que le subía por la garganta—. Pero, si Carbonilla está observándome de verdad, sabrá que no puedo hacer nada bien, a pesar de los esfuerzos de Hojarasca Acuática».

—Esta tarde haremos entrenamiento de combate —anunció Hojarasca Acuática cuando terminaron de tratar a Látigo Gris y Mili.

A Carrasquera se le levantó el ánimo. Nada de pus, nada de hierbas amargas, nada de gatos estremeciéndose de dolor… ¡iba a ser divertido! Ascendieron la ladera que llevaba al campamento, en dirección opuesta al lago, y siguieron la senda que bajaba a la hondonada musgosa que los aprendices usaban para los entrenamientos de combate. Carrasquera oyó enérgicos maullidos más adelante y olfateó el aire. Carboncilla y Nimbo Blanco ya estaban allí.

Echó a correr delante de Hojarasca Acuática, deseando saber cómo era realmente el entrenamiento de los guerreros. A través de los árboles, entrevió a la pequeña atigrada corriendo hacia su mentor. Nimbo Blanco se retorció más veloz que una hoja en la brisa, y Carboncilla pasó como un rayo por su lado sin tocarlo siquiera.

—¡No, no! —exclamó el gato blanco—. ¿No has oído lo que te he dicho? ¡Apunta a donde creas que voy a estar, no a donde estoy!

—¡Lo siento! —resolló la aprendiza—. ¿Puedo probar una vez más?

Carrasquera bajó al claro.

—Hola —saludó.

—¿Estás recolectando hierbas? —le preguntó Nimbo Blanco.

—No. Hojarasca Acuática va a enseñarme unos movimientos de lucha.

—¡Genial! —maulló Carboncilla—. Podemos entrenar juntas.

Hojarasca Acuática se acercó a su aprendiza.

—Mejor en otro momento —intervino—. Creo que es más conveniente que le enseñe a Carrasquera algunos movimientos básicos antes de que practique con aprendices de guerrero.

Carrasquera puso mala cara y arañó la tierra. Carboncilla se volvió hacia Nimbo Blanco.

—¿Podemos probar otra vez ese movimiento?

Su mentor asintió.

—Y recuerda…

Pero la joven ya estaba abalanzándose sobre él, que dibujó un círculo de nuevo y volvió a apartarse limpiamente de su camino.

—Venga —le dijo Hojarasca Acuática a Carrasquera—. Nos pondremos en ese hueco de ahí.

Señaló con el hocico el extremo más alejado del claro verde y musgoso. Carrasquera reparó en lo blando y liso que parecía. Perfecto para luchar, sin raíces con las que tropezar ni hojas en las que resbalar.

—Creo que empezaremos con un movimiento defensivo —maulló Hojarasca Acuática, de espaldas a su aprendiza—. Quiero que me observes y luego me imites. —Agachó la cabeza, se retorció y rodó por el suelo antes de volver a ponerse en pie de un salto—. ¿Quieres probar?

Carrasquera asintió.

—Creo que lo he pillado.

Agachó la cabeza, se retorció, rodó por el suelo y se levantó de un brinco en un instante. Desde el otro lado del claro, Nimbo Blanco preguntó a voces:

—¿Ese ha sido tu primer intento?

—Sí —respondió Carrasquera—. ¿Lo he hecho bien? —Miró ansiosa a su mentora.

—Lo has hecho de maravilla. Probemos otra cosa.

Hojarasca Acuática le mostró unos cuantos movimientos más, y Carrasquera los imitó todos con la misma intensidad feroz. Aunque Nimbo Blanco no hizo ningún comentario más, la aprendiza sabía que no le quitaba el ojo de encima.

—Ahora podríamos probar algo de lucha —propuso Hojarasca Acuática al cabo de un rato—. Corre hacia mí y trata de pasar de largo.

—¿Cómo?

—Como puedas. Analizaremos las tácticas después.

Carrasquera se agazapó y se quedó mirando a su mentora. Se fijó en un arbolillo que crecía en el lindero del claro, justo detrás de la curandera. Esa sería su meta. Hojarasca Acuática no era más que un obstáculo que sortear. Echó a correr, consciente de que la gata se había alzado sobre las patas traseras, lista para caer sobre ella cuando pasara por su lado. Carrasquera vio que estaba un poco inclinada hacia atrás, y supuso que su peso descansaba

básicamente sobre una pata. Con la velocidad de un rayo, viró hacia el otro lado. Hojarasca Acuática no pudo reequilibrarse y cayó derribada a un ratón de distancia del punto por el que había pasado Carrasquera como una exhalación.

La joven sintió una oleada de júbilo al llegar al arbolillo y ver a Hojarasca Acuática parpadeando, sorprendida. Luego sintió una punzada de culpabilidad. ¿Se suponía que tenía que ser más rápida que su mentora?

—¡Lo has hecho muy bien! —resolló la curandera.

—¡Ya lo creo! —coincidió Nimbo Blanco, acercándose a ellas con Carboncilla a la zaga.

—¡Qué rápida has sido! —la alabó la aprendiza.

—¡Gracias! —maulló Carrasquera, volviendo al lado de Hojarasca Acuática.

—Si piensas que me meto donde no me llaman, dímelo —le dijo Nimbo Blanco a la curandera—, pero yo creo que nuestras aprendizas deberían probar a entrenar juntas. Carboncilla tiene más energía que un conejo bien alimentado y más experiencia que Carrasquera. Pero Carrasquera sabe observar y escuchar, y es evidente que tiene talento para evaluar a su oponente.

La joven estaba demasiado emocionada para hablar. ¡Un auténtico guerrero estaba ofreciéndose a ayudarla con su entrenamiento de combate!

—No veo por qué no —maulló Hojarasca Acuática.

Nimbo Blanco sacudió la cola.

—Carboncilla, ¿por qué no le enseñas a Carrasquera el movimiento de lucha que hemos practicado?

La aprendiza guio a su amiga al centro del claro. La luz del sol que se colaba entre las ramas moteaba su pelaje atigrado.

—Tienes que venir hacia mí, yo intentaré desequilibrarte.

Carrasquera tomó aire y se lanzó contra Carboncilla. Antes de que supiera qué estaba ocurriendo, Carboncilla le había doblado una de las patas delanteras de un potente zarpazo y luego la había derribado con un empujón de las traseras. Carrasquera se levantó trastabillando y se sacudió.

—¡Vaya! —exclamó, impresionada—. ¿Puedo probar yo?

Quería hacer el movimiento de un modo algo distinto. En cuanto Carboncilla corrió hacia ella, agachó la cabeza para golpearle la zarpa por debajo, con el hocico. Estaba tan cerca del suelo que le resultó fácil rodar de costado y darle a Carboncilla un fuerte empellón con las patas traseras que la lanzó por los aires. Su compañera se levantó tambaleándose.

—¡Me encanta cómo has usado el hocico en vez de la zarpa! Te ha sido más fácil rodar. ¿Puedo probar ese truco contigo?

—¡Claro!

Carboncilla se abalanzó sobre Carrasquera, utilizando la técnica que acababa de aprender de su amiga. Terminó el movimiento con una patada trasera más rápida que hizo que su contrincante patinara de espaldas por el claro. Carrasquera se incorporó jadeando.

—Lo habéis hecho genial las dos —las alabó Nimbo Blanco.

Carboncilla se lamió la pata para pasársela por las orejas y librarse del musgo que se le había pegado. Mientras se atusaba el pelaje, su zarpa se agitaba como si estuviera sacudiéndose tierra de entre las garras. A Carrasquera le entró la risa: la forma de sacudir la zarpa de su amiga era un rasgo característico de ella.

—¿Qué opinas tú? —preguntó, volviéndose hacia su mentora.

Pero la curandera no respondió. Estaba mirando a Carboncilla con una expresión de espantada incredulidad. Carrasquera se preguntó si su amiga se habría convertido de repente en un tejón, pero la aprendiza seguía lavándose las orejas relajadamente.

—¿Hojarasca Acuática? —insistió.

Su mentora apartó la vista de Carboncilla, todavía con los ojos desorbitados por la impresión.

—¿S… sí?

—¿Te encuentras bien?

La curandera sacudió la cabeza como para despejarse la mente.

—Sí, por supuesto. Es solo que Carbonilla también sacudía la zarpa de esa manera.

Miró incómoda a la aprendiza atigrada, que había terminado de lavarse y estaba dando vueltas alrededor de su mentor.

—¿Me enseñarás a dar patadas traseras? —suplicó Carboncilla.

—Pronto caerá la noche —respondió Nimbo Blanco—. Creo que deberíamos regresar al campamento.

Hojarasca Acuática asintió.

—Quiero examinar la herida de Mili antes de que nos quedemos sin luz.

El cielo estaba oscureciéndose por encima de los árboles y el aire era cada vez más frío. Aun así, Carrasquera lamentó tener que abandonar el claro musgoso. Notaba el cuerpo magullado y cansado, pero le bullía la mente pensando cómo mejorar los movimientos que había aprendido. Mientras

seguía a Nimbo Blanco y Carboncilla cuesta arriba, entre los árboles, Hojarasca Acuática se colocó a su lado.

—Has peleado bien. Me has dejado realmente impresionada.

Por un momento, Carrasquera se sintió entusiasmada. La alegría hizo que las patas le parecieran tan ligeras como la pelusa del diente de león. Luego se le cayó el alma a los pies. «Hojarasca Acuática jamás me ha elogiado así por mis dotes de curandera». ¿Por qué las hierbas no se le daban tan bien como los movimientos de lucha?

«¡Todo llegará!», se dijo a sí misma. Algún día, su mente sería tan rápida en la guarida de la curandera como en el claro musgoso. Solo era cuestión de tiempo. Había elegido su destino y no estaba dispuesta a defraudarse a sí misma ni a su clan.

13

Glayino estaba comiendo desganado, dando minúsculos bocados al ratón que había escogido del montón de la carne fresca. Rivera pasó por su lado con Borrascoso.

—¿Hoy no tienes apetito? —le preguntó la gata al aprendiz.

—No mucho —masculló Glayino. Y siguió mordisqueando su ratón mientras los dos guerreros escogían piezas y se sentaban al borde del claro.

No tenía prisa en iniciar sus tareas de aprendiz. Todavía confinado en el campamento —aunque habían pasado varios días desde que Corvino Plumoso lo había traído de vuelta—, estaba harto de adecentar guaridas y hacer recados. Esa mañana tenía que limpiar los lechos de Látigo Gris y Mili. La pareja estaba lo bastante recuperada como para comer en el claro con el resto del clan.

—¡Buena caza, Manto Polvoroso! —exclamó Látigo Gris debajo de la Cornisa Alta, donde estaba compartiendo un conejo con Mili.

—Gracias —le contestó el atigrado marrón.

A Glayino le gustaba Látigo Gris. Era bonachón y jovial, aunque todavía se inquietaba cuando tenía muchos gatos alrededor. Mili también era agradable, para ser una minina doméstica. Sin embargo, a Glayino no le apetecía retirar el musgo sucio de su guarida mientras ellos salían en su primera patrulla. No era justo: la pareja iría a explorar el bosque mientras que él tendría que rebuscar entre sus apestosos lechos.

Dio otro bocadito al ratón. Percibió que Centella lo observaba desde la roca partida. La gata estaba compartiendo lenguas con Manto Polvoroso, pero sus ojos no dejaban de desviarse hacia el aprendiz, que sentía la frustración de su mentora como espinas en la piel. ¿Qué esperaba de él? ¿Debía alegrarse de limpiar guaridas en vez de aprender a cazar y pelear? Aunque estaba recluido en el campamento, en el claro había espacio suficiente para que ella le

enseñara algunos movimientos de combate. Sin embargo, la gata solo parecía interesada en que cuidara de sus compañeros de clan. ¿Acaso pensaba que solo servía para eso?

—Date prisa, Glayino —lo llamó Centella—. Cuando acabes con la guarida de Látigo Gris, le prometí a Fronda que jugarías con sus cachorros mientras ella se iba a cazar. Lleva dos lunas sin salir del campamento.

Glayino sacudió la cola.

—¿Y cuándo voy a salir a cazar yo?

—Cuando aprendas a servir a tu clan sin quejarte —respondió Centella con dulzura.

Glayino oyó el risueño ronroneo de Manto Polvoroso.

—Tarde o temprano tendrás que dejarlo salir, Centella —maulló el atigrado marrón—. Antes de que nos vuelva locos a todos.

—Fue Estrella de Fuego quien le prohibió abandonar el campamento —señaló la gata.

—Estoy seguro de que eres capaz de convencerlo de que Glayino debe salir a entrenar —contestó Manto Polvoroso.

Al aprendiz le dio un vuelco el corazón, esperanzado.

—Ser guerrero es mucho más que cazar y pelear —replicó Centella.

La barrera de espinos se agitó. La patrulla del alba había regresado. Candeal, Cenizo, Leonino, Zancudo y Ratolino entraron en el claro con el tentador aroma del bosque en el pelaje. Aun así, Glayino notó ansiedad entre ellos: Cenizo sacudía la cola, mientras Candeal se paseaba nervioso, dibujando círculos. Zarzoso salió de la guarida de los guerreros.

—¿Alguna novedad?

—El Clan de la Sombra está marcando todos los árboles de la frontera —contestó Cenizo, con tono cortante a causa de la rabia.

Glayino notó una explosión de energía cuando Látigo Gris se puso en pie de un salto.

—¿Ya han vuelto a sus viejos trucos? —bufó—. Si alguno de ellos pone una pata en el territorio del Clan del Trueno mientras estoy de patrulla, ¡le arrancaré las orejas!

—Todavía no han traspasado la frontera —lo informó Zarzoso—, de modo que hemos decidido no tenérselo en cuenta.

Látigo Gris resopló.

—¿No tener en cuenta al Clan de la Sombra? Podrías hacer lo mismo con el viento y la lluvia… pero ¡eso no impediría que acabaras helado y empapado!

—Quizá en el bosque las cosas funcionasen de esa manera —continuó Zarzoso—, pero aquí no es necesariamente lo mejor.

—Todo ha cambiado desde el Gran Viaje —añadió Esquiruela.

—¡No tanto como para que tengamos que fiarnos del Clan de la Sombra! —gruñó Cenizo—. Algunos gatos siempre intentarán quedarse con lo que no les pertenece.

Glayino advirtió que su madre se encogía, como si la hubieran pinchado. ¿Qué había querido decir Cenizo exactamente?

—¡El Clan de la Sombra siempre querrá conseguir más de lo que le corresponde por derecho! —coincidió Manto Polvoroso.

A Glayino le temblaron los bigotes. Sabía que algunos gatos no estaban conformes con la decisión de Estrella de Fuego de ceder terreno al Clan de la Sombra, pero ahora los guerreros estaban abiertamente del lado de Látigo Gris. Ante todo, ¿no deberían ser leales a su líder?

—Por ahora, Estrella de Fuego ha decidido pasar por alto las acciones del Clan de la Sombra —insistió Zarzoso con voz firme, pero Glayino supo que estaba alerta por si detectaba la menor señal de rebelión entre sus compañeros.

Unas piedrecillas rodaron con un repiqueteo hasta el claro cuando Estrella de Fuego descendió de su guarida.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—Látigo Gris piensa que es un error pasar por alto las acciones del Clan de la Sombra —contestó Zarzoso.

—Creo que Látigo Gris tiene razón —maulló el líder.

Glayino esperó la protesta de su padre, pero este guardó silencio.

—Puede que Látigo Gris no lleve mucho tiempo en nuestro nuevo hogar —continuó Estrella de Fuego—, pero conoce al Clan de la Sombra desde hace incontables lunas. Coincido con él: seguirán presionando nuestras fronteras a menos que nos pongamos firmes.

—Eso no es lo que dijiste antes de la Asamblea —le recordó Zarzoso en voz baja.

—Pero en la Asamblea fue evidente que el Clan de la Sombra estaba buscando problemas. Antes no quería reaccionar de forma exagerada, pero ahora creo que deberíamos hacer algo para demostrarles que estamos preparados para defender nuestro territorio.

«¿Por qué no me lo habías dicho antes?». Glayino percibió cómo bullía esa pregunta en la mente de su padre.

—¿Vamos a pelear con ellos? —preguntó Cenizo.

—No, a menos que sea inevitable —contestó Estrella de Fuego.

—Pero tendremos que aumentar las patrullas en la frontera —apuntó Manto Polvoroso.

Estrella de Fuego asintió.

—Y empezaremos igualando las marcas olorosas del Clan de la Sombra, árbol por árbol. Si creen que pueden intimidarnos para que les cedamos más terreno, están muy equivocados.

—Muy bien, Estrella de Fuego —maulló Zarzoso—. Borrascoso y Rivera pueden marcar los árboles mientras Esquiruela dirige la patrulla de caza como estaba planeado.

Manto Polvoroso se movió, incómodo.

—¿Y no sería mejor que la patrulla de Esquiruela se encargase de la frontera? Sus marcas olorosas son puro Clan del Trueno, y mandarán un mensaje más potente al Clan de la Sombra.

Glayino percibió una oleada de resentimiento en Borrascoso. Casi esperaba que el guerrero gris se abalanzara sobre Manto Polvoroso para arañarle el costado con sus afiladísimas garras, pero Rivera se levantó antes de que pudiera reaccionar.

—Lo que dice Manto Polvoroso es cierto —concedió la gata montañesa.

—Pero el Clan de la Sombra ya debe de saber que Borrascoso y tú pertenecéis al Clan del Trueno —protestó Candeal.

—En una disputa sobre fronteras, es mejor dejar las cosas lo más claras posible —intervino Cenizo.

Un silencio incómodo se cernió sobre el claro hasta que Estrella de Fuego habló.

—Esquiruela dirigirá la partida para marcar la frontera del Clan de la Sombra. Borrascoso y Rivera pueden ir a cazar.

Mientras se formaban las patrullas, Glayino engulló lo que le quedaba de la comida y se puso en pie. No quería ver cómo sus compañeros de clan salían al bosque; deseaba poder ir con ellos. Sería mejor que se pusiese a limpiar la guarida de Látigo Gris. Buscó a su mentora por el campamento y la localizó con Hojarasca Acuática en la entrada de la guarida de la curandera.

—¿Dónde voy a encontrar musgo limpio si no puedo salir, Centella? —las interrumpió—. Hojarasca Acuática, ¿a ti te sobra un poco? —le preguntó, sabiendo que ella siempre tenía algo de reserva por si llegaban gatos heridos.

—Tengo algo dentro de la gruta —contestó la curandera—. Búscalo tú mismo. Carrasquera ha salido a por borraja; a la vuelta, podrá ir a recolectar musgo.

A Centella se le erizó el pelo cuando Glayino pasó por su lado, y oyó lo que la mentora le susurraba a Hojarasca Acuática:

—Creo que no estoy haciendo muy feliz a Glayino. No sé cómo entenderme con él.

«Podrías empezar por darte cuenta de que tener un ojo no te hace mucho mejor que yo», contestó el aprendiz para sus adentros.

Guiándose por el olfato, no tardó en encontrar el musgo limpio, apilado en un extremo de la cueva. Recogió una gran bola. El sabor fresco y herboso le recordó a su aventura en el territorio del Clan del Viento. Puede que hubiera terminado en el lago, pero, al menos durante una mañana, había sido libre.

Antes de llegar a la cortina de zarzas que protegía la entrada de la guarida, oyó la voz de Estrella de Fuego al otro lado. Centella se había ido, y el líder estaba hablando con Hojarasca Acuática en voz baja.

—Necesito que compartas lenguas con el Clan Estelar.

—Estás preocupado por Látigo Gris —supuso ella.

—Tengo que saber cuál es el lugarteniente legítimo del Clan del Trueno —explicó Estrella de Fuego—. Con vigilia o sin ella, Látigo Gris estaba vivo cuando nombré a Zarzoso.

Hojarasca Acuática tardó unos segundos en responder.

—¿Estás preparado para la respuesta, sea cual sea?

—Látigo Gris es mi amigo, y le debo muchísimo. Pero Zarzoso es un guerrero valiente y leal. —Suspiró—. Diga lo que diga el Clan Estelar, hay que tomar una decisión.

—¿Y si nuestros antepasados no tienen una respuesta para ti?

—Entonces haré lo que crea que es mejor para el clan.

—Iré a la Laguna Lunar —le prometió Hojarasca Acuática.

A Glayino le temblaron los bigotes por la curiosidad. Había oído hablar de aquel lugar. Sonaba como algo muy misterioso: un sitio al que acudían los curanderos para compartir lenguas con el Clan Estelar. ¿Acompañaría Carrasquera a Hojarasca Acuática esa noche?

Mientras Estrella de Fuego se alejaba, Glayino reconoció las pisadas apresuradas de su hermana que se dirigían hacia la guarida de la curandera. Carrasquera se detuvo delante de su mentora.

—¿Son estas las hojas?

Glayino captó el olor de la borraja.

—Sí —ronroneó Hojarasca Acuática—. Bien hecho, Carrasquera.

—Sabía que al final lo lograría —maulló la aprendiza alegremente.

Glayino recogió la bola de musgo y salió entre las zarzas.

—Has tardado un buen rato —comentó Hojarasca Acuática. ¿Acaso sospechaba que había estado escuchando su conversación con Estrella de Fuego? Si era así, no dio la menor señal—. Carrasquera —maulló, volviéndose hacia su aprendiza—, tendrás que seleccionar estas hojas tú sola. Asegúrate de almacenar solo las que estén intactas. Las estropeadas se pudrirán antes de secarse.

—¿No vas a ayudarme? —preguntó la joven.

—Tengo que ir a la Laguna Lunar.

—Pero no tienes por qué marcharte ahora mismo. El sol ni siquiera ha llegado a lo más alto.

—En esta estación, la luna sale muy pronto —le explicó Hojarasca Acuática—. Quiero asegurarme de llegar con tiempo.

—¿Y si algún gato necesita tratamiento? —maulló la aprendiza, nerviosa.

—Tranquila, Centella conoce muchas de las hierbas y bayas. Pregúntale si necesitas ayuda.

—¿Podrías repetirme una vez más el nombre de cada hierba? —suplicó Carrasquera.

—De acuerdo —accedió Hojarasca Acuática—. Pero luego he de marcharme.

Las dos gatas desaparecieron en la guarida de la curandera, dejando solo a Glayino. La cabeza le daba vueltas. No pensaba quedarse todo el día en el campamento limpiando lechos. Si Hojarasca Acuática se iba a la Laguna Lunar, él la seguiría.

Se llevó el musgo al otro lado del claro y lo dejó delante de la guarida de Látigo Gris. Luego volvió a la de Hojarasca Acuática, como si fuera a recoger más musgo, solo que esa vez pasó de largo ante la entrada y se escondió en el zarzal que crecía a un lado. Aquel rincón de la hondonada tenía demasiada maleza para dormir o almacenar carne fresca, y Glayino sabía que el muro rocoso de detrás en parte se había desmoronado y no se podía trepar hasta lo alto. Era la ruta rápida que Zarzoso había empleado cuando la patrulla descubrió el zorro en la trampa. Estaba muy empinada, pero Glayino esperaba poder utilizarla para salir del campamento sin que nadie lo viera.

Con el corazón desbocado, se internó en las zarzas hasta llegar a la pared. Olfateando y palpando con las zarpas, se estiró y clavó las garras en un arbusto que crecía a una cola de altura. Se izó hasta allí y luego buscó el siguiente asidero. Poco a poco, aferrándose a matas de hierba, fue ascendiendo con gran esfuerzo, con la esperanza de que nadie lo descubriera al provocar una lluvia de piedrecillas sueltas sobre el claro. Por fin, un viento

frío le agitó las orejas. Había alcanzado la cima de la hondonada. Clavó las uñas en la blanda hierba y llegó a lo alto del despeñadero.

Siguiendo la pendiente del bosque, bajó por la escarpada ladera que llevaba a la entrada del campamento. Ya en terreno familiar, se detuvo a un zorro de distancia del llano y se escondió entre los helechos.

Al cabo de un momento, apareció Hojarasca Acuática. Glayino la dejó pasar y luego echó a andar, manteniéndose a un lado para no estar nunca directamente detrás de ella. Los árboles proporcionaban buena protección, y zigzagueó entre ellos siguiendo su instinto tanto como su olfato. No tardó en sentir el olor del Clan del Viento. Hojarasca Acuática se dirigía hacia las colinas del páramo. Pero no traspasó la frontera, sino que viró hacia el sol y continuó adelante hasta que la tierra se volvió más escarpada y los árboles comenzaron a escasear.

Glayino percibió el sonido de un arroyo y siguió el rastro oloroso de la curandera cuando este se alejó de la blanda hierba y pasó a las desiguales rocas que flanqueaban la corriente. El joven se quedó un poco rezagado, temblando bajo la gélida brisa. Allí había menos protección vegetal. A partir de ese punto dependería del camuflaje de su pelo atigrado contra el suelo rocoso. Por lo menos, el sonido del agua enmascaraba el de sus pasos vacilantes. Las piedras que pisaba subían y bajaban de forma irregular, y tuvo que ir más despacio. Por suerte, el olor de Hojarasca Acuática seguía siendo intenso.

De pronto, sus patas comenzaron a reconocer el camino, y la mente se le llenó de recuerdos. Estaba recorriendo el mismo valle estrecho que había visitado en sueños, lo que significaba que sabía cómo era. Se imaginó los pedruscos que flanqueaban el sendero, afilados como colmillos de zorro. Sabía que, más adelante, el arroyo bajaba serpenteante por la ladera de la montaña, centelleando bajo la luz del sol. Estaba siguiendo a Hojarasca Acuática hasta el lugar en el que nacía el arroyo y, con una punzada de emoción, comprendió que debía de ser la Laguna Lunar.

Oyó cómo entrechocaban unas piedras delante de él, y se detuvo. Glayino se imaginó que Hojarasca Acuática estaba trepando por las escarpadas rocas que llevaban a la cresta. Esperó hasta que el ruido cesó y estuvo seguro de que la curandera había pasado al otro lado. Luego continuó con cuidado, de piedra en piedra, arañándose las almohadillas contra el afilado granito.

Sin aliento, se paró en lo alto. Se estremeció; el sol poniente debía de quedar oculto por las rocas que lo rodeaban. Estaba en el borde de una hondonada. El olor de Hojarasca Acuática llegaba desde el fondo, mezclado

con los nuevos aromas de piedra húmeda, liquen grisáceo y agua fresca y clara, cargada con el perfume de las montañas. El agua goteaba y salpicaba, y resonaba en el semicírculo rocoso.

Avanzó con cautela y notó el roce de otros gatos; primero por un lado, luego por el otro, le hacían perder el equilibrio. «¡Dejad de empujar!», protestó para sus adentros. Les devolvió el empujón, trastabillando al descubrir solo espacio vacío a su alrededor.

Unas voces susurraban alrededor de la hondonada.

—Han venido.

—Debemos darnos prisa. La luna está saliendo.

«¿Quién más está aquí?», se preguntó Glayino.

Olfateó el aire, pero solo pudo captar el olor de Hojarasca Acuática. Conteniendo el temblor de su cola, aguzó el oído para tratar de averiguar quiénes eran los demás. La pared de piedra amplificaba la respiración de la curandera, que provocaba ondas en el agua por debajo de su hocico. Por su suave cadencia, Glayino dedujo que la gata estaba dormida.

Con cuidado, bajó hacia la laguna. La roca lisa, pulida y horadada, se había convertido en una senda por las innumerables lunas de pisadas gatunas. El sendero llevó a Glayino hasta el agua, que le lamió las zarpas con su fría lengua. Luego el joven se tumbó a un zorro de distancia de Hojarasca Acuática y cerró los ojos.

En cuanto su nariz tocó la Laguna Lunar, las estrellas llenaron su visión. Era como si grandes zarpas lo hubieran elevado al oscuro cielo y lo hubieran soltado entre incontables luces de un blanco azulado.

Muy abajo, vio las laderas de la hondonada, iluminadas por las estrellas, curvándose hasta la destellante Laguna Lunar. Se quedó mirando boquiabierto, con la respiración acelerada. La vaguada ya no estaba vacía, sino rebosante de gatos. Ocupaban todos los espacios, tenían el pelo bañado por la luz de la luna.

«¡El Clan Estelar!».

Glayino miró con mayor atención, hasta que pudo distinguir todos los pelajes y hocicos con claridad. Los gatos estaban contemplando a Hojarasca Acuática, tumbada al borde del agua. También pudo verse a sí mismo, enroscado y dormido. «Estoy viéndolo todo desde fuera de mi cuerpo», se dijo, asombrado.

Observó la hondonada, consciente de pronto de que sus patas pisaban una fría roca. Ahora se hallaba en lo alto de la cresta, no en el cielo.

Hojarasca Acuática se puso en pie y comenzó a saludar al Clan Estelar como si fueran viejos amigos; caminaba por la ladera y se detenía a entrechocar hocicos de vez en cuando. Glayino no reconoció a nadie. Todos habían vivido antes de que él naciera. Solo le resultaban familiares sus olores. Se encogió entre las sombras, donde estaba seguro de que nadie podría verlo, y observó la escena.

—Estrella Azul. —Hojarasca Acuática inclinó la cabeza ante una gata de cara ancha, ojos redondos y largo pelo gris.

—Bienvenida, Hojarasca Acuática —murmuró esta—. Nos imaginamos que vendrías.

Junto a ella se encontraba un gato claro cuyos ojos relucían con afecto.

—Me alegro de volver a verte —maulló.

—Yo también, Corazón de León —contestó la curandera.

Los ojos de Estrella Azul centellearon.

—Traes buenas noticias.

—Sí, Látigo Gris ha vuelto —ronroneó Hojarasca Acuática.

Entre los reunidos se oyeron murmullos de alegría.

—Pero hay un problema —continuó la curandera—. Estrella de Fuego no sabe quién debería ser el lugarteniente del Clan del Trueno. Tanto Látigo Gris como Zarzoso fueron nombrados de acuerdo con el código guerrero.

Un maullido profundo resonó desde el otro lado del claro:

—Ambos tienen el mismo derecho.

Hojarasca Acuática se volvió. A su espalda, un gato de color blanco y negro agitó su larga y fina cola. Glayino olfateó el aire. Pertenecía al Clan del Viento.

—Si Estrella de Fuego es sensato —maulló—, escogerá al guerrero que conozca mejor al clan.

—Será una decisión difícil, Estrella Alta —advirtió Estrella Azul—. Una decisión que ningún líder ha tenido que tomar jamás.

Corazón de León sacudió la cola.

—Ojalá hubiéramos sabido que Látigo Gris seguía con vida. Podríamos habérselo dicho a Hojarasca Acuática.

—Estaba demasiado lejos, no fuimos capaces de verlo —le recordó Estrella Azul—. Y el Clan del Trueno necesitaba un lugarteniente.

—¿Por eso me mandasteis la visión de la pared zarzosa que rodeaba el campamento? —preguntó Hojarasca Acuática.

—Estrella de Fuego tenía que saber que había llegado el momento de nombrar a un sucesor —contestó Estrella Azul.

Corazón de León asintió.

—Cuando te enviamos esa visión, Zarzoso era quien mejor podía ayudar a Estrella de Fuego a proteger al clan.

Hojarasca Acuática levantó la vista bruscamente.

—¿Todavía lo es?

Estrella Azul y Corazón de León intercambiaron una mirada, pero no respondieron.

—¿Desearíais no haberme mandado esa señal? —insistió la curandera.

—Zarzoso lo ha hecho muy bien —la tranquilizó Estrella Azul—. Él era la elección acertada. Estrella de Fuego habría sido un insensato de haber continuado sin un lugarteniente cuando nadie sabía si Látigo Gris iba a regresar.

—Pero ¿quién debería ostentar el puesto ahora?

—No tenemos una respuesta, en realidad.

Hojarasca Acuática parpadeó.

—Entonces, ¿es Estrella de Fuego quien debe tomar la decisión?

—Sí —respondió la guerrera estelar, suspirando—. Pero Estrella Alta tiene razón al decir que vuestro líder debe escoger al gato que mejor conozca al clan. Debe usar la cabeza, no el corazón, a la hora de decidir.

—¿Debería decirle eso?

—Dile solo que quien debe tomar la decisión es él.

Hojarasca Acuática inclinó la cabeza.

—Compartiré esas palabras con él —prometió.

Dicho eso, se separó de los miembros del Clan Estelar y regresó a la Laguna Lunar.

Glayino miraba a los gatos con los ojos muy abiertos. Un musculoso guerrero estaba susurrándole algo a la gata que tenía al lado. Por su reluciente pelaje, Glayino supuso que pertenecía al Clan del Río. Un grupo de gatos delgados y ágiles hablaban en voz baja a la sombra de un peñasco. «¿Clan del Viento?». El aprendiz estudió la ladera olfateando el aire, preguntándose quiénes de aquellos felinos serían del Clan del Trueno. Luego se quedó de piedra y las patas se le helaron.

Una gata estaba mirándolo directamente. Tenía el pelo claro y largo y la cara ancha, marcada con las cicatrices de antiguas batallas, pero Glayino no pudo adivinar su clan por su aspecto. Sus ojos destellaban con un espíritu feroz, y el joven se encogió más entre las sombras. Algo le indicó que no debería estar allí espiando. Hojarasca Acuática vaciló al borde de la laguna.

—¿Carbonilla? —llamó esperanzada, mirando a los gatos de la hondonada, pero no hubo respuesta.

Parpadeó, con expresión triste, antes de volver a tumbarse con las patas debajo del pecho. Tras posar el hocico junto al agua de nuevo, cerró los ojos.

—¡Glayino!

El escandalizado maullido de Hojarasca Acuática despertó al aprendiz, acostado sobre la fría piedra. El joven se levantó tambaleándose. Los guijarros le arañaron las almohadillas, y trastabilló. Era ciego de nuevo. La furia de la curandera relampagueó contra su pelaje.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Y… yo…

—¡Aquí solo pueden entrar curanderos! ¡He venido a compartir lenguas con el Clan Estelar!

—Lo sé. —Glayino tragó saliva—. Te he visto.

—¿Que me has visto con el Clan Estelar?

—Te he observado desde lo alto de la cresta mientras hablabas con Estrella Azul y Corazón de León.

Hojarasca Acuática parecía conmocionada.

—¿Me has observado? ¿Cómo?

—Es lo que he soñado cuando me he dormido.

La gata entornó los ojos.

—¿Qué hemos dicho?

—Estrella Azul ha sugerido que Estrella de Fuego debe decidir quién será lugarteniente, pero que debe usar la cabeza, no el corazón. Supongo que eso significa que debería escoger…

—¡Lo has entendido! —lo interrumpió Hojarasca Acuática, y su maullido se convirtió en un susurro lleno de sorpresa.

Glayino estaba desconcertado. ¿Por qué no iba a entenderlo? ¿Porque no era curandero? ¿O porque era ciego?

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

Glayino percibió cautela en Hojarasca Acuática, como si temiera su respuesta.

—Te he seguido…

—Quieres decir que has rastreado mi olor, ¿no? ¿Desde el campamento?

—En parte. Pero había soñado antes con el trayecto, así que conocía la ruta.

Hojarasca Acuática dio un respingo.

—¡No puedo controlar lo que sueño! —protestó el aprendiz.

La curandera le dio la espalda.

—Aquí ha sucedido algo extraordinario. —Sus palabras eran poco más que un murmullo, casi dichas para sí misma, aunque resonaban contra el agua —. Ojalá supiera qué significa.

—¿Por qué debería significar algo? —preguntó Glayino. ¿Qué tenía de raro soñar con la Laguna Lunar? ¿No era ese su cometido?

—Vamos —le ordenó Hojarasca Acuática—. Deberíamos regresar al campamento.

Habló con brío para enmascarar la confusión que la había invadido. Subió por el sendero hasta lo alto de la hondonada y Glayino la siguió. Dejó que ella lo guiara por la pendiente rocosa, aunque ahora ya tenía una idea lo bastante clara de cómo era para arreglárselas solo.

—¿Vas a contarle a Estrella de Fuego todo lo que ha dicho el Clan Estelar? —maulló Glayino.

—Le diré que es él quien debe decidir.

—¿Y nada más?

—¿A qué te refieres?

—Yo creo que Estrella Alta y Estrella Azul han insinuado que Estrella de Fuego debería escoger a Zarzoso. Él es el que mejor conoce al clan ahora.

Glayino arrugó la nariz. Olía a ratón.

—¿Estás diciendo que debería influir en la decisión de nuestro líder?

—Solo estarías interpretando lo que los antepasados pretendían decir en realidad —respondió. La presa estaba cerca—. ¿No es esa tu obligación?

Notó la mirada sorprendida de Hojarasca Acuática como la luz del sol en la piel.

—¿Es eso lo que harías tú?

—Yo haría lo que fuera mejor para mi clan.

Una piedrecilla se movió justo delante de él. Saltó de golpe, pero sus zarpas solo se encontraron con que el ratón había escapado a su madriguera. Levantó el hocico, decepcionado.

Hojarasca Acuática se había detenido. El miedo parecía envolverla como una nube. Glayino se preguntó si habría hecho algo mal.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —respondió la curandera, y echó a andar de nuevo.

Glayino corrió tras ella.

—¿Sabes? Lo que has hecho en la Laguna Lunar es bastante asombroso —maulló la gata, aunque su tono despreocupado no ocultaba su ansiedad.

«¿Por qué está tan nerviosa?». Glayino se encogió de hombros.

—¿No se supone que allí se ven cosas así?

—Pero no ha sido un sueño cualquiera. Te has metido en el mío, has visto lo que yo veía.

—¿Y?

—Yo solo he logrado hacerlo una vez.

—¿Cuándo?

—Plumosa me guio al sueño de Blimosa para que pudiera contarle dónde encontrar nébeda —le explicó Hojarasca Acuática—. Pero Plumosa ya formaba parte del Clan Estelar y me invitó a entrar. Tú lo has hecho por tu cuenta, sin el permiso ni el conocimiento de los antepasados.

Con un estremecimiento, Glayino recordó la fiera mirada de la guerrera de cara ancha.

—¿Estás segura de que no lo sabían?

—Me lo habrían dicho —maulló Hojarasca Acuática.

—¿Por qué has llamado a Carbonilla? ¿Querías preguntarle algo?

—Solo quería saber si estaba allí —respondió en voz baja.

—No te ha contestado.

—No.

—Pero está muerta, ¿no? ¿Dónde podría estar si no?

Glayino oyó que Hojarasca Acuática se detenía. Estaba expectante, ansiosa; lo percibía como la lluvia en el aire.

—¿Qué has sentido al ver al Clan Estelar? ¿Estabas asustado?

—¿Asustado de un puñado de gatos muertos?

—Son tus antepasados guerreros —le recordó ella—. Han visto y oído más de lo que jamás podrías imaginar.

—Por supuesto que han visto más… Soy ciego, ¿lo has olvidado?

—En sueños no. Dime, aparte del viaje a la Laguna Lunar, ¿has soñado con algo más que se haya hecho realidad?

Glayino se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Los sueños no son más que eso.

—No para todos los gatos.

—A veces sueño con cuando era muy pequeño, avanzando a través de la nieve —confesó—. ¿Sucedió de verdad? No fue el Gran Viaje, ¿no?

La tensión crepitó en el pelo de Hojarasca Acuática.

—No; el Gran Viaje tuvo lugar mucho antes de que tú nacieras. Pero tu… tu madre realizó un largo viaje con vosotros por la nieve cuando erais muy pequeños. Nacisteis fuera de la hondonada rocosa, y tuvo que esperar a que fuerais lo bastante fuertes para caminar.

Glayino notó que Hojarasca Acuática estaba mirándolo fijamente, dándole vueltas a algo, como si se encontrara frente a un pez demasiado grande para sacarlo del agua.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Creo que estabas destinado a ser curandero —maulló la gata.

—No digas tonterías —replicó—. Voy a ser guerrero.

—Pero te has metido en mi sueño…

Glayino irguió la cola, indignado.

—¿Crees que quiero quedarme en el campamento a preocuparme por los cachorros y por los veteranos?

Hojarasca Acuática se irritó.

—¡Ser curandero es muchísimo más que eso!

—¡Si lo es, que sea el destino de otro gato! —espetó Glayino—. Yo quiero salir al bosque, cazar y pelear por mi clan. ¡Eres igual que Centella! ¡Me tratáis de manera distinta solo porque soy ciego!

—¡Yo te trato de manera distinta porque puedes ver al Clan Estelar en mis sueños! No conozco a ningún curandero con visiones tan potentes como esa.

Pero Glayino no quería saber nada más del tema y siguió adelante, furioso.

—No me importan los sueños estúpidos —maulló por encima del hombro —. Voy a ser guerrero. Además, tú ya tienes a Carrasquera, ¿recuerdas? ¡No puede haber dos aprendices de curandero!

14

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas se reúnan bajo la Cornisa Alta!

Leonino levantó la cabeza de golpe. La llamada de Estrella de Fuego lo había despertado en su cálido lecho. Estaba amaneciendo y notó que Bayino se movía a su lado. Glayino ya estaba estirándose, curvando tanto la cola que la punta le rozó la columna vertebral.

—¿Qué quiere Estrella de Fuego tan temprano? —dijo, y bostezó.

—¡Reunión de clan! —Leonino se puso en pie de un salto y corrió para adelantarse a sus compañeros y ser el primero en salir de la guarida.

—Deja de empujar —se quejó Bayino.

—El cazador más rápido atrapa más ratones —replicó el aprendiz alegremente.

El aire del exterior lo golpeó como la rama de un abedul. Los arbustos que bordeaban el campamento relucían por la escarcha, y le dolieron las almohadillas sobre el suelo helado. Con el aliento formando una nube de vaho delante de él, se encaminó al claro, donde ya habían empezado a reunirse los gatos, muy apretados para calentarse.

Estrella de Fuego estaba en la Cornisa Alta, flanqueado por Zarzoso y Látigo Gris. El pelaje que cubría los tensos músculos del lugarteniente brillaba. El pelo de Látigo Gris estaba bien acicalado —ya habían desaparecido los nudos y los enredos—, pero seguía apagado, y todavía se le marcaban las costillas.

—Habrá decidido quién debe ser el lugarteniente —maulló Carrasquera, que había salido a toda prisa de la guarida de la curandera para sentarse bien cerca de Leonino, ya que tiritaba de frío.

Glayino se colocó al lado de Carrasquera.

—Látigo Gris y Zarzoso están en la Cornisa Alta con Estrella de Fuego —le explicó ella.

—Ya lo sé —contestó él, adormilado.

Leonino se preguntó por qué parecía tan agotado si llevaba días sin salir del campamento.

El pelaje de Estrella de Fuego resplandecía como las llamas a la fría luz del alba. Mili estaba al lado de Fronda, con los ojos dilatados por la curiosidad. Acedera, Candeal y Nimbo Blanco se encontraban delante de ellas; Fronde Dorado y Espinardo, detrás. La minina gris ya no parecía intimidada por los guerreros que la rodeaban y miraba con tranquilidad a Estrella de Fuego.

—Sé que todos os habéis preguntado qué pasará ahora que nuestro anterior lugarteniente ha vuelto —empezó el líder del clan.

Látigo Gris enroscó su peluda cola alrededor de las patas delanteras. Zarzoso movió una de las orejas.

—Cuando abandonamos el bosque, pensé que jamás volvería a ver a Látigo Gris —confesó Estrella de Fuego—. Pasé muchas noches contemplando el Manto Plateado, intentando imaginármelo entre nuestros ancestros.

Leonino miró a Carrasquera y se preguntó cómo sería perderla. No le gustó la sensación que le atravesó el estómago.

—Látigo Gris era mi lugarteniente y mi amigo —continuó el líder—. Entrenamos juntos y luché a su lado. Confiaba en él más que en ningún otro gato. Tenerlo de vuelta es como haber recuperado una de mis vidas.

—¡Va a nombrarlo lugarteniente! —exclamó Carrasquera entre dientes.

—Esperad —propuso Glayino.

Leonino miró a su hermano. ¿Por qué sonaba tan seguro?

—Pero Zarzoso me ha ayudado a guiar al clan a través de los desafíos más aterradores a los que nos hemos enfrentado —prosiguió Estrella de Fuego—. Nunca lo he visto dudar de su lealtad hacia sus compañeros. Lo último que necesita ahora el Clan del Trueno son más cambios. —Hizo una pausa para mirar a los dos guerreros—. De modo que he decidido que Zarzoso siga siendo el lugarteniente.

—Pero… —soltó Fronde Dorado con voz ahogada, sin poder controlarse.

Acedera lo imitó, y maullidos de sorpresa recorrieron el claro. Leonino observó a Látigo Gris buscando en él alguna señal de tristeza, pero solo vio alivio en sus ojos.

Esquiruela voceó con alegría:

—¡Zarzoso!

—¡Zarzoso! ¡Zarzoso! —se le unió Cenizo al instante.

Esquiruela se quedó mirándolo boquiabierta, y Leonino se preguntó por qué parecía tan sorprendida. Manto Polvoroso y Espinardo también empezaron a corear el nombre de Zarzoso. Látigo Gris se puso en pie y se les unió, y el lugarteniente inclinó la cabeza en señal de respeto por su predecesor.

—Os lo había dicho —murmuró Glayino.

Leonino lo miró con recelo.

—¿Cómo lo sabías?

Su hermano se encogió de hombros.

—Era la elección más inteligente.

—¿Creéis que a Látigo Gris le importa? —susurró Carrasquera.

—¿Qué más da? —contestó Glayino.

—Sabe que no está preparado para el puesto —maulló Leonino.

—Pero ¿qué pasará cuando se haya recuperado del todo? —insistió la aprendiza—. ¿Se conformará con ser un simple guerrero?

—Yo creo que Estrella de Fuego ha tomado la decisión acertada —intervino alguien a sus espaldas, y Leonino dio un respingo. Cenizo se encaminaba hacia ellos—.

Y deberíais alegraros por que vuestro padre siga siendo lugarteniente —ronroneó.

—Zarzoso debía ser el lugarteniente —maulló el aprendiz con firmeza—. Látigo Gris ni siquiera conoce el territorio todavía. Se sentiría tan perdido como un cachorro del Clan del Viento en la maternidad del Clan de la Sombra.

—Cierto —asintió Cenizo.

—Y aún tardará una luna más en recuperarse —dijo Glayino—. Todavía huele a carroña.

—No tardará en estar fuerte —replicó Carrasquera a la defensiva.

—Eso no es suficiente —repuso Leonino—. Necesitamos un lugarteniente en plena forma ahora mismo. La estación sin hojas todavía no ha terminado y el Clan de la Sombra está incordiando. No podemos esperar a que Látigo Gris se recupere.

—Pero ¡lo habían nombrado a él primero! —protestó la joven—. ¿Acaso lo habéis olvidado? Cuando los Dos Patas se llevaron a Vaharina, Alcotán solo la sustituyó hasta su regreso. Porque, según el código guerrero, ¡ella nunca había dejado de ser la lugarteniente del Clan del Río!

—Carrasquera tiene razón —le dijo Cenizo a Leonino, que estaba sorprendido por la ferocidad de su hermana.

—Ya lo sé, pero… pero Estrella de Fuego tiene que ser práctico.

—Si empezamos a saltarnos el código guerrero, ¡entonces ya no somos guerreros! —exclamó la aprendiza. Tenía el pelo del lomo erizado, y sus ojos centelleaban angustiados.

—¿Y si el Clan Estelar le ha indicado a Estrella de Fuego que escoja a Zarzoso? —preguntó Glayino en voz baja.

Zarzoso se dirigía hacia ellos, con Bayino al lado.

—Nos vamos a cazar —anunció el lugarteniente.

—¿Podemos ir con vosotros? —le preguntó Cenizo.

—Por supuesto. También nos acompañarán Centella y Glayino, si no te importa que seamos demasiados…

—Desde luego que no. —Cenizo entornó los ojos—. Estaba pensando que sería divertido que tu aprendiz y el mío compitieran un poco.

A Zarzoso se le iluminaron los ojos.

—Buena idea.

Bayino clavó las garras en el suelo, emocionado.

—¡Sí!

—¡Genial! —exclamó Leonino.

—De acuerdo —decidió Zarzoso—. El primero en atrapar tres presas tendrá preferencia a la hora de elegir una pieza del montón de la carne fresca esta noche.

Leonino miró de reojo a su compañero de guarida. Bayino era más grande y tenía más experiencia que él. Si quería ganarle, tendría que contar más con los sentidos que con la velocidad.

Centella se acercó al grupo.

—¿Por qué tenemos que ir con ellos? —se quejó Glayino a su mentora—. Soy capaz de cazar solo.

El ojo de Centella destelló con lástima, y Leonino se estremeció. Glayino miró a la gata ceñudo, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—Nos marcharemos dentro de un momento —maulló Zarzoso—. Primero, quiero pedirles a Manto Polvoroso y Betulón que patrullen la frontera del Clan de la Sombra. Nos vemos en la entrada. —Antes de alejarse, el lugarteniente del Clan del Trueno miró a Carrasquera—. ¿No deberías estar ayudando a Hojarasca Acuática?

—Hum, sí —maulló ella, y se fue con la cabeza gacha y arrastrando la cola por el claro escarchado.

—Así que piensas que puedes vencerme, ¿eh? —susurró Bayino al oído de Leonino.

—Yo atrapé un campañol en mi primera expedición de caza —le recordó.

—Estupendo. Me molestaría ganar con demasiada facilidad.

—¡Tendrás suerte si consigues vencer! —gruñó Leonino.

—¿Un enano como tú va a cazar tres presas en una sola mañana?

Leonino no iba a permitir que su compañero se fuera de rositas. Adoptó la posición de ataque, balanceando las ancas.

—¡Repite eso! —lo retó.

—¡Apenas eres más grande que un ratón! —se burló Bayino.

Leonino se abalanzó sobre el joven, y los dos rodaron hacia la barrera de espinos. A Leonino lo pilló por sorpresa el peso de su amigo, y luchó por quitárselo de encima, pero Bayino lo impulsó hacia las punzantes espinas del arbusto. Leonino pensó con rapidez y decidió quedarse inmóvil, con lo que se volvió escurridizo y le resultó fácil zafarse. Veloz como un relámpago, saltó sobre el lomo de Bayino y le mordisqueó el pescuezo. Su amigo trató de librarse de él, pero, incluso con las uñas envainadas, Leonino descubrió que tenía la fuerza necesaria para aferrarlo por sus anchos omóplatos.

—¡Leonino!

Al levantar la cabeza, vio que su hermana corría hacia ellos, y en un instante, Bayino se lo quitó de encima y lo inmovilizó contra el suelo.

—Eres mi primera presa del día —maulló Bayino, triunfal.

—¡Carrasquera me ha distraído! —se quejó Leonino.

—Un buen guerrero no se distrae nunca —maulló Cenizo, que se había detenido a observar a los dos aprendices.

Leonino se levantó torpemente, muerto de vergüenza. Carrasquera estaba dando vueltas alrededor del grupo.

—Hojarasca Acuática quiere que recolecte un poco de atanasia por si alguien enferma de tos blanca por el frío —resolló entusiasmada—. Dice que hay una mata junto al viejo sendero atronador y me ha pedido que os pregunte si puedo unirme a vuestra patrulla. —Miró alrededor—. ¿Dónde está Zarzoso?

—Dando órdenes a Manto Polvoroso —contestó Cenizo.

En ese momento, el lugarteniente apareció tras la roca partida, acompañado de Látigo Gris.

—¿Os importa si voy con vosotros? —le preguntó el guerrero a Cenizo—. Quiero familiarizarme con el territorio y ver cómo son las presas por aquí.

—A mí me parece bien —respondió Cenizo, y señaló a Carrasquera—. Nosotros también tenemos una aprendiza extra.

Leonino no había salido del campamento con sus hermanos desde que habían tratado de localizar a las crías de zorro. No tardaron en adoptar la formación acostumbrada: Carrasquera unos pasos por delante y Leonino rozando a Glayino lo justo para ayudarlo a avanzar entre los árboles.

Se internaron en el bosque, siguiendo la ruta despejada a lo largo del viejo sendero atronador. Leonino ya había pasado por allí, cuando Cenizo le enseñó el territorio del Clan del Trueno, pero nunca la había recorrido hasta la casa abandonada de los Dos Patas.

Carrasquera iba inspeccionando la vegetación a ambos lados del camino.

—Se parece mucho a la milenrama —le susurró Glayino—, pero sabe más a hierba que a bilis de ratón.

—¡Ya lo sé! —le espetó la gata.

Leonino se preguntó por qué Glayino estaba ayudando a su hermana. La aprendiza de curandera era ella, no él. Carrasquera apuntó con la cola a unas plantas de largos tallos y hojas finas y puntiagudas.

—Es esta, ¿verdad?

—¿Has encontrado lo que buscabas? —le preguntó Zarzoso, deteniéndose en mitad del sendero.

Los gatos esperaron mientras Carrasquera mordisqueaba una hoja, entrecerrando los ojos pensativamente, y luego se la tragaba.

—No es nada amarga —informó—. Es atanasia.

—Recoge un poco y llévala al campamento —maulló Zarzoso.

A Carrasquera se le nublaron los ojos, decepcionada.

—Hojarasca Acuática no la necesita ahora mismo.

—Quizá no sea seguro que Carrasquera vuelva al campamento sola —maulló Leonino, imaginándose que su hermana quería seguir en el bosque un rato más—. Las crías de zorro siguen sueltas.

—Y no te olvides de la competición —intervino Cenizo—. No queremos malgastar tiempo acompañándola hasta el campamento.

—¿Estás segura de que Hojarasca Acuática no necesita la atanasia con urgencia? —le preguntó Zarzoso a Carrasquera.

A ella se le iluminaron los ojos.

—Solo es para tener reservas.

—Entonces recolectaremos un poco en el camino de regreso —decidió Zarzoso.

Dicho eso, saltó y se alejó en dirección al umbroso bosque. Leonino esperó en el sendero atronador a que Glayino y Centella desaparecieran entre los árboles con los demás antes de seguirlos. Incluso en la estación sin hojas, allí la vegetación era densa. Pero, sin la cubierta del follaje, las plantas parecían esqueletos altos y delgados, esparcidos por el suelo forestal.

El aliento de Leonino formaba nubes de vaho mientras la patrulla avanzaba despacio sobre la tierra helada. Látigo Gris se volvió hacia los demás.

—Aquí no huele a zorro —maulló—. Y no hay demasiados escondrijos para las presas. Parece un buen lugar para empezar la caza.

Cenizo miró a los dos aprendices.

—¿Quién quiere ser el primero?

—Por allí hay un ratón —anunció Glayino como si nada.

Por primera vez, Leonino se preguntó si su hermano se sentía excluido de la competición. Pero Glayino tenía la barbilla bien alta y apuntaba con la cola hacia el pie de un roble, a varios zorros de distancia. Cenizo se volvió, sorprendido.

—Está debajo de las hojas congeladas que hay en el suelo —añadió Glayino.

Leonino levantó las orejas. Cierto; aunque muy débilmente, logró oír cómo unas patas diminutas escarbaban la tierra fría. Y en el aire captó el olor mohoso de las hojas muertas recién volteadas.

—Leonino —susurró Zarzoso—. Intenta atraparlo.

Dando un sigiloso paso tras otro, Leonino avanzó hacia el ruidillo. Dejaba que sus zarpas se hundieran lentamente en el suelo para no hacer el menor ruido. El sonido no cesó mientras el aprendiz se acercaba hasta adoptar la postura de caza. Entonces se agazapó con el cuello estirado y posó la cola en el suelo. Ahora ya podía oler al ratón, y detectó un leve movimiento en las hojas.

—¡Zarzoso!

El ratón echó a correr y desapareció en las raíces de un árbol. Bufando de rabia, Leonino se dio la vuelta para ver quién le había estropeado la caza.

Betulón llegó a la carrera por el sotobosque y frenó en seco.

—¡El Clan de la Sombra ha desplazado la frontera! ¡Ha dejado una nueva línea de marcas olorosas en nuestro territorio!

—¿Dónde? —quiso saber Zarzoso.

—Te lo enseñaré. —Y, sin esperar, se dirigió hacia los árboles.

—¿Dónde está Manto Polvoroso? —le preguntó el lugarteniente.

—De camino al campamento para avisar a Estrella de Fuego.

Zarzoso se volvió hacia Centella.

—Venid con nosotros. No voy a correr el riesgo de dejaros solos mientras esas crías de zorro sigan rondando por aquí.

Centella entornó los ojos.

—¿Y qué pasa con Glayino? ¿Podrá seguir el ritmo?

—No lo pierdas de vista y mantente todo lo cerca de nosotros que puedas —le ordenó Zarzoso, y luego miró a Cenizo—. No te alejes de ellos. —A Látigo Gris le dijo—: Ven conmigo.

Zarzoso echó a correr tras Betulón, seguido de Látigo Gris. Leonino salió disparado tras ellos, olvidándose del ratón, con Carrasquera al lado. Los pasos de Cenizo, Centella y Glayino resonaban algo más atrás. Al mirar por encima del lomo, vio a su hermano serpenteando entre los árboles con la misma facilidad que un gato sin ceguera. «¡Debe de guiarlo el Clan Estelar!», pensó asombrado. Luego se volvió de nuevo hacia delante, con el pelo erizado. ¿De verdad el Clan de la Sombra se había atrevido a mover la frontera?

Betulón los condujo a lo largo del viejo sendero atronador antes de virar hacia el bosque para subir la ladera que llevaba al límite de su territorio. Se detuvo cerca de la cima.

—¡Aquí! —resolló, indicando con la cola la línea de abedules que crecía en la cresta.

Leonino olfateó el tronco más cercano y arrugó la nariz. Era cierto. El Clan de la Sombra había marcado árboles del Clan del Trueno.

—¿Esta no es la frontera original? —preguntó Látigo Gris.

—¡No! —bufó Zarzoso—. El linde está ahí. —Señaló con el hocico la cima de la cresta, donde los árboles daban paso a un claro herboso.

—¿Creían que no nos íbamos a dar cuenta? —dijo Carrasquera, indignada.

Cenizo apareció entre los helechos que había a su espalda, seguido de Centella y Glayino.

Al aprendiz se le erizó el pelo.

—¡Hay guerreros del Clan de la Sombra cerca! —los avisó.

Mientras hablaba, tres gatos asomaron por la cima y se quedaron mirando a la patrulla del Clan del Trueno.

—¡Robledo! —rugió Zarzoso.

Leonino reconoció a los otros dos de la Asamblea: Rapacero y su mentor, Chamuscado.

—Un cachorro ciego nos ha detectado antes de que el lugarteniente del Clan del Trueno supiera que estábamos aquí —se mofó Robledo—. Menuda humillación.

—¿Tan desesperado está el Clan del Trueno por tener guerreros que necesita entrenar incluso a sus cachorros más inútiles? —gruñó Chamuscado.

Glayino echó a correr hacia ellos bufando, pero Centella lo detuvo agarrándolo por la cola y tirando de él.

—Un cachorro ciego salvado por una guerrera tuerta —se burló Robledo —. El Clan del Trueno ya no es lo que era. Está lleno de mininos caseros, lisiados y lugartenientes agotados —añadió, mirando con desprecio a Látigo Gris.

—Habéis desplazado la frontera —gruñó Zarzoso.

—Hemos tomado lo que debería pertenecernos, y seguiremos avanzando —respondió Chamuscado.

—El Clan del Trueno apenas es ya un clan de verdad… sois medio mininos —maulló Robledo—. Estoy seguro de que el Clan Estelar coincide con que solo los guerreros auténticos están autorizados a cazar en los territorios de los clanes.

—¡El Clan del Trueno solo tiene guerreros auténticos! —aulló Zarzoso. Pegando las orejas a la cabeza, traspasó la nueva línea olorosa hasta quedarse solo a una cola de Robledo—. Si queréis nuestro territorio, tendréis que pelear por cada paso.

A Leonino se le erizó todo el pelaje. ¡Su primera batalla de verdad! Clavó las garras en el suelo, imaginándose que era el pellejo de algún miembro del Clan de la Sombra.

—¿Estás seguro de que no venceremos nosotros?

A Robledo le destellaron los ojos cuando por la cresta comenzaron a aparecer más guerreros del Clan de la Sombra, alineándose como estorninos en una rama. A Leonino le dio un vuelco el corazón. Parecía que todos los guerreros del Clan de la Sombra hubieran acudido a luchar. Sus músculos sobresalían bajo la piel, sus garras relucían contra el duro suelo. Leonino notó que le rozaban el costado. Carrasquera y Glayino se le habían unido.

—Pelearemos como uno —sentenció Carrasquera.

De repente, Leonino se imaginó a los tres jovencísimos aprendices, uno de ellos ciego, enfrentándose a lo que parecía el Clan de la Sombra al completo.

«¡Clan Estelar, ayúdanos!».

15

—Vuelve al campamento y dile a Estrella de Fuego que necesitamos ayuda —le susurró Látigo Gris a Leonino—. ¡Ya!

El aprendiz dio media vuelta y salió disparado hacia los árboles. Detestaba dejar a Glayino y a Carrasquera, pero, sin ayuda, la batalla estaba perdida.

—¡Detenedlo!

Oyó el alarido de Bermeja y el crujido de hojas aplastadas por patas. Miró por encima del lomo. Dos guerreros del Clan de la Sombra corrían tras él. Luego vio un destello de pelaje plateado. Látigo Gris se había abalanzado sobre uno de los gatos, que aulló, y el aire estalló cuando los dos clanes se enzarzaron en combate.

Leonino se obligó a correr más rápido, hasta que creyó que el corazón le iba a reventar. Sonaban fuertes pisadas a su espalda. Gracias a Látigo Gris, ahora solo tenía un perseguidor. El aprendiz viró hacia una extensión de densos zarzales, esperando que su reducido tamaño le permitiera escapar del guerrero del Clan de la Sombra. Pero, al salir al otro lado y mirar hacia atrás, vio al corpulento gato abriéndose paso entre los arbustos con una fuerza aterradora.

Descendió a toda velocidad la pendiente que llevaba a la hondonada de entrenamiento y la cruzó como una exhalación. Solo le quedaba por recorrer un corto trecho entre los árboles y luego un espacio despejado hasta la entrada del campamento. El trote del guerrero del Clan de la Sombra sonaba aún más cerca cuando Leonino vio delante de él la barrera de espinos.

—¡Ayuda! —bramó.

Unas garras le arañaron la cola. Su perseguidor le pisaba los talones. Despavorido, Leonino clavó las zarpas en el suelo y se impulsó hacia delante. Un relámpago de pelaje rojo surgió del túnel de espinos y pasó ante el joven.

—¡Yo lo detendré! —aulló Esquiruela, lanzándose hacia el guerrero del Clan de la Sombra.

El gato soltó un maullido de dolor. Leonino redujo el paso, tomando aire a bocanadas. Al darse la vuelta, vio que Esquiruela estaba persiguiendo al guerrero del Clan de la Sombra cuesta arriba, gruñendo como si todos los miembros del Clan Estelar corrieran junto a ella. El aprendiz se apresuró a entrar en el campamento.

—¡El Clan de la Sombra nos ha invadido!

Estrella de Fuego estaba en el claro con Manto Polvoroso. Corrió hacia Leonino en cuanto lo vio llegar.

—Manto Polvoroso me ha dicho que habían desplazado la frontera —maulló.

—Zarzoso ha llevado a nuestra patrulla de caza a investigar —resolló el aprendiz—, pero hemos caído en una emboscada.

Estrella de Fuego abrió mucho los ojos, alarmado.

—¿Están peleando ahora?

Leonino asintió; tembló al pensar en Glayino y Carrasquera enfrentándose a guerreros expertos en combate.

—¡Tormenta de Arena, Zancudo, Candeal, Borrascoso, Rivera! —llamó Estrella de Fuego. Los guerreros daban ya vueltas por el claro, sacudiendo la cola—. El Clan de la Sombra ha traspasado la frontera. Zarzoso los está manteniendo a raya, pero necesita ayuda.

—¿Me llevo a Ratolino? —preguntó Zancudo.

—Si está listo para una batalla, sí —respondió Estrella de Fuego.

Esquiruela regresó a toda prisa.

—Hay un guerrero del Clan de la Sombra menos del que preocuparse —anunció—. Hoy no querrá volver a luchar.

—Buen trabajo. Necesito que te quedes a cuidar del campamento —le dijo el líder.

Ella asintió.

—Sí, Estrella de Fuego.

Mili apareció por detrás de la guarida de los guerreros.

—Voy con vosotros.

Leonino se quedó mirándola atónito. ¡Era una minina doméstica!

—De acuerdo —aceptó Estrella de Fuego—. Pero no corras riesgos.

Leonino seguía temblando de terror y agotamiento. El líder lo miró.

—¿Estás en condiciones de luchar?

El aprendiz asintió.

—Bien —gruñó Estrella de Fuego—. Tus hermanos te necesitan.

Dicho eso, salió del campamento seguido por los guerreros. Leonino corrió detrás de la patrulla. «¿Cómo se atreve el Clan de la Sombra a invadir nuestro territorio?». Iba a pelear con uñas y dientes para expulsar a esos gatos con corazón de zorro. Dejaron de temblarle las patas y sintió un hormigueo fruto de sus ganas de entrar en combate.

—¡Mira siempre a tu espalda! —le susurró Candeal, que se colocó a su lado con la intención de darle consejos para la batalla—. El Clan de la Sombra juega sucio. Tú eres rápido y fuerte, a pesar de ser pequeño. Serás más ágil que algunos de sus guerreros. Utiliza eso en tu beneficio.

Al acercarse a la frontera, oyeron chillidos y alaridos.

—¡Por aquí! —gritó Estrella de Fuego.

Se internaron en el bosque y Leonino entrevió el brillo de los colmillos y las garras entre los árboles. Los guerreros del Clan de la Sombra habían rodeado a la patrulla de Zarzoso, pero los gatos del Clan del Trueno los mantenían a raya, arremetiendo contra aquellos que tenían a su alcance.

—¡Al ataque! —aulló Estrella de Fuego, y sus guerreros se unieron a la batalla.

—¡Ve hacia allí! —le dijo Zancudo a Leonino, señalando con la cola—. Busca a Glayino y haz lo que puedas por defenderlo.

Leonino echó a correr, buscando a sus hermanos en medio de la refriega. Vio a Cenizo y a Betulón, peleando hombro con hombro con Centella, plantando cara a cuatro guerreros del Clan de la Sombra. Glayino estaba agazapado detrás de ellos, con el pelo erizado de rabia, dando manotazos a cualquier enemigo que cruzara su línea defensiva. No parecía necesitar ayuda.

A Leonino se le desbocó el corazón al no ver el pelaje negro de Carrasquera. ¿Estaría herida? Sintió un gran alivio cuando la distinguió luchando junto a Látigo Gris. El guerrero, con las orejas gachas y la boca fruncida en un gruñido cruel, le propinó un zarpazo en el flanco a una gata de un color rojizo oscuro que iba a abalanzarse sobre la aprendiza. «¡Bermeja!». Leonino reconoció a la lugarteniente del Clan de la Sombra.

Carrasquera se coló por debajo de Látigo Gris y saltó para morder a la enemiga en la pata trasera con tal ferocidad que la gata giró en redondo con las garras desenvainadas para devolverle el golpe. Leonino corrió para proteger a su hermana y se lanzó contra Bermeja, dispuesto a arañarle la nariz. La lugarteniente aulló de dolor al ver cómo le brotaba sangre debajo de los ojos.

—¡Buen trabajo! —exclamó Látigo Gris.

Mientras hablaba, un gato negro y una gata blanca del Clan de la Sombra cayeron sobre él y lo derribaron. El macho, que era más grande, lo inmovilizó contra el suelo, mientras la hembra se erguía sobre sus patas traseras y mostraba sus largas garras, preparada para dejarse caer sobre la cabeza de Látigo Gris.

Un relámpago de pelaje rojo pasó ante Leonino: Estrella de Fuego se abalanzó hacia la gata blanca, la empujó hacia atrás y le rajó la mejilla con un certero zarpazo. Leonino saltó sobre el guerrero negro que estaba inmovilizando a Látigo Gris, le clavó las garras y le mordió con fuerza el lomo. El rival soltó al guerrero del Clan del Trueno y se volvió. De inmediato, Carrasquera surgió a su espalda y lo derribó. Leonino se apartó mientras el gato caía pesadamente al suelo.

—¡Eso ha sido genial! —le dijo a su hermana.

—Aún no hemos acabado con él —le advirtió ella.

El gato negro ya había vuelto a ponerse en pie y bufaba con ferocidad, pero los dos hermanos se le enfrentaron juntos. Lo atacaron con las patas delanteras y lo empujaron hacia la frontera, hasta que acabó resollando y ensangrentado.

De pronto, Leonino vio a Robledo deslizarse entre los helechos hacia Estrella de Fuego, a un zorro de distancia. El líder del Clan del Trueno seguía inmovilizando a la gata blanca, ajeno a la sigilosa aproximación del guerrero rival. Antes de que el aprendiz pudiera avisarlo, Robledo había saltado sobre el lomo de Estrella de Fuego para agarrarlo del cuello.

La guerrera blanca se debatió bajo la presión del líder, mordiéndole las patas delanteras, y entonces este cayó al suelo y desapareció bajo los gruñidos de los dos miembros del Clan de la Sombra.

—¿Puedes arreglártelas sola? —le preguntó Leonino a su hermana.

—Yo la ayudaré —gruñó Látigo Gris, saltando junto a ella.

Leonino se abalanzó sobre Robledo y le clavó los dientes en la cola. «¡Esto es por llamar inútil a Glayino!», pensó mientras mordía con todas sus fuerzas. Robledo aulló y soltó a Estrella de Fuego, que se levantó de un brinco y lo agarró por el pescuezo. Mientras lo sujetaba, golpeó con sus potentes patas traseras a la guerrera blanca y la dejó desmadejada entre los helechos. Luego, con todo su ímpetu, lanzó a Robledo contra un árbol. El gato marrón chocó con tal potencia que las ramas temblaron mientras él caía al suelo, aturdido.

Al ver que Estrella de Fuego estaba a salvo, Leonino se volvió hacia Carrasquera. Esperaba verla luchando junto a Látigo Gris, pero la encontró

sola entre los contendientes. Su compañero de clan la había dejado indefensa.

—¡Cuidado! —gritó el aprendiz, con el corazón encogido al ver que Chamuscado aparecía detrás de su hermana.

Látigo Gris estaba a dos colas de distancia, separando a un guerrero del Clan de la Sombra de Mili. La minina se puso en pie de un salto.

—¡Vete a ayudar a Carrasquera! —le gritó Mili a Látigo Gris—. ¡Yo puedo cuidar de mí misma!

Le propinó unos buenos zarpazos al guerrero del Clan de la Sombra y, con un golpe que salpicó de sangre el suelo forestal, lo obligó a marcharse maullando.

Chamuscado estaba encima de Carrasquera, clavándole las uñas en el costado, pero Látigo Gris lo derribó y le pateó el vientre con sus garrudas patas traseras. Leonino corrió al lado de su hermana mientras Chamuscado aullaba de dolor y huía hacia la frontera.

—¡Empujad a los demás rivales hacia las zarzas! —ordenó Látigo Gris.

—¿Qué? —exclamó Espinardo con incredulidad.

—Así será mucho más difícil pelear contra ellos —protestó Betulón.

—Pero ¡lo será más aún para el Clan de la Sombra! —le dijo Carrasquera a Leonino—. En los pinares no tienen zarzales.

Estrella de Fuego asintió muy serio.

—¡No están acostumbrados a luchar entre la maleza! ¡Haced lo que dice Látigo Gris!

—¡Escuchadme todos: desplegaos detrás de mí! —La orden de Zarzoso resonó en el aire.

Se dio la vuelta para quedarse de espaldas a la frontera del Clan de la Sombra. Los gatos del Clan del Trueno se separaron de sus enemigos el tiempo suficiente para reposicionarse alrededor de su lugarteniente. Los guerreros del Clan de la Sombra los miraron, sorprendidos. De pronto se encontraron atrapados en el lado de la frontera que no les convenía. Entonces Zarzoso se puso en marcha, flanqueado por sus guerreros, y todos empezaron a empujar al Clan de la Sombra hacia el territorio del Clan del Trueno, cada vez más, hacia donde las zarzas cubrían el suelo forestal.

Leonino vio a su hermano manoteando hacia Rapacero. El aprendiz del Clan de la Sombra estaba burlándose de él; se agachaba para esquivar los golpes a la vez que provocaba a Glayino con pinchazos y pullas. Leonino corrió hacia donde estaban.

—No eres más que un cobarde —le gruñó a Rapacero.

Este sacudió la cola.

—¡Voy a demostrarte que no es así! —Y le propinó un zarpazo en el hocico a Glayino.

Este ahogó un grito de dolor, pero no retrocedió, sino que agitó sus uñas desenvainadas con más ferocidad que nunca.

—Se está agachando —le susurró Leonino a su hermano.

De inmediato, Glayino apuntó hacia abajo y le arañó las orejas a Rapacero. Glayino soltó un gruñido de satisfacción.

—Ahora está intentando sorprenderte por detrás —le advirtió Leonino cuando Rapacero rodeó a Glayino y se preparó para saltar sobre él.

Leonino giró en redondo; todos sus instintos le gritaban que se encargara personalmente del rival de su hermano, pero sabía que Glayino jamás le perdonaría que ocupase su lugar en la batalla. Además, con gran agilidad, este ya había dado media vuelta para atacar a Rapacero con las patas delanteras. El aprendiz del Clan de la Sombra intentó esquivarlo, pero Glayino se sabía el truco, y en cuanto su oponente agachó la cabeza, saltó sobre él y lo hizo rodar. Agarrándolo del pellejo, le arañó el lomo con las zarpas traseras hasta que suplicó compasión.

—¡Suéltame! —chilló, y Glayino lo liberó.

Rapacero se puso en pie trastabillando y le bufó a su contrincante, listo para arremeter de nuevo, pero Leonino le lanzó una mirada amenazadora y, al verse frente a los dos hermanos, retrocedió gruñendo.

Los guerreros del Clan de la Sombra empezaban a dar traspiés en las zarzas, luchando tanto contra las espinas que se les clavaban en la piel como contra los gatos del Clan del Trueno que los obligaban a internarse cada vez más en los arbustos. Tormenta de Arena sacudía la cola con aire triunfal mientras una gata del Clan de la Sombra se encogía bajo sus zarpazos. A su lado, Candeal mordía a un aprendiz moteado que intentaba librarse de las punzantes ramas. Rivera y Borrascoso trabajaban juntos, arañando a Chamuscado sin clemencia mientras este buscaba cobijo en las zarzas para escapar de ellos. Bermeja contempló abatida cómo sus guerreros se debatían con impotencia entre la maleza.

—¡Retirada! —aulló.

Los guerreros del Clan de la Sombra salieron de entre las zarzas a trompicones, dejando atrás mechones de pelo mientras pasaban corriendo ante los miembros del Clan del Trueno para huir a su propio territorio. Leonino observó a sus maltrechos compañeros en busca de su hermana.

—¡Carrasquera!

—¡Estoy aquí! —La aprendiza salió de entre las zarzas, con la peluda cola llena de espinas.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Estrella de Fuego tambaleándose, con el hocico manchado de sangre.

—Tormenta de Arena se ha torcido una pata —informó Zarzoso.

La guerrera rojiza estaba lamiéndose una de las extremidades delanteras.

—No es nada grave —lo tranquilizó ella.

—¿Borrascoso? —Estrella de Fuego miró al guerrero gris—. Ese corte del hombro tiene mala pinta.

—Se curará —contestó el gato.

—Yo he perdido un buen mechón de pelo de la cola —bufó Zancudo—. Pero habrá valido la pena si a partir de ahora el Clan de la Sombra se lo piensa dos veces antes de intentar arrebatarnos terreno de nuevo.

—Debemos asegurarnos de que se han marchado todos —maulló Estrella de Fuego.

—Yo lo haré —se ofreció Rivera.

—¿Estás herida?

—Solo tengo una oreja desgarrada.

—Entonces llévate a Zancudo y mirad al otro lado de las zarzas —ordenó Estrella de Fuego—. Comprobad que ningún gato se haya internado en nuestro territorio.

Rivera y Zancudo se alejaron a toda prisa entre los árboles. Cenizo le tocó el omóplato a Leonino con la punta de la cola.

—Gracias al Clan Estelar que has traído ayuda tan rápidamente.

—Vosotros habéis aguantado muy bien hasta que hemos llegado —le agradeció Estrella de Fuego.

—¡Carrasquera ha peleado como una auténtica guerrera! —comentó Betulón.

—Y Glayino no ha cedido ni un palmo —añadió Centella.

—¡No podíamos permitir que el Clan de la Sombra nos echara de nuestro propio territorio! —gruñó Látigo Gris.

Zarzoso miró hacia el lugar por el que habían huido los gatos rivales.

—Vamos a tener que hacer algo con respecto al Clan de la Sombra antes de la próxima Asamblea —declaró.

—Empezaremos volviendo a marcar la frontera donde debería estar —ordenó Estrella de Fuego—. Zarzoso, tú quédate aquí con Cenizo y Betulón. Marcad dos veces cada árbol a lo largo del perímetro.

Zarzoso asintió.

—Yo me llevaré a los demás al campamento —añadió el líder.

—¿Puedo quedarme con Cenizo? —suplicó Leonino.

Este negó con la cabeza.

—Regresa al campamento para que te pongan algún ungüento en los arañazos. Quiero que vuelvas a entrenar lo antes posible.

De mala gana, Leonino siguió a sus compañeros. Tormenta de Arena cojeaba y Borrascoso no dejaba de lamerse la sangre que le brotaba de la herida del hombro. A Mili le faltaban algunos mechones de pelo en el costado, pero rebosaba de emoción por haber ganado una batalla e iba con las orejas tiesas y moviendo la cola. Leonino alcanzó a sus hermanos.

—¿Me habéis visto saltar sobre Robledo? —maulló muy orgulloso.

—¡Ojalá! —Carrasquera parecía aún más entusiasmada que él—. Estaba demasiado ocupada encargándome de ese guerrero atigrado. —Le centelleaban los ojos—. He usado un movimiento que me enseñó Carboncilla el otro día. ¡Ha sido genial ponerlo en práctica en una batalla de verdad!

—Y tú le has demostrado a Rapacero que no es rival para un aprendiz del Clan del Trueno —le dijo Leonino a Glayino, que caminaba junto a ellos en silencio y arrastrando la cola.

—Sí, claro —masculló.

—¡Carrasquera! —Hojarasca Acuática había salido al encuentro de los guerreros—. ¿Hay heridos graves?

Carrasquera parpadeó.

—B… Borrascoso tiene un corte… —tartamudeó.

—¿No los has examinado? —le preguntó su mentora, preocupada.

—Todos pueden andar —replicó la aprendiza.

—¿Y qué pasa con la atanasia? —continuó la curandera—. ¿Has encontrado alguna mata?

—Ah, sí.

Hojarasca Acuática la miró inquisitivamente.

—¿Dónde está?

—Íbamos a recoger un poco al volver de cazar, pero entonces ha llegado Betulón para avisarnos de que el Clan de la Sombra había desplazado la frontera y Zarzoso nos ha ordenado que… —respondió, cabizbaja.

—Vale —maulló Hojarasca Acuática—. Estoy muy orgullosa de que hayas luchado junto con tus compañeros de clan, pero mantén los ojos bien abiertos en el camino de vuelta al campamento, por si ves hierbas sanadoras. Habrá muchos mordiscos y arañazos que tratar cuando lleguemos a casa. Voy a examinar a los demás.

Carrasquera contempló la vegetación.

—¿Creéis que ese enebro servirá? —murmuró al pasar junto a un gran arbusto salpicado de bayas oscuras.

—La cola de caballo que crece al lado sería más útil —le aconsejó Glayino.

Carrasquera cerró los ojos.

—Cola de caballo… buena para las infecciones —recitó. Luego corrió hacia las finas y largas plantas y arrancó una de raíz.

Leonino notó que los cortes empezaban a escocerle. Le dolían los músculos y, al llegar al campamento, se derrumbó al lado de la piedra partida. Glayino trepó a la lisa roca y se tumbó con la cabeza colgando por el borde, mientras Carrasquera soltaba la cola de caballo que había arrastrado hasta allí y se dejaba caer junto a sus hermanos.

—Todavía no me creo que hayamos luchado como auténticos guerreros —suspiró la aprendiza.

Glayino se limitó a mirar hacia el suelo.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó Leonino—. Has peleado de maravilla.

—Solo con tu ayuda.

—Todos los guerreros necesitan ayuda… ¡En eso consiste pertenecer a un clan! —le recordó Carrasquera.

—Nosotros hemos tenido que pelear juntos para echar a uno de los miembros del Clan de la Sombra —añadió su hermano.

—Ni siquiera he podido con un aprendiz yo solo —maulló Glayino, moviendo la punta de la cola—. Me han llamado cachorro inútil. Quizá tengan razón. A lo mejor me estoy engañando al pensar que podría ser un guerrero de verdad.

—¡Carrasquera! —la llamó Hojarasca Acuática desde el claro, donde el resto de la patrulla estaba lamiéndose los cortes—. Yo no puedo examinar sola a todos los heridos.

La aprendiza se levantó de un salto.

—Ya voy, Hojarasca Acuática. ¡Lo siento!

Arrancó una hoja de cola de caballo y corrió hacia donde estaban Mili y Látigo Gris. Leonino quería animar a su hermano, pero esa era una batalla que Glayino tendría que librar solo. Por mucho que se lo suplicara al Clan Estelar, no podía hacer nada para ayudarlo a ver.

Por lo menos Carrasquera había disfrutado del combate contra el Clan de la Sombra. Dejando descansar a sus agotadas patas, Leonino la observó

mientras mascaba la cola de caballo para aplicar después el jugo a los cortes de Mili. Cada vez que esta se estremecía, su hermana se apartaba de un salto y con una mueca. Leonino notó una pequeña inquietud en el estómago, revoloteando como un pájaro encerrado. Ahora Carrasquera parecía incómoda, y sus errantes movimientos nada tenían que ver con la fluida gracia con la que peleaba. Había corrido hacia la batalla con los ojos brillantes ante el desafío, pero ahora se movía con torpeza entre sus compañeros heridos, con la mirada ensombrecida por las dudas. Un extraño pensamiento incordió a Leonino como una espina en su lecho. «¿Carrasquera quiere ser curandera de verdad?».

16

—Esquiruela, llévate a Nimbo Blanco, Carboncilla, Espinardo y Rosellera, y traed toda la carne fresca que podáis —ordenó Estrella de Fuego, mientras Glayino lo escuchaba desde la roca partida—. Nuestros guerreros estarán hambrientos esta noche.

Glayino balanceó sus cansadas patas por el borde, sintiendo cómo el frío de la piedra aliviaba el dolor de su cuerpo. La batalla lo había dejado magullado y arañado, pero podía cuidar de sus propias heridas.

Hojarasca Acuática dejó un rastro de caléndula al ir a tratar los zarpazos del hombro de Borrascoso. Carrasquera estaba atendiendo a Mili, aunque Glayino se sintió confundido al detectar más repulsión que inquietud en los movimientos de su hermana mientras aplicaba el acre jugo de la cola de caballo. Había algo que la desazonaba, pero él estaba demasiado ocupado con sus propios pensamientos como para ponerse a indagar en los de ella.

No dejaba de preguntarse si habría vencido a Rapacero sin la ayuda de Leonino. Se respondía que sí una y otra vez. Habría podido localizar al aprendiz del Clan de la Sombra por el olor y el sonido. Pero la duda persistía y le encogía el estómago. El combate se había desarrollado con tanta rapidez que él había sido incapaz de seguir el ritmo. El sonido de la respiración de Rapacero no le había advertido del feroz zarpazo que iba a recibir en la oreja. El sonido sordo de las pisadas de su rival sobre las hojas había quedado ahogado por los gritos de los guerreros, y al dar media vuelta, había descubierto que su contrincante lo había rodeado para arañarlo por la espalda.

Nunca sería guerrero. Eso era lo único que deseaba, por encima de todo, pero tenía que aceptar que no podía pelear solo. La furia rugió en su interior, como un tejón acorralado en su madriguera.

«No conozco a ningún gato con visiones tan potentes. —En su mente resonaron las palabras de Hojarasca Acuática—. Creo que estás destinado a

ser curandero». Durante toda su vida había imaginado que se convertiría en guerrero. ¿Por qué iba a sentir eso si el Clan Estelar había planeado otro destino para él?

—¡Zarzoso! —exclamó Estrella de Fuego al ver llegar a su lugarteniente.

Glayino había estado tan absorto en sus propios pensamientos que no se había dado cuenta de que su padre había regresado.

—Hemos vuelto a marcar los árboles para cubrir el hedor del Clan de la Sombra —informó Zarzoso.

Algo lo preocupaba; Glayino percibió vacilación en su voz.

—Robledo ha declarado que el Clan de la Sombra tenía derecho a quedarse con nuestro territorio porque contamos con demasiados gatos que… —Zarzoso hizo una pausa, incómodo—. Que no han nacido en un clan.

—De modo que siguen pensando que un gato debe nacer en un clan para convertirse en guerrero —gruñó Estrella de Fuego.

—Le he dicho que todos los miembros del Clan del Trueno son guerreros.

—Bien. —Estrella de Fuego levantó la voz para que todos los gatos del claro pudieran oírlo—. ¡En el Clan del Trueno no hay ni un solo gato que no merezca estar aquí!

—Pero hay algo de verdad en lo que dice el Clan de la Sombra —maulló Manto Polvoroso con ansiedad. Sus palabras quebraron el aire como una piedra al golpear el hielo—. El Clan del Trueno ha aceptado más gatos que ningún otro clan. Eso hace que seamos blanco de críticas.

Borrascoso se levantó.

—¿Acaso nos importa lo que piensen los otros clanes? —gruñó—. Yo crecí en el Clan del Río, pero ¿alguien duda de mi lealtad al Clan del Trueno?

—Tu padre es un guerrero del Clan del Trueno —señaló Manto Polvoroso — y llevas nuestra sangre.

—¿Y qué pasa con los que no? —protestó Zarpa Pinta, erizando su pelo blanco y gris—. Yo nací en el cercado de los caballos con Bayino y Ratolino. ¿Es que alguien piensa que no tenemos derecho a entrenar hasta convertirnos en guerreros?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Látigo Gris—. ¡La pertenencia no tiene nada que ver con la sangre! Yo soy del Clan del Trueno por los cuatro costados y, sin embargo, ahora soy más forastero aquí que nadie. Mili era una minina doméstica hace apenas unas lunas, pero hoy ha luchado con tanto ahínco como Estrella de Fuego para expulsar al Clan de la Sombra… Igual que Rivera. —Miró con ojos centelleantes a la gata montañesa, que le dedicó un guiño de agradecimiento.

Acedera coincidió con él:

—¡La lealtad se demuestra con las acciones, no mediante la procedencia!

Glayino alzó la cabeza de golpe. Notó las dudas que brotaban de su hermana, con el intenso olor de la cola de caballo todavía en las zarpas.

—Pero el código guerrero dice que deberíamos echar a los forasteros de nuestro territorio —maulló la aprendiza de curandera con vacilación.

—Hemos aceptado a cualquier gato que nos ha pedido ayuda —contestó Estrella de Fuego—. ¿Nos condena el código guerrero por mostrar compasión?

—N… no —murmuró Carrasquera.

—¡Y todos los gatos a los que hemos aceptado nos han ayudado a fortalecer al Clan del Trueno! —continuó el líder, y hubo maullidos de aprobación—. Pero Zarzoso ha hecho lo correcto al contarme lo que piensa el Clan de la Sombra.

—¿Cuándo hemos permitido que otros clanes nos digan lo que tenemos que hacer? —preguntó Látigo Gris.

—Jamás. En la próxima Asamblea, dejaré bien claro que los asuntos del Clan del Trueno no le atañen a nadie —prometió Estrella de Fuego—. Defenderemos nuestras fronteras como hemos hecho siempre y no permitiremos que ningún clan se entrometa en nuestras decisiones.

Un murmullo de aprobación recorrió el claro, pero Glayino siguió notando tensión. Por los susurros furtivos y desazonados, supo que él no era el único que se preguntaba cómo la mezcla de sangres del Clan del Trueno podía cambiar la forma en la que los veían los demás, e incluso el propio Clan Estelar.

El resto de los aprendices estaba durmiendo; el aire suspiraba al compás de sus suaves respiraciones. Pero Glayino estaba bien despierto. Las palabras de Hojarasca Acuática seguían acosándolo. No dejaba de intentar convencerse de que podía aprender a ser guerrero, de que podía mejorar sus habilidades para el combate. Pero, cada vez que pensaba en eso, sus esperanzas menguaban.

Iría a la Laguna Lunar. Quizá allí encontrara una respuesta. Con sigilo, salió de la guarida. El viento gélido agitaba las ramas desnudas de los árboles; tendría que moverse sin hacer ruido, porque cualquier sonido viajaría lejos.

Fronde Dorado estaba vigilando la entrada del campamento. Glayino captó su olor. Si el guerrero lo obligaba a volver, hallaría otro modo de escabullirse.

—Es muy tarde —observó Fronde Dorado.

—No puedo dormir.

—A veces pasa eso después de una batalla.

—Voy al bosque. —Glayino esperaba que Fronde Dorado se sorprendiera, pero ni se inmutó.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció el guerrero—. A Rivera no le importará empezar antes su guardia.

—No, gracias.

—Necesitas estar un rato a solas —concedió Fronde Dorado, y Glayino asintió—. Por lo menos la noche está tranquila. Pero aguzaré bien el oído, por si acaso.

—Gracias, Fronde Dorado. —Glayino se sintió aliviado por que al menos uno de sus compañeros de clan no lo tratara como si fuera un cachorrito recién nacido—. Volveré lo antes posible —añadió conforme se alejaba de la entrada.

A medida que ascendía la ladera, cubierta por hojas resbaladizas a causa de la escarcha, Glayino empezó a sentirse menos agobiado por pensamientos angustiosos. El ruidoso zumbido del clan, que le invadía los sentidos como mosquitos picándole las orejas, había desaparecido. Tomó la ruta que había recorrido tras Hojarasca Acuática hacia el territorio del Clan del Viento; el recuerdo del trayecto parecía grabado a fuego en sus patas, que siguieron la senda que rozaba la frontera del Clan del Viento y llevaba hacia las montañas.

Su oído era lo bastante fino para captar el sonido del arroyo antes de que sus patas notaran que el suelo se transformaba en roca. Movió la nariz para olfatear posibles peligros, pero no detectó nada más que el aire limpio y fresco que bajaba de las cumbres. Siguió el riachuelo hacia arriba, hasta las rocas que llevaban a los arbustos que protegían la Laguna Lunar. Las voces susurrantes, los gatos invisibles de pasos ligeros volvieron a rodearlo. Su presencia era extrañamente reconfortante, como si hubiesen ido a darle la bienvenida.

Glayino se detuvo en lo alto del camino en espiral; aunque sus ojos no veían nada, pudo imaginarse con claridad los muros de la hondonada y, abajo, la laguna en la que se mecía la luna. Los murmullos subieron de intensidad, hasta convertirse en un ronroneo vibrante que resonaba alrededor de las rocas. Mientras bajaba hacia la orilla, el joven movió las orejas, tratando de distinguir palabras en el suspiro susurrante.

—Bienvenido, Glayino.

—Ven, Glayino.

Lo envolvieron los olores de gatos a los que no recordaba pero que, aun así, le resultaban familiares.

—Sueña con nosotros, Glayino.

Un pelaje rozó el suyo, y luego otro, mientras sus antepasados lo guiaban sendero abajo. Recordó vagamente un largo viaje nevado, en el que la voz de su madre lo reconfortaba y dos suaves cuerpecillos lo empujaban a seguir adelante.

Glayino se detuvo al borde del agua y se tumbó sobre la orilla de piedra lisa. Cerró los ojos y tocó el agua con el hocico.

Al volver a abrirlos, se encontró en un exuberante bosque. Sobre su cabeza, los árboles se elevaban hacia el cielo azul. Los helechos desplegaban sus hojas arqueadas por encima de su lomo. Un aire cálido, cargado con los frescos aromas de la floresta, le lamió el pelo. Todo latía con una vida húmeda y verde.

—¿Estrella Azul? —llamó—. ¿Corazón de León? ¿Carbonilla?

Quizá pudiera contactar con la mentora de Hojarasca Acuática, algo en lo que la curandera había fracasado.

Pero no hubo respuesta.

Frustrado, Glayino se levantó y deambuló entre los árboles. ¿Por qué lo habían recibido todas esas voces en la Laguna Lunar y ahora no acudían a saludarlo? Sintió una punzada de resentimiento. ¿Por qué el Clan Estelar tenía que ponérselo tan difícil? Él solo quería saber si estaba predestinado a ser curandero.

Por lo menos allí se sentía a salvo y reconfortado.

Y veía. Comenzó a correr y descubrió que sus patas lo llevaban entre los árboles tan velozmente como si estuviera volando. Corrió bajo los helechos, escuchando el susurro de las hojas y captando los olores forestales que procedían de los mismísimos confines de su consciencia.

De repente, percibió un vacío delante de él. Ningún olor. Ningún sonido.

Notó un hormigueo de inquietud y redujo el paso.

A través de los árboles vio un muro de niebla que le bloqueaba el paso. Siguió adelante y, cuando la bruma empezó a arremolinarse alrededor de sus patas, se dio cuenta de que la vegetación era cada vez más escasa. Los árboles que lo rodeaban se tornaron rígidos e inertes, y sus ramas estaban demasiado altas para que las alcanzara un gato.

—¿Glayino?

Se le puso el pelo de punta al observar el tenebroso bosque que tenía ante él. Poco a poco, distinguió una figura que le resultó familiar. Los poderosos

omóplatos y el ancho hocico le recordaron a su padre.

—¡Glayino! —exclamó la voz de nuevo.

Una segunda figura surgió de las sombras y se plantó junto a la primera. Silueteadas contra la niebla, las dos compartían los mismos rasgos.

—¿Sí? —maulló Glayino, y su voz sonó muy débil entre los árboles.

Los dos gatos se le acercaron; su pelaje era tan oscuro como las sombras que se extendían más allá de los árboles.

—Bienvenido. No tengas miedo. Somos parientes tuyos —le dijo el más grande—. Yo soy Estrella de Tigre, el padre de tu padre, y él es su hermano, Alcotán.

Glayino los miró sin dar crédito. En la maternidad, había oído historias sobre Estrella de Tigre y los actos espantosos que había llevado a cabo. ¿Qué estaban haciendo allí y por qué habían acudido a él?

—Me alegro de conocerte al fin —maulló su abuelo con ojos destellantes.

—Zarzoso tiene suerte de contar con tres hijos sanos —añadió Alcotán.

—Te hemos visto en la batalla —ronroneó Estrella de Tigre—. Me alegra saber que has heredado las habilidades de tu padre para el combate.

Alcotán lo miró de reojo.

—Y las tuyas, Estrella de Tigre —maulló.

Glayino entornó los ojos. ¿Por qué lo adulaban aun cuando debían de saber que no podía luchar tan bien como deseaba? Como si le hubiera leído la mente, Estrella de Tigre continuó:

—Nosotros podemos enseñarte a mejorar tu técnica, si quieres —se ofreció con una voz tan dulce como la miel.

Glayino le sostuvo la mirada al enorme atigrado, buscando lo que se ocultaba detrás de sus palabras. Para su sorpresa, encontró una tenebrosa oscuridad donde solía captar emociones y pensamientos. Cambió de postura, incómodo.

—N… no estoy seguro de querer convertirme en guerrero —confesó.

—¿Cómo puede decir una cosa así alguien que lleva mi sangre? —resopló Estrella de Tigre—. Detesto ver cómo Ala de Mariposa malgasta su talento como curandera. —Movió los bigotes—. Pero por lo menos Carrasquera ya ha empezado a darse cuenta de que su destino no está en desvivirse por los débiles y enfermos.

—¿Carrasquera? —repitió Glayino. ¿Qué sabía Estrella de Tigre del destino de su hermana?

—¿Por qué no nos dejas enseñarte algunos movimientos de lucha? —insistió Alcotán—. En cuanto veas lo fáciles que te resultan, comprenderás

que has nacido para guiar a tus compañeros de clan a la batalla, no para pasarte la vida en el campamento entre hierbas y emplastos.

Glayino sacudió la cola. Centella no le había enseñado a luchar. Era obvio que consideraba una pérdida de tiempo entrenar a un gato ciego. Si le hubiera mostrado algunos movimientos, a lo mejor él habría peleado mejor en el enfrentamiento con el Clan de la Sombra. Tal vez aquellos dos gatos pudieran ayudarlo de verdad. Miró por encima del lomo al oír un susurro en los helechos que había a su espalda.

—¿Quién anda ahí? —exclamó Estrella de Tigre.

—He venido a devolver a Glayino al lugar al que pertenece.

El joven reconoció la voz al instante, y cuando la gata apareció entre la niebla, reconoció también su bonito pelaje moteado.

—Jaspeada —maulló con alivio.

Esta asintió, pero no despegó los ojos de Estrella de Tigre y Alcotán.

—¿Conoces a esta gata? —le preguntó a Glayino su abuelo.

—Ella me ayudó cuando caí por el despeñadero —explicó el aprendiz.

—No deberías haber venido tan lejos, Glayino —le advirtió Jaspeada.

—Y tú tampoco. —Estrella de Tigre la fulminó con la mirada—. ¿Cómo has traspasado la frontera?

—He venido con el permiso del Clan Estelar —contestó ella, sosteniéndole la mirada desafiante.

—¿También le han dado permiso a Glayino? —quiso saber el enorme atigrado, ladeando la cabeza.

Jaspeada no respondió. En su lugar, miró al aprendiz.

—Vuelve conmigo —le ordenó.

—¿Y qué pasa con Estrella de Tigre y Alcotán? ¿Pueden acompañarnos?

—Ellos han elegido su propio camino —respondió la gata. Dicho eso, se dio media vuelta y esperó a que Glayino la siguiera.

Pero el joven vaciló. Estrella de Tigre y Alcotán le habían ofrecido lo que él más deseaba.

—¡Glayino! —lo llamó Jaspeada con apremio.

El joven tenía que escoger entre la gata a la que conocía, en la que confiaba por instinto, y los dos gatos a los que no conocía y en los que no confiaba. Se dio la vuelta y fue tras Jaspeada.

Mientras ella lo guiaba a través de la niebla, el aprendiz se volvió para mirar atrás. Los ojos de Estrella de Tigre llameaban como el fuego incluso después de que su cuerpo hubiese desaparecido, engullido por la oscuridad.

Jaspeada echó a correr, y Glayino tras ella. Sus patas lo condujeron sin esfuerzo a través del sombrío bosque, hasta que los árboles se llenaron de hojas, con ramas que se inclinaban de nuevo hasta rozar la maleza. La punta de los helechos acarició el lomo del joven, al que envolvió una sensación de libertad y seguridad.

Jaspeada se detuvo.

—No debes regresar a ese sitio —le dijo a Glayino.

—¿Por qué?

—Dime por qué has venido a ver al Clan Estelar —le exigió la curandera.

El aprendiz sintió una punzada de resentimiento. Si Jaspeada no iba a responder a sus preguntas, él tampoco a las suyas.

—He venido porque puedo —contestó malhumorado.

La gata entrecerró los ojos.

—Has venido a averiguar cuál es tu auténtico destino, ¿verdad?

Glayino parpadeó.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Cómo has llegado a la Laguna Lunar si eres ciego? —replicó ella.

—¿Vas a contestar a todas mis preguntas con más preguntas?

Jaspeada suspiró.

—Lo siento, pero no puedo contarte más de lo que estás preparado para saber.

—¡Estoy preparado para saberlo todo! —protestó—. ¿Por qué es tan difícil obtener respuestas del Clan Estelar?

—Porque temen por ti —contestó la gata, y sus ojos se ensombrecieron.

Glayino soltó un resoplido. ¡Incluso el Clan Estelar lo trataba como a un cachorrito indefenso!

—Estrella de Tigre y Alcotán no parecen preocupados por mí —espetó—. ¡Ellos creen que estoy destinado a ser guerrero!

—¿Confías en ellos?

Glayino recordó la impenetrable bruma que ocultaba los verdaderos sentimientos de los dos guerreros.

—Supongo que no —maulló vacilante.

—¿Y en mí?

—Sí —murmuró.

Podía percibir algo más dentro de Jaspeada, un afecto teñido de pesar. Se concentró más y rastreó el sentimiento, siguiéndolo como un arroyo resplandeciente: un gato de un intenso color rojizo, unos ojos verdes empañados de tristeza… ¡Era Estrella de Fuego! ¡Aquella gata del Clan

Estelar estaba enamorada del líder del Clan del Trueno! ¿Cómo podía ser eso? Jaspeada había abandonado el bosque muchísimo tiempo atrás, y Estrella de Fuego tenía otra pareja. Glayino continuó indagando. Había algo más, lo sabía, algún detalle oculto por las sombras, algo que él no podía nombrar…

—Tienes un don extraordinario —maulló la curandera con expresión recelosa, como si hubiera notado que Glayino estaba hurgando en su mente—. Puedes ver lo que ningún otro gato ve. Puedes ir a donde ni siquiera el Clan Estelar puede ir. Debes usar ese poder en beneficio de tu clan.

—Pero ¿cómo? —preguntó el aprendiz.

—Debes convertirte en curandero.

«¡No!», pensó él. No quería oír eso. Prefería creer a Estrella de Tigre y Alcotán.

—¡Yo quiero ser guerrero!

—Pero ¡tienes un don!

—¿Ver en sueños? Eso no es un don. ¡El resto del clan lo hace todo el tiempo!

—Pero ellos no ven lo mismo que tú. No pueden ir a donde tú vas.

—Yo puedo visitar al Clan Estelar. ¡Pues vaya! ¡Menuda cosa!

—¡Es algo muy grande! —replicó Jaspeada.

—Pero ¿qué consigo con eso? —protestó Glayino—. El resto del clan cree que soy un inútil.

—Desconocen el poder que tienes.

—¿Poder?

Jaspeada estaba temblando.

—Glayino, tú tienes poder de sobra para modelar el destino de tu clan.

El joven se quedó mirándola.

—Pero ¡yo quiero ser guerrero!

—¡Acepta tu destino!

—¡No es justo!

—Ya lo sé. —De pronto, la voz de la curandera se dulcificó. Le rozó el hocico con la cola para que no hablara. Glayino notó que el cansancio se extendía por sus patas, arrastrándolo hacia el sueño—. Tu don no es una carga —susurró la gata—, pero debes ser valiente, porque tiene más potencia que la más afilada de las garras…

El aprendiz trató de luchar contra el sueño. Aún le quedaban preguntas.

—No —se quejó débilmente mientras se le doblaban las patas.

Glayino abrió los ojos. El mundo volvía a ser negro y le dolía el cuerpo de frío. Estaba tumbado al lado de la Laguna Lunar. Se levantó despacio y se

estiró. La imagen de los terrenos de caza del Clan Estelar no había perdido ni un ápice de nitidez en su mente al salir de la hondonada.

«Más potencia que la más afilada de las garras…».

Al llegar a lo alto, miró por encima del lomo. La hondonada seguía llena de luz estelar; lo sabía con tanta seguridad como si pudiera ver. La Laguna Lunar resplandecía, y todas las rocas y las piedras relucían como el cristal. Los susurros que lo habían acompañado al bajar a la orilla surgieron de nuevo, hasta que las voces lo rodearon como un viento implacable.

«Acepta tu destino». Su corazón coreaba con las voces. Era uno de ellos.

Y, en ese instante, Glayino comprendió que la respuesta que había ido a buscar había estado en su interior todo el tiempo.

17

Carrasquera se despertó mucho antes del alba. Los muros de la guarida de la curandera relucían por la escarcha. Se había pasado la mayor parte de la noche dando vueltas en su lecho, y sabía que no sería capaz de volver a dormirse. Solo podía pensar en lo emocionante que había sido la batalla contra el Clan de la Sombra y en lo imposibles que le habían parecido sus tareas de aprendiza después, cuando tuvo que enfrentarse a tantos guerreros heridos. ¿Por qué curar parecía provocar más sufrimiento aún, al menos en un primer momento?

Se desperezó y se levantó. Le dolía el cuerpo, pero los moretones y los arañazos habían merecido la pena porque había visto a los guerreros del Clan de la Sombra huir a su territorio como ratas aterrorizadas. Miró a Hojarasca Acuática, que seguía durmiendo. El aliento de la curandera formaba nubecillas en el aire gélido. Con cuidado de no molestarla, Carrasquera salió de la guarida. Las zarzas de la entrada se habían quedado rígidas por el hielo y crujieron cuando las empujó.

El claro estaba desierto. Incluso el bosque estaba en silencio, como si el frío hubiera congelado todas las hojas. Tras las ramas blanqueadas por la escarcha de lo alto de la hondonada, el cielo brillaba con el color rosado del alba. Carrasquera miró esperanzada al montón de la carne fresca. Estaba vacío. El descenso repentino de la temperatura había empujado a la mayoría de las presas al fondo de sus madrigueras, y los gatos tendrían que esperar a que el hambre las empujara a salir de nuevo.

A lo mejor podía encontrar algo fuera del campamento. Fronda y sus cachorros necesitarían comida cuando saliera el sol. Cruzó el claro y se internó en el túnel de espinos.

Rivera se paseaba delante de la entrada, y su espeso pelaje centelleaba por la escarcha. Volvió la cabeza al oír los pasos de la aprendiza.

—Te has levantado pronto.

—No podía dormir —dijo Carrasquera, bostezando—. ¿Ya ha salido la patrulla del alba?

—Todavía no.

—Se me ha ocurrido que podría ir a buscar alguna presa para Fronda —explicó.

Rivera la miró con curiosidad.

—Eres muy considerada, pero ¿Hojarasca Acuática no te necesitará esta mañana?

Carrasquera suspiró.

—Vaya suspiro para alguien tan joven —maulló Rivera con preocupación en sus ojos grises.

—Probablemente a Hojarasca Acuática le irá mejor sin mí —masculló la aprendiza.

—Estoy segura de que no. Ayer no habría podido atender a todos los heridos sin tu ayuda.

—Casi tuvo que hacerlo sola —confesó Carrasquera—. Yo estaba tan entusiasmada después de la batalla que se me olvidó por completo que soy aprendiza de curandera.

Y cuando intenté hacer mi trabajo, fue peor. Tuve que obligar a mis compañeros a tragar hojas repugnantes. Y parecía que los emplastos solo servían para que las heridas les escocieran más. No tuve la sensación de estar ayudando en absoluto. —Se sentó con aspecto desdichado—. Pensaba que podría servir mejor a mi clan como curandera. Por eso quise convertirme en la aprendiza de Hojarasca Acuática, porque ella es muy importante.

—¿Tú quieres ser importante? —le preguntó Rivera.

Carrasquera se paró a pensarlo un momento. El asunto era más complicado.

—Todo el mundo respeta a Hojarasca Acuática y escucha lo que dice.

—Pero ¿que te respeten y te escuchen es lo mismo que servir a tu clan?

Carrasquera miró a la gata montañesa, que la observaba con expresión comprensiva.

—Supongo que no —maulló al cabo—. Creía que sería la mejor manera de ayudar.

—¿Y ya no piensas lo mismo?

—No creo que pueda servir al clan como curandera —respondió en voz baja—. No recuerdo los nombres de las hierbas. Me ilusiona más luchar contra el Clan de la Sombra que contra la enfermedad. Y preferiría salir en

busca de ratones en lugar de a por borraja y atanasia. —La invadió la frustración—. ¡Todo ha salido mal! Ahora no me respetará nadie.

Rivera le pasó la punta de la cola por el lomo.

—Los gatos se ganan el respeto de sus compañeros siendo leales y valientes, no ocupando puestos importantes —maulló—. ¿Látigo Gris te pareció menos importante que Zarzoso ayer, cuando peleaste a su lado? ¿O Leonino menos importante que Hojarasca Acuática cuando te ayudó a expulsar a ese gato del Clan de la Sombra?

Carrasquera negó con la cabeza.

—Para alguien tan joven es muy difícil tomar decisiones como esa —continuó Rivera—. Cuando yo estaba en la Tribu de las Aguas Rápidas, no había elección. Todas las tareas se dividían en cazar o vigilar. Los apresadores como yo eran delgados y ágiles; los guardacuevas, corpulentos y fuertes. Al nacer, se clasificaba a los gatos según la tarea que realizarían mejor.

Carrasquera estaba muy sorprendida.

—¿No teníais elección?

—Para un guardacueva era imposible ser apresador, y viceversa, pero en general era una buena forma de asegurarse de que cada gato hacía el mejor uso de las cualidades con las que había nacido.

—Yo no nací con cabeza para las hierbas —suspiró la aprendiza.

—Piensa en tus virtudes, no en tus defectos —le aconsejó Rivera—. Como miembro de un clan, tienes la libertad de modelar tu propio destino, al contrario que los gatos de tribu. Utiliza esa libertad con inteligencia.

Carrasquera recordó su entrenamiento de combate con Carboncilla. Todos los movimientos le habían salido de forma natural. Incluso había impresionado a Nimbo Blanco. Y en la batalla, su instinto le había indicado lo que debía hacer para derribar al guerrero del Clan de la Sombra.

—Sé luchar —maulló, flexionando las garras.

—Tienes cualidades para la batalla —coincidió Rivera—. ¿Qué mejor manera de servir a tu clan que convertirte en la mejor guerrera que puedas ser?

Carrasquera sintió el corazón más ligero que en muchos días.

—Pero no olvides que tendrás que decírselo a Hojarasca Acuática —añadió la gata.

Entonces se desanimó un poco.

—Por supuesto. —Se miró las patas—. Considerará que la he defraudado.

—Hojarasca Acuática es lo bastante inteligente como para ver tus dones. Solo pensará que eres muy valiente por hablar ahora en vez de seguir adelante únicamente por orgullo o tozudez.

—¿De verdad lo crees?

—Estarás haciendo lo mejor para tu clan. Hojarasca Acuática será consciente de ello.

El sonido de pasos al otro lado de la barrera de espinos las advirtió de que la patrulla del alba estaba preparándose para partir. Carrasquera miró agradecida a Rivera.

—Gracias —susurró.

La guerrera inclinó la cabeza y se giró de nuevo hacia el bosque. Carrasquera cruzó el túnel de espinos a tiempo de evitar ser arrollada por Látigo Gris, Tormenta de Arena y Melosa, que salían corriendo. Sabía lo que tenía que hacer.

Se convertiría en una aprendiza más, como sus hermanos, y trabajaría duro para servir a su clan como guerrera. Pero primero tenía que hablar con Hojarasca Acuática.

Con los omóplatos tensos, entró en la guarida de la curandera. Su mentora estaba extendiendo miel en una hoja.

—Esperemos que este tiempo tan frío no dure mucho —masculló—. A Rabo Largo y a Raposillo les duele la garganta.

De repente, Carrasquera sintió como si tuviera una espina clavada en el pecho. Iba a abandonar algo en lo que había puesto el corazón porque no era lo bastante buena. La invadió la tristeza. ¿Debía darse por vencida tan fácilmente?

—¿Qué te pasa, Carrasquera? —Hojarasca Acuática levantó la vista—. ¡Parece como si hubieras perdido todas nuestras provisiones de semillas de adormidera! —Luego se puso seria—. No será eso, ¿verdad?

La joven negó con la cabeza.

—No, pero tengo que decirte algo muy importante. —Se obligó a mirar a los ojos a su mentora—. Ya no puedo seguir siendo tu aprendiza —maulló.

Hojarasca Acuática parpadeó.

—¿Por qué?

—Tengo que elegir mi destino basándome en mis capacidades —respondió—. No se me da bien ser curandera. Ya debes de haberte dado cuenta.

—Eres lista y trabajadora. Puedes aprender.

—Pero no me siento cómoda —intentó explicarse, ladeando la cabeza—. No sé si me entiendes…

—¿Te sientes como un pez nadando contra la corriente? —sugirió la gata.

—Exacto —asintió Carrasquera, afligida—. Si cambio de dirección y sigo la corriente, nadaré mucho más deprisa.

—Así que, en vez de esto, quieres entrenar para ser guerrera.

—Creo que será mejor para el clan.

Los ojos de Hojarasca Acuática se empañaron de pesar.

—Siento haberte decepcionado.

—¡No! —Carrasquera notó una punzada de culpabilidad—. Has sido paciente y amable, solo que esto no es para mí.

—Habrías sido una buena curandera. —Hojarasca Acuática agitó la cola —. Pero ya veo que quieres ser la mejor en lo que te propongas.

—Tengo que serlo, por el bien del clan.

Hojarasca Acuática dio unos pasos y rozó la mejilla de la joven con el hocico.

—Serás una guerrera maravillosa, Carrasquera —ronroneó—. Tienes espíritu luchador… Te he visto ser noble, leal y valiente, y ahora veo cómo sacrificas tu ambición por el bien del clan. —Le brillaron los ojos—. No podría estar más orgullosa de ti.

Sus palabras aliviaron el dolor que, como las púas de un erizo, se le clavaba a Carrasquera en el corazón.

—Tengo que ir a contárselo a Estrella de Fuego, para que me busque un nuevo mentor.

—No hay prisa —replicó la curandera—. Quizá quieras pensártelo un poco más.

—Le he dado muchísimas vueltas. Quiero solucionarlo lo antes posible.

—Entonces iré contigo —se ofreció Hojarasca Acuática.

—Gracias.

Sentía un hormigueo en las zarpas ante la idea de enfrentarse a Estrella de Fuego. ¿Y si el líder opinaba que estaba siendo inconstante?

Juntas cruzaron el claro cubierto de escarcha. Hojarasca Acuática dejó que Carrasquera liderara el ascenso por las rocas y la siguió. La joven anunció su llegada en la entrada de la guarida con un maullido nervioso.

—Adelante —respondió Estrella de Fuego.

La aprendiza se internó en la cueva. La luz del alba se filtraba a su espalda, iluminando la penumbra. Tormenta de Arena estaba lamiendo las

orejas del líder y levantó la vista al ver a Carrasquera y a Hojarasca Acuática. Estrella de Fuego se incorporó.

—¿Cómo está la garganta de Rabo Largo? —preguntó.

—No tiene tos blanca —informó la curandera—. Musaraña insiste en que solo la tiene irritada porque ronca.

El líder se volvió hacia Carrasquera.

—¿Qué ocurre? —Sus ojos verdes reflejaron inquietud—. Pareces preocupada.

La joven cambió el peso de una pata a la otra. ¿Y si estaba quebrantando el código guerrero de alguna manera? Hojarasca Acuática se lo habría dicho, ¿no? Tomó aire. Tenía que seguir su instinto. El clan necesitaba una curandera en la que pudiese confiar, y Carrasquera sabía que no era ella.

—Quiero convertirme en aprendiza de guerrera —espetó—. Creo que no estoy hecha para ser curandera.

—Y piensas que serías mejor guerrera —supuso Estrella de Fuego, entornando los ojos.

—¡Sé que sí!

El líder miró a Hojarasca Acuática.

—¿Crees que Carrasquera tiene razón?

—Creo que eso es lo que realmente desea. —Y acarició el costado de la joven con la cola—. Ha trabajado duro para realizar sus tareas, y me ha encantado ser su mentora, pero ella siente que sus habilidades son de otra clase. Y si eso es lo que cree, entonces le irá mejor como guerrera.

—Recordaré todo lo que me ha enseñado Hojarasca Acuática —prometió Carrasquera—. Quizá resulte útil algún día.

Estrella de Fuego asintió.

—Muy bien. Ya que Hojarasca Acuática está de acuerdo, puedes ser aprendiza de guerrera. Te buscaré un mentor en cuanto pueda.

Carrasquera lo miró, preguntándose si iba a decirle algo más, pero él estaba observándola sin hablar. Debía de estar pensando en un mentor apropiado. La joven dio media vuelta y pasó junto a Hojarasca Acuática para dirigirse a la salida.

—Hace falta mucho valor para hacer esto —maulló el líder a su espalda —. Estoy muy orgulloso de ti.

Ella se volvió a mirarlo.

—Gracias —maulló.

Bajó al claro, con las patas ligeras por el alivio. De repente recordó que por la mañana quería salir a cazar.

A lo mejor Leonino la acompañaba. Miró hacia la guarida de los aprendices, preguntándose si ya estaría despierto, pero entonces vio que Glayino aparecía por el túnel de espinos. Rivera iba detrás de él, y parecía aliviada. Por la manera en que caminaba su hermano, trastabillando, Carrasquera supuso que había pasado la noche fuera. Corrió a su lado cuando Rivera se dirigió a la guarida de los guerreros para disfrutar de un descanso bien merecido.

—¡Pareces agotado! —exclamó Carrasquera—. ¿Dónde has estado?

Glayino tenía los ojos legañosos y el pelo revuelto.

—Te lo explicaré más tarde —contestó—. Tengo que ver a Estrella de Fuego.

—Deberías dormir un poco primero —le aconsejó su hermana—. Además, Estrella de Fuego está reunido con Hojarasca Acuática.

—También tengo que verla a ella.

¿A qué se refería su hermano? ¿Había ocurrido algo? Alarmada, a Carrasquera le tembló la cola. Glayino dio un traspié al intentar trepar por las rocas caídas hasta la cueva del líder.

—Déjame ayudarte —se ofreció su hermana—. Estás demasiado cansado para subir solo.

Por una vez, el aprendiz no protestó. Carrasquera sintió que su inquietud aumentaba, pero se mordió la lengua. En vez de preguntar, le puso la cola sobre el lomo y lo guio rocas arriba. En la cornisa, anunció su llegada una vez más.

—¿Ya has vuelto? —preguntó Estrella de Fuego.

Pareció sorprenderse al ver que Glayino iba con ella, pero, antes de que pudiera hablar, el joven se dirigió hasta el centro de la guarida. Clavó sus ojos ciegos en los de Estrella de Fuego, y su mirada era tan intensa que parecía que pudiese ver al líder del clan tan claramente como los demás.

—Debo convertirme en aprendiz de curandero —maulló.

18

Carrasquera se quedó mirando a su hermano, boquiabierta. Glayino siempre había estado segurísimo de querer ser guerrero, incluso antes de tener la edad suficiente para saltar sobre un trocito de musgo. Estrella de Fuego miró a la joven.

—¿Tú sabías algo de esto?

—¡No! —exclamó ella con la voz estrangulada. Le pareció que el líder sospechaba que lo habían planeado juntos.

Glayino se volvió hacia su hermana; sus ojos azules estaban dilatados por la ansiedad.

—Carrasquera, lo siento.

—No pasa nada. —Hojarasca Acuática se le acercó para restregar el hocico contra su oreja—. Ella acaba de decirle a Estrella de Fuego que quiere convertirse en aprendiza de guerrera.

Glayino parpadeó.

—¿Qué?

La joven asintió, con un cosquilleo de esperanza en las zarpas. ¡A lo mejor aquella era la solución perfecta! Al fin y al cabo, su hermano conocía las hierbas mucho mejor que ella. Pero ¿Estrella de Fuego estaría de acuerdo? El líder miró a Hojarasca Acuática.

—¿Estás preparada para encargarte de un nuevo aprendiz tan pronto?

La curandera se sentó y enroscó la cola alrededor de las patas.

—Me sentiría muy honrada de ser la mentora de Glayino. —E inclinó la cabeza—. Creo que el clan sería muy afortunado de tenerlo como curandero.

Carrasquera se quedó mirándola. «¿Por qué parece que está ocultando algo?», pensó.

—¿Y qué hay de su ceguera? —quiso saber Estrella de Fuego.

Carrasquera se indignó. Seguro que su hermano no le dejaba pasar ese comentario al líder.

—Glayino conoce las hierbas mejor que yo —se apresuró a señalar.

—Su sentido del olfato es increíble —coincidió Hojarasca Acuática—. Puede distinguir una herida infectada de una que no lo está a una cola de distancia.

Carrasquera esperó a que el aprendiz declarara que su ceguera no tenía nada que ver con aquello, pero él se limitó a murmurar:

—Lo intentaré con todas mis fuerzas. Hojarasca Acuática verá enseguida si puedo arreglármelas o no.

—Muy bien. —Estrella de Fuego asintió con una expresión un tanto desconcertada—. Hojarasca Acuática será tu nueva mentora.

Glayino inclinó la cabeza.

—Pero primero —continuó el líder— debemos informar a Centella.

El joven gato movió las orejas.

—Se sentirá dolida.

Carrasquera percibió ansiedad en la voz de su hermano. Él nunca se había llevado demasiado bien con su mentora, pero era obvio que le preocupaban sus sentimientos.

—A lo mejor podría ser mi mentora —sugirió la joven.

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—Sus habilidades eran perfectas para entrenar a Glayino, pero no para ti. Volverá a ser mentora muy pronto; no os preocupéis.

—¿Y si no entiende mi decisión? —maulló Glayino.

—Debes asegurarte de que la comprenda —respondió Estrella de Fuego —. Yo puedo decirle al clan qué hacer, pero no cómo sentirse.

—Le transmitiré que mi decisión no tiene nada que ver con ella —prometió el joven—. Es mi deber.

Su voz era extrañamente inexpresiva. Carrasquera sintió un escalofrío de inquietud. Era casi como si ser aprendiz de Hojarasca Acuática no fuera decisión de Glayino, sino algo que se le había impuesto.

Hojarasca Acuática lanzó una mirada significativa a Estrella de Fuego y a Tormenta de Arena, y Carrasquera supo que querían intercambiar unas palabras a solas. Al captar la indirecta, inclinó la cabeza.

—¿Queréis que llame a Centella?

Estrella de Fuego asintió.

—Sí, por favor.

—Está en la guarida de los guerreros —dijo Glayino.

Carrasquera agitó los bigotes. Era curioso que su hermano siempre fuera consciente de todo lo que ocurría en el campamento. Bajó al claro y fue hacia allá. Asomó la cabeza por la entrada y llamó a Centella. La gata estaba sentada en su lecho, lavándose, y su cálido aliento se veía en la penumbra.

—A Estrella de Fuego le gustaría verte en su guarida —le dijo Carrasquera.

Centella se detuvo, con la lengua medio fuera, y se quedó mirando a la aprendiza. Parecía que iba a preguntarle por qué. Carrasquera se retiró, pues no quería darle a Centella tiempo para hablar. Sabía que no podría ocultarle la verdad, pero también tenía claro que era Glayino quien debía comunicarle la noticia a su mentora.

Se metió en la guarida de los aprendices antes de que Centella saliera. Le pareció un buen momento para visitar su nuevo hogar. El olor del tejo era raro y todos los lechos estaban vacíos. Se imaginó que ella ocuparía el de Glayino. Lo localizó con el olfato y miró a su alrededor, feliz ante la idea de dormir entre sus compañeros. Después de la maternidad, el lecho de la guarida de la curandera le había resultado frío y solitario. Ojalá hubiera allí algunos aprendices para darle la bienvenida. «Todos deben de estar entrenando». Ese pensamiento le produjo un cosquilleo de emoción. Dentro de poco, estaría fuera con los demás.

Al salir de la guarida, vio a Centella trepando hacia la cueva de Estrella de Fuego. Espinardo estaba tumbado junto a la roca partida, compartiendo lenguas con Candeal. Zancudo dormitaba bajo el primer sol de la mañana, debajo de la Cornisa Alta. Raposillo y Albinilla salieron disparados de la maternidad, en un revuelo de pelo y bigotes.

—No vayáis al claro —les indicó la voz de Fronda desde dentro—. ¡No quiero que acabéis bajo las patas de alguien!

—No lo haremos —contestó Albinilla, y le dio a su hermano en el hocico con la punta de la cola.

Raposillo respondió con un empujón que la mandó trastabillando hacia Carrasquera. La aprendiza frenó a la cachorrita con una pata.

—¡Hola, Carrasquera! —la saludó Albinilla, y luego se volvió para saltar sobre su hermano.

Lo derribó, le agarró la cara con ambas zarpas y empezó a aporrearlo con las patas traseras.

—¡Baja la cabeza, Raposillo, y dale un buen mordisco a Albinilla!

La cachorrita chilló y lo soltó.

—Eso no es justo —gimió—. Lo estás ayudando.

—¡No me ha parecido que tú necesitaras ayuda! —replicó Carrasquera.

Raposillo se abalanzó sobre su hermana.

—¡Agáchate! —ordenó Carrasquera a la cachorrita blanca.

Albinilla se apartó justo a tiempo, y Raposillo pasó ante ella patinando sobre la hierba escarchada de delante de la guarida de los aprendices. Luego se dio la vuelta y, agazapado, fue hacia su hermana.

—Espera —le aconsejó Carrasquera, y él aguardó con el pecho pegado al suelo y sacudiendo la cola de emoción—. Deja que ella se te acerque.

El cachorro se quedó mirando a Albinilla con expresión desafiante.

—¡No se atreverá!

La cachorrita se aproximó, incapaz de resistirse al desafío de su hermano. Él esperó hasta que estuvo tan cerca como para echarle el aliento en la cara.

—¡Ahora colócate a su espalda! —ordenó Carrasquera.

Raposillo pegó un brinco y se situó detrás de Albinilla. Para cuando ella reaccionó, él ya le había saltado al lomo y la había hecho caer de costado.

—¡Los dos vais a ser unos guerreros magníficos! —ronroneó Carrasquera.

Un destello de pelaje blanco y canela atrajo su atención. Centella estaba descendiendo por las piedras caídas, y Carrasquera sintió una punzada de compasión. Glayino había sido el primer aprendiz de la guerrera. Debía de estar ansiosa por demostrar que podía ser tan buena mentora como cualquiera. La joven esperaba que su hermano la hubiera convencido de que su decisión no tenía nada que ver con la manera en que ella lo había entrenado.

—¡Enséñanos un movimiento de combate! —Raposillo había plantado las zarpas en los omóplatos de Carrasquera y le tiraba del pelo.

La joven se tumbó en el suelo y, retorciéndose como una serpiente, rodó sobre sí misma.

—¡Vaya! —exclamó Albinilla, impresionada—. Eres muy rápida. —De pronto, miró hacia el otro lado del claro y se puso nerviosa—. Viene Estrella de Fuego —susurró.

—He decidido quién va a ser tu mentor —anunció el líder, y se detuvo delante de Carrasquera.

—¿Tienes otro mentor? —maulló Raposillo, sorprendido.

Estrella de Fuego miró al cachorrito.

—Carrasquera va a entrenar para ser guerrera —le explicó.

—Pensaba que iba a convertirse en curandera —contestó él con voz aguda.

Carrasquera sintió un hormigueo de inquietud. Aún le preocupaba estar quebrantando el código de alguna manera.

—Ella sabe mejor que nadie qué hay en su corazón —maulló el líder.

«Es cierto», pensó la joven. Nimbo Blanco llegó corriendo por la entrada del campamento.

—Se lo he dicho —informó a Estrella de Fuego—. Está de camino.

—Celebraremos la ceremonia de nombramiento más tarde —le dijo el líder a Carrasquera—, pero he llamado a tu nuevo mentor, que está en una patrulla de caza. Si acepta encargarse de ti, puedes empezar inmediatamente. Tienes que aprender muchas cosas para ponerte al día.

Carrasquera asintió, incapaz de hablar porque la garganta se le había cerrado de la emoción. La barrera de espinos se estremeció.

—Estrella de Fuego. —Fronde Dorado corrió hacia el líder del Clan del Trueno, resollando. Debía de haber hecho todo el camino a la carrera—. ¿Qué ocurre?

Carrasquera sacudió la cola de alegría. Fronde Dorado no solo era un gran guerrero, sino también inteligente y considerado; ella confiaba en su buen juicio tanto como en su fuerza.

—¿Estarías dispuesto a aceptar a Carrasquera como aprendiza? —le preguntó Estrella de Fuego.

Fronde Dorado se volvió para mirar a la joven.

—¿Qué ha pasado?

Carrasquera se puso tensa. ¿Iba a decir que no? Después de todo, ella ya había defraudado a una mentora.

—C… creo que no sirvo para ser curandera.

El guerrero la miró durante unos segundos y luego se volvió hacia Estrella de Fuego.

—Estaría encantado de entrenarla.

Carrasquera sintió una oleada de alivio.

—Bien —maulló el líder—. En ese caso, la dejo en tus manos. —Y se alejó.

Fronde Dorado miró a la joven de arriba abajo.

—Tienes que ponerte al día —la avisó.

—Lo sé, y voy a esforzarme el doble.

—Estupendo. —El guerrero agitó la cola—. Para empezar, tendremos entrenamiento de combate todos los días.

—¡Genial!

Fronde Dorado la miró con la cabeza ladeada.

—No voy a preguntarte qué te ha hecho cambiar de opinión. Si vas a ser guerrera, quiero que te concentres en el presente, no en el pasado. Has tomado

una decisión y espero que la mantengas.

—¡Lo haré! —dijo ella.

Fronde Dorado amasó el suelo con las patas delanteras y flexionó los omóplatos.

—¿Estás lista para empezar a entrenar ahora mismo?

Carrasquera asintió.

—Bien. Entonces puedes unirte a la patrulla de caza. —Y se encaminó a toda prisa hacia la barrera de espinos para salir del campamento.

Tomada por sorpresa, Carrasquera echó a correr tras él con la cola erizada por la ilusión. ¡Su primera cacería de verdad!

Fronde Dorado no bajó el ritmo para adaptarlo a las patas más cortas de la aprendiza, que tuvo que correr el doble de rápido para no perderlo. El guerrero subió la ladera y se dirigió al bosque. Durante el tiempo que había pasado seleccionando hierbas, Carrasquera había ejercitado más la mente que el cuerpo. Entonces comprendió con cierta inquietud que los demás aprendices estarían mucho más en forma que ella. Fronde Dorado la miró por encima del lomo y vio cuánto le costaba seguirlo.

—Ya casi hemos llegado —la animó.

Carrasquera clavó las garras en la tierra congelada y trató aún con más ahínco de alcanzar a su mentor. Un árbol caído bloqueaba el camino, pero Fronde Dorado lo salvó sin dificultad de un salto. La joven frenó en seco y, retorciéndose, se coló por el estrecho hueco que había debajo del tronco.

Su mentor estaba esperándola al otro lado. Látigo Gris y Mili se paseaban por un pequeño claro que había entre la vegetación. Cenizo y Zancudo charlaban en voz baja mientras sus aprendices, Leonino y Ratolino, competían para ver quién podía patinar más lejos entre las hojas caídas. Leonino se quedó mirando a su hermana, sorprendido.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Os presento a mi nueva aprendiza —anunció Fronde Dorado.

Leonino agitó la cola.

—¡Qué gran noticia!

Látigo Gris se adelantó para tocar el hocico de Carrasquera con el suyo.

—Felicidades.

—¿Habéis cazado algo mientras yo no estaba? —preguntó Fronde Dorado.

—Las presas están escondidas por el frío —se lamentó Cenizo.

—Debe de haber alguna forma de tentarlas para que salgan. Tendrán tanta hambre como nosotros.

—Podríamos excavar —sugirió Leonino—. Con el olfato, será fácil localizar las madrigueras poco profundas.

—Probablemente el suelo esté demasiado congelado —señaló Cenizo.

—¿Y qué me decís de esa enorme haya que hay cerca del viejo sendero atronador? —intervino Zancudo—. Siempre hay hayucos en el suelo, incluso a estas alturas de la estación sin hojas.

—Es más probable que las presas se aventuren a salir allí que en cualquier otro sitio —coincidió Fronde Dorado.

Echó a correr de nuevo y la patrulla se puso en marcha. Respirando hondo, Carrasquera los siguió. ¿Acaso Fronde Dorado nunca avisaba antes de salir disparado? ¿Y cómo sabían los demás que tenían que ir tras él? Los músculos le gritaban que se detuviera, pero ella no iba a mostrar que tenía que hacer un gran esfuerzo por no quedarse atrás.

Se sintió muy aliviada al reconocer las hojas de haya. Susurraban con el viento, tan doradas como el pelaje de su mentor. La patrulla frenó antes de llegar al árbol y continuó en silencio, zigzagueando entre los helechos hacia el área despejada que rodeaba el tronco. Carrasquera los observó y los imitó.

Nadie habló mientras Fronde Dorado se adelantaba para asomarse entre los últimos helechos. Mientras los demás se alineaban a los lados, Carrasquera se colocó junto a su mentor.

—No muevas ni un músculo —le susurró él.

La aprendiza se dio cuenta de que estaba sacudiendo la punta de la cola por los nervios.

—Lo siento —respondió en voz baja.

Cuando se quedó quieta, las hojas secas de los helechos dejaron de crujir. El resto de la patrulla tenía los ojos clavados en la tierra cubierta de hojas que rodeaba el árbol.

—¡Veo algo! —murmuró Leonino.

Carrasquera inspeccionó el suelo forestal, pero no logró ver nada. Luego siguió la mirada de su hermano, que estaba fija en una hoja que temblaba junto a una raíz. ¿De verdad era una presa? Carrasquera olfateó el aire. Al principio, captó el intenso aroma a humedad de las hojas muertas, pero después olió a ratón.

Sacudió la cola, y los helechos volvieron a crujir. La hoja se volteó, y Leonino dio un salto desde su escondrijo para lanzarse sobre ella.

—¡Demasiado tarde! —bufó al aterrizar sobre el suelo vacío. Y miró ceñudo a su hermana—. ¡Lo has ahuyentado!

A la joven le ardieron las orejas.

—Lo siento —se disculpó.

—No seas duro con ella —riñó Cenizo a Leonino—. Es su primera caza.

Leonino se encogió de hombros.

—No pasa nada, Carrasquera. Solo me he enfadado por no ser lo bastante rápido.

—¡A mí me ha parecido que sí lo has sido! —exclamó ella.

—Solo eres lo bastante rápido si atrapas al ratón —maulló Ratolino con tono afectado.

—Cerrad el pico, o ninguna otra presa saldrá de su escondrijo durante el resto del día —les ordenó Fronde Dorado.

Leonino regresó a toda prisa a los helechos, y la patrulla volvió a ocupar sus posiciones.

A Carrasquera empezó a dolerle el lomo por llevar tanto tiempo agazapada. Leonino había cazado un ratón finalmente, Cenizo había atrapado un campañol, y Ratolino había visto un gorrión que revoloteaba de una rama a otra y había desaparecido entre la maleza para rastrearlo.

—Te toca —le susurró Fronde Dorado a Carrasquera al oído.

Ella se puso tensa.

—¿Estás seguro? —Pensó que era más probable que ahuyentara las presas en vez de cazarlas.

—Aprenderás más probando que mirando —contestó Fronde Dorado.

Carrasquera se concentró en la haya que tenía delante. El claro todavía olía a sangre. Seguro que ninguna presa sería tan insensata como para aventurarse a salir después de las capturas de Leonino y Cenizo.

—¿No deberíamos intentarlo en otro sitio? —preguntó.

—Aquí hay hayucos —le recordó su mentor—. Si una criatura está lo bastante hambrienta, se arriesgará a salir a por comida.

Carrasquera miró entre las raíces del árbol. Casi al instante, advirtió que una hoja se estremecía en el suelo. Salió disparada de entre los helechos y saltó sobre ella. Se le cayó el alma a los pies al descubrir que el suelo estaba plano bajo sus zarpas. Solo había atrapado una hoja muerta, movida por el viento.

Observó de reojo a sus compañeros de clan, con un hormigueo de vergüenza. A Látigo Gris le temblaban los bigotes de risa, pero Mili lo miró con dureza y se detuvieron.

—Al principio todos hacemos lo mismo —tranquilizó la minina a Carrasquera—. Prueba otra vez.

La aprendiza cerró los ojos y respiró hondo. Luego volvió a abrirlos para estudiar el claro. «Todavía no soy lo bastante rápida para cazar desde los helechos», decidió, mientras examinaba el árbol. Su corteza clara se oscurecía cerca de las raíces, que serpenteaban desde la base antes de desaparecer bajo tierra. Su pelaje negro se camuflaría bien allí. Después de trepar por la raíz más grande, se agazapó, dispuesta a esperar. Miró a su mentor, preguntándose si habría hecho lo correcto, y él asintió.

Aliviada, Carrasquera devolvió su atención al suelo forestal. Se mantuvo totalmente inmóvil, sin permitir siquiera que un picor le hiciera mover la oreja. A lo lejos, un gorrión lanzó un grito de alarma antes de guardar silencio. Ni siquiera entonces se movió la gata.

De pronto, justo debajo de la raíz sobre la que se hallaba, un leve movimiento en las hojas le hizo tensar los músculos de las patas traseras. Carrasquera aguardó. No cabía duda: la hoja volvió a temblar y emergió una naricilla rosa. ¡Un ratón de campo! El roedor se abrió paso hasta el claro, en dirección a un hayuco. Carrasquera supo que no tenía ni idea de que ella estaba allí. Saltó y atrapó con maña al ratón entre las patas delanteras.

—¡Bien hecho! —exclamó Fronde Dorado.

Carrasquera levantó la vista, con el cálido roedor colgándole de la boca. ¡Su primera captura! Cerró los ojos y recordó cómo Leonino y Cenizo habían dado las gracias al Clan Estelar al atrapar a sus presas.

—Gracias por la vida de esta presa, entregada para alimentar a mi clan. No tomaré más de lo que quiera… —Hizo una pausa—. Quiero decir: no tomaré más de lo que necesite, y daré todo lo que pueda.

¡Por fin había emprendido el camino que la llevaría a ser guerrera!

19

—Musaraña me ha tenido despierto media noche con sus toses —se quejó Rabo Largo.

—¡Me extraña que hayas podido oírme por encima de tus ronquidos! —replicó la vieja gata.

Glayino suspiró.

Estaba en la guarida de los veteranos, oyendo cómo sus ocupantes reñían como cachorros. Ni siquiera entendía por qué discutían tanto. Incluso ahora, las quejas de Rabo Largo no eran más que su manera de contarle a Glayino que estaba preocupado por Musaraña.

—No noto ninguna hinchazón alrededor de su garganta —le dijo el aprendiz al veterano—. Asegúrate de que se coma la fárfara. Hojarasca Acuática dice que eso le aliviará la tos.

—No necesito hierbas —refunfuñó la gata.

—Tómatelas igualmente —le aconsejó Rabo Largo—. Al menos así comerás algo. No has probado bocado desde ayer al mediodía.

—No me gusta tomar piezas del montón de la carne fresca cuando las presas escasean tanto —contestó la gata—. Hay estómagos más jóvenes que alimentar.

—Bueno, pues entonces cómete la fárfara —maulló el veterano—. Aunque solo sea para tranquilizarme.

Mascullando con el ceño fruncido, Musaraña usó la cola para acercar el montón de hojas troceadas a su lecho.

Glayino suspiró. Al oír las disputas de los veteranos, tuvo la sensación de que no había cambiado nada desde sus días con Centella. Tras apenas un cuarto de luna, estaba hasta las narices de repartir hierbas. Luego tenía que visitar a Borrascoso en la guarida de los guerreros para aplicarle una cataplasma de miel y cola de caballo en el hombro, otra vez. El guerrero se

negaba a descansar, y el emplasto desaparecía tan deprisa como se lo aplicaba.

Hojarasca Acuática se asomó por la entrada del arbusto de madreselva, trayendo consigo los olores de la guarida de la curandera.

—¿Cómo tiene la garganta Musaraña? —preguntó.

—Parece que bien —contestó Glayino sin más—. Aunque sería más fácil saberlo si dejara de quejarse durante un rato para que la examine como es debido.

La irritación de Hojarasca Acuática atravesó el aire.

—Si no puedes ser educado con tus compañeros de clan, ¡vuelve a mi guarida y ayúdame a trocear la atanasia que Carrasquera tuvo la amabilidad de recoger ayer por ti! —le espetó.

Glayino puso los ojos en blanco. ¡Si pasaba un segundo más en la guarida de la curandera, reventaría! Qué gran destino el suyo. Jaspeada no le había avisado de que consistiría en realizar una tarea aburrida tras otra.

Hojarasca Acuática lo guio hasta la guarida, con los omóplatos tensos. Glayino la siguió abatido. Notó que un rapapolvo iba formándose como una tormenta en el interior de su mentora, y cruzó de mala gana la cortina de zarzas.

—Te has paseado por todo el campamento como una nube oscura, buscando a alguien sobre quien llover —le espetó Hojarasca Acuática.

—¡Estoy aburrido! —se lamentó Glayino.

—¡Cualquiera diría que te he obligado a convertirte en mi aprendiz! —replicó su mentora, exasperada.

—Tú no me obligaste —admitió el joven—, pero es lo que siempre habías querido, ¿no? —Sacudió la cola—. ¿Ya estás contenta?

—¿Te lo parezco? —bufó la gata.

Glayino captó la furia que hervía bajo la piel de Hojarasca Acuática. ¿Por qué se enfadaba tanto con él? ¿No podía entender que Glayino esperaba mucho más de la vida?

—Para ti está bien —maulló—. ¡Tú siempre has querido ser curandera!

—¿Y tú?

—Es mi destino —masculló—. Que no me guste no parece importar en absoluto.

—¡Pues apáñatelas! —gruñó Hojarasca Acuática sin compasión.

Descorazonado, Glayino se dirigió al montón de atanasia que Carrasquera había recolectado y comenzó a separar las hojas. Las arrancó sin el menor cuidado, llevándose con ellas largas tiras de tallo. Hojarasca Acuática suspiró

y se sentó a su lado. Sin decir ni una palabra, se puso a desbrozar las hojas. Su decepción se revelaba en todos y cada uno de sus silenciosos movimientos. La culpabilidad se le clavó a Glayino como un puñado de espinas. Deseó hallar palabras con las que explicar su frustración, pero sabía que, dijera lo que dijese, solo empeoraría la situación. ¿Qué diría Hojarasca Acuática si supiera lo desgraciado que se sentía por tener que renunciar a su sueño de ser guerrero? ¡Y encima para llevar aquella vida! Una vida clasificando hierbas y preocupándose por arañazos y dolores de barriga.

—¿Hojarasca Acuática?

Borrascoso entró en la guarida. Glayino detectó el olor amargo de los zarpazos que se le habían infectado. Se había olvidado de aplicarle el emplasto. Se volvió de golpe, sintiéndose más culpable que nunca.

—¿No has tratado el corte de Borrascoso? —le preguntó Hojarasca Acuática.

—Me has dicho que volviera aquí —contestó él.

—Tienes razón —suspiró la gata—. No importa; yo lo haré. Tú descansa un poco. Esta noche es media luna. Iremos a la Laguna Lunar con los demás curanderos.

Centella se lavaba tumbada junto a Nimbo Blanco, al lado de la roca partida. Mientras esperaba a Hojarasca Acuática en la entrada del campamento, Glayino percibió el dolor de la guerrera como espinas en las almohadillas. Estrella de Fuego le había prometido a Centella que podría ser la mentora de Raposillo o Albinilla cuando llegara el momento, pero ella no había superado la pena de perder a su primer aprendiz.

—Mirarla así no hará que te perdone —maulló Hojarasca Acuática.

A Glayino lo sobresaltó la voz de su mentora. Estaba demasiado entretenido preocupándose por Centella y no la había oído llegar.

—Pero no quiere escucharme cuando intento hablar con ella —contestó —. Se limita a cambiar de tema o busca una excusa para irse.

—Te escuchará cuando esté preparada. Tuvo que pelear muy duro para demostrar a sus compañeros de clan que era tan buena como ellos, y debe de sentirse como si hubiera perdido una batalla.

—Nunca fue mi intención hacerle daño —aseguró el joven.

—A algunos gatos les cuesta ver más allá de sus debilidades con la claridad suficiente para valorar sus fuerzas —declaró Hojarasca Acuática—. Y hasta que lo hacen, sienten todas las heridas en carne viva.

Glayino intuyó que su mentora estaba incitándolo a comprender algo más que la rabia de Centella, pero en ese momento no quería pensar en eso. Estaba ansioso por salir del campamento. Hacía días que no traspasaba el Roble del Cielo, y las zarpas le ardían de ganas de ir a la Laguna Lunar. Hojarasca Acuática debió de notar su impaciencia.

—Vamos —maulló, y lo guio a través de la barrera de espinos.

La noche era muy fría. Las bajas temperaturas habían empujado a la mayoría de las criaturas a resguardarse, y los pasos de Glayino y Hojarasca Acuática eran lo único que perturbaba el suelo helado. Al aproximarse a la frontera del Clan del Viento, el aprendiz notó cierta inquietud en el estómago. ¿Y si los demás curanderos pensaban que un gato ciego no era apto para ser uno de ellos? Olfateó el aire, que tenía un rastro del Clan de la Sombra y del Clan del Río.

—Los demás deben de estar esperándonos —observó Hojarasca Acuática al captar también los olores.

Glayino la siguió hasta campo abierto. El páramo se extendía ante ellos: distinguió el olor de la aulaga y del brezo, mezclado con el de gatos. Reconoció a Blimosa y a Ala de Mariposa porque les habían hecho una visita hacía una luna. Pero el hedor del Clan de la Sombra le evocó el crudo recuerdo de la batalla.

—Hola, Ala de Mariposa. —Hojarasca Acuática sonó contenta de ver a su amiga del Clan del Río.

—Hola, Hojarasca Acuática —ronroneó esta.

—¿En el territorio del Clan del Río las heladas son tan malas como aquí?

—Parece que estamos protegidos, pero en realidad el frío tiene a los veteranos recluidos en su guarida. Se quejan de dolor de huesos.

—¿Tienes suficientes semillas de adormidera?

—Sí, gracias.

—Hola, Cirro —saludó Hojarasca Acuática al curandero del Clan de la Sombra—. ¿Todo bien?

Glayino se sulfuró. No hacía mucho que el Clan de la Sombra había invadido su territorio. ¿Cómo podía su mentora ser tan educada con un enemigo de su clan?

—Sí —respondió Cirro—. ¿Tus compañeros se han recuperado?

Tenía que estar refiriéndose a las heridas provocadas por los guerreros del Clan de la Sombra. Con recelo, Glayino estudió el tono del curandero, buscando algún rastro de triunfo, pero solo encontró preocupación.

—Solo queda una herida por sanar —informó Hojarasca Acuática—. ¿Y los tuyos?

—Robledo sigue cojeando.

—Prueba a envolverle la pata con consuelda por las noches, al acostarse —le aconsejó.

—Se me ha acabado —confesó Cirro.

—¡Deberías habérnoslo dicho!

—Estrella Negra no me lo ha permitido.

—Te dejaré un poco en la frontera mañana por la mañana —le prometió Hojarasca Acuática.

Glayino no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Estrella de Fuego sabía que Hojarasca Acuática estaba ayudando a los enemigos del Clan del Trueno? Sintió el roce de un suave pelaje. Era Blimosa, del Clan del Río.

—¿Dónde está Carrasquera? —le preguntó la aprendiza en voz baja.

«Parece decepcionada de verme a mí en lugar de a mi hermana», pensó Glayino, sacudiendo la cola.

—¿No lo sabes? —respondió en un susurro—. Encontró tan aburrido lo de ser curandera que dejó que su pobre e inútil hermano ocupara su puesto.

Blimosa se estremeció.

—Veo que ya has conocido a mi nuevo aprendiz —maulló Hojarasca Acuática.

Glayino notó en la piel las inquisitivas miradas de los cuatro gatos.

—Este es Glayino —anunció la curandera del Clan del Trueno.

Él se mantuvo erguido, dispuesto a contestar a cualquier comentario sobre su ceguera.

—Hola, Glayino —lo saludó Ala de Mariposa.

—¿Estás disfrutando de tu aprendizaje? —le preguntó Cirro.

El joven percibió ansiedad en su mentora. «¡Teme que vaya a decir que es aburrido!».

—Es genial —respondió.

—Glayino aprende muy deprisa. —Hojarasca Acuática sonaba aliviada—. Ya conoce todas las hierbas.

—¿En serio? —Cirro estaba claramente impresionado.

Un nuevo olor pilló por sorpresa al aprendiz. Otro gato corría hacia ellos desde la frontera del Clan del Viento.

—¡Cascarón! —Cirro llamó al curandero del Clan del Viento al verlo acercarse—. ¿Dónde está Azorín?

—Tiene tos blanca —respondió este sin resuello.

—Espero que no sea grave —maulló Hojarasca Acuática.

—Es joven y fuerte. Lo superará. Pero intento asegurarme de que no contagie a nadie más. Entre la escasez de presas y los estómagos vacíos, los clanes son más vulnerables a la enfermedad.

Ala de Mariposa coincidió con un maullido.

—La luna está saliendo —advirtió Cirro.

—Será mejor que nos demos prisa si queremos verla reflejada en la Laguna Lunar —los apremió Hojarasca Acuática.

Glayino siguió a los demás cuando comenzaron a subir la ladera.

—¡Blimosa! —le dijo Ala de Mariposa a su aprendiza—. Ve con Glayino. Seguro que tiene muchas preguntas sobre la laguna.

«Yo ya he estado allí, ¿sabes?». Glayino se tragó las palabras mientras Blimosa se colocaba a su lado. La gata mantenía una distancia prudente, guardándose de no rozarlo siquiera.

—¿Hojarasca Acuática ya te ha llevado a la Laguna Lunar? —le preguntó, como si en realidad no quisiera charlar con él.

Glayino estaba a punto de contarle que había ido solo cuando, sin avisar, ella lo agarró por el pescuezo y lo apartó a un lado. El joven se retorció para soltarse y se volvió contra Blimosa con las garras desenvainadas.

—¡Glayino! ¿Qué estás haciendo? —gritó Hojarasca Acuática.

—¡Ha estado a punto de caerse en una madriguera de conejos! —chilló Blimosa—. Solo pretendía ayudarlo.

El aprendiz retrocedió, con las orejas ardiendo de vergüenza.

—¡No lo sabía! —espetó.

¿Por qué había intentado ayudarlo? ¡Él no era un cachorro!

—Discúlpate ahora mismo —le ordenó Hojarasca Acuática.

—Pero ¡yo sabía que la madriguera estaba ahí! —replicó Glayino. Era cierto. Había captado el intenso olor a conejo, y sus zarpas habían notado perfectamente la cercanía de una depresión en el terreno—. ¡No necesitaba ayuda!

—Eso no es excusa —bufó su mentora—. ¡Discúlpate!

—Lo siento —masculló él.

—Está bien —gruñó Blimosa—. ¡Espero que la próxima vez te caigas dentro! —Y echó a andar, sacudiendo la cola ante su nariz.

—¡Ponte en marcha, Glayino!

El joven captó la furiosa mirada de Hojarasca Acuática. No era culpa suya. ¡Había empezado Blimosa! Siguió a la aprendiza, sin hacer caso del

rastro de resentimiento que dejaba a su paso, concentrado en la conversación de los mayores.

—La última helada ha estropeado muchas de las hojas nuevas —comentó Cascarón.

—Yo esperaba poder reabastecerme —coincidió Cirro—, pero ahora tendrá que pasar otra luna antes de que las plantas se recuperen.

—En el territorio del Clan del Río hay un par de zonas resguardadas donde las hierbas se han salvado —les contó Ala de Mariposa.

Glayino aguzó el oído. Quería conocer la localización de todas las plantas que pudiera usar en beneficio de su clan. Estaba escuchando con tanta atención que no se percató del arroyo ni de que la hierba se convertía en roca a medida que se aproximaban al agua. El gélido aire había convertido la piedra en hielo, y de repente resbaló.

Blimosa se abalanzó hacia él, pero luego se detuvo, como si unas garras la hubieran sujetado por la cola. Vio cómo el aprendiz caía torpemente de costado y esperó, sin decir ni una palabra, a que él se levantara, muerto de vergüenza. Luego siguió adelante, sin reducir siquiera el paso mientras Glayino cojeaba tras ella. El joven admiró la tozuda negativa de Blimosa a echarle una mano.

La gata tampoco le ofreció su ayuda al trepar la escarpada cresta, aunque él percibió su inquietud al verlo ascender las peligrosas rocas. Se sintió aliviado por haber hecho ese trayecto antes y conocer bien la ruta.

Se detuvo en lo alto, esperando oír las voces que lo habían guiado la última vez, pero el único sonido era el viento que daba vueltas en la hondonada y el borboteo del agua que resonaba entre las rocas. Descendió por el sendero hollado hasta la orilla y se detuvo al notar que el agua fría le lamía la punta de las zarpas. La respiración de los demás gatos caldeó el aire mientras rodeaban la laguna.

—¡Clan Estelar! —exclamó Hojarasca Acuática mirando al cielo—. Te traigo a Glayino, mi aprendiz, y te ruego que lo aceptes como una vez me aceptaste a mí.

Glayino oyó el tenue roce del pelo sobre la piedra cuando los demás se tumbaron, y él se acomodó al lado de Hojarasca Acuática, con las patas debajo del pecho. No tocó el agua con la nariz inmediatamente. En su lugar, esperó hasta que la respiración de los demás adoptó el ritmo del sueño. Solo entonces cerró los ojos y bajó la cabeza, hasta que el agua helada le mojó el morro.

De repente se encontró en los terrenos de caza del Clan Estelar, rodeado de vegetación. Parpadeó, para permitir que los ojos se le adaptaran al impacto de la visión y se acostumbraran a los caóticos colores, hasta que estos se concretaron en formas que pudo reconocer. Los árboles se alzaban a su alrededor, y sus verdes hojas temblaban contra un brillante cielo azul.

«¿Tendrá esto el mismo aspecto para Blimosa? —se preguntó, y levantó las orejas para captar la presencia de la aprendiza—. ¿Recorremos el mismo bosque en nuestros sueños?». Buscó el olor de la joven, que apareció en la brisa casi como si él lo hubiera atraído. Avanzó sigilosamente hacia ella, agazapado, consciente en cierto modo de que estaba traspasando un límite.

—¿Arcilloso? —llamaba la dulce voz de la aprendiza.

Glayino se asomó por encima de la raíz de un roble y la vio mirando a su alrededor en un claro. Era más menuda de lo que se había imaginado. Su cuerpo era esbelto y ágil, y las rayas de su pelaje atigrado eran de lo más delicadas.

—¿Sí, pequeña? —Un gato moteado salió de entre los helechos y la saludó tocándole el hocico.

Glayino se agachó.

—Me alegro de verte —maulló Blimosa.

—Resolviste muy bien el problema del dolor de estómago de Zarpa Roana.

—¿Hice bien en tranquilizarla en vez de darle hierbas? —La joven sonó nerviosa.

—Sí. Mejoró por sí sola, y pudiste reservar las hierbas para alguien que las necesite más que ella —la alabó Arcilloso.

Glayino volvió a asomarse tras la raíz. Blimosa agitaba alegremente la cola.

—¿Tienes alguna noticia para el Clan del Río? —le preguntó al curandero.

—Tened cuidado con los Dos Patas arroyo arriba. Sus hijos están intentando bloquear la corriente que alimenta al clan.

—Se lo diré a Ala de Mariposa —prometió ella.

Glayino sintió un hormigueo en los bigotes. ¿Por qué Arcilloso no se lo contaba a la curandera directamente? ¿Habían discutido? ¿O es que él solo compartía lenguas con Blimosa?

Retrocedió. Si Blimosa estaba soñando con Arcilloso, ¿con qué soñaba Ala de Mariposa? Abrió la boca para saborear el aire, buscando el olor de la curandera del Clan del Río.

No captó nada. El olor de Blimosa había desaparecido, como si su sueño se le hubiera escapado entre las garras. Glayino intentó atraer el olor de Ala de Mariposa, como había hecho con su aprendiza, pero sin éxito. Cerró los ojos y dejó que el bosque desapareciera de su consciencia para regresar a la hondonada. Al abrirlos de nuevo, la Laguna Lunar brillaba a sus pies. Vio a los demás gatos durmiendo alrededor del agua, incluido él mismo. Ala de Mariposa respiraba más profundamente que los otros y su cuerpo se sacudía, mientras que los demás permanecían inmóviles.

Glayino apretó los párpados y se concentró en la mente de la curandera del Clan del Río hasta que consiguió colarse en sus pensamientos. Olió a presas y luego a agua, y al abrir los ojos se encontró entre juncos en la orilla de un lago. Ala de Mariposa estaba a unas colas de distancia, persiguiendo a una rana. Saltaba cuando lo hacía esta, y luego la dejaba ir y la veía brincar de nuevo. Los bigotes se le movían por la risa mientras la criatura avanzaba con torpeza entre los carrizos. Una mariposa revoloteó por encima de la cabeza de la curandera, que pegó un brinco y la atrapó en el aire, sujetándola tan cerca de la cara que las alas le rozaron el hocico.

Sobresaltado, Glayino comprendió que aquellos no eran los terrenos de caza del Clan Estelar. Era la orilla del lago que se extendía entre los territorios del Clan del Trueno y el Clan del Río. Ala de Mariposa estaba teniendo los sueños comunes y corrientes de cualquier gato.

20

«¿Habrá más curanderos con sueños comunes y corrientes?», se preguntó Glayino, y dejó que su visión regresara a los terrenos de caza del Clan Estelar. Quería ver a los demás gatos, averiguar cuáles compartían lenguas de verdad con los antepasados. La luz del sol centelleó de nuevo a través del tembloroso dosel de hojas y le calentó la piel. Había vuelto.

—Jaspeada tenía razón.

El ronco ronroneo provenía de la larga hierba que crecía detrás de Glayino. La vegetación se estremeció y de ella surgió una gata despeinada. Su largo pelo claro estaba apelmazado en algunas zonas, y sus pisadas eran sonoras. Glayino reconoció su ancha cara al instante. Era la gata que lo había mirado directamente desde las filas del Clan Estelar la primera vez que había acudido a la Laguna Lunar.

—¿Qué es lo que ha dicho Jaspeada? —preguntó él.

—Me advirtió que no te dejara actuar por tu cuenta demasiado tiempo.

—Yo no estaba haciendo nada —protestó a la defensiva.

—He vivido lo suficiente como para captar la expresión traviesa en la cara de un cachorro —gruñó.

—¡No soy un cachorro! —replicó el joven.

—A mi edad, todos me parecéis cachorros. —La voz se le quebró por la risa.

—¿Quién eres?

—Fauces Amarillas. Era la curandera del Clan del Trueno antes de Carbonilla. Supongo que habrás oído hablar de ella.

—Por supuesto —contestó Glayino, levantando el hocico—. Hojarasca Acuática no deja de buscarla entre los miembros del Clan Estelar, pero no logra dar con ella. —Entornó los ojos—. ¿Tú la has visto?

—Sí, la he visto —respondió Fauces Amarillas de manera misteriosa—, pero no he venido a hablar de Carbonilla. —Se aclaró la garganta—. Estás intentando colarte en los sueños de otros gatos, ¿verdad?

—Y si es así, ¿qué?

—Deberías tener cuidado. En ocasiones, un gato con las orejas grandes oye más de lo que debería.

—¿Y quién decide qué debería oír y qué no?

—Tú. —Fauces Amarillas lo observó con una mirada abrasadora—. Pero eres joven, y la curiosidad puede ser peligrosa. Ten cuidado con dónde pisas.

Glayino se sulfuró. ¿Aquel viejo saco de pulgas iba a decirle lo que tenía que hacer?

—Hojarasca Acuática sabe que puedo meterme en los sueños de otros gatos. Me dijo que era un don especial.

—Lo es —coincidió Fauces Amarillas.

—Entonces, ¿por qué no voy a usarlo?

—¿Tienes garras? —le preguntó la gata con ojos destellantes.

—¡Por supuesto!

—En ese caso, ¿por qué no me haces callar a zarpazos?

Qué pregunta tan estúpida.

—¡Eres miembro del Clan Estelar! —exclamó Glayino—. Jamás te atacaría.

—¿Por qué no?

—Porque estaría mal. —¿Qué pensaba Fauces Amarillas que era él, una comadreja?—. Eres mi antepasada, una veterana…

—Y soy tres veces más grande que tú. —En la voz de la gata volvía a intuirse un tono divertido.

Glayino la miró. ¿Qué intentaba decirle?

—Hay muchas razones por las que no usamos todo nuestro poder. A veces nos guía el código guerrero, otras el instinto, en ocasiones el sentido común. —Se inclinó hacia el joven, que intentó no encogerse ante el aliento rancio de la gata—. Tienes un don extraordinario, Glayino, pero debes pensar antes de utilizarlo.

¿Estaba llamándolo tonto? El aprendiz sacudió la cola con rebeldía. Fauces Amarillas entrecerró los ojos con un suspiro.

—¡Cachorros! —masculló—. Estoy malgastando saliva.

Y se dio media vuelta para marcharse.

—¡Espera! —Glayino no iba a perder la oportunidad de hablar con un miembro del Clan Estelar. Quería resolver el misterio de Ala de Mariposa—.

¿Compartes lenguas con los curanderos a menudo?

Fauces Amarillas lo miró por encima del lomo, con los ojos brillantes por el recelo.

—A veces. ¿Por qué?

—¿Has hablado con Ala de Mariposa?

La gata movió las orejas.

—¿Quieres que desperdicie más palabras con respuestas que no vas a comprender?

—Solamente quiero saber si has hablado con ella.

—Te mueve la curiosidad —bufó Fauces Amarillas—. Esa no es una buena razón.

Glayino clavó las uñas en el suelo, molesto.

—¿Por qué no quieres decírmelo?

—Porque, si las respuestas están ahí, acabarás encontrándolas —gruñó la gata.

Antes de que el aprendiz pudiera articular otra palabra, Fauces Amarillas desapareció entre la hierba, que tembló y luego se quedó quieta; el olor de la gata se esfumó como bruma en el viento.

Glayino estaba de muy mal humor. Había tantas cosas que quería saber… ¿Por qué el Clan Estelar no podía ser sincero con él?

«Muy bien —decidió—, si las respuestas están a mi alcance, ¡entonces las encontraré!». Caminó entre los pinos, intentando captar el olor de otro curandero. De repente, detectó el del Clan del Viento, tan terroso como el páramo.

Cascarón.

Ansioso, Glayino siguió su rastro. Cruzó agazapado y con sigilo una zona de helechos, zigzagueando con cautela entre los tallos para que no susurraran. Se asomó por el otro lado para espiar a Cascarón. En los ojos del curandero se percibía una sombra de preocupación. Había otro gato junto a él, de pelaje blanco y negro, y también olía al Clan del Viento.

—¿Cuántos perros serán, Estrella Alta? —preguntó Cascarón, atemorizado.

—No lo sé —contestó el antiguo líder del Clan del Viento.

—¿Cuándo llegarán?

—Aparecerán con los Dos Patas, cuando estos lleven a sus ovejas a comerse la hierba de la estación de la hoja nueva —respondió Estrella Alta—. Debéis estar preparados.

—Avisaré a Estrella de Bigotes.

Mientras observaba cómo Cascarón inclinaba la cabeza ante el líder de su clan, Glayino notó el suave roce de un cuerpo. Se volvió sobresaltado. Jaspeada estaba a su lado.

—Este sueño no es tuyo —maulló la guerrera estelar con aspereza.

Glayino se irritó. ¡Allá a donde iba, había alguien que le decía lo que tenía que hacer!

—Solo estoy mirando —protestó.

—No te concedieron este don para que pudieras espiar a los demás clanes —lo regañó Jaspeada.

—Entonces, ¡dime para qué me lo concedieron! —exigió el joven.

Antes de que la gata pudiera responder, otra voz pronunció su nombre.

—¿Glayino?

Notó que un hocico se le clavaba en el lomo.

—Es hora de despertar.

El cálido aliento de Hojarasca Acuática le agitó el pelaje. El aprendiz abrió los ojos a la oscuridad. El bosque había desaparecido y la Laguna Lunar le lamía las zarpas. Oyó que los demás gatos empezaban a moverse. Cirro y Cascarón estaban dando vueltas alrededor del agua, mientras que su mentora permanecía inmóvil junto a él.

—¿Has soñado? —le preguntó Glayino.

—Sí.

El joven movió los bigotes con curiosidad. Unas sombras oscurecían los pensamientos de la gata.

—¿Qué has soñado?

—Los curanderos no hablan de lo que el Clan Estelar comparte con ellos a menos que haya una buena razón para hacerlo —respondió ella.

¿Significaba eso que él no podía contarle la advertencia de Estrella Alta a Cascarón? En ese caso, se la contaría a Estrella de Fuego en cuanto llegaran al campamento. Era su obligación. Le tembló la cola de expectación. El líder se quedaría impresionado.

Ala de Mariposa bostezaba en el otro extremo de la Laguna Lunar, como si hubiera disfrutado de su sueño. Glayino se inclinó hacia delante, concentrándose en los pensamientos de la gata del Clan del Río, pero solo percibió vacío en su mente.

De pronto, la emoción de Blimosa cruzó la Laguna Lunar y rompió la concentración de Glayino como una cálida brisa que alborota las hojas caídas. «Estoy seguro de que se muere de ganas de transmitir el mensaje de Arcilloso», supuso él. Notó en la piel la mirada de curiosidad de la aprendiza

y se preguntó si ella habría advertido que había estado espiándola en sueños. Se apresuró a alejarse de ella.

—¡Vamos, Blimosa! —la llamó su mentora—. Hace demasiado frío para quedarse aquí.

—Deberíamos regresar a casa —maulló Hojarasca Acuática.

—¿Tienes algo importante que contarle a Estrella de Fuego? —le preguntó Ala de Mariposa.

—Quiero volver al campamento antes de que salga la patrulla del alba. Para que no malgasten tiempo buscándonos antes de revisar las fronteras.

Dicho eso, dio media vuelta y siguió a Cirro y a Cascarón hasta lo alto de la cresta. Glayino fue tras ella. Una vez arriba, miró hacia atrás y solo halló quietud y silencio.

—Ve tú delante —le pidió Ala de Mariposa. Esperó a que él descendiera y luego lo alcanzó de camino al estrecho valle—. ¿Cómo está yendo tu aprendizaje?

—Bien, supongo —contestó Glayino. Reflexionó antes de continuar—: Lo mejor de todo es compartir lenguas con el Clan Estelar. —Y contuvo la respiración, esperando ver cómo reaccionaba Ala de Mariposa.

—Por supuesto —fue su decepcionante respuesta—. ¿Habéis tenido algún caso grave? —preguntó enseguida, y a Glayino no se le escapó cómo había cambiado de tema.

Pensó en Borrascoso.

—Uno de los guerreros tiene un corte que no termina de curarse.

—¿Con qué lo estás tratando?

—Con emplastos de miel y cola de caballo —contestó—. Pero no le duran nada encima. Tiene el lecho pegajoso y hay rastros del emplasto por medio campamento.

—¿Has probado a cubrirle el corte con cadillo después de aplicarle la mezcla? —Glayino recordó el tacto de las velludas bolitas verdes en largos tallos pegajosos—. Las minúsculas espinas de cadillo se adherirán al pelo de Borrascoso sin hacerle daño y así evitarás que el emplasto se le caiga.

—Gracias —maulló—. Lo probaré.

—Es muy útil compartir ideas —comentó Ala de Mariposa.

—¿El Clan Estelar también te da buenos consejos? —preguntó con aire inocente, pero la gata no pareció oírlo. Ya había apretado el paso para reunirse con su aprendiza.

La mente de Glayino bullía de curiosidad de camino hacia la frontera del Clan del Viento. Ala de Mariposa se mantuvo unos pocos pasos por delante

de él hasta que todos se detuvieron en el punto de encuentro.

—Adiós —se despidió Cirro.

—Nos vemos en la Asamblea —maulló Ala de Mariposa, inclinando la cabeza ante Hojarasca Acuática.

—Id con cuidado —dijo esta mientras los demás se encaminaban juntos hacia el lago—. Te dejaré esas hierbas en la frontera, Cirro.

—Gracias, Hojarasca Acuática —exclamó el curandero del Clan de la Sombra por encima del lomo.

Cascarón cruzó el linde de su territorio.

—Tened cuidado —maulló.

«Y tú», añadió Glayino para sus adentros, oyendo el roce del brezo cuando el curandero del Clan del Viento corrió hacia su casa.

Al quedarse a solas con Hojarasca Acuática, notó que el aire se había vuelto más frío. Ahuecó el pelo. Estaba formándose una escarcha que endurecía la hierba bajo sus patas. El alba debía de estar cerca.

Glayino se internó en el bosque con Hojarasca Acuática.

—¿Sabes qué sueñan los demás curanderos? —le preguntó a su mentora, procurando sonar poco interesado.

—Ya te lo he dicho —respondió la gata—. No hablamos de eso.

—Pero todos los curanderos tienen sueños, ¿no? —insistió. ¿Sabía ella lo de Ala de Mariposa?

—La relación de cada uno de nosotros con el Clan Estelar es distinta —dijo con prudencia, como un gato avanzando entre escaramujos.

—Pero compartir lenguas con el Clan Estelar es lo más importante de nuestro oficio, ¿verdad? Cualquier gato podría aprender a sanar a sus compañeros, pero un auténtico curandero ha de poder transmitir mensajes del Clan Estelar.

—Nuestra labor implica muchísimo más que interpretar señales —respondió Hojarasca Acuática con firmeza—. Venga. —Y echó a correr—. La patrulla del alba partirá dentro de poco.

Recorrió a la carrera el resto del camino a través del bosque, asegurándose de que Glayino le seguía el ritmo, pero avanzando lo bastante deprisa como para impedirle hablar más. «Hojarasca Acuática sabe más de lo que dice», pensó el aprendiz mientras seguía el olor de su mentora a través del sotobosque.

Llegaron al campamento justo cuando la patrulla del alba estaba preparándose para salir. Zarzoso daba vueltas intranquilo. Cenizo tentaba el suelo y Fronde Dorado estaba lavándose las patas, pero su nerviosismo se

revelaba en los apremiantes lametones que se daba. El lugarteniente se detuvo cuando Hojarasca Acuática y Glayino aparecieron por el túnel de espinos. El aprendiz percibió el alivio de su padre al verlos regresar sanos y salvos.

—¿Todo bien? —le preguntó a la curandera.

—Todo bien —respondió ella, encaminándose a su guarida.

Esa era la oportunidad de Glayino de contar lo que había averiguado. Trepó por las rocas caídas hasta la Cornisa Alta.

—¡Estrella de Fuego! —llamó, y entró a toda velocidad en la guarida del líder.

Sorprendido, Estrella de Fugo dio un respingo.

—¿Glayino?

Tormenta de Arena se despertó en el otro lado de la cueva.

—¿Qué ocurre?

—He tenido un sueño sobre el Clan Estelar —empezó el joven—. Unos perros van a atacar al Clan del Viento. —Notó que a Estrella de Fuego se le erizaba la cola—. ¡Sería una gran ocasión para quedarnos con un trozo de su territorio! Ellos estarán distraídos en el otro extremo de las colinas y no habrá patrullas que nos detengan. Podemos tomar la franja de árboles, el arroyo… Podríamos volvernos más fuertes que los demás. El Clan de la Sombra no se atrevería a invadirnos nunca más.

—¿El Clan Estelar te ha dicho eso?

¿Por qué Estrella de Fuego parecía tan receloso? Glayino asintió con entusiasmo.

—Lo del ataque de los perros, sí.

Tormenta de Arena clavó en Glayino su firme mirada verde.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quería decir el Clan Estelar? ¿Que deberíamos usar el ataque de los perros contra nuestros vecinos?

—¿Por qué si no me habría dejado oír el aviso de Estrella Alta a Cascarón?

—No nos aprovecharemos de los problemas del Clan del Viento —declaró Estrella de Fuego.

—Pero ¡estoy convencido de que el Clan Estelar ha compartido eso conmigo para que pudiéramos sacar provecho! —protestó Glayino.

—¿Seguro que no pretendían avisarnos de que hay perros sueltos cerca de aquí?

Glayino sacudió la cola con indignación.

—¡Vosotros no estabais allí! —espetó—. ¿Cómo sabéis qué querían decir?

Salió a grandes zancadas y se dirigió a la guarida de la curandera. «¿Por qué no me escuchan? —pensó enfurecido—. ¡Soy yo quien ha compartido lenguas con el Clan Estelar! ¿Para qué sirve entonces ser curandero?».

21

—¡Ataque de perros! ¡Ataque de perros!

El alarido de Candeal hizo que Leonino diera un salto en su lecho. Se despertó de inmediato y corrió a la entrada de la guarida de los aprendices. Bayino y Ratolino habían salido disparados. Carrasquera se apretó contra él, con la cola erizada y las orejas gachas y planas contra la cabeza, lista para defender a su clan.

—¿Los ves? —exclamó sin aliento.

—¿Están cerca de la maternidad? —quiso saber Zarpa Pinta.

Leonino parpadeó a causa de la lluvia. Una llovizna constante había empapado el campamento, y el cielo matinal estaba gris. No había ni rastro de perros.

En el claro solo había gatos, que miraban desesperadamente a su alrededor con las uñas desenvainadas. Zancudo y Betulón salieron a toda prisa de la guarida de los guerreros. Látigo Gris y Mili aparecieron tras ellos mientras Candeal se paseaba inquieto debajo de la Cornisa Alta.

—¿Dónde están? —El aterrorizado maullido de Fronda brotó de la maternidad.

La reina estaba agazapada en la entrada, protegiendo a Raposillo y Albinilla, con los ojos muy abiertos por el espanto.

—¡Es igual que el ataque de los tejones! —aulló Dalia, encogida al lado de Fronda.

Estrella de Fuego descendió de la Cornisa Alta de un salto, seguido de Tormenta de Arena.

—¿Dónde están los perros?

Candeal respondió a trompicones, resollando para tomar aire.

—No están en el territorio del Clan del Trueno.

—¿Dónde, entonces? —quiso saber el líder.

—En el del Clan del Viento —informó la guerrera—. Estaba patrullando con Espinardo y Nimbo Blanco cerca de la frontera y hemos oído ladridos y maullidos desde el páramo.

—¿Dónde están Nimbo Blanco y Espinardo?

—Han ido a investigar.

—¡Que el Clan Estelar los proteja! —gimoteó Fronda.

El corazón de Leonino latía como el martilleo de un pájaro carpintero en un roble.

—¡Espero que Zarpa Brecina esté bien! —exclamó.

Y Carrasquera le rozó la mejilla con los bigotes—. ¿Estrella de Fuego mandará una patrulla?

—¡Debe hacerlo! —contestó su hermana con los ojos desorbitados—. Los perros podrían aniquilar al Clan del Viento.

Hojarasca Acuática salió a toda velocidad de su guarida.

—¿Hay heridos? —quiso saber.

Candeal negó con la cabeza.

—No hemos visto a ningún gato del Clan del Viento; solo los hemos oído chillar, y los perros… —Movió las orejas—. Pedían sangre a gritos.

Glayino se dirigió a Estrella de Fuego con expresión triunfal.

—¿Ahora me crees? —maulló, moviendo la cola.

Leonino se volvió sorprendido hacia su hermano. «¿Glayino sabía que iba a pasar?». Estrella de Fuego fulminó con la mirada al aprendiz de curandero.

—¡No se trata de tener razón! ¡Hoy podrían morir gatos!

Leonino miró a Carrasquera desconcertado, pero ella parecía tan confundida como él.

—Debemos mandar una patrulla para que ayude al Clan del Viento —decidió Estrella de Fuego.

Zancudo parpadeó.

—¿Te has olvidado de lo que sucedió la última vez que nos enfrentamos a perros?

—Ese día perdimos guerreros —recordó Tormenta de Arena muy seria.

—El Clan del Viento tiene que cuidar de sí mismo —gruñó Glayino.

Estrella de Fuego observó a Centella. La guerrera había perdido media cara al vérselas con una manada de perros cruel muchas lunas atrás.

—¿Qué opinas tú? —le preguntó con delicadeza.

—Estuvimos a punto de perderlo todo cuando nos atacaron. —Centella mantuvo la cabeza erguida, pero Leonino vio que estaba temblando—. No podemos permitir que al Clan del Viento le ocurra lo mismo.

—Pero, si vamos, nos arriesgamos a atraerlos hasta aquí —señaló Manto Polvoroso.

—Nos encontrarán de todos modos —maulló Estrella de Fuego.

Zarzoso asintió.

—El territorio del Clan del Viento se halla demasiado cerca del nuestro para mirar hacia otro lado —coincidió.

—Exacto. —Estrella de Fuego se dirigió a sus guerreros—: Arriesgaréis vuestras vidas para salvarlos a ellos, pero también estaréis defendiendo al Clan del Trueno de un enemigo mortal.

—¡Debemos ayudarlos! —exclamó Betulón.

Zancudo giró en círculos, nervioso.

—¡Tenemos que alejar a los perros!

Leonino clavó las garras en el suelo. «¡Ojalá me permitan ir!», pensó.

—¡Cenizo! ¡Látigo Gris! —llamó Zarzoso—. Vosotros ya os habéis enfrentado a perros en otra ocasión. Necesitamos vuestra experiencia. ¡Betulón y Zancudo! Vosotros también venís.

Leonino levantó el hocico.

—¿Y yo?

Zarzoso miró a Cenizo.

—¿Está preparado? —le preguntó al guerrero.

Cenizo asintió al instante.

—De acuerdo —maulló Zarzoso—. ¡Mili! —Y se volvió hacia la minina —. Tú conoces a los perros de cuando vivías en el poblado de los Dos Patas, ¿verdad?

La gata asintió.

—No me dan miedo —afirmó—. Y sé lo fácil que es engañarlos.

—Bien. Entonces, ven con nosotros. —Se volvió hacia su aprendiz—. Tú también, Bayino.

Este desenvainó las garras con los ojos brillantes.

—¿Y yo qué? —maulló Candeal.

—Necesitamos que nos indiques por dónde han ido Nimbo Blanco y Espinardo —respondió el lugarteniente.

—¿Y yo? —Carrasquera miró esperanzada a su padre.

Él negó con la cabeza, y Leonino vio cómo la decepción asomaba a los ojos de su hermana.

—Necesito que te quedes aquí y ayudes a Fronde Dorado a proteger el campamento —explicó Zarzoso—. Alguien tendrá que vigilar la entrada y

asegurarse de que ningún perro entra si no conseguimos frenarlos en la frontera.

Carrasquera agitó la cola.

—Sí, Zarzoso.

El lugarteniente miró a Estrella de Fuego.

—¿Estrella de Bigotes aceptará nuestra ayuda?

—Creo que sí. Es orgulloso, pero no insensato —respondió el líder.

—Cenizo. —Fronda había salido de la maternidad para dirigirse hacia su hermano.

Leonino sabía que la madre de ambos, Pecas, había muerto a manos de Estrella de Tigre, que había dado a probar así la sangre de gato a otra manada. Fronda solo tenía recuerdos espantosos de los perros.

—Ten cuidado —dijo la reina, y restregó su mejilla contra la del guerrero.

—No te olvides de que en una ocasión ya fui capaz de correr más que ellos —maulló él.

—Entonces me tenías a tu lado —le recordó Fronda.

—Y ahora tengo que protegeros a ti y a tus hijos. —Le dio un lametón entre las orejas—. No os fallaré.

Zarzoso había echado a correr hacia la entrada. Cenizo salió disparado tras él, siguiendo la estela de Látigo Gris y Mili. Al grupo se sumaron Betulón y Zancudo, con Leonino y Bayino a la zaga, uno pegado al otro.

La patrulla abandonó el campamento y aumentó el ritmo al ascender la ladera que llevaba a la frontera del Clan del Viento. ¿Llegarían a tiempo? ¿Y si los perros ya estaban allí? Imágenes de crueles colmillos destellaron en la mente de Leonino, haciendo que le temblara la cola. Desenvainó las uñas para clavarlas con más fuerza en el suelo empapado.

Cuando alcanzaron la frontera, el joven aprendiz tenía todo el pelo pegado al cuerpo. Examinó el páramo mientras la patrulla entraba en el territorio del clan vecino, pero el viento hacía que la lluvia le entrase en los ojos.

Un alarido distante desgarró el aire. Un maullido de pánico brotó desde el brezo.

—¡Tenemos que alejarlos del campamento!

—¡Por aquí! —exclamó Candeal, poniéndose en cabeza.

Leonino captó el olor de Espinardo en los arbustos mientras subían la pendiente. Bayino se adelantó; tenía el pelo empapado y erizado como espinas. Leonino apretó el paso. La mullida hierba facilitaba el avance entre los arbustos de aulaga. Delante de él vio los potentes omóplatos de Zarzoso, subiendo y bajando mientras el guerrero saltaba entre el brezo goteante.

Una peluda figura blanca y negra atravesó el llano delante de ellos. Corría muy veloz por el agreste páramo, ladrando y gruñendo. Dos gatos huían a apenas unas colas de distancia de sus fauces abiertas. Leonino reconoció el pelaje negro de Corvino Plumoso y, con un respingo de pánico, vio a Zarpa Brecina junto al guerrero, y su pelaje marrón claro contra la hierba.

—Están alejando al perro del campamento —explicó Zarzoso.

Derrapó y se detuvo. Toda la patrulla paró a su lado. Leonino clavó las garras en la tierra y frenó en seco.

Un segundo perro corría en dirección contraria, a toda velocidad. Otros dos guerreros del Clan del Viento —uno negro y otro marrón claro— aparecieron entre el brezo que había ante la bestia. Esta los vio y descendió tras ellos por una ladera cubierta de rocas. Sus ojos destellaban triunfales, y sus ladridos se volvieron más estridentes conforme se acercaba a su objetivo.

De pronto, Espinardo y Nimbo Blanco salieron de entre las rocas que había al pie de la ladera. Corrieron juntos cuesta arriba y se cruzaron con los gatos del Clan del Viento. Leonino los miró conmocionado. ¡Iban directos hacia el perro!

Los ojos del can centellearon al verlos aproximarse. Pero luego los guerreros se separaron, como un arroyo que bordea una piedra. El animal se retorció y se abalanzó contra Espinardo. Leonino y Candeal reprimieron un grito de pavor cuando las mandíbulas de la bestia se cerraron a solo unos centímetros del costado de su compañero. El guerrero se escabulló por una estrecha grieta entre dos rocas y dejó al perro dando vueltas, confundido, mientras los gatos del Clan del Viento y Nimbo Blanco se alejaban de allí.

—Ya os había dicho que los perros son bobos —gruñó Mili—. Solo pueden pensar en una cosa a la vez.

—Entonces, ¡hagámosles pensar todo lo que podamos! —exclamó Zarzoso. Señaló con la cola una larga zanja flanqueada de peñascos escarpados—. Cenizo, Leonino y tú llevad a uno de los perros hasta ahí abajo. Le tenderemos una emboscada.

A Leonino le dio un vuelco el corazón con una mezcla de emoción y miedo.

—No —contestó Cenizo con firmeza—. Será más seguro enfrentarse a ellos en campo abierto.

Zarzoso observó al guerrero gris con los ojos entornados. Tensó los omóplatos, pero el gato le sostuvo la mirada sin amilanarse.

—No guiaré a Leonino a una trampa —insistió Cenizo—. Necesitamos espacio para poder movernos libremente. Los perros son más grandes y

rápidos, pero nosotros somos más ágiles.

Zarzoso soltó un gruñido, pero al cabo asintió.

—De acuerdo. Llévate a Betulón y a Leonino, y alcanzad a Corvino Plumoso y a Zarpa Brecina. Juntos podréis plantarles cara. Yo me llevaré a Zancudo y a Bayino para ayudar a Nube Negra y a Cárabo —añadió, y Leonino supuso que se refería a los gatos a los que habían visto cerca de las rocas—. ¡Látigo Gris, Mili! Comprobad si hay más perros. Buscad el campamento y ayudad a quien lo necesite.

El guerrero asintió y se alejó a toda velocidad con la gata doméstica. Leonino corrió detrás de Cenizo, que se dirigía hacia Corvino Plumoso y Zarpa Brecina. Los dos miembros del Clan del Viento mantenían al perro a raya, y sus patas levantaban trozos de musgo al patinar sobre la tierra mojada. El can corría tras ellos, que viraban hacia un lado y luego hacia otro, lo que provocaba que la bestia resbalara y les permitía ganar terreno.

«¡Deben de estar agotados!», pensó Leonino, obligándose a correr lo más deprisa posible. No podía despegar los ojos de Zarpa Brecina. La aprendiza corría valerosamente junto a su mentor, con el pelo reluciente por la lluvia, calcando los movimientos del guerrero.

—¡Corvino Plumoso! —gritó Cenizo al alcanzarlo.

Este lo miró sorprendido.

—¡Hemos venido a ayudar! —le dijo Leonino a Zarpa Brecina.

Ella volvió la cabeza y tropezó. Había metido la pata en una madriguera de conejo y cayó al suelo. Leonino dio un respingo, aterrorizado, cuando el perro viró hacia la gata. Sin pensárselo dos veces, giró en redondo y corrió hacia la bestia. Corvino Plumoso se había detenido y regresaba a ayudar a su aprendiza. Betulón fue tras Leonino. Cenizo lanzó un grito de guerra y se unió a la persecución.

Zarpa Brecina consiguió levantarse a duras penas y echó a correr, pero tenía al perro prácticamente encima. Maullando de rabia, Leonino se lanzó contra el costado del can y se agarró a su áspero pellejo. El animal aulló y giró sobre sí mismo, tratando de morder al aprendiz, pero no lo consiguió. Leonino se izó hasta el lomo del perro y le clavó las garras. Este intentó sacudírselo de encima, sin éxito. Corvino Plumoso saltó a la cara de la bestia y le arañó el hocico antes de apartarse. Cenizo se coló debajo del perro y le mordió una de las patas delanteras con tanta saña que le hizo sangre. Leonino notó que el animal trastabillaba y hundió las garras aún con más fuerza.

El perro, aullando de dolor, intentó librarse de nuevo de Leonino, que aguantó el tipo mientras buscaba con la mirada a Zarpa Brecina, desesperado

por ver si estaba a salvo. Se le cayó el alma a los pies cuando advirtió el pelaje claro de la gata, que corría como una centella hacia ellos.

—¿Qué estás haciendo? —chilló.

—¡Ayudarte! —le contestó ella a gritos.

Corrió hacia el animal y le propinó varios zarpazos en las patas traseras. El perro aulló y se tiró al suelo. Rodó sobre Leonino, que gritó, sorprendido. La tierra musgosa y mojada amortiguó el golpe cuando la bestia se libró de él y giró en redondo, gruñendo, para atacarlo con las fauces goteantes de sangre y saliva. Leonino se levantó de un salto y se apartó de su camino. Oyó cómo las fauces se cerraban con un chasquido a su espalda, y luego otro aullido agónico. Cenizo se había plantado ante el animal y le había arañado el hocico. Corvino Plumoso y Betulón se le unieron mientras Zarpa Brecina le mordía las patas traseras. Leonino corrió a ayudarlos, y juntos atacaron al perro hasta que este huyó con la cola entre las piernas.

Leonino empezó a perseguirlo, pero Cenizo le ordenó volver.

—¡Creo que ya ha tenido suficiente!

El aprendiz frenó en seco y vio cómo la enorme criatura huía de sus atacantes entre alaridos. «¿Dónde está el otro?», pensó, mirando a su alrededor. Entusiasmado, descubrió que también se estaba alejando entre el brezo. Salpicaba los arbustos de sangre mientras corría para alcanzar a su compañero.

Látigo Gris salió de entre la aulaga, con mechones de pelo colgándole apelmazados y una oreja manchada de sangre, pero con los ojos centelleantes. Mili apareció tras él, seguida por Oreja Partida y Lebrato.

—¿Dónde está Zarzoso? —gritó Cenizo.

—¡Aquí!

El profundo maullido brotó del brezo que crecía en la ladera, frente a ellos. Con un salto, el lugarteniente salió de entre los arbustos, con Zancudo, Nube Negra y Cárabo a la zaga.

—El Clan del Viento os debe un favor —dijo Corvino Plumoso formalmente.

Zarzoso inclinó la cabeza.

—¿Podemos acompañaros al campamento? Quiero asegurarme de que todo esté en orden.

Corvino Plumoso entornó los ojos, pero luego asintió.

—Seguidnos —maulló, y echó a andar.

Leonino se colocó al lado de Zarpa Brecina, detrás de sus mentores. La lluvia empezaba a amainar, pero el aprendiz todavía notaba que el agua le

bajaba por los bigotes.

—¿Estás bien? —le preguntó a Zarpa Brecina con un susurro.

Ella lo miró con sus dulces ojos azules.

—Sí.

A Leonino le picaban los arañazos de la aulaga, y le dolía el cuerpo en las zonas que le había aplastado el perro cuando se le cayó encima. Agradecía que el musgo hubiese suavizado el impacto, pero también estaba muy orgulloso de sus cicatrices. Esta vez se las había ganado defendiendo a otro clan.

—Has sido muy valiente al saltar sobre el perro —maulló Zarpa Brecina, y señaló con el hocico hacia delante—. Ya hemos llegado.

Aulagas y brezo, entrelazados con espinosos zarzales, formaban una barrera alrededor de una depresión en el suelo. Leonino siguió a Zarpa Brecina mientras ella zigzagueaba a través de un intricado túnel. De pronto salieron a un claro bajo el cielo gris; a su alrededor, Leonino vio pasajes que se internaban en el espeso seto y se imaginó que allí se ocultaban las guaridas.

Cuando la patrulla llegó al claro, asomaron algunas caras, y varios gatos empezaron a salir con sigilo. Un cachorrito chillaba, y su maullido estaba cargado de miedo.

—Chis, hijo, tranquilo —lo calmó una reina desde algún punto en lo más hondo de las zarzas.

Estrella de Bigotes apareció por un túnel, cerca de donde el cachorrito seguía gimiendo.

—Los hemos ahuyentado —lo informó Oreja Partida.

—Bien —maulló el líder.

—¿Cómo están los cachorros? —preguntó Corvino Plumoso.

—Asustados, pero se les pasará —respondió Estrella de Bigotes.

Aparecieron más miembros del Clan del Viento. Leonino reconoció a algunos de la Asamblea, y vio que miraban recelosos a los forasteros.

—Estrella de Fuego ha mandado una patrulla para ayudarnos —le dijo Corvino Plumoso a Estrella de Bigotes.

El líder observó a sus vecinos.

—El Clan del Viento os da las gracias —maulló, e inclinó la cabeza.

—Hemos oído a los perros desde la frontera —le explicó Zarzoso—. Espero que nos perdones por haberla traspasado, pero no estábamos seguros de cuántos os amenazaban.

—Por suerte, gracias a Cascarón, sabíamos de antemano que iban a venir. —Estrella de Bigotes señaló al curandero con la cabeza—. El Clan Estelar le

mandó un
aviso, y habíamos preparado un plan para alejarlos del campamento.

Leonino miró sorprendido a Cascarón. Así que Glayino no era el único al que el Clan Estelar había avisado de la llegada de los perros.

—Y ha funcionado —maulló Zarzoso.

—Pero nunca habríamos podido ahuyentarlos sin vuestra ayuda —intervino Zarpa Brecina—. Eran más rápidos de lo que me había imaginado. —Miró a Leonino de reojo—. Leonino me ha salvado de uno de ellos.

De inmediato, Corvino Plumoso se colocó entre los dos aprendices, impidiendo el contacto visual.

—Has sido muy valiente, Leonino, pero el Clan del Viento es perfectamente capaz de cuidar de sus propios gatos.

El aprendiz sintió un fogonazo de rabia. Ningún otro gato había estado lo bastante cerca del perro para alcanzarlo antes de que le hiciera daño a Zarpa Brecina.

—Pero…

Cenizo lo hizo callar tocándolo con la cola, y Leonino bajó la mirada. Las zarzas temblaron cuando Ventolino entró corriendo en el campamento.

—La barrera no ha sufrido ningún destrozo —anunció.

—¿Has inspeccionado todo el perímetro? —le preguntó Corvino Plumoso.

Ventolino miró ceñudo a su padre.

—¡Por supuesto! Eso es lo que me ha ordenado Cola Blanca.

Nube Negra se adelantó.

—Deberías tener más fe en nuestro hijo —lo regañó.

—Además, mi mentora es Cola Blanca, no tú —añadió Ventolino.

—¿Esa es la minina casera? —Una cachorrita marrón había salido por el túnel detrás de Estrella de Bigotes y miraba a Mili con los ojos dilatados.

El resto de los gatos del Clan del Viento se volvieron hacia ella con expresión desconfiada.

—Estoy entrenando para ser guerrera —le contó Mili a la gatita.

—Pero nunca podrás ser una auténtica gue…

Una reina atigrada salió a toda prisa del túnel.

—Hija, ven conmigo —la llamó—. Te vas a empapar.

La cachorrita miró malhumorada a su madre y volvió adentro con grandes zancadas.

—Deberíamos irnos —maulló Zarzoso, e inclinó la cabeza ante Estrella de Bigotes—. Esos perros no se atreverán a acercarse de nuevo a esta parte de vuestro territorio.

—Y si lo hacen, podemos arreglárnoslas nosotros solos —masculló Ventolino.

—¡Ventolino! —le espetó Nube Negra—. Zarpa Brecina podría haber resultado herida sin la ayuda de este valiente aprendiz. —Y le dedicó un guiño de agradecimiento a Leonino.

Este apartó la vista, consciente de que Zarpa Brecina no habría tropezado si él no la hubiera distraído.

—¿Necesitas alguna hierba para las heridas? —le preguntó Zarpa Brecina.

El joven negó con la cabeza.

—Hojarasca Acuática las tratará cuando volvamos a casa.

Zarzoso dio media vuelta y se dirigió a la salida del campamento. El resto de la patrulla fue tras él. Mientras recorrían el serpenteante túnel para volver al páramo, Leonino pensó en lo que Glayino le había dicho a Estrella de Fuego. Su hermano también sabía que los perros iban a aparecer; ¿de verdad Estrella de Fuego se había negado a creerlo? Seguro que le hacía caso la próxima vez, porque Glayino había estado en lo cierto. Pero enseguida ocupó su mente el recuerdo de unos ojos del color del brezo y de una dulce voz preguntándole si necesitaba hierbas.

22

Había pasado un cuarto de luna. Pesadas nubes grises cubrían el bosque. Glayino se estremeció, con el pelo húmedo por la lluvia.

—Me voy a dormir —maulló, y le dio las buenas noches a sus hermanos mientras ellos se terminaban la cena al lado de la roca partida.

Carrasquera levantó la vista.

—¿Ya?

—Estoy cansado.

—Lo que quieres es escapar de la lluvia —bromeó Leonino.

Glayino gruñó. Si tenía ganas de marcharse no era por la humedad; Leonino llevaba días hablando del enfrentamiento con los perros, y no quería volver a oírlo esa noche. Estaba casi seguro de que su hermano se había quitado las telarañas de las heridas antes de tiempo para tener unas cuantas cicatrices que enseñar a sus compañeros de clan.

Malhumorado, Glayino cruzó la cortina de zarzas que cubría la entrada de la guarida de la curandera. Las únicas cicatrices que él conseguiría serían las de caídas a madrigueras de conejo. ¿Por qué no podía hacer algo auténtico, como Leonino? Había curado a sus compañeros después de que estos ahuyentaran a los perros, pero eso no era lo mismo que luchar por el bien del clan.

—Todavía oigo llover —comentó Hojarasca Acuática cuando su aprendiz entró en la guarida.

—Ha amainado —respondió él.

—Bueno, por lo menos habrá nuevas hierbas que recolectar para la luna llena —maulló esperanzada.

Glayino no estaba tan seguro. Durante todo el día, había notado en el aire los crudos olores de las montañas; tenía la sensación de que el hielo

atenazaría al bosque una vez más antes de que la estación de la hoja nueva trajera más vida.

—Quizá deberíamos buscar las primeras hojas mañana —sugirió, y se hizo un ovillo en su lecho. «Antes de que una helada acabe con ellas», añadió para sus adentros.

—Quizá —murmuró Hojarasca Acuática, medio dormida ya—. Pero será mejor no recolectarlas demasiado pronto; han de tener tiempo de crecer.

Glayino valoró la posibilidad de protestar, de señalar el cambio que notaba en el ambiente, pero, desde que Estrella de Fuego había desdeñado su advertencia sobre los perros, al joven lo consumía el resentimiento. «¿De qué sirve avisar si se limitan a desoír mis consejos?».

Glayino no soñó esa noche y, al levantar el hocico al amanecer, el cortante olor del hielo le irritó la nariz. Sabía, sin la menor duda, que una espesa capa de escarcha había cubierto el bosque. Al desperezarse, vio que Hojarasca Acuática ya estaba despierta, rebuscando entre sus provisiones.

—Deberíamos haber recolectado hierbas ayer —maulló la gata, alterada.

—¿Nos quedaremos sin reservas? —le preguntó Glayino, y se acercó todavía adormilado. Reparó en algunas ausencias entre la intensa mezcla de olores.

—Esta es la peor época del año —suspiró la curandera—. Escasean hierbas frescas muy valiosas, y el clan está más débil que nunca después de la larga estación sin hojas.

—Por lo menos hay más presas desde la última helada.

—El frío las habrá obligado a refugiarse de nuevo en sus escondrijos —repuso Hojarasca Acuática—. Esta noche, algunos guerreros se irán a dormir con el estómago vacío.

Las zarzas congeladas de la entrada crujieron, y Glayino captó el olor de Rabo Largo. La ansiedad del joven se transformó en irritación. No era de extrañar que fueran cortos de provisiones. El veterano no había hecho más que venir a por hierbas para Musaraña. La vieja gata aseguraba que se encontraba bien, pero Rabo Largo estaba preocupado por ella, como una reina angustiada por su cachorro.

—Musaraña respira con dificultad —anunció el veterano.

«Pues claro —pensó Glayino, desquiciado—. ¡Es más vieja que el Roble del Cielo y está helando!». Se volvió hacia Rabo Largo.

—Ya hemos probado casi todas las hierbas con ella.

—Intentémoslo con bayas de enebro esta vez —sugirió Hojarasca Acuática.

«O con un puñado de semillas de adormidera —masculló Glayino para sí mismo—. Así dormiría un rato y me daría un respiro».

—Toma. —Hojarasca Acuática hizo rodar unas pequeñas bayas hacia su aprendiz—. Llévale esto a Musaraña.

El aromático olor del enebro le llenó la nariz a Glayino, que recogió las bayas cuidadosamente entre los dientes. Luego siguió a Rabo Largo hasta la guarida de los veteranos.

El retorcido arbusto de madreselva había perdido el follaje propio de la estación de la hoja verde, y las corrientes azotaban la guarida como remolinos de agua.

—Glayino —lo saludó Musaraña—. ¿Cómo es que has vuelto? —La voz parecía arañarle la garganta como cardos secos—. Deberías estar con gatos de tu edad en vez de pasarte todo el tiempo aquí.

El aprendiz sacudió la cola con frustración. «¡Ojalá pudiera!».

—Viene tan a menudo porque se preocupa por ti —maulló Rabo Largo.

—Querrás decir porque tú te preocupas por mí —lo corrigió Musaraña—. La verdad es que no tiene tanta importancia. Es normal que una gata de mi edad se resienta por el frío.

—Pero moqueas y te lloran los ojos —replicó el veterano.

—Eso es solo por el aire frío —contestó ella con voz cascada.

—Puedo pedirle a Zarzoso que ordene a algunos guerreros que cubran los muros de vuestra guarida, si te parece —propuso Glayino.

—Eso sería muy amable —admitió Musaraña—. Esta mañana, el frío se me ha colado hasta los huesos.

Glayino empujó las bayas de enebro hacia la gata. Sabía que estaba temblando y, sin embargo, irradiaba calor. Le resultó extraño, pero había ido a examinarla tantas veces que seguía pensando que Rabo Largo estaba sacando las cosas de quicio.

—Hablaré con Zarzoso —prometió.

A lo mejor, si les arreglaban la guarida, los dos veteranos podrían pasar sin él durante un tiempo. Salió al claro y levantó el hocico, buscando el olor de su padre. Estaba inspeccionando el campamento cuando, de repente, se quedó inmóvil. En su interior brotó una pequeña duda que había permanecido sofocada por la irritación que le provocaban los dos veteranos: Musaraña había aceptado su ayuda demasiado deprisa, y su respiración era irregular.

Dirigió la nariz de nuevo hacia la guarida. El intenso aroma de las bayas de enebro había enmascarado otro olor: el de la enfermedad.

Musaraña estaba enferma de verdad.

Corrió hacia la cueva de la curandera. Patinó sobre el suelo helado y no se detuvo hasta chocar contra la cortina de zarzas. A Hojarasca Acuática se le erizó el pelo, alarmada.

—¡Glayino!

—¡Musaraña tiene tos verde!

—¿Estás seguro?

El joven enumeró los síntomas:

—Respiración irregular, ojos llorosos, moqueo, resuellos, fiebre… —«¡Fiebre!». Eso explicaba el calor que despedía la gata en oleadas.

—Necesitamos nébeda —maulló Hojarasca Acuática, y salió de la guarida a toda velocidad.

Glayino sabía que el de la nébeda era uno de los olores que faltaban entre las provisiones que la curandera había estado revisando. Siguió a su mentora y se paseó impaciente mientras ella llamaba a Nimbo Blanco.

—Tienes que traer nébeda —le explicó Hojarasca Acuática al guerrero, que llegó corriendo—. ¡De inmediato!

Los ojos de Nimbo Blanco destellaron sorprendidos.

—¿Nébeda? ¿Por qué?

A Hojarasca Acuática se le erizó el pelo; estaba indecisa. Era evidente que no quería que cundiera el pánico en el campamento. Bajó la voz:

—Musaraña está enferma.

Nimbo Blanco tentó el suelo, angustiado.

—¿Dónde hay nébeda?

—Junto a la vieja casa de los Dos Patas.

—Yo sé cómo huele —intervino Glayino—. Podría encontrarla. —Percibió las dudas de Nimbo Blanco—. Los curanderos también pueden correr, ¿sabes? Y seré capaz de localizar la planta antes que tú.

—Tiene razón —coincidió Hojarasca Acuática.

—Está bien —maulló el guerrero—. Nos llevaremos a Carboncilla con nosotros. Nos ayudará a traerla.

Y llamó a su aprendiza, que estaba al otro lado del claro, compartiendo lenguas con Rosellera. En cuanto la joven oyó que la requerían, cruzó la explanada, que seguía cubierta de escarcha.

—¿Qué ocurre? —maulló.

—Tenemos que ir a por nébeda —le contó Glayino—. Musaraña está enferma.

Carboncilla ahogó un grito.

—La nébeda se usa para la tos verde, ¿no?

—Vamos —le ordenó Nimbo Blanco—. No hay tiempo que perder.

Echó a correr hacia la barrera de espinos, y Glayino fue tras él. Una vez fuera del campamento, se dirigieron hacia el sendero atronador abandonado.

Glayino percibía la mirada de Nimbo Blanco sobre él cada dos por tres; el guerrero no dejaba de comprobar si su compañero ciego le seguía el ritmo. Pero el miedo impulsaba las patas del joven, y no le costó nada mantenerse al lado de Carboncilla. Notaba el cálido pelaje de la aprendiza junto a él, y ajustó su paso al de ella.

—¡Árbol! —le avisó la gata.

Pero Glayino ya había captado el olor de la corteza y viró para sortearlo. No podía dejar de pensar en Musaraña. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que la veterana estaba tan mal? Rabo Largo llevaba días intentando decírselo. La culpa le contrajo el estómago. En cuanto tuvieran la nébeda, él mismo se la administraría a Musaraña hasta que se recuperara por completo. La angulosa grava del viejo sendero atronador le arañó las almohadillas, pero él apretó el paso y adelantó a Carboncilla.

Nimbo Blanco se detuvo junto al muro en ruinas que rodeaba la vivienda. Glayino se puso nervioso. Aunque sabía que aquel lugar estaba vacío, le parecía poco prudente internarse en el territorio de los Dos Patas. El guerrero fue el primero en saltar al muro.

—No es muy alto —maulló Carboncilla.

Glayino se plantó sobre las patas traseras, y Nimbo Blanco agitó la cola para darle una indicación de la altura a la que debía saltar. El joven tomó impulso y arañó la piedra para sujetarse; Nimbo Blanco lo agarró por el pescuezo y lo pasó por encima del muro hasta la hierba alta del otro lado, que estaba endurecida por la escarcha.

Nada más aterrizar, Glayino olfateó el aire en busca de la nébeda. Captó un rastro y comenzó a avanzar.

—¡Espérame! —lo llamó Carboncilla, que saltó tras él y corrió a su lado —. Nimbo Blanco montará guardia sobre el muro —añadió sin resuello.

—La nébeda está por ahí —le dijo Glayino.

Carboncilla se adelantó, y el aprendiz de curandero la oyó hurgar entre la vegetación que crecía a lo largo del muro.

—¡Aquí solo hay hojas muertas! —exclamó la gata al cabo de un rato—. La helada ha acabado con todo.

Glayino sintió un peso en el estómago, y el suelo pareció desaparecer bajo sus patas. ¡Allí tenía que haber nébeda!

—¡Déjame mirar!

Corrió al lado de Carboncilla y olfateó las plantas alrededor de sus zarpas. Notaba el olor de la nébeda, pero era amargo, quemado por el frío.

—Está todo negro —suspiró Carboncilla.

Glayino tocó una planta con la punta de la lengua. Las hojas estaban pastosas y húmedas, pero un delicioso sabor se filtró desde lo más profundo de las mismas. Cavó en el suelo, con miedo de dañar algunas raíces que aún podrían recuperarse pero desesperado por encontrar algo que ayudara a Musaraña. En torno a la base, justo debajo de la tierra, olió las hojas frescas. Palpando cuidadosamente con la punta de las zarpas, detectó la suave pelusa de los brotes. No había muchos, pero aquello era mejor que nada. Apartó la tierra y cortó los tallos con delicadeza. Luego, sujetándolos con esmero e intentando no tragarse ni una gota del valioso jugo, le hizo una seña a Carboncilla.

—¿Bastará con eso? —preguntó ella.

Incapaz de hablar, Glayino se limitó a encogerse de hombros.

La gata pareció entenderlo, porque dio media vuelta y corrió hacia el muro, donde esperaba Nimbo Blanco. Juntos salieron de allí y regresaron al campamento a toda velocidad.

—Esto es lo único que se ha salvado —le explicó Glayino a Hojarasca Acuática, tras dejar su carga en el suelo de la guarida.

Percibió que la curandera se quedaba petrificada por la decepción.

—Es mejor que nada —maulló, y salió de la guarida a la carrera tras recoger los tallos.

Glayino la siguió. ¿Habría empeorado Musaraña? La fatigosa respiración de la vieja gata resonaba por el arbusto de madreselva. El aire olía más amargo y también estaba cargado con la desazón del otro veterano.

—¿Eso es nébeda? —preguntó Rabo Largo, esperanzado.

Hojarasca Acuática la dejó al lado de Musaraña.

—Sí.

—No hay mucha —observó.

—Tendrá que bastar —le dijo Hojarasca Acuática—. El frío ha estropeado el resto. —Se agachó para susurrarle a la veterana—: Quiero que mastiques esto y te tragues todo lo que puedas.

Musaraña soltó un quejido. Glayino se colocó junto a ella y pegó la mejilla a su costado: estaba temblando y ardiendo a causa de la fiebre.

Entonces tosió, y el aprendiz oyó el burbujeo de su respiración. Levantó la cabeza de golpe y miró desesperado a Hojarasca Acuática.

—Puede que Musaraña sea vieja, pero es fuerte —lo tranquilizó su mentora, que instó a la veterana—: Venga, come un poco.

La vieja gata tomó unos pocos tallos con los dientes y comenzó a masticar. Glayino notó el dolor que le producía tragar, como espinas en la piel. Musaraña debió de percibir su estremecimiento, porque levantó la cabeza hacia él.

—Menudo escándalo estáis montando conmigo —le dijo con voz ronca, y su amargo aliento le alborotó el pelo—. Cualquiera pensaría que estoy a punto de reunirme con el Clan Estelar. —Se obligó a ronronear, y Glayino notó el dolor que le sacudía el cuerpo—. No creo que estén listos para recibirme todavía. Además, si me voy, ¿quién se ocupará de recordarle a Rabo Largo que compruebe si tiene pulgas?

—Estarás mejor en un abrir y cerrar de ojos —le dijo Glayino, deseando que así fuera.

Se oyeron unas pisadas apresuradas en el exterior de la guarida, y la madreselva crujió. Glayino captó el olor
de Dalia en la entrada.

—¿Hojarasca Acuática? —La minina sonaba preocupada.

La curandera levantó la cabeza.

—¿Sí?

—Fronda no está bien.

Glayino se alarmó.

—¿Qué le ocurre? —preguntó la gata.

—Le cuesta respirar, moquea y le lloran los ojos.

Musaraña soltó un gemido de angustia.

—Ayer fui a la maternidad a ver a los cachorros —se lamentó con voz cansada.

—Raposillo y Albinilla parecen estar bien —afirmó Dalia de inmediato.

—Iré a examinar a Fronda —maulló la curandera.

—¿Me quedo con Musaraña? —se ofreció Glayino.

—No. —La veterana empezó a toser—. ¡Examinad a los cachorros! —Apartó el resto de la nébeda—. No perdáis el tiempo con una vieja guerrera como yo.

—Debes tomarte estas hierbas —replicó Hojarasca Acuática, y las colocó de nuevo debajo de su nariz—. Tú no eres tan fuerte como Fronda.

—Examina primero a los cachorros —contestó Musaraña con tozudez.

—De acuerdo, eso haré. —Y salió de la guarida.

Glayino la siguió a través del claro y entró en la maternidad tras ella. El olor familiar de su antigua guarida estaba teñido con el tufo de la enfermedad. Fronda respiraba con dificultad y, sin tocarla siquiera, el aprendiz notó el calor que desprendía su cuerpo.

—No cabe duda de que se trata de tos verde —anunció Hojarasca Acuática—. Pero los cachorros no están infectados.

—Entonces deberíamos llevárnosla —sugirió Glayino.

—Yo puedo cuidar de los pequeños —dijo Dalia, que los había seguido hasta la maternidad—. Ya falta poco para destetarlos.

—Gracias —maulló Hojarasca Acuática, y ayudó a Fronda a ponerse en pie.

La reina se entristeció cuando oyó a Raposillo y Albinilla maullar lastimeramente.

—Volveré pronto —les prometió con voz débil.

Dalia los atrajo y enroscó su cuerpo alrededor de los pequeños.

—Nos vamos a divertir mucho con todo este espacio para nosotros solos —les dijo—. Vuestra madre estará al otro lado del claro. No va a salir del campamento.

—¿Por qué no puede quedarse aquí? —lloriqueó Raposillo.

—Porque no queremos que vosotros también os pongáis malitos —les explicó Dalia.

—Sed buenos —maulló Fronda, resollando mientras Hojarasca Acuática la sacaba de la maternidad.

—No te preocupes; estaremos bien —exclamó Albinilla.

Glayino percibió la angustia que escondían las valientes palabras de la cachorrita. Le pasó la cola por el lomo.

—Le diré a Carrasquera que venga a enseñaros todos los movimientos de combate que ha aprendido —maulló.

—¿En serio? —chilló Albinilla, más animada.

—Ve a por Musaraña —le indicó Hojarasca Acuática a Glayino desde la entrada—. Las acomodaremos a las dos en nuestra guarida, así podremos vigilarlas.

A Glayino se le volvió a desbocar el corazón al salir de la maternidad. Deseaba tener la oportunidad de proteger a sus compañeros de clan, pero un guerrero podía hacerlo con garras y colmillos, mientras que él solo disponía de un puñado de raíces pastosas. ¿Cómo podía ser ese su destino?

El alba trajo una nueva víctima. Candeal despertó a Glayino al entrar cojeando en la guarida de la curandera; arrastraba la cola y resollaba. Para entonces, el joven ya conocía el fatal olor de la tos verde y se levantó de un brinco, pero Hojarasca Acuática se encontraba ya al lado de la guerrera blanca, auscultando su respiración.

—Prepárale un lecho al lado de Fronda y Musaraña —le ordenó la gata a su aprendiz.

El joven corrió a por el musgo que acumulaban al lado de la guarida. «Al menos de esto tenemos de sobra», pensó con amargura. A toda velocidad, preparó un lecho junto a Musaraña, que por fin dormía, aunque con respiraciones cortas e irregulares. Fronda parecía estar cómoda, pero le estaba subiendo la fiebre. Candeal se dejó caer en el lecho, agradecida.

—Necesitamos más nébeda —susurró Hojarasca Acuática para que solo la oyera Glayino.

El joven captó el pánico en la voz de su mentora. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Cultivarla?

—Examina a todos los guerreros y aprendices —le ordenó Hojarasca Acuática en voz más alta.

Glayino asintió y salió de la guarida. ¿Por qué el Clan Estelar no los había avisado? En vez de sermonearlo, Jaspeada o Fauces Amarillas podrían haberle advertido de la llegada de la tos verde y así podrían haber recolectado nébeda antes de la helada.

Manto Polvoroso se paseaba delante de la maternidad. Glayino reconoció los pesados pasos del guerrero sobre la tierra helada, y notó el torbellino de miedo que atenazaba sus pensamientos.

—¿Cómo está Fronda? —le preguntó a Glayino en cuanto lo vio.

—No ha empeorado —lo tranquilizó el joven.

—¿Puedo verla?

—Sería mejor que guardaras las distancias —le recomendó Glayino—. Queremos evitar que la enfermedad se propague.

Dalia salió de la maternidad.

—Tus hijos están bien —le contó a Manto Polvoroso—, pero, si sigues dando vueltas por aquí, se preocuparán.

Glayino nunca la había oído hablar con tanta severidad.

—Deberías estar en el bosque, cazando —continuó la minina—. Es la mejor manera de ayudarlos.

Glayino notó la sorpresa de Manto Polvoroso.

—Quiero que se me informe si Fronda empeora —maulló el guerrero, pero luego se dirigió a la barrera de espinos de camino al bosque.

Mientras Glayino iba hacia la guarida de los aprendices, la patrulla del alba entró en el claro, encabezada por Látigo Gris. Carrasquera estaba entre ellos, y su olor se mezclaba con los frescos aromas del bosque.

—¿Cómo están las enfermas? —le preguntó a su hermano.

—Durmiendo —respondió él—. ¿Habéis cazado algo?

Si el resto del clan podía llenarse el estómago, tal vez resistiese mejor a la enfermedad.

—Casi nada —informó la aprendiza—. Incluso las ardillas se han quedado en sus escondrijos.

Glayino cerró los ojos. «¿Dónde estás, Clan Estelar? —se preguntó—. ¡Apenas he tenido sueños sin que te entrometieras! ¿Por qué no me ayudas ahora?». Pero no oyó nada más que la voz de Hojarasca Acuática a su lado.

—Examina a los aprendices, Glayino —le recordó su mentora—. El Clan Estelar nos está vigilando, pero algunas batallas hemos de librarlas solos.

23

—Pronto amanecerá —le susurró Hojarasca Acuática a su aprendiz—. Deberías descansar un poco.

Glayino negó con la cabeza.

—No mientras haya tantas enfermas a las que cuidar.

Olfateó a Rosellera. La aprendiza se había despertado con fiebre durante la noche y había acudido a la guarida de Hojarasca Acuática. Ahora descansaba en un lecho al lado de Fronda, con los ojos pegajosos de pus y la respiración trabajosa. El calor que irradiaba la joven asustó a Glayino.

Escuchó con un hormigueo de pánico. La guarida de la curandera estaba abarrotada; los resuellos y las toses le crisparon los oídos, y el olor de la enfermedad hizo que le temblaran las patas de pura frustración. Había hecho todo lo que podía para ayudar a sus compañeras de clan, pero ninguna había mejorado ni siquiera un poco.

—¿Crees que deberíamos trasladarlas a la guarida de los veteranos? —le sugirió a Hojarasca Acuática, que estaba masajeándole el costado a Musaraña para facilitarle la respiración—. Allí hay más espacio.

—Musaraña y Fronda están demasiado enfermas para moverse —respondió la curandera—. Además, aquí tenemos agua.

Gracias al agua fresca que goteaba por el muro rocoso y se acumulaba en un hueco del suelo podían empapar bolas de musgo para las sedientas gatas. Glayino tomó una para Rosellera, a la que sacudió delicadamente para que se despertase, pero la aprendiza tenía los ojos semicerrados y se limitó a gemir y a apartarlo.

—Si no descansas, por lo menos toma un poco el aire —le aconsejó Hojarasca Acuática a su aprendiz.

Glayino asintió. Exhausto, salió de la guarida. El aire del exterior resultaba limpio y frío en comparación con el ambiente cargado de la guarida.

Aunque apenas había amanecido, Estrella de Fuego ya se encontraba bajo la Cornisa Alta con Zarzoso. Estaban organizando las patrullas. Cenizo y Betulón se paseaban impacientes a su alrededor.

—Deberíamos reducir las patrullas —le decía el lugarteniente a su líder.

—Pero debemos asegurarnos de que la frontera con el Clan de la Sombra sigue bien vigilada —señaló Cenizo—. No queremos que se aprovechen de nuestra debilidad.

—Sería más eficiente desplegar muchas patrullas pequeñas —propuso Betulón.

—Sí —coincidió Estrella de Fuego—. No quiero que nuestros guerreros se agoten con tanta enfermedad en el ambiente. Los necesitamos en buenas condiciones.

—Yo puedo salir en dos patrullas al día —exclamó Mili desde el otro extremo del claro helado. La minina había aparecido por detrás de la guarida de los guerreros, junto a Látigo Gris.

—¿Estás segura? —le preguntó Estrella de Fuego.

—El veterinario me dio medicinas para evitar que enfermara —explicó Mili—. Yo nunca enfermaba cuando los otros gatos del poblado de los Dos Patas lo hacían.

Zarzoso pareció confundido.

—¿El veterinario?

—El Rebanador —le explicó Látigo Gris.

—Bueno, pues parece que me ha hecho un favor —maulló Estrella de Fuego—. Me ha proporcionado una guerrera sana.

Estrella de Fuego había llamado «guerrera» a Mili. La gata se sintió muy complacida, y Glayino oyó el ronroneo orgulloso de su compañero mientras se restregaba contra ella.

—Pero no quiero que Látigo Gris vaya contigo —añadió el líder.

El ronroneo del guerrero se cortó de golpe.

—¿Por qué no?

—Sigues estando débil a causa del viaje —contestó—. Y no puedo permitirme perderte de nuevo. Hay muchas formas de ayudar dentro del campamento.

La voz del líder del Clan del Trueno era firme y, aunque a Látigo Gris se le erizó el pelo por la indignación, no se atrevió a cuestionar a su viejo amigo.

El arbusto de tejo se estremeció cuando Carrasquera y Leonino salieron de su guarida. Con ansiedad, Glayino levantó el hocico para olfatear a sus hermanos. Se relajó al notarlos limpios y sanos.

—Queremos salir en la primera patrulla —maulló Leonino.

—A menos que el clan nos necesite en el campamento —añadió Carrasquera.

—¿Estrella de Fuego? —Zarzoso miró al líder para que decidiera él.

Este deslizó la cola por el suelo, pensativo.

—Leonino, patrulla la frontera con Cenizo y Mili —maulló al cabo—. Carrasquera puede ir a cazar con Betulón.

—Me esforzaré al máximo —prometió la aprendiza.

Glayino se le acercó.

—Aléjate de las gatas enfermas —le pidió—. Y no compartas carne fresca con nadie. —Miró a Leonino—. Y bebed agua lo más lejos posible del campamento.

No soportaría verlos sufrir al lado de sus otras pacientes. ¡Ojalá tuviesen más nébeda!

—¡Vamos, Carrasquera! —La voz de Betulón estaba cargada de impaciencia, y la aprendiza corrió a reunirse con él.

—¡Nos sumaremos a la caza en cuanto hayamos inspeccionado la frontera! —les dijo Cenizo mientras se dirigían al túnel.

—No os canséis demasiado —les avisó Estrella de Fuego.

—No lo haremos.

Leonino se separó de su hermano para salir del campamento con su mentor. Una oscura sensación de miedo recorrió el claro y sacudió a Glayino como un viento gélido. Se volvió hacia Estrella de Fuego. «Está aterrado por nosotros», pensó.

Unas fuertes pisadas sonaron al otro lado de la barrera de espinos. Esquiruela y Tormenta de Arena regresaban al campamento. Glayino olió a carne fresca; las gatas habían cazado.

—¿Eso es todo lo que habéis podido encontrar? —El recibimiento de Estrella de Fuego estaba teñido de decepción.

Un ratón y un gorrión. Glayino oyó el sonido de los dos cuerpecillos al caer en el espacio vacío destinado al montón de la carne fresca.

—¿Quieres que salgamos otra vez? —se ofreció Esquiruela.

—Descansad primero —respondió Estrella de Fuego—. Betulón y Carrasquera también están cazando.

Y se restregó contra Tormenta de Arena. Glayino notó que el contacto de la guerrera aliviaba parte de la angustia que latía en el cuerpo del líder. El olor de la carne fresca hizo que le rugiera el estómago. No había probado bocado

desde el día anterior, pero Albinilla y Raposillo necesitaban la comida más que él.

—¿Llevo el ratón a la maternidad? —le preguntó a Estrella de Fuego.

—Sí, por fa… —El líder se interrumpió al oír un ruido al otro lado de la barrera de espinos.

Glayino se puso tenso al captar el olor del Clan del Viento. Estrella de Fuego se acercó a la entrada para olfatear al aire.

—¡Solo son dos! —exclamó Glayino.

No reconoció el olor de los gatos que se dirigían hacia la hondonada, pero percibió su nerviosismo cuando entraron en el campamento. El mayor habló en primer lugar:

—Perdonadnos por entrar en el territorio del Clan del Trueno.

—¡Turón! —Estrella de Fuego sonó sorprendido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Glayino se acercó. El gato más joven olía a hierbas.

—He traído a Azorín para que hable con Hojarasca Acuática —respondió.

¡Azorín! Glayino recordó que Cascarón había mencionado a su aprendiz cuando fueron a la Laguna Lunar.

—Hola —lo saludó.

Azorín, nerviosísimo, tocaba el suelo con las zarpas.

—¿Eres Glayino? —le preguntó—. Necesito hablar con tu mentora.

Hojarasca Acuática ya había salido de su guarida y se dirigió a Azorín.

—¿Qué ocurre?

—En el Clan del Viento hay tos verde —contestó este—. Cascarón espera que puedas compartir tu nébeda.

Hojarasca Acuática suspiró.

—No nos queda nada. El frío la ha matado. Aquí también ha llegado la enfermedad y no podemos hacer nada para ayudar a nuestras pacientes.

Esquiruela se acercó a su hermana.

—El Clan del Río tiene nébeda —maulló—. La compartirían con nosotros, ¿verdad?

—Ya lo había pensado —respondió Hojarasca Acuática.

A Glayino se le erizó el pelo de la cola. «¿Y por qué no habías dicho nada?», se preguntó.

—Vamos a pedirles un poco —propuso Azorín.

—Quizá Ala de Mariposa necesite todas sus provisiones —sugirió la curandera, inquieta.

—No permitirá que nuestros compañeros mueran si le decimos lo enfermos que están —argumentó Esquiruela.

—Quizá ya lo sepa —maulló Azorín—. A lo mejor el Clan Estelar se lo ha dicho.

«Sí, claro», pensó Glayino. Hojarasca Acuática arañó el suelo.

—Pero ¿y si en el Clan del Río también hay tos verde? Ala de Mariposa no puede arriesgarse a ceder todas sus reservas.

Glayino no comprendía por qué su mentora dudaba tanto.

—¡Tenemos que intentarlo! —exclamó el aprendiz. Aquella era su oportunidad de salvar al clan.

Esquiruela también tenía el pelo erizado de frustración.

—Los clanes se han ayudado en otras ocasiones, cuando ha sido un asunto de vida o muerte.

—¡Yo iré al Clan del Río a pedir nébeda si a ti te da miedo! —exclamó Glayino.

—¡No me da miedo! —gruñó Hojarasca Acuática—. Es solo que no quiero poner a Ala de Mariposa en una situación comprometida.

Glayino clavó las garras en la tierra.

—¿Y qué diría Ala de Mariposa si se enterara de que hubo muertes y tú no le pediste ayuda? —espetó. Notó que en la mente de Hojarasca Acuática brotaba la alarma… y algo más: el espanto de un recuerdo enterrado desde hacía mucho—. ¡Se quedaría destrozada! —presionó.

—Muy bien —aceptó la curandera—. Iré a pedirle nébeda.

Glayino sabía que su mentora viajaría más deprisa sin él.

—Yo me quedaré aquí a cuidar de las enfermas —se ofreció.

Hojarasca Acuática se inclinó para tocarle el hocico.

—Gracias, Glayino.

—Haré todo lo que pueda —maulló él con energía.

Pero luego cayó en la cuenta de que tendría que hacerse cargo de todas las enfermas. Esa idea lo impactó como una patada en el estómago. Hojarasca Acuática entrelazó la cola con la de su aprendiz.

—Confía en tus instintos, Glayino. Son más agudos que los de ningún otro gato.

Él asintió y respiró hondo. «Conozco todas las hierbas —se recordó—. Y esta es mi oportunidad de demostrar que puedo ayudar a mi clan».

—Centella te echará una mano si es necesario —continuó Hojarasca Acuática—. Me ha ayudado en otras ocasiones.

Glayino sintió un hormigueo en la cola. No tenía la más mínima intención de que Centella lo viera esforzándose por ayudar a sus compañeros, pero no iba a revelárselo a su mentora.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —les dijo Hojarasca Acuática a los dos gatos del Clan del Viento.

Pero Estrella de Fuego se plantó en la entrada antes de que la curandera pudiese salir.

—Quiero que os acompañen Espinardo y Zarzoso.

—Pero nosotros somos curanderos —contestó ella—. Nadie se atreverá a detenernos.

—Tendréis que bordear el lago alrededor del territorio del Clan de la Sombra —replicó Estrella de Fuego—. En estos momentos no me fío de ellos.

—Muy bien —maulló Hojarasca Acuática, y esperó impaciente a que el líder llamara a Espinardo, que se encontraba en la guarida de los guerreros.

Después, la patrulla salió del campamento corriendo como conejos. Tormenta de Arena se acercó a Glayino.

—¿Puedo ayudarte en algo?

El joven no sabía por dónde empezar. La guarida de la curandera estaba abarrotada, se estaba quedando sin matricaria y tenía tanta hambre que apenas podía pensar.

—¡El ratón! —recordó de pronto—. Iba a llevarlo a la maternidad para los cachorros.

—Puedo hacerlo yo —maulló Tormenta de Arena—. Tú regresa a la guarida de Hojarasca Acuática.

La voz sosegada de la guerrera lo tranquilizó.

—Gracias —murmuró.

Al volver a la guarida, descubrió que a Rosellera le había subido la fiebre. La respiración de Musaraña era tan superficial que tuvo que pegar el hocico a su costado para notarla. Fronda estaba pidiendo agua desesperadamente, y su lecho apestaba.

«¡Clan Estelar, ayúdame!». Glayino cerró los ojos un instante. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, fue a empapar una bola de musgo para la sedienta reina.

—Tormenta de Arena me ha dicho que necesitas ayuda —dijo la voz de Centella desde la entrada de la guarida.

—Sí. —Glayino movió las orejas con nerviosismo, pero, por primera vez desde hacía días, no percibió enfado en la guerrera tuerta—. ¿Puedes ayudarme a retirar el musgo sucio de los lechos? —le preguntó.

—Eso puedo hacerlo yo sola —respondió Centella—. Tú ocúpate de tus pacientes —añadió, y algo pequeño y de aroma dulce cayó ante sus patas—. Tormenta de Arena también me ha dicho que deberías comerte esto.

Centella le había lanzado un trozo de ratón. Glayino negó con la cabeza.

—Tienes que mantener las fuerzas —insistió la guerrera—. Mientras Hojarasca Acuática esté fuera, tú eres el responsable de todo el clan.

Eso significaba que, hasta que la curandera volviese con nébeda, él no podría hacer nada excepto ver cómo morían sus compañeras. Sintió la misma impotencia que cuando intentó arañar a Rapacero en el combate contra el Clan de la Sombra, sin estar nunca seguro de por dónde lo atacaría el enemigo en la siguiente embestida.

—Cómete el ratón —lo instó Centella.

—De acuerdo.

No iba a comportarse como un cachorrito llorica. ¿Acaso quería que todo el mundo pensara que no iba a poder soportarlo? Ya creían que era un inútil; ¡no tenían por qué creer también que era débil y asustadizo!

Engulló el pedazo de carne y luego, mientras Centella empezaba a tirar del maloliente relleno de los lechos, mascó unas hojas de matricaria e intentó convencer a Rosellera de que se las tragara.

—¡Venga! —la animó—. Prueba solo un poquito.

Rosellera las apartó con una zarpa ardiente.

—No puedo —respondió con voz áspera.

—Debes intentarlo.

De pronto, Glayino notó el contacto de otro cuerpo contra el suyo. Captó el olor de Acedera, la madre de la aprendiza.

—Está peor, ¿verdad? —preguntó.

—Hojarasca Acuática ha ido a pedir nébeda al Clan del Río —respondió el joven.

—Pero ¿Rosellera aguantará hasta que ella regrese? —A Acedera se le quebró la voz por el dolor.

—Yo me encargaré de que lo haga —gruñó Glayino.

Trató de impedir que le temblaran las zarpas mientras volvía a poner la matricaria bajo la nariz de Rosellera. Era aprendiz de curandero desde hacía menos de una luna. ¿Sería capaz de cumplir una promesa así?

—Venga. —Centella empujó a Acedera con delicadeza—. Glayino hará todo lo que pueda. Tú deberías salir a cazar con Fronde Dorado. Cuanta más carne fresca tengamos, más fuerte estará el clan.

Mientras la guerrera tuerta guiaba a su compañera al exterior de la guarida, Glayino frotó la boca de Rosellera con la pulpa de matricaria, con la esperanza de que al menos un poco entrase en el cuerpo devastado por la fiebre. «¡Por el amor del Clan Estelar, cómete esto y mejórate!».

Glayino se despertó con un sobresalto. Se había quedado dormido sin querer. El silencio de la noche cubría pesadamente el bosque. Un búho ululó a lo lejos, y el aprendiz se levantó a duras penas. Se sentía mareado por el hambre y el agotamiento, pero tenía que examinar a las enfermas.

Centella estaba durmiendo a la entrada de la guarida. Su respiración regular reconfortó al aprendiz mientras se movía entre sus pacientes. Musaraña estaba temblando, de modo que le puso musgo limpio por encima para abrigarla, aunque su cuerpo irradiaba calor. Fronda murmuraba los nombres de sus hijos. Candeal se agitaba incómoda en sueños. Glayino se sentó a escuchar. Algo no iba bien. Se agachó al lado de Rosellera; la respiración de la joven era mucho más lenta.

El corazón empezó a latirle con fuerza. Se deslizó en el lecho de la joven y pegó el cuerpo al de ella. Estaba demasiado quieta. El miedo atenazó a Glayino; le había prometido a Acedera que no dejaría morir a su hija. Se concentró en la respiración de Rosellera y relajó el cuerpo. Luego acomodó su propia respiración al ritmo lento de la gata. Cerró los ojos y el mundo se abrió ante él en tonos negros, blancos y plateados, bañados con la luz de la luna. Vio la pálida figura de Rosellera recorriendo un bosque. Reconoció de inmediato los árboles y la vegetación, y el tacto de la alfombra de hojas bajo las patas. ¡Ella no debía estar allí!

—¡Rosellera!

Corrió para alcanzarla, y la gata se volvió para mirarlo.

—Jamás había estado en esta parte del bosque. —Olfateó el aire—. No huele como nuestra casa. ¿Sabes dónde estamos?

—Sí —susurró Glayino.

—Es raro. No sé qué hierbas me has dado, pero deben de haber funcionado, porque ya no me siento enferma.

Glayino no respondió. ¿Cómo iba a sacarla de aquel lugar? Caminó en silencio a su lado, aterrorizado ante la idea de perderla de vista.

—Los árboles son muy altos y frondosos, y el sotobosque es el más denso que he visto. —Evidentemente, Rosellera no se había dado cuenta de que

Glayino podía verlo todo por sí mismo—. ¿Captas el olor de las presas? ¡Es como si aquí fuera la estación de la hoja verde!

—¡Tenemos que regresar! —maulló Glayino.

—Pero es tan hermoso…

—¡No deberías estar aquí!

«¡Se lo prometí a Acedera!», añadió para sus adentros. Los árboles se abrieron ante ellos.

—¡Para! —exclamó Rosellera con voz ahogada—. Hay una bajada delante de nosotros.

Glayino podía ver claramente la hondonada que se extendía a sus pies: la Laguna Lunar en el fondo, como luz de estrellas líquida. En aquel lugar, todo estaba conectado, y el bosque llevaba siempre a las montañas. A Glayino se le cayó el alma a los pies cuando distinguió los pelajes relucientes del Clan Estelar congregados en las laderas de la hondonada.

—¡Hay un estanque en el fondo! —exclamó Rosellera maravillada—. Y muchos gatos alrededor, por todos lados… —Se interrumpió—. Es el Clan Estelar, ¿verdad? ¿Significa eso que estoy muerta?

A Glayino se le secó la garganta.

—¿Estoy muerta? —repitió con más urgencia.

—Todavía no.

Glayino se volvió al oír la voz de Jaspeada.

—Venir hasta aquí con ella ha sido muy valiente —murmuró la gata moteada.

—Le prometí a su madre que aguantaría —respondió el aprendiz.

Los ojos de Rosellera se empañaron de confusión cuando miró a Jaspeada.

—¿Quién eres tú? ¿Has venido a guiarme hasta el Clan Estelar?

—¡No! —gruñó Glayino—. Vuelve conmigo, Rosellera. Te llevaré a casa.

—No te preocupes, pequeña —maulló Jaspeada—. Puedes irte con Glayino, si quieres. Aquí hay un lugar para ti, pero todavía no debes ocuparlo. —Estiró el cuello para tocar con el hocico el de Rosellera y luego el de Glayino—. Llévala a casa —susurró.

«¡Gracias!».

—Sígueme —le dijo el aprendiz a Rosellera y, tras darle la espalda a la reluciente hondonada, la guio de nuevo hacia el bosque.

La voz de Centella atravesó el aire:

—¡Glayino!

Él abrió los ojos a la oscuridad.

—¿Centella?

—Pensaba que también habías caído enfermo —susurró la guerrera—. Respirabas muy lentamente.

«¡Rosellera!». Se levantó de un salto y pegó la oreja al costado de la joven. Su respiración era más profunda y fuerte.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Centella.

—Mejor que antes —suspiró Glayino, cerrando los ojos con alivio.

—Al despertarme, me he encontrado con que ambos apenas respirabais —le explicó Centella, y él notó su ardiente mirada en la piel—. Me alegro de que estéis bien. —Barrió el suelo de la guarida con la cola—. Está a punto de amanecer. Iré a buscar a Acedera. Se sentirá aliviada al conocer las novedades.

Cuando Centella salió de la guarida, Glayino notó en las zarpas el cosquilleo de la energía renovada. Se inclinó para susurrar al oído de la aprendiza:

—Te prometí que te salvaría.

Rosellera se despertó.

—¿Glayino? ¿Eres tú? —preguntó con voz débil—. ¡He tenido un sueño rarísimo!

Glayino se puso tenso. No podía permitir que los demás gatos descubriesen lo que había hecho para que Rosellera no se uniese al Clan Estelar.

—Me imagino que habrá sido producto de la fiebre —la tranquilizó.

—Quizá —contestó, no muy convencida—. Estaba en un bosque que no había visto nunca pero en el que me sentía como en casa. Allí había otros gatos… ¡y estabas tú, Glayino! Me has dicho que no debía estar allí…

El joven miró hacia otro lado.

—No es más que un sueño. Ahora estás mejor. Eso es lo único que importa.

—¡Hojarasca Acuática ha vuelto! —El grito de Fronde Dorado llenó la hondonada, y Glayino salió disparado de la guarida. Podía oler la nébeda, y supo que Hojarasca Acuática cargaba con una buena cantidad.

Su mentora corrió hacia él con un fragante fardo de hojas en la boca. Espinardo y Zarzoso aparecieron tras ella, con más. La depositaron en la entrada de la guarida mientras Glayino seguía a Hojarasca Acuática al interior.

—Hemos dejado a Turón y a Azorín en el lago —le contó la curandera después de colocar la nébeda en el suelo—. Ala de Mariposa tenía de sobra.

Nos ha dado bastante para curar a todos nuestros enfermos. De haberlo sabido, dice que nos la habría mandado antes.

«¿Y quién iba a contárselo? —pensó Glayino—. El Clan Estelar desde luego que no». Y comenzó a ayudar a su mentora a administrar el remedio a las pacientes.

Acedera apareció en la guarida, colmando el aire que la rodeaba de alivio y gratitud.

—No sé cómo lo has hecho, Glayino, pero has ayudado a Rosellera a sobrevivir a esta noche —maulló con la voz llena de emoción—. Gracias.

El aprendiz de curandero notó que Hojarasca Acuática le tocaba delicadamente el costado con la cola.

—Sabía que estarías bien sin mí —maulló.

Mientras dejaba otro puñado de nébeda bajo la nariz de Candeal, Glayino oyó que su mentora salía de la guarida. La gata había estado muy callada desde su regreso, y no era solo por lo atareada que había estado atendiendo a las enfermas; el joven gato percibió que algo la reconcomía. Levantó el hocico, intrigado, cuando las zarzas volvieron
a ocupar su sitio.

—Cómete esto despacio —le indicó el aprendiz a Candeal—. Enseguida regreso.

Dicho eso, salió de la guarida y olfateó el aire. Hojarasca Acuática estaba sentada debajo de la Cornisa Alta con Estrella de Fuego. Con sigilo, Glayino corrió hacia el claro y se escondió detrás de la roca partida. Su mentora y el líder estaban intercambiando unas palabras en susurros.

—Hay enfermos en todos los clanes —le contaba Hojarasca Acuática a Estrella de Fuego—. De tos verde y tos blanca. Las heladas se han cobrado sus víctimas en todos los territorios y los gatos están debilitados por el hambre.

—¿Incluso en el Clan de la Sombra?

—Cirro se ha unido a nosotros para pedir nébeda —respondió la gata—. Me ha dicho que habían perdido a un veterano.

A Estrella de Fuego lo invadió la tristeza.

—Ha sido una estación sin hojas muy dura para todos.

Glayino levantó las orejas. Percibió que Hojarasca Acuática no lo había contado todo. Al cabo, la curandera susurró en voz tan baja que el aprendiz tuvo que estirar el cuello para oír sus palabras.

—Hay malas sensaciones en los clanes —murmuró—. Tienen la impresión de que esta racha de frío, enfermedad y escasez de presas se debe a

algo más que mala suerte.

A Glayino le palpitaba la sangre en las orejas, y la voz de Hojarasca Acuática quedó ahogada de pronto por los murmullos de voces lejanas que resonaron en sus oídos, voces de los cuatro clanes que vivían alrededor del lago… «¡El Clan Estelar no quiere que nos quedemos aquí!». «Los nuevos territorios no pueden mantenernos a todos». «¿Y si la enfermedad se propaga?».

Los susurros y las dudas le llenaron la mente. Se tumbó pegando el cuerpo al suelo y cerró los ojos. ¿Es que el Clan Estelar los estaba castigando? Y si era así, ¿por qué?

24

Carrasquera movió la nariz. Había algo diferente. El aire olía a humedad y calidez. Se desperezó en su lecho alegremente, presionando el lomo de Zarpa Pinta con las patas traseras.

—¡Quita! —se quejó esta.

—¿No lo hueles?

La aprendiza blanca y gris bostezó.

—¿El qué?

—¡El ambiente es más cálido! —Carrasquera se levantó de un brinco.

Al salir de la guarida, bizqueó por el exceso de luz. La escarcha había desaparecido. El claro estaba húmedo por el hielo fundido, los arbustos goteaban y el sol teñía el campamento de un tono amarillo claro. En lo alto de los muros rocosos, los árboles parecían envueltos en una neblina verde. Por fin había llegado la estación de la hoja nueva.

Estrella de Fuego estaba compartiendo lenguas con Tormenta de Arena debajo de la Cornisa Alta. Le sobresalían los huesos bajo el pelaje mientras le lamía las orejas a la guerrera melada, pero agitaba la cola con alegría. Albinilla y Raposillo chillaban de pura diversión mientras Betulón y Bayino los perseguían en círculos delante de la maternidad. Fronda descansaba al lado de Dalia en la entrada de su guarida, disfrutando del calor de la mañana. Los ojos de la reina gris estaban limpios; solo una pequeña costra alrededor de la nariz delataba lo enferma que había estado. Rosellera también estaba recuperándose en la guarida de los veteranos junto a Musaraña, aunque todavía no se encontraba lo bastante bien para asistir a la Asamblea de esa noche.

Carrasquera oyó pisadas que provenían del túnel de espinos. Espinardo entró en el campamento a la cabeza de una patrulla, con un ratón colgando de

la boca. Lo seguía Candeal, cargada con un pinzón, y Cenizo y Leonino iban en último lugar, con un campañol cada uno.

A Carrasquera se le salieron los ojos de las órbitas. No había visto tanta carne fresca desde hacía muchísimo. Cuando Espinardo dejó su captura en el lugar que había permanecido vacío durante demasiado tiempo, Estrella de Fuego se levantó para saludar a la patrulla recién llegada.

—¡Parece que vuelve a haber presas en abundancia!

Leonino se paseó entusiasmado alrededor de Cenizo.

—¡He visto prímulas en la frontera del Clan de la Sombra y brotes en el Roble del Cielo!

—Y parece haber presas en todos los escondrijos —añadió Candeal.

Estrella de Fuego inspeccionó el claro.

—¿Zarzoso?

El lugarteniente llegó corriendo desde la guarida de los guerreros, con Esquiruela a la zaga.

—Vuelve a haber caza. —El líder señaló con la cola el montón de la carne fresca—. Encabeza otra patrulla hacia la frontera del Clan del Viento, a ver qué encontráis.

A Zarzoso se le iluminaron los ojos de la emoción.

—¡Bayino! —llamó—. Nos vamos a cazar.

Su aprendiz dejó de jugar con los cachorros.

—¿Podemos ir nosotros también? —suplicó Raposillo.

Albinilla le dio unos zarpazos juguetones en las orejas.

—Solo somos cachorros —maulló—. No nos dejarán acompañarlos.

—Pero ¡mirad qué movimiento de caza!

Raposillo se agazapó, alzó la cola al aire y balanceó las ancas. Luego se abalanzó hacia delante y aterrizó sobre una hoja, que dejó clavada al suelo. Los bigotitos de Albinilla temblaron de la risa.

—¡La próxima vez que necesitemos hojas, seguro que Zarzoso te pedirá ayuda!

—Serás un guerrero estupendo —le dijo Bayino al cachorro—. Y prometo traerte algo sabroso.

Carrasquera se acercó corriendo.

—¿Puedo ir con ellos? —le preguntó a Zarzoso.

—Vas a asistir a la Asamblea esta noche —respondió el lugarteniente—. Quiero que reserves tus energías para eso.

—Pero llevo durmiendo la mitad de la mañana —protestó ella.

—Estás medio muerta de hambre, como el resto del clan —replicó su padre—. Hoy come y descansa. Mañana podrás cazar.

—Pero ¡Leonino ha salido! —exclamó la aprendiza acaloradamente—. No es justo.

—La vida no es justa. Quédate en el campamento —zanjó el guerrero. Luego le hizo un gesto a Esquiruela, y juntos guiaron a Bayino hacia el bosque.

Furiosa, Carrasquera dio media vuelta y cruzó el claro. ¡Su clan se moría de hambre y a ella no la dejaban cazar! Durante un momento, sopesó la idea de escabullirse e ir por su cuenta, pero, si la pillaban, lo más probable era que Estrella de Fuego no le permitiera ir a la Asamblea ni tampoco de caza al día siguiente. No merecía la pena arriesgarse.

En lo alto, la magnífica luna blanca hacía que la hondonada brillara con una luz plateada. Carrasquera olfateó el aire. «Cielo despejado. Buena señal».

Látigo Gris y Mili esperaban en el claro con Cenizo y Borrascoso. Fronde Dorado estaba sentado junto a ellos, mordisqueándose el pelo de las zarpas. Esquiruela se lavaba las orejas mientras, a su lado, Zarzoso miraba hacia la Cornisa Alta. Se marcharían a la Asamblea en cuanto apareciese el líder. Los aprendices aguardaban impacientes junto a la barrera de espinos.

—¿Creéis que Estrella Negra mencionará la batalla? —maulló Carboncilla.

Melosa se paseaba frente a la entrada del campamento.

—Estoy segura de que el Clan de la Sombra jamás habla de sus derrotas.

—¿Tú qué opinas, Carrasquera? —preguntó Leonino.

Pero su hermana apenas le prestó atención. Glayino observaba a la patrulla mientras esta se preparaba para salir. Sus claros ojos azules no revelaban nada, pero la aprendiza sabía lo decepcionado que debía de sentirse. Se le acercó.

—Te lo contaré todo en cuanto vuelva —le prometió.

Glayino no contestó. La joven se restregó contra él.

—Asistirás a la próxima Asamblea, estoy convencida —lo consoló—. Rosellera y Musaraña ya habrán mejorado.

—Lo sé. —Solo un levísimo temblor de la cola delató su frustración.

—¡Carrasquera!

La llamada de Fronde Dorado la hizo saltar. Estrella de Fuego había bajado de la Cornisa Alta, seguido por Tormenta de Arena.

—Tengo que irme —le dijo a su hermano.

—¡Date prisa! —la llamó Leonino mientras ella se apresuraba a reunirse con los demás.

Carrasquera miró por encima del lomo. Glayino se había puesto en pie y se encaminaba muy despacio a la guarida de los veteranos.

—Se le pasará —la tranquilizó Carboncilla.

La joven tensó los omóplatos. «Glayino está cuidando de su clan», se dijo. Además, no quería preocuparse por su hermano en esos momentos. Aquella iba a ser su primera Asamblea como aprendiza de guerrera, y sintió un cosquilleo de expectación en las zarpas.

Estrella de Fuego hizo una seña con la cola y salió por el túnel de espinos. Zarzoso y los demás guerreros corrieron tras él. Los aprendices se agruparon mientras competían por ser los primeros en abandonar el campamento. Carrasquera notó el roce de Leonino al atravesar el túnel.

—¿Crees que los demás clanes sabrán que ahora soy aprendiza de guerrera? —resolló Carrasquera, agachándose entre los helechos.

—Si no lo saben, seguro que tú se lo cuentas —se burló él.

La joven le dio un empujón de costado y lo mandó contra un zarzal.

—¡Eh! —protestó su hermano.

Carrasquera echó a correr, y Leonino la siguió a toda velocidad. La aprendiza adelantó a Cenizo y a Borrascoso, y luego viró para resguardarse detrás de Fronde Dorado.

—¡Ayuda! —chilló—. ¡Leonino intenta atraparme!

El guerrero ronroneó de risa.

—¡No te escondas detrás de mí!

Y apretó el paso, dejándola indefensa. Leonino la alcanzó y le dio un empujón que la hizo trastabillar.

—¡Ahora estamos en paz! —exclamó.

—¡Te la devolveré luego! —lo amenazó ella.

La patrulla descendió la ladera hacia la orilla del lago. Látigo Gris iba en cabeza, claramente emocionado por asistir de nuevo a una Asamblea con su clan. Miró a Mili con ojos destellantes cuando ella lo alcanzó.

—¿Todavía crees que tomaste la decisión acertada al venir al clan conmigo?

—El mejor lugar para mí es donde tú estés —contestó ella en voz baja.

Las hojas se transformaron en hierba y luego en un cenagal, y los gatos ralentizaron el paso mientras bordeaban el lago. Se veían obligados a caminar más despacio sobre el lodo, que cedía bajo sus patas.

Al cabo, Carrasquera distinguió la silueta del árbol caído que salvaba la franja de agua que había entre la orilla y la isla. Notó un cosquilleo en las zarpas y avanzó más deprisa. Estrella de Fuego y Esquiruela estaban cruzando, seguidos de Tormenta de Arena y Melosa, mientras que Zarzoso y Bayino aguardaban su turno al lado de Hojarasca Acuática.

—¿Estás lista? —preguntó Fronde Dorado a Carrasquera al llegar al puente.

—¡Por supuesto! —exclamó ella.

—Entonces, arriba.

Fronde Dorado esperó mientras su aprendiza trepaba entre las enmarañadas raíces. Ella desenvainó las uñas, preparándose para caminar sobre la corteza resbaladiza, se aferró con fuerza y serpenteó entre las ramitas y los huecos del tronco. Se sintió aliviada al dejar atrás el agua negra y saltar a la otra orilla.

Mientras sus compañeros cruzaban, Carrasquera aguardó la señal de Estrella de Fuego. La luz de la luna resplandecía en el lago, más allá de los árboles, y la aprendiza captó el olor de los otros clanes, que ya estaban en la isla. El corazón le latía tan fuerte como las patadas de un conejo cuando Estrella de Fuego hizo un gesto y se dirigió a la maleza.

Carrasquera se moría de ganas de charlar con los demás aprendices. Ahora era uno de ellos, y se dio cuenta
de que se había sentido como una extraña cuando era aprendiza de curandera.

—Espero que… —empezó a decir, pero Leonino se había detenido con los ojos fijos en el claro, sin pestañear.

—Aquí pasa algo —susurró.

—¿Qué? —Carrasquera miró a su alrededor con aprensión.

Todo parecía distinto. Los demás gatos estaban apiñados con sus respectivos compañeros de clan, y nadie se paseaba por el claro ni compartía lenguas con miembros de otros clanes. Todos parecían más delgados y enfadados, y sus ojos brillaban como los de los zorros.

—¿Qué le pasa a todo el mundo? —maulló Carrasquera.

—Ha sido una estación sin hojas muy dura —tranquilizó Estrella de Fuego a los suyos—. Todos se sienten débiles y hambrientos. Serán más recelosos, así que comportaos con prudencia.

Carrasquera se quedó al lado de su hermano. No le gustaban las miradas furiosas que intercambiaban los guerreros.

—No te preocupes —murmuró Leonino—. El ambiente se calmará enseguida.

Carrasquera se volvió al oír un bufido y un grito. Garras y pelo cruzaron el aire cuando Bayino saltó sobre Rapacero. El aprendiz del Clan de la Sombra derribó al del Clan del Trueno y lo inmovilizó contra el suelo, pero este se deslizó de costado con una sacudida rápida y limpia, y lo desequilibró.

—¡Quietos!

El feroz alarido de Zarzoso resonó entre los árboles. Corrió hasta su aprendiz y, agarrándolo por el pescuezo, lo separó de Rapacero. Bayino siguió sacudiendo las patas en el vacío, y sus zarpas brillaron bajo la luz de la luna.

—¡Hay una tregua! —le recordó Zarzoso a su aprendiz con la voz rebosante de furia.

Carrasquera miró hacia la luna. Finas volutas de nubes flotaban delante de ella. A la joven le dio un vuelco el corazón. ¿Bayino y Rapacero habían disgustado al Clan Estelar? Bayino se sacudió cuando Zarzoso lo dejó en el suelo sin miramientos.

—Ha empezado él —gruñó—. ¡Me ha llamado minino casero!

Carrasquera notó que se le erizaba el pelo. Bayino llevaba meses entrenando para ser guerrero del Clan del Trueno. «Sin embargo, no ha nacido en un clan», recordó. Procedía del cercado de los caballos, al igual que Zarpa Pinta y Ratolino, no de la hondonada rocosa. Dalia se había llevado a sus hijos al Clan del Trueno para evitar que los Dos Patas se los quitaran.

Desde el Gran Roble brotó un aullido.

—¡Que empiece la Asamblea! —dijo Estrella de Fuego.

Carrasquera zigzagueó entre sus compañeros de clan para sentarse entre Hojarasca Acuática y Zarzoso. Leonino se colocó a su lado.

—¡Fíjate en cómo nos mira Estrella Negra! —exclamó la aprendiza, y tragó saliva.

El líder del Clan de la Sombra observaba al Clan del Trueno con los ojos entornados y los labios temblorosos, como si estuviera reprimiendo un gruñido.

Estrella Leopardina fue la primera en hablar:

—El Clan del Río ha sufrido en esta última luna. —La atigrada dorada miró a su alrededor con solemnidad—. Justo cuando esperábamos que la estación de la hoja nueva acabase con la dura estación sin hojas, llegaron heladas que trajeron más hambre y también enfermedad.

Gatos de los cuatro clanes mostraron su acuerdo entre murmullos. Estrella Leopardina entrecerró los ojos.

—¿Quién sabe qué nos deparará la próxima estación? Los Dos Patas invadieron nuestro territorio en la última estación de la hoja verde. ¿Vendrán muchos más y destrozarán nuestra tierra, como hicieron en el bosque?

—¿Por qué iban a hacer eso? —preguntó Perlada desde el grupo que formaban los miembros del Clan del Viento.

—¿Y por qué iba a traernos tantas desgracias la estación sin hojas? —replicó Estrella Leopardina—. ¿Acaso el Clan Estelar está intentando mandarnos un mensaje? ¿Acaso no deberíamos vivir aquí?

—¡Yo no he recibido ninguna señal del Clan Estelar que sugiera nada por el estilo! —se apresuró a intervenir Hojarasca Acuática.

—¡Ni yo! —coincidió Cascarón.

—Siempre hemos tenido que soportar épocas de hambre y enfermedad —señaló Esquiruela—. ¡Incluso en el bosque!

—¡Esquiruela tiene razón! —admitió Estrella de Bigotes.

Estrella Leopardina miró de soslayo a Estrella Negra, y Carrasquera notó que la gata hacía un movimiento con la cola, como si estuviera animando al líder del Clan de la Sombra a hacer algo. La mirada de este se tornó más torva y hostil.

—¡Cirro sí que ha recibido una señal! —anunció.

Todos se volvieron hacia el curandero del Clan de la Sombra, que tenía el pelaje alborotado y los ojos turbios de ansiedad.

—Soñé que un guerrero traía una presa desconocida al campamento, un ave que yo nunca había visto —maulló—. Al darle un mordisco, descubrí que su barriga estaba llena de gusanos.

Susurros de angustia recorrieron los clanes. Estrella Negra los hizo callar.

—¡El Clan Estelar nos está avisando de que los forasteros están envenenando a los clanes!

—¡Podría estar diciéndonos que tengamos cuidado con las presas desconocidas! —protestó Hojarasca Acuática.

Una sombra cubrió el claro, y Carrasquera vio aterrada que había más nubes delante de la luna. No cabía la menor duda de que el Clan Estelar no estaba contento.

Estrella Negra miró iracundo a Estrella de Fuego.

—Tú has acogido a tantos gatos nacidos fuera del bosque que estás debilitando la sangre de clan —declaró—. ¿Por qué si no el Clan Estelar nos dejaría sufrir?

Le lanzó una mirada acusadora al líder del Clan del Trueno, y luego a Borrascoso, Rivera, Bayino y Mili.

Carrasquera sintió que la indignación se arremolinaba en su interior. «¡Todos son guerreros!». Incluso ella tenía algo de sangre de minino casero, pero era una gata de clan de los pies a la cabeza.

—¡Mininos e intrusos! —se mofó Robledo.

—¡Estáis destruyendo el código guerrero! —aulló Rapacero.

A Zarzoso se le erizó el pelo, y Borrascoso se puso en pie, frunciendo la boca en un gruñido. Pero la feroz mirada de Estrella de Fuego se paseó sobre los clanes y los silenció a todos.

—¡No permitiré que nos culpéis del mal tiempo! —bufó—. En nuestro antiguo hogar sufrimos cosas peores. Y el Clan Estelar nos guio hasta aquí. ¿Es que esperabais que nos condujera a una vida fácil? —exclamó. Al principio, todos lo escucharon en silencio; luego, algunos comenzaron a darle la razón en susurros—. No cabe duda de que es nuestra lucha contra las adversidades lo que nos convierte en auténticos guerreros. —Fulminó con la mirada a Estrella Negra—. ¿Realmente piensas que introducir sangre fresca en los clanes nos debilitará? Una vida sin problemas nos perjudicaría más.

Estrella de Bigotes asintió.

—Estrella Negra habla como si el Clan Estelar solo tuviera que concedernos bienes. ¿Acaso quiere que tengamos una existencia malcriada, como la de los mininos caseros?

Estrella Negra le lanzó una mirada de gélida furia. Cenizo se puso en pie.

—¡La sangre pura no garantiza la virtud!

—¿Me dais permiso para hablar? —preguntó Esquiruela, colocándose en la primera fila de su clan.

Estrella de Fuego asintió.

Esquiruela observó a los clanes con expresión tranquila. Carrasquera sintió que la invadía el orgullo. «¡Adelante, Esquiruela!», la animó para sus adentros.

—Todos hemos sufrido —admitió la guerrera—, pero debemos mirar hacia delante, no hacia atrás. La estación de la hoja nueva ha llegado. Nuestros territorios están reviviendo y abundan las presas. Gracias a Ala de Mariposa, disponemos de buenas reservas de nébeda.

Mientras ella hablaba, una brisa cálida cruzó la isla. El claro se iluminó cuando las nubes comenzaron a alejarse de la luna.

—¡El Clan Estelar está de acuerdo con Esquiruela!

—¡Es una señal!

Los pelajes se alisaron y las colas bajaron cuando los gatos empezaron a relajarse.

—Este es el inicio de la segunda estación de la hoja nueva que pasamos junto al lago —continuó Esquiruela—. Deberíamos celebrar el regreso del buen tiempo con una Asamblea extraordinaria.

Carrasquera se inclinó hacia delante, desconcertada.

—Mientras la luna siga llena, podríamos reunirnos a la luz del día —propuso la guerrera.

—¿Y por qué habríamos de hacer eso? —espetó Estrella Negra—. La tregua solo permanece vigente esta noche.

—La luna está igual de llena durante el día —apuntó Corvino Plumoso.

—Deberíamos reunirnos para compartir técnicas y métodos de entrenamiento —insistió Esquiruela—. Para demostrar que no nos hemos olvidado del Gran Viaje que nos trajo hasta aquí, cuando el código guerrero nos protegió como si fuéramos un solo clan.

—¡Podríamos organizar competiciones! —propuso Guijoso, que intervino por primera vez. Al aprendiz del Clan del Río le brillaban los ojos de entusiasmo.

—¡Los aprendices podrían competir entre ellos para ver quiénes son más hábiles! —exclamó Zarpa Brecina.

Incluso Rapacero se mostró interesado.

—¡Estoy seguro de que yo podría vencer a cualquier gato del Clan del Trueno cazando!

—¡Nadie es capaz de ganar a Saltarín capturando peces! —aseguró Estrella Leopardina.

—¡Eso es trampa! —protestó Leonino—. ¡Todo el mundo sabe que el Clan del Río es el único que disfruta mojándose las patas!

Carrasquera se dio cuenta de que el miedo y la furia de los gatos se habían transformado en ilusión y desafíos amistosos. Su madre los había distraído de las acusaciones de sangre impura al recordarles el momento en el que se habían unido para el Gran Viaje y cuánto podían ofrecerse todavía los unos a los otros. Carrasquera miró a Estrella de Fuego. El líder del Clan del Trueno estaba sentado en silencio, contemplando a Esquiruela con un brillo de orgullo en los ojos. Incluso Estrella de Bigotes parecía entusiasmado.

—¿Dónde deberíamos llevar a cabo la competición?

—¿Qué os parece el terreno en el que acampamos por primera vez al llegar al lago? —contestó Cenizo.

Estrella Leopardina negó con la cabeza.

—Es demasiado húmedo.

—La tierra que hay entre el bosque y el lago en nuestro territorio sería estupenda para una Asamblea —ofreció Estrella de Fuego—. Está cubierta de hierba, con lo que sirve para cualquier gato, y drena bien incluso cuando llueve. Hay espacio de sobra y nadie se mojará las patas. Siempre que cada clan traiga su propia carne fresca, podemos reunirnos allí.

—La luna seguirá prácticamente llena hasta dentro de dos albas —maulló Estrella Leopardina—. ¿Nos reunimos entonces?

Miró a su alrededor. Los congregados asintieron, agitando la cola de emoción.

—Muy bien —concluyó Estrella Leopardina, y se volvió hacia Estrella de Fuego—. Si a ti te parece bien, nos reuniremos cuando el sol llegue a lo más alto.

Estrella de Fuego también asintió.

Carrasquera arañó el suelo; de repente se sentía inquieta. La Asamblea sería divertida, pero eso no impediría que los otros gatos volvieran a culpar a la sangre mezclada del Clan del Trueno la próxima vez que se torcieran las cosas.

—Entonces, está decidido —corroboró Estrella de Bigotes.

El líder saltó del árbol, seguido de Estrella de Fuego y Estrella Leopardina. Estrella Negra remoloneó en la rama, con ojos llameantes de rabia, pero la Asamblea se estaba disolviendo, y los gatos comenzaron a salir del claro parloteando como pajarillos.

—¿Te lo puedes creer? —le preguntó Leonino a Carrasquera.

La joven se volvió para mirar a su madre, que se dirigía hacia los árboles con Zarzoso y Estrella de Fuego.

—Esquiruela ha resuelto el problema —dijo, mientras pensaba: «Pero ¿hasta cuándo?».

—¡Estoy deseando contárselo a Glayino! —exclamó Leonino—. ¿Crees que le gustará la idea?

Carrasquera sintió un pellizco de preocupación en el estómago. Un gato ciego no podría competir con los demás.

—A lo mejor los curanderos no participan —maulló—. Al fin y al cabo, no son como los guerreros. Lo que ellos suelen hacer es ayudar a los demás, no competir.

Carboncilla corrió a su lado cuando se acercaban al árbol caído.

—Estoy segura de que Leonino ganará el concurso de caza —resolló.

Este ronroneó con timidez.

—Bueno, Carrasquera ganará el de combate —maulló.

La tranquila voz de Rivera sonó a sus espaldas:

—Siempre que intentéis hacerlo lo mejor posible, el clan estará orgulloso de vosotros.

A Carrasquera ni se le había pasado por la cabeza no intentar hacerlo lo mejor posible. Notó un cosquilleo en la piel. A lo mejor aquella clase de Asamblea solucionaba algo. Para el Clan del Trueno, sería la oportunidad de demostrar a los demás —especialmente al Clan de la Sombra— que todos ellos eran auténticos guerreros y que haber nacido dentro de un clan no tenía nada que ver con su valía.

25

Ya faltaba poco para que el sol llegara a su cénit; Glayino notaba la calidez en el lomo. Entró en el campamento con un fardo de hojas de romaza entre los dientes. El amargo sabor de la planta le había dejado la boca seca. Además, enmascaraba todos los demás olores, de modo que tuvo que fiarse de su memoria para hallar el camino de vuelta a la guarida de Hojarasca Acuática.

Mientras cruzaba el claro, oyó los pasos apresurados de sus compañeros a su alrededor. Todo el clan había estado atareado desde antes del alba preparándose para la Asamblea diurna. «Solo van a cazar y pelear —pensó Glayino, irritado—. ¿Por qué le dan tanta importancia? Es lo que hacen todos los días».

—¡Esquiruela! —llamó Estrella de Fuego desde la Cornisa Alta.

—¿Sí? —respondió ella sin aliento.

—¿Has encontrado una ruta buena para la caza de la ardilla?

—He mandado a Zarzoso con una patrulla. Están comprobándolo ahora. La frontera del Clan de la Sombra podría ser la mejor opción. Allí, las ardillas todavía están desenterrando sus provisiones de frutos secos.

—¿Y qué hay de la prueba de trepar a los árboles? —continuó el líder.

—Zancudo me ha dicho que el Roble del Cielo está repleto de brotes, y que no cree que le cause ningún daño que tantos aprendices trepen a la vez por su tronco.

—Bien. ¿Han salido patrullas de caza? No queremos que nuestros invitados crean que vamos escasos de presas.

—Han salido dos, una liderada por Betulón y otra por Espinardo —contestó Esquiruela.

—¡Glayino! —Estrella de Fuego bajó de la Cornisa Alta para hablar con el aprendiz—. Hojarasca Acuática te necesitará si hay algún accidente. Me temo que no podrás participar en ninguna de las competiciones.

Todos habían evitado a Glayino como ratones desde que se anunció la Asamblea diurna, temerosos de tener que admitir en voz alta lo que todos pensaban: que él sería un lastre en cualquiera de las pruebas. El joven se había dado perfecta cuenta de que nadie mencionaba nunca su nombre cuando especulaban sobre quiénes serían los ganadores. Glayino no respondió a Estrella de Fuego; se limitó a traspasar furioso la cortina de zarzas que cubría la entrada de la guarida de Hojarasca Acuática.

—¡Estupendo! —exclamó su mentora—. Has encontrado muchísima romaza. Ahora estamos preparados para curar posibles zarpazos.

Glayino dejó las hojas en el suelo. Movió la lengua en un intento de humedecerla de nuevo.

—No sé por qué tenemos que responsabilizarnos de todos los clanes —protestó—. Si sus aprendices quieren alardear en nuestro territorio, que cuiden de ellos sus propios curanderos.

—Trabajaremos juntos para asegurarnos de que todo el mundo está bien atendido —le recordó Hojarasca Acuática.

—Pues yo estoy seguro de que Blimosa y Azorín no se han pasado la mañana buscando hierbas —masculló Glayino—. Incluso ellos habrán estado practicando técnicas de caza para las pruebas.

Percibió frustración en lo rápido que almacenaba Hojarasca Acuática la romaza, pero, cuando la gata habló, su voz sonó tranquila.

—Sé cuánto deseas participar, Glayino, pero necesito que me ayudes.

La furia que bullía en el estómago del joven se desbordó de golpe.

—¡No mientas! —gritó, iracundo—. ¡No me permitís participar porque es imposible que pueda competir contra aprendices de verdad! Estrella de Fuego no quiere que avergüence al clan.

—¡Sabes que eso no es cierto! —replicó Hojarasca Acuática, conmocionada.

—Entonces, ¿por qué no me deja tomar parte en alguna de las pruebas?

—A lo mejor, si hubieras hecho más entrenamiento de combate o tuvieras más experiencia en la caza, te lo permitiría. —Su voz sonó crispada, aunque intentaba controlarse—. Pero empezaste tarde tu aprendizaje como curandero, y el brote de tos verde nos ha impedido trabajar otras habilidades.

Glayino no respondió. Carrasquera había sido aprendiza de curandera durante un tiempo muy breve, pero ella sí que había practicado técnicas de combate. Empezaba a preguntarse si su mentora había decidido que era una pérdida de tiempo enseñarle a él cualquier tipo de destreza guerrera.

Hojarasca Acuática cambió de tema:

—Esquiruela debe de estar cansada. No ha parado en toda la mañana. ¿Te importaría llevarle unas hierbas?

Enfurruñado, Glayino fue al almacén, mezcló las plantas que necesitaba su madre, las envolvió en una hoja y tomó el fardo entre los dientes con delicadeza. Una vez fuera de la guarida, aguzó el oído para captar la voz de la guerrera. La localizó debajo de la Cornisa Alta, hablando con Zarzoso. Glayino dejó las hierbas a sus pies.

—Hojarasca Acuática quiere que te tomes esto.

—Qué amable. —Esquiruela olfateó las hierbas—. ¿Las has mezclado tú mismo? Tienen un olor más dulce de lo normal.

—Les he puesto un poco de néctar de brezo para mejorar el sabor —masculló el joven.

Esquiruela se lo agradeció con un lametazo entre las orejas.

—Qué considerado.

—No es nada —replicó él entre dientes.

Dio media vuelta antes de que Esquiruela volviese a avergonzarlo, aunque notó una corriente de felicidad en el pecho. De pronto, unas fuertes pisadas resonaron en la entrada del campamento y frenaron en seco. Eran Leonino y Carrasquera; su entusiasmo aulló como una ráfaga de viento, alborotando el pelo de Glayino.

—¡Ya han llegado! —anunció el joven aprendiz de guerrero sin resuello.

Carrasquera caminaba en círculos, incapaz de estarse quieta.

—¡El Clan del Viento está bajando hacia el lago!

Raposillo y Albinilla salieron trotando de la maternidad.

—¿De verdad están aquí? —quiso saber Raposillo.

—¿Hay noticias sobre el Clan de la Sombra? —La voz de Albinilla estaba teñida de nerviosismo.

—Todavía no —le respondió Leonino—, pero parece que el Clan del Viento ha venido al completo.

—¡Ojalá pudiéramos ir! —exclamó Raposillo.

—Nos divertiremos aquí —intervino Fronda desde la entrada de la maternidad.

—¿Por qué tenemos que quedarnos en el campamento? —se quejó Albinilla—. No es justo.

—La vida no es justa —masculló Glayino, y se encaminó indignado a la guarida de Hojarasca Acuática.

«¡Y por eso yo también voy a tener que quedarme en el campamento!».

Betulón y Espinardo aparecieron por el túnel de espinos, seguidos de sus respectivas patrullas. Glayino captó el delicioso olor de la carne fresca. Todos debían de haber cazado algo.

—¡Bien hecho! —los elogió Estrella de Fuego—. Ningún gato se quedará hoy con hambre.

Un aullido resonó en el bosque, más allá de la hondonada.

—¡Esa es Estrella Leopardina! —maulló Leonino—. ¡El Clan del Río ya ha llegado!

—Debe de ser la hora de irse —dijo Carrasquera—. La Asamblea empezará cuando el sol esté en lo más alto.

La aprendiza iba a participar en la primera competición, que evaluaría quién poseía las mejores técnicas de combate. Al mismo tiempo, Leonino se enfrentaría a un miembro del Clan del Viento en una prueba de caza. Los celos consumían a Glayino.

Las rocas se desprendieron y chocaron cuando Estrella de Fuego descendió de la Cornisa Alta hasta el claro, pero el aprendiz de curandero se metió en su guarida para alejarse de los maullidos ansiosos de los guerreros que se paseaban impacientes alrededor del túnel. Intentó no escuchar cuando el líder le gritó «¡Buena suerte!» al clan. Pero, aun así, oyó el retumbo de las pisadas de los miembros del Clan del Trueno al salir por el túnel de espinos.

Después de eso, un silencio escalofriante atenazó el campamento.

—Glayino —maulló la voz de Hojarasca Acuática desde el lugar donde almacenaban las provisiones—. ¿Me ayudas a preparar unas cataplasmas?

Este se obligó a apartar sus negros pensamientos y se sentó al lado de su mentora para mascar algunas de las hojas de romaza que había recolectado. Mientras ellos dos trabajaban, Albinilla y Raposillo echaron a correr por el claro con gran alboroto.

—No lo olvidéis —les recordó Fronda—: cada uno tiene que traerme un escarabajo, un poco de musgo y una mosca.

—¡Voy a ganar yo! —exclamó Albinilla.

—No, de eso nada —contestó Raposillo—. ¡Yo lo encontraré todo primero y seré el campeón!

Sus maullidos resonaron por el campamento desierto, y Glayino notó el vacío como el hambre en la boca del estómago. «¿Piensan dejarme siempre atrás?», se preguntó.

—Ya tenemos bastante por ahora —maulló Hojarasca Acuática, tomando por sorpresa a su aprendiz—. Hay suficiente para tratar a todos los gatos de los cuatro clanes.

Glayino escupió el último puñado de romaza y se sentó para lamerse las patas y quitarse el sabor de la lengua.

—Yo debería acudir a la Asamblea por si hay heridos —maulló la curandera—. Además, quiero ver pelear a Carrasquera. ¿Por qué no vienes conmigo?

Glayino negó con la cabeza. Si no le permitían participar, no pensaba asistir.

—Muy bien.

Hojarasca Acuática no intentó convencerlo. En su lugar, salió quedamente de la guarida.

Una vez solo, Glayino se sintió perdido de repente. En la distancia, oía los chillidos emocionados de los guerreros y sus aprendices entre los árboles. Le dieron ganas de gritarle al Clan Estelar que aquello no era justo, pero no iba a portarse como un cachorro, por mucho que lo tratasen como tal. En vez de eso, se puso a ordenar las hierbas, colocó todas las hojas en pulcros montones y alineó las cataplasmas, listas para aplicárselas a cualquier gato que llegara herido.

De pronto, notó una sensación extraña, un picor en la cola, que fue trepándole por la columna vertebral y le provocó un hormigueo en la piel. Unas imágenes le inundaron la mente y se desbordaron detrás de sus ojos.

Estaba enterrado, era incapaz de respirar, se ahogaba en una tierra seca que apestaba a zorro y tejón. El terror hizo que la cabeza le diera vueltas. ¿Dónde estaba el zorro? ¿Y el tejón? Esperaba notar sus colmillos desgarrándole la piel en cualquier momento. Miró desesperado a su alrededor, pero solo podía ver el suelo marrón que se desmoronaba. Por encima de su cabeza, parpadeaba una luz que se apagó cuando cayó más tierra sobre él y se le metió en los ojos, las orejas y la nariz. Estaba ahogándose, pero no en agua… sino en tierra.

—¡Ayuda!

Se le llenó la boca de arena al intentar gritar.

Pataleó frenéticamente, tratando de salir a la superficie. ¿Es que el Clan Estelar estaba tan decepcionado con él que había ordenado que lo engullese la tierra? Empujó con las patas traseras para intentar salvarse. Sus pulmones pedían aire a gritos. Vio sus patas agitándose delante de su hocico, pero no eran sus zarpas grises: eran anchas y de color claro, de pelo espeso.

¡Estaba viendo a través de los ojos de Leonino!

Glayino logró liberarse de aquellas imágenes y regresó a la guarida de Hojarasca Acuática, rodeado del olor de hojas, a través de la hondonada vacía

y silenciosa.

¿Dónde estaba Leonino en ese preciso instante? ¡En la prueba de caza! Debía de estar explorando la frontera del Clan de la Sombra en busca de presas.

Glayino salió de la guarida de la curandera como un rayo y corrió hacia el bosque, con todos los sentidos alerta mientras zigzagueaba a través de la vegetación como una serpiente. Tenía que encontrar a Leonino antes de que aquello —fuera lo que fuese— ocurriera.

Carrasquera observó cómo Leonino y Ventolino subían la ladera a toda prisa y desaparecían entre los árboles para cazar. Su hermano tenía el pelo del lomo erizado a causa de la emoción. «¡Buena suerte!», le deseó mentalmente.

—Carrasquera, ¿estás lista? —la llamó Estrella de Bigotes.

La joven se volvió. Zarpa Brecina estaba esperando ya en la zona de hierba suave, rodeada de guerreros y aprendices, con los omóplatos anchos, preparada para la prueba.

—Venga, Carrasquera —la animó Zarzoso, que la observaba junto a Fronde Dorado con ojos relucientes.

La aprendiza oyó murmullos de entusiasmo. Sintió como si tuviera peces en la barriga, pero no iba a mostrarle a nadie lo nerviosa que estaba. Se agazapó frente a Zarpa Brecina guiñando los ojos.

—Mantened las garras envainadas —les ordenó Estrella de Bigotes, deslizando la cola por la hierba, y Carrasquera se puso tensa. La aprendiza del Clan del Viento era menuda, pero tenía más experiencia que ella, dos lunas para ser exactos, y su lustroso pelaje ocultaba unos músculos potentes—. ¡Empezad! —exclamó el líder.

Zarpa Brecina saltó y aterrizó sobre Carrasquera, a quien derribó. Esta notó cómo la agarraba por el pescuezo, no lo bastante fuerte como para desgarrarle la piel, pero con la firmeza suficiente para dejarla paralizada por la alarma. ¡No podía dejarse vencer tan fácilmente! Zarpa Brecina la había atrapado como a un conejo.

Carrasquera pensó deprisa: agachó la cabeza y se impulsó con las patas traseras. Dio un brinco en el aire y arrastró consigo a su oponente, que terminó cayendo de espaldas, despatarrada. Libre al fin, Carrasquera saltó, se dio la vuelta y se abalanzó contra Zarpa Brecina, pero esta ya se había apartado rodando por el suelo. Con rabia, la aprendiza del Clan del Trueno aterrizó sobre la hierba.

Con el rabillo del ojo vio que Zarpa Brecina corría hacia ella y, con una descarga de energía en las patas, saltó muy alto en el aire. La desconcertada aprendiza del Clan del Viento derrapó torpemente y Carrasquera cayó sobre su lomo y, rodeándola con las zarpas, la colocó de costado y empezó a golpearla con las patas traseras.

Zarpa Brecina, escurridiza como una serpiente, se retorció hasta que logró zafarse. Una vez libre, se plantó sobre las patas traseras y se encaró a Carrasquera dando zarpazos. Esta la imitó, y las dos aprendizas lucharon como liebres danzarinas.

—¡Acaba con ella, Zarpa Brecina! —exclamó Corvino Plumoso.

—¡Derríbala! —aulló Zarzoso.

«¿Qué crees que intento?», pensó Carrasquera para sus adentros. El hocico comenzaba a dolerle. Los golpes de Zarpa Brecina eran potentes y atinados, y ella no quería continuar así mucho tiempo más. Respiró hondo y se agachó, de manera que dejó a Zarpa Brecina propinando mandobles al aire. Luego se escabulló entre las patas traseras de su rival, que perdió el equilibrio. Carrasquera se retorció y le clavó los dientes en el pescuezo, procurando no herirla, y le hundió el hocico en el suelo. Zarpa Brecina soltó un alarido de rabia, se debatió con furia, pero Carrasquera había clavado las garras en la tierra a ambos lados de su contrincante y la aprendiza del Clan del Viento no podía liberarse.

—¡Se terminó! —anunció Estrella de Bigotes—. ¡Carrasquera es la ganadora!

Los gatos del Clan del Trueno vitorearon, y Carrasquera soltó a su rival. Zarpa Brecina se levantó de un salto.

—Bien hecho —maulló sin aliento—. ¡Ese movimiento del final ha sido estupendo!

—Gracias —respondió la joven—. Tú también has peleado muy bien.

—¡Buen trabajo, Carrasquera! —Zarzoso corrió al lado de su hija y le pasó la cola por el costado.

—A mí no me habría derrotado con tanta facilidad —bufó una voz cerca de ellos. Era Yedrina, una aprendiza del Clan de la Sombra.

Zarpa Brecina la miró entornando los ojos. Carrasquera se volvió hacia ella.

—¿Te apuestas algo a que sí? —le espetó, y entonces notó un zarpazo en la oreja.

—Con una victoria basta —le dijo Fronde Dorado con una mirada de orgullo.

De repente, Carrasquera vio una característica figura gris corriendo por lo alto de la ladera.

—¡Glayino! ¡Acabas de perderte mi victoria!

Pero su hermano no pareció oírla. A toda velocidad, se internó en el bosque en dirección al territorio del Clan de la Sombra. En el nombre del Clan Estelar, ¿qué hacía?

Glayino corrió por la ladera hacia la frontera del Clan de la Sombra, recordando el hedor a bestia de su visión. Cerca de la linde, había una vieja madriguera de tejón que antes había pertenecido a un zorro. Su madre se la había descrito; mucho tiempo atrás, había ayudado a expulsar a un tejón de aquella madriguera, poco después de que los cuatro clanes llegaran al lago.

Clavó las uñas con fuerza en la hierba para impulsarse. Desde el lago le llegaban olores frescos, pero él se centró en el tufo a tejón, buscándolo mientras corría entre los árboles. Sus instintos y sentidos no le bastaban para guiarse a toda velocidad por aquel territorio desconocido. Frenó en seco, olfateando el aire con desesperación, y comenzó a tantear el terreno con los bigotes. «¡Clan Estelar, déjame ver! —suplicó mentalmente—. ¡Por favor! ¡Tengo que encontrar a Leonino!».

De pronto captó un rancio hedor a tejón. Era viejo y estaba entremezclado con el olor a zorro. Miró a su alrededor aunque no veía, preguntándose dónde estaría Leonino. Entonces oyó pisadas veloces sobre el suelo forestal tapizado de hojas.

Olió a Leonino.

Y luego a Ventolino.

Y luego a ardilla.

La emoción de los contrincantes le abrasó la piel. Con una sacudida de pavor, Glayino se dio cuenta de que los dos aprendices estaban persiguiendo a la ardilla en dirección al hedor a tejón. El lugar donde el suelo no era seguro, donde la tierra los engulliría…

—¡No!

Su aullido resonó entre los árboles. Echó a correr, pero se le cortó la respiración a causa del miedo. Luego, la conmoción lo atenazó y se detuvo de golpe.

Ya no se oían pisadas. Solo las patas de la ardilla, trepando a un árbol. El bosque se había sumido en un silencio mortal.

—¡Leonino!

Echó a correr de nuevo y se tambaleó cuando la tierra se convirtió en roca bajo sus patas. De repente, el sol le quemaba el lomo. Un claro bordeado de árboles. Ante él se alzaban peñascos. Se le erizó el pelo cuando oyó unos maullidos sofocados.

—¡Ayuda!

—¡Clan Estelar, sálvame!

Avanzó desesperadamente, trepó por las rocas. ¿Adónde habían caído? ¿Estaban cerca? El suelo seguía siendo rocoso, pero se aplanó. Luego descendía en una pendiente suave, y Glayino comenzó a deslizarse por él. La sangre le rugía en los oídos. ¿Y si él también caía? Recordó la premonición: la tierra se le metía en las orejas, en los ojos, en los pulmones. Desenvainó las garras, que arañaron la roca mientras medio se arrastraba medio se deslizaba hacia abajo.

De pronto, sus almohadillas tocaron arena y se hundieron. Glayino saltó hacia atrás y se agarró a la piedra con las patas traseras. Entonces la arena se movió; Glayino la notó temblar bajo sus zarpas delanteras, como si algo se retorciera debajo de ella.

«¡Están ahí abajo!».

Sujetándose con las patas traseras, se agazapó y empezó a cavar. Retiraba tierra tan deprisa como podía.

—¡Ayuda! —chilló, con la esperanza de que alguien lo oyera—. ¡Aquí!

Perdió el agarre y se deslizó hacia delante; las patas delanteras se le hundieron en la arena.

—¡Clan Estelar, ayúdame!

Retrocedió, con los músculos doloridos por la tensión. No podía darse por vencido. Volvió a inclinarse hacia delante y continuó cavando. Las patas traseras le temblaban por el esfuerzo. El terror le atenazaba todo el cuerpo. La visión era tan real que podía notar la tierra en la garganta y no veía nada más que arena.

De repente, sus zarpas rozaron pelo. Con una oleada de esperanza, clavó las garras en el pelaje y tiró con todas sus fuerzas. El pellejo se retorció y se debatió, luchando por impulsarse hacia arriba, hasta que Glayino pudo retroceder y desenterrar el cuerpo.

Balbuciendo y resollando, Leonino se alejó de la zona de tierra movediza y se derrumbó sobre la roca. Glayino volvió a hundir las patas en la arena. Ventolino seguía allí atrapado.

—¿Qué ocurre? —El conmocionado maullido de Corvino Plumoso sonó a sus espaldas.

Sin detenerse, Glayino le respondió:

—La madriguera se ha venido abajo. ¡Leonino y Ventolino se han caído dentro!

De inmediato, Corvino Plumoso se situó a su lado; lanzaba arena al aire, desesperado por salvar a su hijo. Alguien trepó por los peñascos que tenían detrás.

—¿Corvino Plumoso? —preguntó Zarpa Brecina sin resuello.

—¡Ventolino sigue enterrado! —exclamó el guerrero oscuro.

—¿Ventolino? —Glayino percibió cómo Nube Negra daba un respingo cerca de ellos. La guerrera del Clan del Viento debía de haber llegado con Zarpa Brecina. Apretujándose junto a Glayino, se puso a cavar también—. ¡Ay, hijo mío querido!

Glayino percibió otro movimiento en la tierra, bajo sus zarpas.

—¡Lo noto!

Corvino Plumoso hundió las garras al lado de las de Glayino. Con un gruñido de esfuerzo, tiró de su hijo para liberarlo de la asfixiante arena. El aprendiz de curandero notó tierra en la cara y un picor en los ojos cuando izaron el cuerpo del joven. Aguzó el oído para evaluar la respiración del aprendiz del Clan del Viento, pero no la encontró.

—¡Traed a Hojarasca Acuática! —chilló.

—¡Estoy aquí! —La voz de su mentora fue como una corriente de aire cálido en los oídos de Glayino.

—¿Puedes salvarlos? —le rogó—. He venido todo lo deprisa que he podido, pero…

—Leonino ya respira —lo tranquilizó Hojarasca Acuática—. Le he sacado la arena de la garganta.

Glayino notó que Ventolino se movía y, por un momento, pensó que se había recuperado, pero luego se dio cuenta de que Hojarasca Acuática le estaba abriendo la boca.

—Tus zarpas son más pequeñas —le dijo la curandera a su aprendiz—. Métele una en la boca y sácale toda la tierra que puedas.

Glayino envainó las garras. Luego, intentando controlar sus temblores, metió delicadamente la zarpa en la boca de Ventolino. Oía los desbocados latidos del corazón de Corvino Plumoso. Nube Negra se estremecía de pavor a su lado. La concentración de Hojarasca Acuática era la única calma que percibía a su alrededor, de modo que se aferró a ella mientras sacaba arena del fondo de la garganta del joven gato.

De repente, Ventolino tosió y su cuerpo se retorció al empezar a expulsar tierra del estómago y los pulmones.

—¿Se pondrá bien? —susurró Nube Negra.

—Sí, se recuperará —le prometió Hojarasca Acuática.

—Gracias, Hojarasca Acuática —murmuró Corvino Plumoso.

—Daría hasta la última gota de mi sangre para salvar a tu hijo —le dijo en voz baja la curandera a Corvino Plumoso—. Ya lo sabes.

Glayino se estremeció por la tensión que había entre ellos, que agujereaba el aire como la lluvia.

—Nuestro hijo ha tenido la suerte de que Glayino estuviese aquí —intervino Nube Negra con aspereza.

—¿Glayino? —dijo Leonino con voz quebrada.

El joven aprendiz se volvió y se inclinó al lado de su hermano.

—Ha faltado muy poco, incluso en tu caso —maulló.

La respiración de Leonino era trabajosa pero regular.

—Pensaba que iba a reunirme con el Clan Estelar.

Hojarasca Acuática rozó a Glayino con los bigotes.

—Han tenido mucha suerte de que estuvieras aquí.

—He estado a punto de no llegar a tiempo —replicó él.

—Pero lo has hecho. Has sido muy valiente al intentar sacarlos tú solo. —Le tocó el lomo con la cola—. Venga, llevémoslos a la hondonada.

Glayino alargó la zarpa para que Leonino pudiera lamer las semillas de adormidera que le tendía. Su hermano
se las tomó agradecido. Seguía temblando, aunque ya estaba a salvo en el lecho de Glayino, acurrucado junto a Ventolino.

Aunque a duras penas, Leonino había conseguido llegar hasta el campamento por su propio pie. Carrasquera y Esquiruela se habían pegado a ambos lados del aprendiz para sujetarlo y facilitarle la marcha, mientras Zarzoso corría en busca de Estrella de Fuego.

Nube Negra había llevado a Ventolino como si fuera un cachorro, agarrándolo por el pescuezo, pero el joven estaba demasiado agotado por la conmoción para quejarse. Corvino Plumoso había realizado todo el trayecto al lado de su compañera, ofreciéndose a ayudarla, pero la gata sujetaba a su hijo como si temiera perderlo de nuevo en cualquier momento. Ahora estaba tumbada a su lado y rodeaba su cuerpo tembloroso para calentarlo, su respiración acompasada con la de él.

—Intenta convencerlos de que duerman —le pidió Hojarasca Acuática a Glayino—. Yo iré a contarles a los demás que se encuentran bien.

Estrella de Fuego, Corvino Plumoso, Zarpa Brecina, Zarzoso y Esquiruela esperaban angustiados fuera de la guarida. Las zarzas susurraron cuando la curandera salió.

—Yo me encargaré de que descansen —maulló Nube Negra.

Glayino oyó el roce de la cola de la gata mientras ella la pasaba con suavidad sobre los cuerpos manchados de tierra de los dos aprendices.

—Has estado magnífico —le susurró Carrasquera al oído a su hermano.

Su comentario hizo que le ardieran las orejas de vergüenza. ¿Por qué lo trataba como a un héroe? Corvino Plumoso también se había comportado así con él mientras volvían a casa a través del bosque.

—Te has portado como un guerrero —le había dicho el gato del Clan del Viento.

Pero Glayino no se sentía como un guerrero. Si hubiera corrido más deprisa, habría podido avisar a Leonino. Ojalá su ceguera no lo hubiese ralentizado.

—Leonino y Ventolino no habrían resultado heridos si los hubiese alcanzado antes —le respondió a Carrasquera.

—Pero ¿cómo los has encontrado? —le preguntó, y él notó su ardiente mirada en la piel—. Estaban persiguiendo a una ardilla… que podría haber corrido en cualquier dirección.

Glayino titubeó.

—He tenido una visión —confesó—. He visto lo que iba a pasar. —Lo invadió el pánico al recordar la sensación de asfixia, el sabor de la arena en la boca y la imagen de unas zarpas agitándose desesperadamente delante de su hocico—. Al ver el color del pelaje, me he dado cuenta de que no era yo, sino Leonino.

—¿Al verlo? —dijo Carrasquera dando un respingo, y Glayino se sobresaltó—. ¿Has visto sus patas?

—¡Chis! —De repente deseó no haber dicho nada. Si el Clan Estelar creía que estaba intentando alardear, a lo mejor le arrebataba su única posibilidad de ver—. A veces puedo ver en sueños y en visiones —susurró—. Es difícil de explicar. Es… —Hizo una pausa, buscando las palabras—. Es diferente.

Notó que en la mente de su hermana bullían las preguntas, pero luego se apaciguó.

—El Clan Estelar debe de haberte concedido ese don por algún motivo —ronroneó Carrasquera—. Sabía que serías un curandero estupendo.

Restregó el hocico contra el de él y salió de la guarida. Glayino suspiró. Su hermana no le había hecho más preguntas difíciles, pero ¿era ese su destino? ¿Llevar una vida aparte, más allá de la comprensión de sus compañeros, cargando con la responsabilidad de la supervivencia del clan?

—¡Glayino! —lo llamó Zarzoso desde fuera de la guarida—. Baja al lago para asistir al final de la Asamblea.

—¡Estrella de Fuego va a anunciar a los ganadores! —añadió Zarpa Brecina, ilusionada.

Glayino hizo una mueca. Lo último que quería era ver cómo los demás aprendices festejaban sus habilidades guerreras. Aguzó el oído en dirección a Leonino y Ventolino y descubrió que Nube Negra había cumplido su promesa: los dos dormían profundamente. Salió de la guarida.

—¿Quién vigilará a los enfermos? —preguntó, buscando una excusa para permanecer en el campamento.

—Yo —respondió Hojarasca Acuática.

—Venga, Glayino —le suplicó Carrasquera—. Será divertido.

—Así conocerás a algunos aprendices de los otros clanes —maulló Estrella de Fuego—. Todavía no has tenido la oportunidad.

De mala gana, Glayino siguió a sus compañeros cuesta abajo, hacia el lago. Corvino Plumoso y Zarpa Brecina se reunieron con el Clan del Viento, y Estrella de Fuego se fue a hablar con los otros líderes a la orilla del lago. Zarzoso se sentó a esperar en la ladera, y Glayino se sentó a su lado, con Esquiruela y Carrasquera.

—No había visto a los clanes tan relajados desde el Gran Viaje —comentó Zarzoso.

La felicidad de Esquiruela templaba el aire que la envolvía.

—Incluso el Clan de la Sombra parece contento —maulló la guerrera.

—Pero Estrella Negra está mirando fijamente a todo el mundo, tan orgulloso como un mirlo, como si sus aprendices hubieran ganado todas las pruebas —intervino Carrasquera.

—¡Clanes de los árboles, las colinas y los arroyos!

Glayino oyó la llamada de Estrella de Fuego. Los gatos enmudecieron, y Glayino notó que todas las miradas se volvían hacia el líder del Clan del Trueno, como si fuese el sol que se desplazaba por el cielo.

—Todos nuestros aprendices lo han hecho muy bien hoy —declaró Estrella de Fuego—. ¡Han cazado y combatido como auténticos guerreros!

Sonaron maullidos de júbilo en todos los clanes.

—He hablado con Estrella Leopardina, Estrella Negra y Estrella de Bigotes, y juntos hemos decidido que la competición se ha saldado con un empate general —continuó Estrella de Fuego—. Todos los clanes han demostrado que merecen la aprobación del Clan Estelar.

—¡Eso no es justo! —gruñó Rapacero, y los aprendices del Clan de la Sombra que lo rodeaban coincidieron entre dientes—. ¡Yo he sido el mejor cazador! ¡Leonino y Ventolino ni siquiera han regresado!

—¡Silencio! —lo hizo callar una gata del Clan de la Sombra—. ¡Han estado a punto de morir!

—No te preocupes —le dijo Estrella Negra a Rapacero—. Todos sabemos quién ha ganado de verdad, aunque tengamos que compartir la victoria. Cuando volvamos a casa, serás el primero en escoger una pieza del montón de la carne fresca.

—De los aprendices del Clan del Río —exclamó Estrella Leopardina—, Saltarín se comerá el mejor pez esta noche, como recompensa por sus excelentes dotes como cazador.

—Zarpa Brecina tendrá el conejo más rollizo —anunció Estrella de Bigotes—. Ha trepado hasta lo alto del Roble del Cielo.

Glayino hundió el hocico en el pecho. No quería oír lo bien que lo habían hecho todos los demás aprendices.

—Y respecto al Clan del Trueno —maulló Estrella de Fuego—, Carrasquera podrá elegir en primer lugar una presa del montón de la carne fresca. Ha peleado con gran destreza para ser aprendiza desde hace tan poco tiempo.

Glayino sintió el orgullo que irradiaba su hermana y se avergonzó de los celos que eso le provocaba.

—Bien hecho —masculló—. Será mejor que vuelva al campamento a ver si Hojarasca Acuática necesita ayuda.

—Por favor, quédate —maulló la joven aprendiza.

Pero él negó con la cabeza y dio media vuelta. Comenzó a subir la ladera en dirección a los árboles. Entonces sonó la voz de Estrella de Bigotes:

—Hay otro aprendiz que merece una mención especial, por encima de los demás.

Glayino siguió andando.

—Glayino.

Se detuvo.

—Este aprendiz del Clan del Trueno se ha ganado la gratitud de todos por la valentía y la rapidez de pensamiento que ha demostrado hoy.

El joven curandero notó las miradas de curiosidad de todos los clanes y se volvió con timidez hacia ellos. Estrella de Fuego se unió a las palabras de Estrella de Bigotes:

—Ha salvado a dos aprendices, que han estado a punto de morir ahogados al derrumbarse bajo sus patas una vieja madriguera de tejón. Glayino los ha encontrado a tiempo y los ha sacado.

Los maullidos conmocionados se convirtieron en vítores. ¡Estaban aclamándolo a él! De repente, Carrasquera y Esquiruela se restregaron contra su costado. Su hermana pegó el hocico a su mejilla:

—Eres un héroe.

«¿Los gatos ciegos pueden ser héroes? —se preguntó Glayino—. Quizá…».

—Esta ha sido una buena Asamblea —maulló Estrella de Fuego cuando la ovación cesó—. Me ha recordado al Gran Viaje, y creo que señala un inicio positivo de la segunda estación de la hoja nueva en nuestro recién estrenado hogar. Han cambiado muchas cosas, pero ¡seguimos siendo auténticos guerreros!

«¡Auténticos guerreros!». Como si se hundiera en aguas heladas, Glayino recordó lo perdido que se había sentido en la batalla contra el Clan de la Sombra; lo desesperadamente que había deseado ver; cómo comprendió que jamás podría defenderse a sí mismo como es debido, y mucho menos a sus compañeros. El Clan Estelar también lo había visto, y por eso había decidido que debería ser curandero.

Glayino no quería consuelo. Quería que las cosas fueran distintas. Se volvió hacia el bosque y se encaminó al campamento. Daba igual que todos los líderes del clan lo llamaran héroe. Él nunca sería un auténtico guerrero.

Cuando Glayino regresó, Nube Negra estaba dormida al lado de los dos jóvenes guerreros. Hojarasca Acuática descansaba en su lecho.

—¿Ya ha terminado la Asamblea? —maulló soñolienta cuando su aprendiz entró en la guarida.

—Casi —respondió él—. Supongo que los demás volverán pronto.

Escuchó la respiración de los heridos y se sintió aliviado al notarla profunda y lenta. De repente, todo el peso del día le cayó encima. Se moría de ganas de hacerse un ovillo en su lecho, pero Leonino y Ventolino lo necesitaban más que él.

De modo que salió de la guarida de la curandera y recogió varios trozos de musgo. Los apretó entre las viejas zarzas que había apiladas al lado de la guarida y se preparó un lecho provisional. Allí se enroscó, con las zarpas doloridas de tanto cavar. Aún tenía tierra entre las garras, pero estaba demasiado cansado para limpiárselas. En su lugar, apoyó el hocico sobre las patas y cerró los ojos.

—Glayino.

La voz de Hojarasca Acuática lo sobresaltó. Su mentora estaba inclinada sobre él.

—¿Va todo bien? —preguntó el joven, nervioso, empezando a ponerse de pie.

Hojarasca Acuática lo detuvo delicadamente con una pata.

—No te levantes —maulló. El joven notó algo cálido y blando a sus pies, y olió a ratón fresco—. He pensado que tendrías hambre.

—Gracias —murmuró.

—Hoy lo has hecho muy bien.

Mientras Hojarasca Acuática se alejaba, Glayino notó una extraña sensación y un hormigueo en la piel. Había habido algo raro en la forma de hablarle de su mentora. Como si recelara de él.

No. Debía de habérselo imaginado.

Entonces se dio cuenta del hambre que tenía. Sus compañeros de clan aún no habían regresado de la Asamblea, y él agradeció la tranquilidad de la hondonada. Sin otros pensamientos que se le colaran en la mente, se comió el ratón y se acomodó para dormir.

Glayino abrió los ojos. No pretendía soñar, pero allí estaba, en un bosque desconocido, sobre una ribera cubierta de hierba. Podía ver con claridad el ancho arroyo que fluía y chapoteaba ruidosamente ante él. El agua destellaba bajo la luz de la luna, borboteaba sobre las rocas y le salpicaba las zarpas, y se perdía entre árboles que se alzaban hacia el cielo nocturno. A la nariz de Glayino llegó un olor familiar.

Estrella de Fuego.

El aprendiz miró a su alrededor, buscando al líder del Clan del Trueno, pero no lo vio por ninguna parte.

De pronto, un maullido quedo resonó desde las raíces de un árbol cercano.

Con un hormigueo de curiosidad, Glayino se dirigió hacia el sonido y vio, entre las grandes raíces arqueadas, la sombra de un hueco. La luz de la luna

recortaba la silueta de Estrella de Fuego contra la oscura entrada. Glayino se agazapó detrás de una gruesa raíz.

—¡No fallaré! —exclamó Estrella de Fuego.

¿Qué estaba haciendo allí el líder? ¿Con quién estaba hablando? Glayino se asomó. Apenas logró distinguir la figura de un anciano sentado en las sombras, debajo del árbol.

—En ocasiones, el destino de un gato no es el mismo que el de todo el clan —dijo el viejo con voz cascada.

La confusión nubló la mente de Estrella de Fuego; Glayino la percibió como la niebla que envuelve los árboles. La respiración del líder del Clan del Trueno se aceleró cuando el otro gato continuó hablando, con una voz repentinamente fluida.

—Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus manos.

Glayino notó que la sangre le palpitaba en los oídos. Una imagen le abrasó la mente: se vio a sí mismo al lado de Leonino y Carrasquera, con los ojos brillantes y el pelo ondulándose con fuerza. Con una seguridad espantosa y alarmante, supo lo que el viejo gato estaba intentando decirle a Estrella de Fuego.

Carrasquera, Leonino y él eran los tres gatos de la profecía.

El frío le atravesó la piel y le erizó el pelaje conforme se abría paso hacia su interior. Al mismo tiempo, lo invadió la emoción. Aquel sí era su destino. Estrella de Fuego lo había sabido siempre, pero había decidido no revelarlo. ¿Por qué? ¿Acaso le daba miedo tener en su clan a tres gatos con semejante poder?

Glayino reprimió el ronroneo que le subía por la garganta, consciente de que los demás no debían verlo. De pronto, ya no importaba que fuera ciego o que no pudiese participar en las competiciones. Nada de eso era relevante a la luz de aquella profecía, que prometía para él y para sus hermanos un destino mucho más grande que el que cualquier gato hubiera soñado jamás.

«¡Algún día seremos tan poderosos que mandaremos incluso en el Clan Estelar!».

Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, *Los gatos guerreros*.